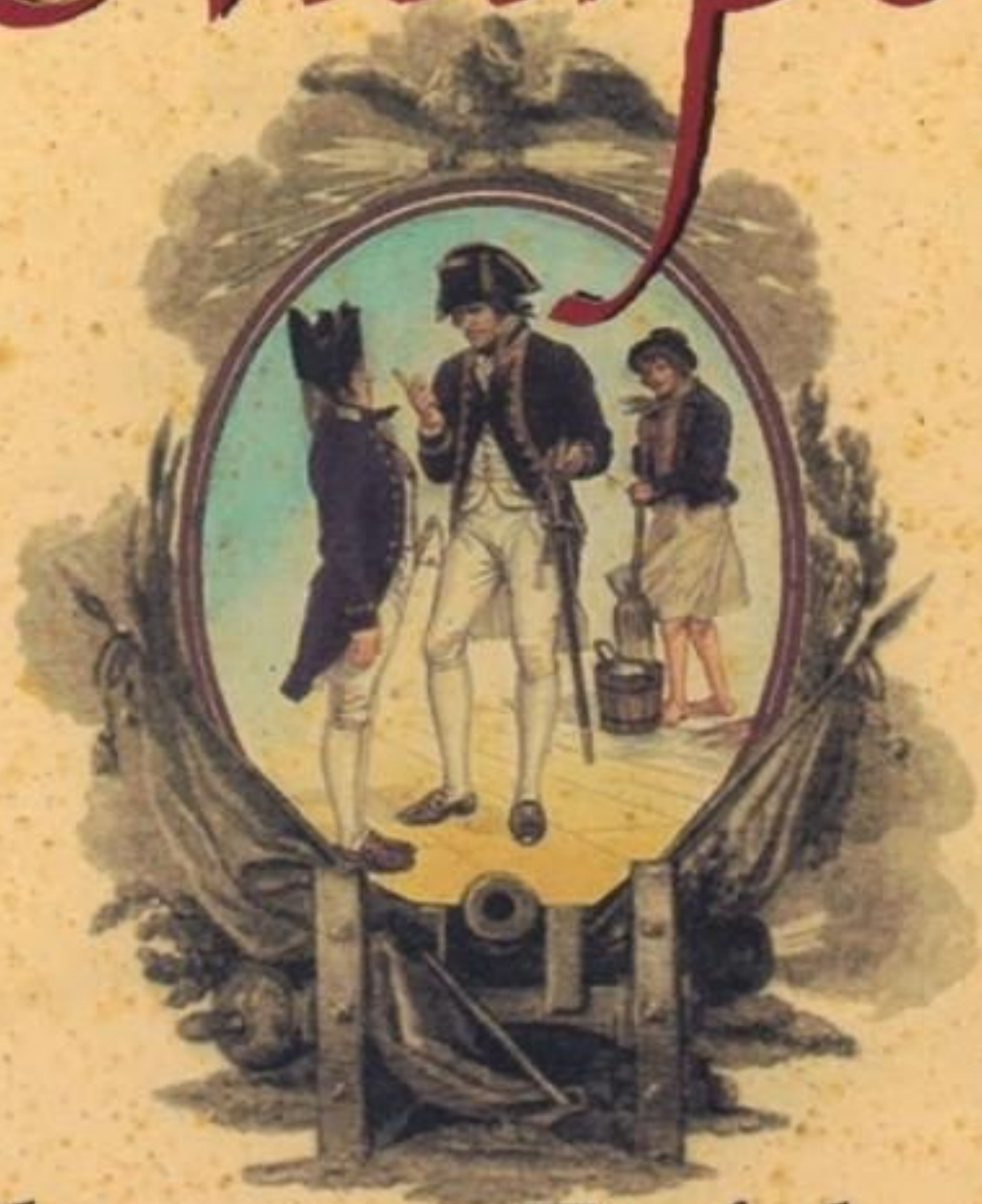


Sharpe



Sharpe en Trafalgar

Bernard Cornwell

Lectulandia

El fusilero Richard Sharpe es sin duda uno de los oficiales más temibles de cuantos intervinieron en las guerras napoleónicas. Su escaso respeto por la disciplina, su nobleza y su temeridad le convierten en un adversario impredecible dispuesto a las más arriesgadas acciones, y su periplo por una Europa desgarrada por la guerra constituye la recreación más emocionante de un período de la historia que cambió la faz del mundo. Cornwell traslada al lector al corazón de unos acontecimientos apasionantes, le hace partícipe de las más grandes batallas... En las páginas de estos libros puede percibirse aún el acre olor de la pólvora.

El 21 de octubre de 1805, el almirante Nelson obtuvo en Trafalgar una resonante victoria sobre la armada combinada franco-española comandada por Villeneuve. Y el fusilero Richard Sharpe, en viaje a Londres procedente de la India, allí estaba. Una sucesión de emocionantes e inesperadas aventuras, en las que se entremezclan la traición, la cobardía y la codicia, desembocan en un espléndido relato de la batalla de Trafalgar. Una nueva oportunidad para que el audaz fusilero dé muestras de su ingenio y valentía y, en esta ocasión, ponga a prueba una nueva arma.

La versión de Cornwell de la que posiblemente sea la más célebre batalla naval de todos los tiempos destaca por su brutalidad, su precisión en el detalle, su fidelidad a los hechos y por la creación de suspense.

Lectulandia

Bernard Cornwell

Sharpe en Trafalgar

Richard Sharpe - 4

ePub r1.0

viejo_oso 17.03.14

Título original: *Sharpe's Trafalgar*

Bernard Cornwell, 2000

Traducción: Montse Batista

Diseño de portada: Sabat

Editor digital: viejo_oso

Escaneo del texto: maperusa

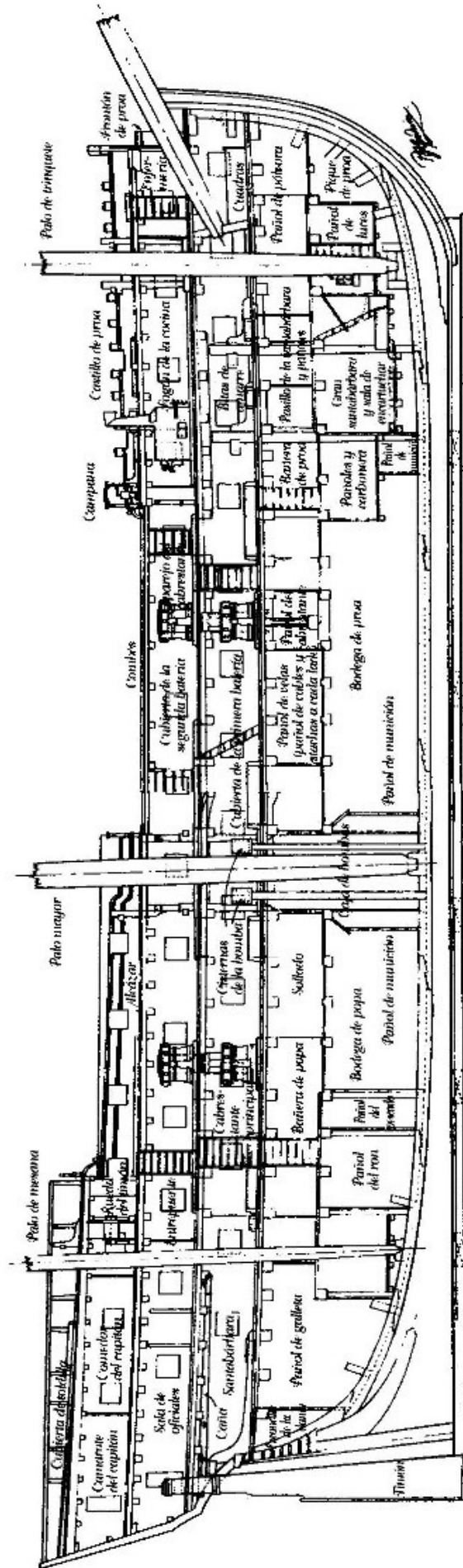
ePub base r1.0

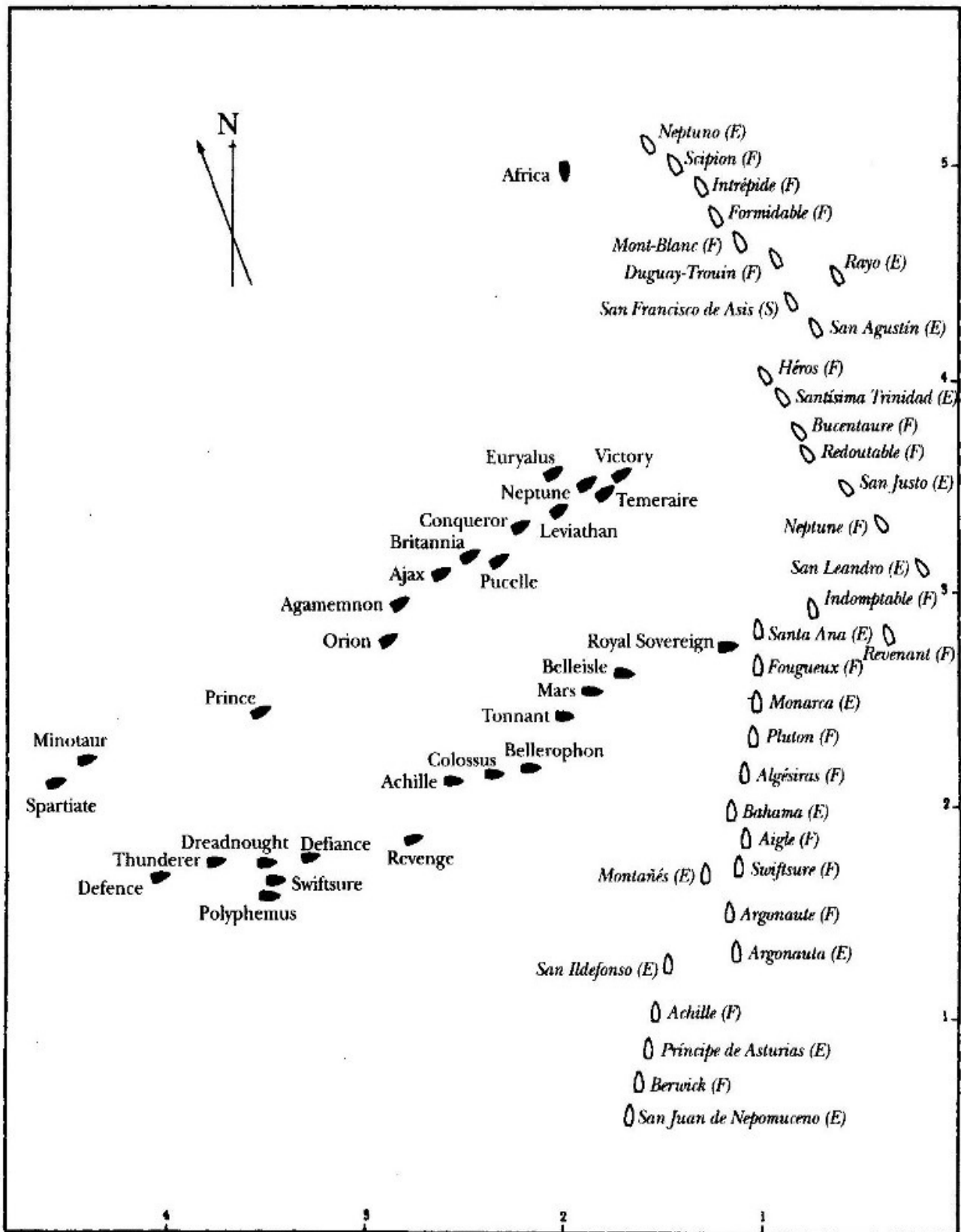
más libros en lectulandia.com

Sharpe en Trafalgar va dedicado a Wanda Pan,
Anne Knowles, Janet Eastham, Elinor y
Rosemary Davenhill y Maureen Shettle.

Barco de tercera clase de setenta y cuatro cañones

<i>Eslora de la cubierta de la primera batería</i>	<i>180 pies</i>	<i>Lleva en la:</i>	<i>28-32 libras</i>
<i>Eslora de la quilla para arqueo</i>	<i>148 pies</i>	<i>Cubierta de la primera batería</i>	<i>30-24 ídem</i>
<i>Manga</i>	<i>48 pies 8 pulgadas</i>	<i>Cubierta de la segunda batería</i>	<i>12-9 ídem</i>
<i>Calado</i>	<i>19 pies 9 pulgadas</i>	<i>Alcázar</i>	<i>4-9 ídem</i>
<i>Tonelaje</i>	<i>1864 48/84</i>	<i>Castillo de proa</i>	





La batalla de Trafalgar (21 de octubre de 1805).
Las flotas antes de entrar en combate

● Flota británica

○ Flota combinada francesa (F) y española (E)

CAPÍTULO 1

—Ciento quince rupias —dijo el alferez Richard Sharpe, contando el dinero que había sobre la mesa.

Nana Rao farfulló unas palabras de desaprobación, traqueteó algunas cuentas por las barras de alambre de su ábaco y negó con la cabeza.

—Ciento treinta y ocho rupias, *sahib*.

—¡Ciento quince, maldita sea! —insistió Sharpe—. Eran catorce libras, siete chelines y tres peniques y medio.

Nana Rao examinó a su cliente mientras consideraba si continuar o no con la discusión. Vio a un joven oficial, un simple abanderado sin importancia, pero aquel humilde inglés tenía un rostro de expresión muy dura, con una cicatriz en la mejilla derecha, y no demostraba ningún temor ante los dos descomunales guardaespaldas que protegían a Nana Rao y su almacén.

—Ciento quince, como usted diga —admitió el mercader, y barrió las monedas con la mano para meterlas en una gran caja negra donde guardaba el dinero. Se encogió de hombros como para disculparse ante Sharpe—. Me hago viejo, *sahib*, ¡y me encuentro con que no sé contar!

—Claro que sabe contar —respondió Sharpe—, aunque piensa que yo no...

—Pero seguro que quedará muy satisfecho con sus compras —dijo Nana Rao, porque Sharpe se acababa de convertir en el poseedor de una cama colgante, dos mantas, un arcón de viaje de teca, un farol y una caja de velas, un tonel de *arrack*, un balde de madera, una caja de jabón, otra de tabaco y un aparato para filtrar hecho de latón y madera de olmo que, según le habían asegurado, convertía el agua de los más sucios barriles almacenados en lo más hondo de la bodega de un barco en el más dulce y agradable de los líquidos.

Nana Rao había hecho una demostración de cómo usar el filtro y le había asegurado que lo habían traído desde Londres como parte del equipaje de un directivo de la Compañía de las Indias Orientales que había insistido en que su equipo fuera de la mejor calidad.

—Usted pone el agua aquí, ¿lo ve? —El mercader había vertido aproximadamente una pinta de agua turbia en el compartimento superior de latón—. Y entonces deja que el agua se aclare, señor Sharpe. En cinco minutos será transparente como el cristal. Observe, observe. —Levantó el compartimento superior para mostrar que el agua chorreaba por las apretadas capas de muselina del filtro—. Yo mismo he limpiado el filtro, señor Sharpe, y le garantizo la eficacia del artículo. Sería una pena lamentable que muriera de oclusión intestinal a causa del lodo por no haber comprado este trasto.

De modo que Sharpe lo compró. No quiso adquirir una silla, una librería, un sofá

ni un lavabo, piezas de mobiliario todas ellas que habían utilizado los pasajeros que habían hecho el viaje de Londres a Bombay, pero sí pagó por el aparato de filtrar y todos los demás artículos, porque de lo contrario su travesía de regreso a casa sería terriblemente incómoda. Los pasajeros del gran barco mercante de la Compañía de las Indias Orientales tenían que proveerse ellos mismos de mobiliario.

—A no ser que quiera usted dormir en cubierta, *sahib*. ¡Es muy duro! ¡Muy duro!
—Nana Rao se rió. Era un hombre regordete y de apariencia amistosa, con un largo bigote negro y sonrisa fácil. Su negocio consistía en comprar el mobiliario de los pasajeros que llegaban, para luego vendérselo a los que regresaban a casa—. Usted deje la mercancía aquí —le dijo a Sharpe— y el día que tenga que embarcar, mi primo se la entregará en el barco. ¿Cuál es su barco?

—El *Calliope* —respondió Sharpe.

—¡Ah! ¡El *Calliope*! El capitán Cromwell... Lamentablemente el *Calliope* está anclado en el fondeadero, así que las mercancías deberán transportarse hasta él en bote, pero mi primo cobra muy poco por un servicio de este tipo, señor Sharpe, muy poco, y cuando usted haya llegado felizmente a Londres podrá vender los artículos y sacar unos buenos beneficios.

Lo cual podría ser o, más probablemente, no ser verdad, aunque al final resultó irrelevante porque aquella misma noche, dos días antes de que Sharpe embarcara, el almacén de Nana Rao ardió hasta quedar reducido a cenizas y toda la mercancía (camas, librerías, faroles, filtros de agua, mantas, cajas, mesas y sillas, el *arrack*, jabón, tabaco, brandy y vino) supuestamente se consumió con él. Por la mañana no quedaban más que cenizas, humo y un grupo de dolientes chillones que lamentaban que el bondadoso Nana Rao hubiera muerto en el incendio. Por suerte había otro almacén, situado a menos de trescientos metros del arruinado negocio de Nana Rao, que estaba bien surtido con todo lo necesario para el viaje, y este segundo almacén sí hizo un negocio estupendo cuando los contrariados pasajeros hubieron de reemplazar sus artículos desaparecidos a unos precios que casi duplicaban lo que Nana Rao les había cobrado.

Richard Sharpe no compró nada en aquel segundo almacén. Llevaba cinco meses en Bombay y la mayor parte de ese tiempo se lo había pasado temblando y sudando en el hospital del castillo. Sin embargo, cuando la fiebre remitió, y mientras aguardaba la llegada del convoy anual procedente de Gran Bretaña con el barco que lo debía llevar a casa, se había dedicado a explorar la ciudad, desde las ricas viviendas de las colinas malabares hasta los pestilentes callejones cercanos a los muelles. En aquellos callejones había encontrado compañía, y fue uno de esos conocidos quien, a cambio de una guinea de oro, le proporcionó a Sharpe una pizca de información que, en opinión del alférez, valía mucho más de una guinea. En realidad valía ciento quince rupias, y por ese motivo al caer la noche Sharpe se

encontraba en otro callejón de las afueras del lado oeste de la ciudad. Vestía su uniforme, aunque encima se había puesto una envolvente capa hecha de arpillera barata, que estaba abundantemente impregnada de barro y mugre. Caminaba cojeando y arrastrando los pies, con el cuerpo inclinado y una mano extendida como si estuviera mendigando. Iba rezongando para sí mismo y sacudiéndose, y a veces se daba la vuelta y le gruñía a algún incauto sin ningún motivo aparente. Pasó totalmente inadvertido.

Encontró la casa que buscaba y se sentó en cuclillas junto a la pared. Una veintena de mendigos, algunos de ellos horriblemente mutilados, se agrupaba al lado de la puerta junto con casi un centenar de solicitantes que esperaban a que el propietario de la casa, un adinerado mercader, regresara de su lugar de negocios. El mercader llegó cuando ya había anochecido, montado en un palanquín encortinado que transportaban ocho hombres, mientras otra docena de ellos iba apartando a los mendigos a golpes con unos palos largos. Sin embargo, cuando el palanquín del mercader estuvo a salvo dentro del patio, las puertas se dejaron abiertas para que los solicitantes y los mendigos pudieran entrar. A los mendigos, y a Sharpe entre ellos, los empujaron a un lado del patio, y en cambio los peticionarios se agruparon al pie de los anchos peldaños que ascendían hasta la puerta de la casa. De los cocoteros que se arqueaban por encima del patio colgaban unos faroles, mientras que en el interior de la gran casa la débil luz de las velas brillaba tras los postigos de filigranas. Sharpe, abriéndose camino a empujones, se acercó todo lo que pudo a la casa y permaneció en la sombra junto a los troncos de las palmeras. Bajo la capa grasienta, llevaba su sable de caballería y una pistola cargada, aunque esperaba no necesitar ninguna de las dos armas.

El mercader, que se llamaba Panjit, hizo esperar a los solicitantes y mendigos hasta que se hubo tomado la cena. Entonces se abrió la puerta de la casa y Panjit, resplandeciente en una larga túnica de seda amarilla bordada, apareció en lo alto de la escalera. Los solicitantes empezaron a decirle cosas en voz alta y los mendigos avanzaron arrastrando los pies hasta que los palos de los guardaespaldas los hicieron retroceder. El mercader sonrió y luego hizo sonar una campanilla para captar la benevolencia de un dios pintado con vivos colores ubicado en una hornacina del muro del patio. Panjit hizo una reverencia ante el dios y entonces, en respuesta a los ruegos de Sharpe, un segundo hombre, vestido con una túnica de seda roja, salió por la puerta de la casa.

Ese otro hombre era Nana Rao. Lucía una amplia sonrisa; no es de extrañar, pues no había sufrido los estragos del fuego y, tal como había revelado la guinea de Sharpe, también era primo hermano de Panjit, que era el mercader que tanto se había beneficiado al poseer el segundo almacén que había repuesto las mercancías supuestamente destruidas en el desastroso incendio de Nana Rao. Todo había sido un

ingenioso engaño que había permitido a los primos vender los mismos artículos dos veces. Aquella noche, ahítos de sus pingües beneficios, estaban eligiendo a los hombres a quienes se les daría el lucrativo trabajo de llevar a remo a los pasajeros con sus pertenencias hasta los grandes barcos que permanecían en el fondeadero. Los elegidos debían pagar por aquel privilegio, enriqueciendo así aún más a Panjit y Nana Rao, y los primos, conscientes de su buena fortuna, pensaban ganarse la benevolencia de los dioses distribuyendo unas insignificantes monedas entre los mendigos. Sharpe pensó que podía acercarse a Nana Rao como suplicante y luego despojarse de la mugrienta capa y avergonzar al hombre de tal manera que le devolviera su dinero. Los guardaespaldas de aspecto feroz que se hallaban al pie de los escalones sugerían que su pobre plan podría resultar más complicado de lo que él preveía, pero Sharpe supuso que Nana Rao no querría que su engaño saliera a relucir, por lo que probablemente no tendría inconveniente en pagarle.

Sharpe estaba ahora más cerca de la casa. Se había fijado en que habían llevado el palanquín a un estrecho y oscuro pasaje que corría junto al edificio y que al parecer desembocaba en un patio situado en la parte trasera de la casa, y estaba considerando la idea de avanzar por aquella calleja y luego volver por el interior del edificio y acercarse a Nana Rao por la espalda, pero los guardaespaldas hacían retroceder a golpes a todos los mendigos que se aventuraban a acercarse al pasaje. A los solicitantes se les dejaba subir por los escalones en pequeños grupos, pero los mendigos tenían que esperar hasta que terminara el negocio principal de la noche.

Sharpe se imaginó que aquélla sería una larga noche, pero se resignó a esperar, con la capucha de la capa echada por encima del rostro. Se agachó junto a la pared a observar, al acecho de una oportunidad para meterse corriendo en el pasaje que avanzaba junto a la casa, pero entonces un criado que había estado vigilando la puerta exterior se abrió paso a empujones entre la multitud y le dijo algo al oído a Panjit. Por un instante el mercader pareció alarmado y se hizo el silencio en el patio, pero entonces le susurró algo a Nana Rao, que se limitó a encogerse de hombros. Panjit dio unas palmadas y les soltó unos gritos a los guardaespaldas, que hicieron retroceder enérgicamente a los solicitantes para que abrieran un paso entre la puerta y los escalones. Estaba claro que alguien venía a la casa, y Nana Rao, nervioso ante su aparición, se sumergió en la negra sombra de la parte trasera del porche.

Ahora Sharpe tenía el camino despejado para meterse en el pasaje próximo a la casa, pero curiosamente se quedó donde estaba. Se oyó un alboroto procedente del callejón, parecido a los abucheos y el barullo que siempre acompañan a un grupo de agentes de policía cuando recorren las calles menores de Londres. Entonces la puerta exterior se abrió del todo y Sharpe no pudo hacer otra cosa que quedarse mirando asombrado.

En la puerta había un grupo de marineros británicos a las órdenes de un capitán de

la marina (nada menos que un capitán), que iba impecable, con bicornio, levita azul, bombachos y medias de seda, zapatos con hebilla de plata y una fina espada. La luz de los faroles se reflejaba en el cordón dorado de sus charreteras gemelas. Se quitó el sombrero, dejando al descubierto un espeso cabello rubio, sonrió e hizo una reverencia.

—¿Tengo el honor —preguntó— de haber llegado a la casa de Panjit Lashti?

Panjit asintió con un cauteloso movimiento de cabeza.

—Sí, ésta es su casa —dijo en inglés.

El capitán de la marina se volvió a poner el sombrero.

—He venido —anunció con una voz amistosa que tenía un marcado acento de Devonshire— a buscar a Nana Rao.

—No está aquí —contestó Panjit.

El capitán dirigió una rápida mirada a la figura con la túnica roja entre las sombras del porche.

—Su fantasma ya nos sirve.

—Ya se lo he dicho —dijo Panjit, y el desafío hizo que su voz sonara enojada—. No está aquí. Está muerto.

El capitán sonrió.

—Me llamo Chase —dijo con cortesía—, capitán Joel Chase, de la Marina de Su Majestad Británica, y le agradecería mucho que Nana Rao viniera conmigo.

—Su cuerpo fue incinerado —declaró Panjit, furioso— y sus cenizas se arrojaron al río. ¿Por qué no lo busca allí?

—No está más muerto que usted o que yo —replicó Chase, y con una señal de la mano indicó a sus hombres que avanzaran. Había llevado consigo a una docena de marineros, todos vestidos de forma idéntica, con pantalones blancos de dril, holgadas camisas blancas y unos sombreros de paja endurecidos con brea y ceñidos con unas cintas rojas y blancas. Iban peinados con largas coletas y llevaban unos palos gruesos que Sharpe supuso que eran barras de cabrestante. Su líder era un hombre enorme cuyos antebrazos desnudos estaban llenos de tatuajes; a su lado había un negro, igual de alto que él, que empuñaba la barra de cabrestante como si fuera un bastón de mando de avellano—. Nana Rao —Chase dejó de fingir que el mercader estaba muerto—, me debe usted un montón de dinero y he venido a buscarlo.

—¿Con qué autoridad se presenta usted aquí? —quiso saber Panjit. La multitud, que en su mayoría no entendía el inglés, observaba a los marineros con nerviosismo, pero los guardaespaldas de Panjit, que superaban en número a los hombres de Chase e iban igual de bien armados, parecían ansiosos por lanzarse sobre los marineros.

—Mi autoridad —dijo Chase presuntuosamente— es mi monedero vacío. —Sonrió—. Seguro que no desea que utilice la fuerza, ¿verdad?

—Utilice la fuerza, capitán Chase —respondió Panjit con la misma

presuntuosidad—, y al amanecer se verá usted ante un juez.

—Acudiré gustosamente a los tribunales —replicó Chase— siempre y cuando Nana Rao esté a mi lado.

Panjit agitó las manos como si ahuyentara a Chase y a sus hombres para que se fueran de su patio.

—Usted va a marcharse, capitán. Usted va a marcharse de mi casa ahora mismo.

—Me temo que no —dijo Chase.

—¡Váyase! ¡O llamaré a las autoridades! —insistió Panjit.

Chase se volvió hacia el enorme hombre tatuado.

—Nana Rao es ese bastardo del bigote y la túnica de seda roja, contraamaestre. Cójalo.

Los marineros británicos se abalanzaron hacia delante, entusiasmados ante la oportunidad de una pelea, pero no menos ansiosos estaban los guardaespaldas de Panjit, de modo que los dos grupos se encontraron en el centro del patio con un escalofriante entrecuchar de palos, cráneos y puños. Al principio los marineros fueron los mejor parados, pues habían embestido con tal ferocidad que habían hecho retroceder a los guardaespaldas hasta el pie de los escalones, pero los hombres de Panjit eran más numerosos y estaban más acostumbrados a las luchas con aquellos largos garrotes. Se agruparon en las escaleras y utilizaron los palos como si fueran lanzas para enredarlos en las piernas de los marineros y, uno a uno, los hombres con coleta tropezaron y fueron abatidos. El contraamaestre y el negro fueron los últimos en caer. Intentaron proteger a su capitán, que se valía de sus puños con destreza, pero por desgracia los marineros británicos habían subestimado a sus oponentes y ya no tenían nada que hacer.

Sharpe se desplazó sigilosamente hacia las escaleras, apartando a los mendigos a codazos. La multitud abucheaba a los derrotados marineros británicos, Panjit y Nana Rao se reían, en tanto que los solicitantes, envalentonados por el éxito de los guardaespaldas, se empujaban los unos a los otros para poder pegarles una patada a los hombres caídos. Algunos guardaespaldas lucían los sombreros alquitranados, y otro se pavoneaba triunfalmente con el bicornio de Chase en la cabeza. Habían hecho prisionero al capitán: dos hombres lo tenían inmovilizado sujetándolo por los brazos.

Uno de los guardaespaldas se había quedado con Panjit y advirtió que Sharpe se dirigía hacia los escalones. Bajó tras él a toda prisa, gritándole a Sharpe que debía retroceder, y cuando vio que el mendigo con capa no obedecía intentó propinarle un puntapié. Sharpe agarró el pie de aquel hombre y lo empujó hacia arriba, de manera que éste cayó de espaldas y su cabeza golpeó contra el primer escalón con un horrible golpe sordo que pasó desapercibido en medio de aquella ruidosa celebración de la derrota británica. Panjit gritaba pidiendo silencio, con las manos en alto. Nana Rao se reía y sus hombros temblaban con el júbilo. Mientras tanto, Sharpe permanecía en la

sombra de los arbustos a un lado de la escalera.

Los victoriosos guardaespaldas empujaron a los solicitantes y a los mendigos para apartarlos de los magullados y ensangrentados marineros que, desarmados, lo único que podían hacer era observar cómo a su despeinado capitán lo conducían ignominiosamente y a empujones hacia el pie de la escalera. Panjit meneó la cabeza con fingida tristeza.

—¿Qué voy a hacer con usted, capitán?

Chase se soltó las manos de una sacudida. Su cabello rubio estaba oscurecido por la sangre que le bajaba en un hilo por la mejilla, pero aun así se mostró desafiante.

—Le sugiero —dijo— que me entregue a Nana Rao y que le rece al dios en quien confíe, sea cual sea, para que no lo lleve ante los jueces.

Panjit pareció afligido.

—Será usted, capitán, quien vaya a los tribunales —dijo él—, ¿y qué imagen va a dar con ello? ¿El capitán Chase, de la Marina de Su Majestad Británica, condenado por entrar por la fuerza en una casa particular y armar camorra como un borracho? Creo, capitán Chase, que será mejor que usted y yo discutamos los términos de un acuerdo para evitar semejante destino. —Panjit aguardó, pero Chase no dijo nada. Era un hombre derrotado. Panjit miró con el ceño fruncido al guardaespaldas que tenía el sombrero del capitán y le ordenó que se lo devolviera. Acto seguido sonrió—. Yo deseo evitar un escándalo tanto como usted, capitán, pero yo voy a sobrevivir a cualquier escándalo que suscite este triste asunto, y en cambio usted no. Así pues, creo que sería mejor que me hiciera una oferta.

Un fuerte chasquido interrumpió a Panjit. No fue un único chasquido, sino algo más parecido a un fuerte chirrido metálico que terminó con el sonido consistente de una pistola al ser amartillada, Panjit se dio la vuelta y vio que un oficial de casaca roja, cabello negro y una cicatriz en el rostro se hallaba de pie junto a su primo y sujetaba la ennegrecida boca de la pistola contra la sien de Nana Rao.

Los guardaespaldas miraron a Panjit, vieron que se tambaleaba y algunos de ellos alzaron sus palos y avanzaron hacia las escaleras, pero Sharpe agarró del pelo a Nana Rao con la mano izquierda y le dio una patada en la parte trasera de las rodillas, de modo que el mercader se desplomó con fuerza soltando un grito de dolido sorpresa. La repentina brutalidad y la evidente disposición de Sharpe para apretar el gatillo frenaron a los guardaespaldas.

—Creo que será mejor que me haga una oferta —le dijo Sharpe a Panjit—, porque este primo muerto suyo me debe catorce libras, siete chelines y tres peniques y medio.

—Guarde esa pistola —dijo Panjit al mismo tiempo que, con un gesto de la mano, indicaba a los guardaespaldas que retrocedieran. Estaba nervioso. Tratar con un educado capitán de la marina que sin duda era un caballero era una cosa, pero el

alférez de casaca roja parecía un salvaje y a Nana Rao se le clavaba la boca de la pistola en la cabeza, con lo que el mercader gimoteaba de dolor—. Guarde la pistola —dijo Panjit con voz tranquilizadora.

—¿Cree que soy tonto? —replicó Sharpe en tono despectivo—. Además, el juez no puede hacerme nada si le pego un tiro a su primo. ¡Ya está muerto! Usted mismo lo dijo. No es más que cenizas en el río. —Le retorció el pelo a Nana Rao, y eso hizo que el hombre postrado de rodillas soltara un grito ahogado—. Catorce libras —dijo Sharpe—, siete chelines y tres peniques y medio.

—¡Pagaré! —exclamó Nana Rao con voz entrecortada.

—Y el capitán Chase también quiere su dinero —dijo Sharpe.

—Doscientas dieciséis guineas —terció Chase, que estaba sacudiendo el polvo del sombrero—, aunque creo que nos merecemos un poco más por haber hecho el milagro de devolverle a la vida a Nana Rao...

Panjit no era idiota. Miró a los marineros de Chase, que estaban recogiendo sus barras de cabrestante y se preparaban para continuar con la pelea.

—¿Sin jueces? —le preguntó a Sharpe.

—Detesto a los jueces —respondió éste.

En el rostro de Panjit se asomó una sonrisa.

—Si le soltara el pelo a mi primo —sugirió— entonces creo que podríamos hablar de negocios.

Sharpe dejó a Nana Rao, bajó el pedernal de la pistola y dio un paso hacia atrás. Se puso por un momento en posición de firmes.

—Alférez Sharpe, señor —se presentó a Chase.

—Usted no es un alférez, Sharpe, sino un ángel del Señor. —Chase subió los escalones con la mano extendida. A pesar de la sangre que tenía en la cara, seguía siendo un hombre bien parecido, seguro y simpático, lo que parecía provenir de su carácter satisfecho y afable—. Usted ha sido el *deus ex machina*, alférez, y es bienvenido igual que una puta en la cubierta de batería o que una brisa en las zonas de calmas subtropicales. —Hablabla en tono desenfadado, pero no cabía duda sobre el fervor de su agradecimiento y, en lugar de darle a Sharpe la mano, lo abrazó—. Gracias —susurró, y luego se apartó—. ¡Hopper!

—¿Señor? —El enorme contramaestre de brazos tatuados que había estado tumbando enemigos a diestro y siniestro antes de que lo arrollaran dio un paso al frente.

—Despeje las cubiertas, Hopper. Nuestros enemigos desean discutir los términos de su rendición.

—A la orden, mi capitán.

—Éste es el alférez Sharpe, Hopper. Hay que tratarlo como al más honrado de los amigos.

—A la orden, mi capitán —dijo Hopper con una sonrisa.

—Hopper está al mando de la tripulación de mi barcaza —le explicó Chase a Sharpe—, y esos maltrechos caballeros son sus remeros. Tal vez esta noche no se recuerde como una de nuestras grandes victorias, caballeros —Chase se dirigía entonces a sus hombres magullados y ensangrentados—, pero no deja de ser una victoria, y les doy las gracias por ello.

Se despejó el patio, fueron a buscar sillas a la casa y se discutieron los términos del acuerdo.

«Ha sido una guinea muy bien gastada», pensó Sharpe.



—Esos tipos me caían bastante bien —dijo Chase.

—¿Panjit y Nana Rao? Son unos granujas —comentó Sharpe—. Pero a mí también me caían bien.

—Aceptaron su derrota como caballeros.

—Tuvieron suerte —dijo Sharpe—. Debieron de hacer una fortuna con ese incendio.

—Es el truco más viejo del mundo —dijo el capitán Chase—. En la Isla de los Perros había un tipo que siempre aseguraba que los ladrones se le habían llevado las provisiones la noche antes de que zarpara un barco extranjero, y las víctimas siempre picaban. —Chase se rió y Sharpe no dijo nada. Conocía al hombre del que hablaba Chase, y una noche hasta lo había ayudado a vaciar el almacén, pero creyó que era mejor guardar silencio—. Pero usted y yo estamos bien, Sharpe —continuó Chase—, aparte de algún arañazo y algún moretón, y eso es lo único que importa, ¿eh?

—Sí, señor: estamos bien —asintió Sharpe. Los dos hombres, seguidos por la tripulación de la barcaza de Chase, regresaban andando a través de los callejones de acre olor de Bombay y ambos llevaban dinero. Al principio Chase había celebrado un contrato con Rao para que abasteciera su barco de ron, brandy, vino y tabaco, y ahora, en lugar de las doscientas dieciséis guineas que le había pagado al mercader, llevaba trescientas, y, por su parte, Sharpe tenía doscientas rupias, de modo que en conjunto había sido una noche productiva, especialmente porque Panjit había prometido suministrarle a Sharpe la cama, las mantas, el balde, el farol, el arcón, el *arrack*, el tabaco, el jabón y el filtro, todo lo cual se le entregaría en el *Calliope* al amanecer sin que Sharpe tuviera que pagar nada. Los dos indios se habían mostrado ansiosos por apaciguar a los ingleses en cuanto se dieron cuenta de que Chase y Sharpe no tenían intención de contarles a las víctimas desplumadas que Nana Rao seguía vivo; así pues, los mercaderes dieron de comer a sus no deseados invitados, les sirvieron un montón de *arrack*, les pagaron el dinero, les juraron amistad eterna y les dieron las buenas noches.

Ahora Chase y Sharpe se abrían camino a tientas por la oscura ciudad.

—¡Dios, este lugar apesta! —dijo Chase.

—¿No había estado aquí nunca? —preguntó Sharpe, sorprendido.

—Llevo cinco meses en la India —respondió Chase—, pero siempre he dado en el mar. Ahora hace una semana que vivo en tierra, y esto apesta. ¡Dios mío, qué mal huele este lugar!

—No más que Londres —replicó Sharpe. Y era cierto, pero allí los olores eran distintos. En lugar de a gases de carbón, olía a estiércol de buey y a los intensos aromas de las especias y las aguas residuales. Era un olor dulce, quizás incluso fuerte, pero no era desagradable. Sharpe se acordó de cuando había llegado por primera vez, y de cómo había retrocedido ante aquel olor que entonces le parecía acogedor e incluso apetecible—. Yo lo voy a echar de menos —admitió Sharpe—. A veces pienso que ojalá no regresara a Inglaterra.

—¿En qué barco está?

—En el *Calliope*.

Aquello a Chase pareció divertirlo.

—¿Y qué le parece Peculiar?

—¿Peculiar? —preguntó Sharpe.

—Peculiar Cromwell, por supuesto; el capitán —Chase miró a Sharpe—. Lo habrá conocido ¿no?

—No. Nunca he oído hablar de él.

—Pero el convoy debió de llegar hace dos meses —dijo Chase.

—Así es.

—Entonces tendría que haber hecho un esfuerzo para ver a Peculiar. Es su verdadero nombre, por cierto: Peculiar Cromwell. Raro, ¿eh? Estuvo en la marina, la mayoría de los capitanes de la Compañía de las Indias Orientales estuvieron en la armada, pero Peculiar dimitió porque quería hacerse rico. También creía que deberían haberlo nombrado almirante, y no haber tenido que pasar unos años tediosos como mero capitán. Es un tipo extraño, pero gobierna un barco muy ordenado, y muy rápido también. No puedo creer que no hiciera lo posible por conocerle.

—¿Y por qué debería haberlo hecho? —preguntó Sharpe.

—Pues para asegurarse de obtener ciertos privilegios a bordo, claro está. ¿Puedo suponer que viaja usted en el entrepuente?

—Viajo barato, si es eso a lo que se refiere —contestó Sharpe. Lo dijo con amargura, pues aunque había pagado la tarifa más barata que había, su pasaje le había costado ciento siete libras y quince chelines. Al principio creyó que el ejército le pagaría el viaje, pero se habían negado a hacerlo alegando que Sharpe había aceptado una invitación para unirse al 95.º de Fusileros y que si el 95.º de Fusileros no quería pagarle el pasaje, que se fueran al carajo, al carajo sus casacas de color equivocado y

al carajo Sharpe. De modo que había arrancado uno de los valiosos diamantes del dobladillo de su casaca roja y él mismo se había pagado la travesía. Seguía teniendo un dineral en piedras preciosas, las que se había llevado del cuerpo del Tippoo Sultán en un túnel frío y húmedo de Seringapatam, pero le molestaba utilizar el botín para pagar a la Compañía de las Indias Orientales. Gran Bretaña había enviado a Sharpe a la India y, a juicio de Sharpe, era Gran Bretaña la que debía encargarse de su regreso.

—Pues lo más inteligente, Sharpe —dijo Chase—, hubiera sido presentarse a Peculiar mientras éste se alojaba en tierra y ofrecerle un regalo a ese cabrón avaricioso, porque entonces le hubiera asignado unas dependencias decentes. Pero si no le ha untado la mano a Peculiar, Sharpe, lo más probable es que le haga viajar en la cubierta inferior con las ratas. Viajar en la cubierta principal es mucho mejor y no cuesta ni un penique más; en la cubierta baja no hay nada más que pedos, vómito y sufrimiento durante todo el camino hasta casa. —Los dos hombres habían abandonado los estrechos callejones e iban a la cabeza de la tripulación de la gabarra por una calle bordeada de zanjas llenas de aguas residuales. Aquél era un barrio de hojalateros; las fraguas ya ardían intensamente y el sonido de los martillos repiqueteaba en la noche. Unas pálidas vacas vieron pasar a los marineros. Los perros ladraron frenéticamente, despertando a los pobres sin hogar que se acurrucaban entre las zanjas y las paredes de las casas—. Es una lástima que zarpe usted en un convoy —añadió Chase.

—¿Por qué, señor?

—Porque un convoy va a la velocidad de su embarcación más lenta —explicó Chase—. El *Calliope* podría llegar a Inglaterra en tres meses si se le permitiera volar, pero tendrá que ir renqueando. Ojalá pudiera navegar con usted. Yo mismo le ofrecería pasaje como agradecimiento por haberme rescatado esta noche, pero lamentablemente me dirijo a la caza de fantasmas...

—¿A la caza de fantasmas, señor?

—¿Ha oído hablar del *Revenant*?

—No, señor.

—¡Qué ignorancia la de ustedes los soldados! —dijo Chase, divertido—. El *Revenant*, mi querido Sharpe, es un setenta y cuatro francés que ronda por el océano Índico. Se esconde en Mauricio, realiza incursiones para atrapar a sus presas y luego vuelve a escabullirse rápidamente antes de que podamos atraparlo. Yo estoy aquí para contener su fervor, aunque antes de darle caza tengo que rascar bien la carena. Tras ocho meses en alta mar, mi barco va demasiado lento, de modo que estamos limpiando las bromas del casco para que vaya más deprisa.

—Le deseo buena suerte, señor —dijo Sharpe, y a continuación frunció el ceño—. Pero, ¿qué tiene eso que ver con los fantasmas? —Normalmente no le gustaba hacer semejantes preguntas. Tiempo atrás Sharpe había marchado en las filas de un

batallón de casacas rojas, pero luego lo habían hecho oficial, y así se había encontrado inmerso en un mundo donde casi todos eran hombres cultos menos él. Se había acostumbrado a dejar que se le escaparan pequeños misterios, pero esta vez decidió que no le importaba poner de manifiesto su ignorancia ante un hombre de talante tan afable como Chase.

—*Revenant* es la palabra francesa para decir fantasma —dijo Chase—. Sustantivo, masculino. Yo tuve un profesor particular para estas cosas que me inculcó el lenguaje a golpes, y ahora a mí me gustaría sacárselo a él a azotes. —En un patio cercano cacareó un gallo y Chase levantó la vista al cielo—. Está a punto de amanecer —dijo—. ¿Me permitirá que le ofrezca el desayuno? Después mis muchachos lo llevarán hasta el *Calliope*. Y entonces, que Dios le acompañe de vuelta a casa, ¿eh?

A casa. A Sharpe aquélla le resultaba una palabra extraña, porque no tenía más casa que el ejército y hacía seis años que no veía Inglaterra. ¡Seis años! Y, sin embargo, no sentía ninguna oleada de gozo ante la perspectiva de zarpar rumbo a Inglaterra. No pensaba en ella como en su hogar, la verdad es que no tenía ni idea de lo que era un hogar, pero, estuviera donde estuviera aquel esquivo lugar, allí se dirigía él.



Mientras limpiaban su barco de algas, Chase se alojaba en tierra.

—Lo volcamos, le limpiamos la carena revestida de cobre y lo ponemos a flote —explicó mientras los sirvientes traían café, huevos duros, panecillos, jamón, pollo frío y un cesto de mangos—. Restregar la carena es un maldito fastidio. Hay que trasladar todos los cañones a otro sitio y sacar la mitad de la carga de la bodega, pero cuando esté hecho navegará de maravilla. ¡Sírvese más huevos, Sharpe! Debe de estar hambriento. Yo lo estoy. ¿Le gusta la casa? Pertenece al primo hermano de mi esposa. Es comerciante aquí, aunque ahora mismo se encuentra en las colinas haciendo lo que sea que hacen los comerciantes para enriquecerse. Fue su mayordomo quien me alertó de las trampas de Nana Rao. Siéntese, Sharpe, siéntese. Coma.

Tomaron el desayuno a la sombra de una ancha galería que daba a un pequeño jardín, un camino y el mar. Chase era cortés, generoso y aparentemente indiferente al enorme abismo que existía entre un mero alférez, el oficial de menor jerarquía del ejército, y un capitán de la marina, que oficialmente era el equivalente a un coronel del ejército, aunque a bordo de su barco un hombre así estaba por encima de los mismísimos poderes del cielo. Al principio Sharpe había sido consciente de ese abismo, pero poco a poco había ido descubriendo que Joel Chase era una persona bondadosa de verdad, y el oficial de la marina, cuya sincera gratitud no tenía límites, no tardó en ganarse la simpatía de Sharpe.

—¿Se da cuenta de que ese bastardo de Panjit realmente podría haberme llevado ante los tribunales? —preguntó Chase—. ¡Dios mío, Sharpe, eso habría sido un lío! Y Nana Rao hubiera desaparecido, ¿y quién iba a creerme si decía que el muerto había vuelto a la vida? Sírvase más jamón, por favor. Como mínimo, eso hubiera supuesto una investigación, y casi seguro un consejo de guerra. He tenido una suerte bárbara por haber sobrevivido con mis hombres intactos. ¿Pero cómo iba yo a saber que tenía un ejército privado?

—Salimos bien de ésta, señor.

—Gracias a usted, Sharpe, gracias a usted. —Chase se estremeció—. Mi padre siempre decía que antes de cumplir los treinta estaría muerto, y ya los he sobrepasado en cinco años. Pero un día me meteré en problemas y no habrá ningún alférez para sacarme de ellos. —Dio unas palmaditas a la bolsa que contenía el dinero recibido de Nana Rao y Panjit—. Y, entre usted y yo, Sharpe: este dinero me viene como caído del cielo. ¡Como caído del cielo! ¿Cree usted que en Inglaterra podríamos cultivar mangos?

—No lo sé, señor.

—Voy a intentarlo. Plantaré un par de ellos en una zona cálida del jardín y ¿quién sabe? —Chase sirvió café y estiró sus largas piernas. Tenía curiosidad por saber por qué Sharpe, un hombre que rondaba los treinta años, sólo era alférez. Se lo preguntó con exquisito tacto y, en cuanto descubrió que a Sharpe lo habían ascendido desde la tropa, su admiración fue de lo más sincera—. Una vez tuve un capitán que subió desde el escobén —le contó a Sharpe—, ¡y era condenadamente bueno! Sabía lo que hacía. Comprendía lo que pasaba en los sitios oscuros donde la mayoría de capitanes no se atreven a mirar. Creo que el ejército tiene suerte con usted, Sharpe.

—No estoy seguro de que ellos piensen lo mismo, señor.

—Lo susurraré en algunos oídos, Sharpe, aunque si no atrapo al *Revenant* serán poquísimos los que me escuchan.

—Lo atraparé, señor.

—Rezo para que así sea, pero es una bestia muy rápida. Rápida y escurridiza. Todos los barcos franceses lo son. Dios sabe que esos cabrones no saben gobernarlos, pero sí saben construirlos. Los barcos franceses son como las mujeres francesas, Sharpe. Hermosas y rápidas, pero desastrosamente tripuladas. Póngase un poco de mostaza. —Chase empujó el tarro hacia el otro lado de la mesa y luego acarició a un flaco gatito negro mientras dirigía la mirada más allá de las palmeras hacia el mar—. Me gusta el café —dijo, y a continuación señaló hacia el mar—. Allí está el *Calliope*.

Sharpe miró, pero lo único que vio fue una concentración de embarcaciones en el puerto, a lo lejos, más allá de las aguas menos profundas, donde transitaban montones de barcazas, lanchas y embarcaciones pesqueras.

—Es el que está secando las gavias —dijo Chase, y Sharpe vio que uno de los

distantes barcos había desplegado sus velas más altas, pero desde aquella distancia tenía el mismo aspecto que la otra docena de embarcaciones de la Compañía de las Indias Orientales que iban a zarpar juntas rumbo a casa para protegerse contra los corsarios que rondaban el océano Indico. Desde la costa parecían naves de la marina, pues sus cascos estaban pintados de blanco y negro para insinuar que tras las portas cerradas se ocultaban unas sólidas andanas, aunque aquella artimaña no engañaría a ningún corsario. Aquellos barcos, con sus cascos repletos de las riquezas de la India, eran las presas más sensacionales que cualquier corsario o capitán de la marina francesa podía desear. Si uno quería vivir y morir rico, lo único que tenía que hacer era capturar un barco de la Compañía de las Indias Orientales. Y por esa razón aquellas grandes naves navegaban en convoy.

—¿Dónde está su barco, señor? —preguntó Sharpe.

—Desde aquí no lo veo —respondió Chase—. Lo están carenando en un bajío, en el extremo más alejado de la Isla del Elefante.

—¿Carenando?

—Inclinado a un lado para que podamos limpiarle el casco.

—¿Cómo se llama?

Chase pareció avergonzado.

—*Pucelle* —dijo.

—¿*Pucelle*? Suena francés.

—Es francés, Sharpe. Quiere decir «virgen». —Chase fingió sentirse ofendido cuando Sharpe se rió—. ¿Ha oído hablar de la *Pucelle d'Orléans*?

—No, señor.

—La doncella de Orleans, Sharpe, era Juana de Arco, y el barco se llama así por ella. Sólo espero que no acabe como Juana, achicharrado...

—Pero, ¿por qué ponerle a un barco el nombre de una mujer francesa, señor? —preguntó Sharpe.

—Nosotros no se lo pusimos. Fueron los franchutes. Era una embarcación francesa hasta que Nelson la capturó en el Nilo. Si capturas un barco, Sharpe, no le cambias el nombre a menos que éste sea absolutamente repugnante. Nelson capturó el *Franklin* en el Nilo, una nave de ochenta cañones y gran belleza, pero la marina no iba a tener un barco que se llamara como un jodido traidor yanqui, de modo que ahora lo llamamos *Canopus*. En cambio, mi barco conservó su nombre, y es una bestia encantadora. Encantadora y rápida. ¡Oh, Dios mío, no! —Se puso en pie de golpe y fijó la vista en el camino—. ¡Oh, Dios, no! —Estas últimas palabras las había pronunciado ante la visión de un carruaje abierto que había aminorado la marcha y que entonces se había detenido al otro lado de la verja del jardín. Chase, que hasta ese momento se había mostrado jovial, de repente pareció amargado.

En el carruaje iban sentados un hombre y una mujer, y lo conducía un indio

vestido de librea en amarillo y negro. Dos lacayos nativos, ataviados con una librea igual, se apresuraron a abrir la portezuela del carruaje y a desplegar la escalerilla, permitiendo así que el hombre, que vestía una chaqueta blanca de lino, descendiera a la calzada. Inmediatamente un mendigo avanzó balanceándose sobre unas cortas muletas y unos encallecidos muñones en dirección al carruaje, pero uno de los lacayos lo rechazó con una fuerte patada y el cochero lo acabó de ahuyentar con su látigo. El hombre de la chaqueta blanca era de mediana edad y tenía un rostro que a Sharpe le recordó a sir Arthur Wellesley. Tal vez fuera por la nariz prominente, o quizá por la mirada fría y altanera que tenía aquel hombre. O quizá fuera que todo en él, desde su carruaje hasta los criados con librea, hablaba de privilegios.

—Lord William Hale —dijo Chase, que pronunció con desagrado cada una de las sílabas.

—Nunca he oído hablar de él.

—Está en la Junta de Control —explicó Chase, y entonces advirtió las cejas arqueadas de Sharpe—. Seis hombres nombrados por el gobierno para asegurarse de que la Compañía de las Indias Orientales no cometa ninguna estupidez. O más bien para asegurarse de que, si la comete, nada la relacione con el gobierno. —Miró con resentimiento a lord William, que se había detenido a hablar con la mujer que iba en el carruaje—. Ésa es su esposa. Acabo de traerlos de Calcuta para que puedan irse a casa en el mismo convoy que usted. Debería rezar para que no viajen en el *Calliope*.

Lord William tenía el pelo cano y Sharpe supuso que su esposa también sería de mediana edad, pero cuando ella bajó su blanco parasol Sharpe pudo ver claramente a la señora y la respiración se le detuvo en la garganta. Era mucho más joven que lord William y su rostro pálido y delgado poseía una belleza evocadora e inquietante, casi como un pesar, que golpeó a Sharpe con la fuerza de una bala. Se la quedó mirando fijamente, embelesado.

Chase sonrió al ver la expresión enamorada de Sharpe.

—De soltera era Grace de Laverre Gould, tercera hija del conde de Selby. Tiene veinte años menos que su marido, pero es igual de fría que él.

Sharpe no podía apartar los ojos de la señora, pues era realmente hermosa; increíble, dolorosa e inalcanzablemente hermosa. Su tez, medio ensombrecida cuando se inclinó hacia su marido, era pálida como el marfil y estaba enmarcada por unos vigorosos rizos de cabello negro recogidos aparentemente de cualquier manera pero que, hasta Sharpe se dio cuenta de ello, su doncella habría tardado una eternidad en arreglar. Ella no sonreía, sino que miraba a su marido con solemnidad.

—Más que fría parece triste —dijo Sharpe.

Chase se burló del tono nostálgico de Sharpe.

—¿Y qué motivos tiene para estar triste, Sharpe? Su belleza es su fortuna, y su marido es tan rico como inteligente y ambicioso. Va camino de convertirse en la

esposa del primer ministro, siempre y cuando lord William no dé un mal paso, y, créame, camina con la suavidad de un gato.

Lord William concluyó la conversación con su esposa y a continuación hizo un gesto para que un lacayo abriera la verja de Chase.

—Podría haber escogido una casa con una entrada para carruajes —reprendió al capitán de la marina, mientras subía a grandes zancadas por el corto sendero—. Es endemoniadamente molesto que te acosen los mendigos cada vez que haces una visita.

—¡Ay, milord, los marineros somos tan ineptos en tierra! ¿No puedo tentar a su esposa para que tome un poco de café?

—La señora no se encuentra bien. —Lord William subió corriendo los escalones de la galería, le echó un vistazo despreocupado a Sharpe y entonces le tendió una mano a Chase como si esperara que éste le diera algo. Debió de advertir la sangre que aún formaba costras en el cabello rubio de Chase, pero no hizo ningún comentario—. Y bien, Chase, ¿puede saldar la deuda?

Chase sacó a regañadientes la gran bolsa de cuero que contenía las monedas que había obtenido de Nana Rao y contó una parte sustancial, que le entregó a lord William. Su señoría se estremeció ante la idea de manejar aquel dinero mugriento, pero se obligó a cogerlo y se lo metió en los bolsillos de los faldones de su chaqueta.

—Su recibo —dijo, y le entregó a Chase un pedazo de papel—. ¿Supongo que no ha recibido nuevas órdenes?

—Lamentablemente no, milord. Todavía tenemos orden de encontrar el *Revenant*.

—Tenía la esperanza de que, en lugar de eso, se iría a casa. Es crucial que llegue a Londres cuanto antes. —Frunció el ceño y, sin añadir palabra, se dio la vuelta para marcharse.

—¿Me brindará usted la oportunidad, milord —dijo Chase—, de presentarle a mi muy especial amigo el señor Sharpe?

Lord William concedió una segunda y veloz mirada a Sharpe, pero su señoría no vio nada que contradijera su primera opinión, a saber, que el alférez no tenía ni dinero ni poder, por lo que se limitó a mirarlo, a calcular y a apartar la vista sin ofrecerle ningún saludo. Sin embargo, en aquel breve cruce de miradas Sharpe había recibido una impresión de fuerza, seguridad y arrogancia. Lord William era un hombre que tenía más poder que la parte que le correspondía, quería más y no iba a perder el tiempo con aquellos que nada tenían que ofrecerle.

—El señor Sharpe sirvió a las órdenes de sir Arthur Wellesley —dijo Chase.

—Igual que otros miles, según creo —replicó con indiferencia, y entonces frunció el ceño—. Hay una cosa que podría hacer por mí, Chase.

—Estoy totalmente a disposición de su señoría, por supuesto —dijo Chase con educación.

—¿Tiene una barcaza y tripulación?

—Todos los capitanes las tienen —respondió Chase.

—Debemos llegar al *Calliope*. ¿Podría llevarnos hasta allí?

—Lamentablemente, milord, le he prometido la barcaza al señor Sharpe —dijo Chase—, pero estoy seguro de que la compartirá con usted con mucho gusto. Él también se dirige al *Calliope*.

—Me complacería poder ayudarles —dijo Sharpe.

La expresión de lord William dio a entender que la ayuda de Sharpe era lo último que requeriría nunca.

—Dejemos que nuestro acuerdo actual quede tal como estaba —le dijo a Chase y, sin perder más tiempo, se marchó.

Chase se rió por lo bajo.

—¿Compartir un bote con usted, Sharpe? Antes le saldrían alas y echaría a volar.

—A mí no me importaría compartir un bote con ella —dijo Sharpe sin dejar de mirar a la tal lady Grace, que a su vez mantenía la mirada clavada al frente mientras un montón de mendigos gimoteaba a una distancia prudencial del hiriente látigo del cochero.

—Mi querido Sharpe —dijo Chase al tiempo que observaba alejarse el carruaje—, va a contar con la compañía de esa dama al menos durante cuatro meses, aunque dudo que llegue siquiera a verla. Lord William afirma que tiene los nervios delicados y es reacia a tener compañía. La tuve a bordo del *Pucelle* durante casi un mes, y puede que la viera un par de veces. Se queda en el camarote, o si no camina por la toldilla de noche, cuando nadie puede importunarla, y le apuesto un mes de su paga contra un año de la mía a que cuando lleguen a Inglaterra ni siquiera sabrá su nombre.

Sharpe sonrió.

—Yo no apuesto.

—Bien por usted —dijo Chase—. Este último mes, como un idiota, yo he jugado demasiado al *whist*. Le prometí a mi esposa que no arriesgaría mucho dinero, y Dios me castigó por ello. ¡Si llego a ser estúpido! Desde Calcuta hasta aquí jugué casi cada noche y perdí ciento setenta guineas con ese adinerado cabrón. Es culpa mía —admitió con arrepentimiento—, y no volveré a sucumbir. —Alargó el brazo para tocar la tabla de madera de la mesa, como si no confiara en su propia determinación—. Pero uno siempre anda corto de dinero, ¿no es cierto? Tendré que capturar al *Revenant* y ganarme un buen dinero con el botín de guerra.

—Lo conseguiré —dijo Sharpe a modo de consuelo.

Chase sonrió.

—Eso espero. Lo espero fervientemente, pero de vez en cuando, Sharpe, esos malditos franchutes producen un marinero de verdad, y el *Revenant* está en manos del capitán Louis Montmorin. Es bueno, sus hombres son buenos y su barco es bueno.

—Pero usted es británico —repuso Sharpe—, de modo que ha de ser mejor.

—Amén a eso —dijo Chase—, amén. —Escribió su dirección de Inglaterra en un pedazo de papel y luego se empeñó en acompañar a Sharpe hasta el fuerte, donde el alférez recogió su macuto. Luego los dos hombres pasaron junto a las ruinas aún humeantes del almacén de Nana Rao, en dirección al muelle donde aguardaba la barcaza de Chase. El capitán de la marina estrechó la mano a Sharpe—. Sigo estando totalmente en deuda con usted, Sharpe.

—Lo está exagerando un poco, señor.

Chase movió la cabeza en señal de negación.

—Anoche fui un tonto, y de no haber sido por usted esta mañana habría parecido más tonto aún. Estoy en deuda con usted, Sharpe, y no lo olvidaré. Nos volveremos a encontrar, estoy seguro de ello.

—Eso espero, señor —dijo Sharpe, y a continuación descendió por los grasientos escalones. Era hora de irse a casa.



Los miembros de la tripulación de la barcaza del capitán Chase, aunque magullados y todavía ensangrentados, estaban de muy buen humor tras su aventura nocturna. Hopper, el contramaestre que con tanta firmeza había peleado, ayudó a Sharpe a descender a la barcaza, que estaba pintada de un blanco deslumbrante con una franja roja alrededor de la borda que hacía juego con las bandas rojas pintadas en los remos de mango blanco.

—¿Ha desayunado, señor? —le preguntó Hopper.

—El capitán Chase cuidó de mí.

—Es un buen hombre —dijo Hopper con afecto—. No hay nadie mejor.

—¿Hace tiempo que lo conoce? —inquirió Sharpe.

—Desde que tenía la edad del señor Collier —respondió el contramaestre al tiempo que señalaba con la cabeza a un chiquillo, de unos doce años tal vez, que estaba sentado a su lado en la popa. El señor Collier era guardiamarina y, en cuanto hubieran dejado a Sharpe sano y salvo en el *Calliope*, tenía la responsabilidad de ir a buscar el licor para la reserva privada del capitán Chase—. El señor Collier —prosiguió el contramaestre— está a cargo de este bote, ¿no es así, señor?

—Sí, lo estoy —dijo Collier, que todavía no había cambiado la voz. Le tendió una mano a Sharpe—. Harry Collier, señor. —No tenía necesidad de llamar «señor» a Sharpe, puesto que el rango de un guardiamarina era equivalente al de alférez, pero Sharpe era mucho mayor que él y, además, era amigo del capitán.

—El señor Collier está a cargo de este bote —repitió Hopper—, así que si nos ordena que atacemos un barco, lo atacaremos. Debemos obedecerle hasta la muerte, ¿no es cierto, señor Collier?

—Si usted lo dice, señor Hopper...

La tripulación sonreía.

—¡Borrad esas sonrisitas de vuestras horribles caras! —gritó Hopper, y a continuación escupió un chorro de jugo de tabaco por encima de la borda. Le faltaban los dos dientes delanteros superiores, y eso le hacía mucho más fácil escupir el jugo de tabaco—. Sí, señor —siguió diciendo, mirando a Sharpe—. He servido con el capitán Chase desde que era un chaval. Estaba con él cuando capturó el *Bouvines*.

—¿El *Bouvines*?

—Una fragata franchute, señor, con treinta y dos cañones, y estuvimos en el *Spritely*, con veintiocho, y tardamos veintidós minutos desde el primer cañón al último, y cuando terminamos con él la sangre goteaba por los imbornales. Y algún día, señor Collier —bajó la vista con severidad hacia el muchacho, cuyo rostro estaba prácticamente oculto por un sombrero bicornio que le iba demasiado grande—, estará usted a cargo de uno de los barcos de Su Majestad y será su deber y privilegio tumbar a un estúpido franchute.

—Eso espero, señor Hopper.

La barcaza avanzaba suavemente por el agua sucia, donde flotaban desperdicios, hojas de palmera y los abotargados cadáveres de ratas, perros y gatos. Una veintena más de botes, algunos de ellos cargados con equipaje, remaban también hacia el convoy, que estaba esperando. Los pasajeros más afortunados eran aquellos cuyos barcos estaban amarrados en los muelles de la Compañía, pero esos muelles no eran lo bastante grandes para todos los mercantes que iban a zarpar rumbo a casa, de manera que a la mayoría de los viajeros los estaban transportando hasta el fondeadero.

—Vi su mercancía cargada en un bote nativo, señor —dijo Hopper—, y les dije a esos cabrones que se iba a armar la gorda si no la entregaban limpia y ordenada. Les gustan sus juegucitos, señor, ya lo creo. —Entrecerró los ojos y miró al frente—. ¿Lo ve? Ahora mismo hay uno de esos hijos de puta que está tramando algo, y nada bueno.

—¿Nada bueno? —preguntó Sharpe. Lo único que él veía eran dos pequeños botes que estaban parados en el agua. En uno de los dos botes se apilaba el equipaje de cuero y en el otro iban tres pasajeros.

—Los cabrones te dicen que te costará una rupia llegar hasta el barco, señor —explicó Hopper—. Luego llegan a mitad de camino y triplican el precio, y si no les pagas, vuelven remando al muelle. Nuestros muchachos hacen lo mismo cuando recogen pasajeros en Deal para llevarlos a remo hasta los Downs. —Tiró de un cabo del timón para rodear a los dos botes.

Sharpe vio que los pasajeros del primer bote eran lord William Hale, su esposa y un joven, mientras que en el segundo se amontonaban dos criados y el equipaje. Lord

William hablaba airadamente con un indio sonriente a quien la ira de su señoría parecía dejar indiferente.

—Su maldita señoría tendrá que pagar —dijo Hopper—, o de lo contrario lo volverán a llevar a tierra.

—Acerque nuestro bote.

Hopper lo miró y luego se encogió de hombros como para sugerir que no era asunto suyo si Sharpe quería comportarse como un idiota.

—¡Alcen los remos! —gritó, y la tripulación levantó del agua las palas chorreantes, dejando que la barcaza siguiera deslizándose hasta situarse a unos pocos palmos de los inmóviles botes—. ¡Remos al agua! —exclamó Hopper con brusquedad, y los remos volvieron a hundirse para detener el elegante bote.

Sharpe se puso en pie.

—¿Tiene usted problemas, milord?

Lord William miró a Sharpe con expresión poco amistosa, pero no dijo nada, y su esposa se las arregló para sugerir que un hedor aún más nocivo que los demás olores del puerto se había acercado de alguna manera a su delicada nariz. Se limitó a quedarse mirando fijamente a popa y a hacer caso omiso de la tripulación india, de su marido y de Sharpe. Fue el tercer pasajero, el joven que iba vestido con la misma sobriedad que un coadjutor, el que se levantó y explicó el problema que tenían:

—No van a moverse —se quejó.

—Cállese, Braithwaite, cállese y siéntese —le espetó su señoría, desdeñando así la ayuda de Sharpe.

No es que Sharpe deseara ayudar a lord William, pero su esposa era otro cantar, y fue por ella por quien Sharpe desenfundó su pistola y la amartilló.

—¡Sigan remando! —ordenó al indio, que respondió escupiendo por la borda.

—¿Qué está haciendo, en nombre de Dios? —Finalmente, lord William se había dirigido a Sharpe—. ¡Mi esposa está a bordo! ¡Tenga cuidado con esa pistola, idiota! ¿Quién diablos es usted?

—Nos presentaron hace menos de una hora, milord —dijo Sharpe—. Me llamo Richard Sharpe. —Disparó y la bala de la pistola alcanzó una tabla del bote justo en la línea de flotación, entre el reacio patrón y sus pasajeros. Lady Grace se llevó una mano a la boca, alarmada, aunque la bala no había lastimado a nadie: simplemente había hecho un agujero en el bote, de modo que el indio tuvo que agacharse para tapar el desperfecto con el pulgar. Sharpe empezó a recargar la pistola—. ¡Siga remando, cabrón! —gritó.

El indio echó un vistazo por encima del hombro como si considerara la distancia que había hasta la costa, pero Hopper ordenó a su tripulación que cieran y la barcaza se movió lentamente hasta colocarse detrás de los dos botes, cortándoles el camino hacia tierra. Lord William parecía demasiado asombrado para hablar y se quedó

mirando con indignación cómo Sharpe atacaba una segunda bala por el corto cañón del arma.

El indio no quería que otra bala se le incrustara en el bote, por lo que se irguió bruscamente y les gritó a sus hombres que empezaran a darle con fuerza a los remos. Hopper asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—Entre el viento y el agua, señor. El capitán Chase estaría orgulloso de usted.

—¿Entre el viento y el agua? —preguntó Sharpe.

—Le ha hecho un agujero en la línea de flotación a ese desgraciado, señor. Se hundirá si no lo mantiene tapado.

Sharpe miró a la dama, quien, finalmente, volvió la mirada hacia su rescatador. Tenía unos ojos enormes, que tal vez fuesen el rasgo que la hacía parecer tan triste. Pero Sharpe seguía asombrado por su belleza y no pudo resistir guiñarle un ojo.

—Ahora sí que se acordará de mi nombre —dijo.

—¿Lo ha hecho por eso? —preguntó Hopper, que se puso a reír cuando vio que Sharpe no le respondía.

El bote de lord William fue el primero en acercarse al *Calliope*. Se suponía que los criados, que iban en el segundo bote, tenían que subir lo mejor que pudieran por el costado del barco mientras los marineros izaban el equipaje en redes, pero lord William y su esposa bajaron de su bote a una plataforma flotante y desde ésta subieron por un portalón al combés del barco. Mientras esperaba su turno, a Sharpe le llegó el olor de agua de pantoque, sal y alquitrán. Un chorro de agua sucia surgió de un agujero que había arriba en el casco.

—Le bombeamos el fondo, señor —dijo Hopper.

—¿Quiere decir que el barco hace agua?

—Todos los barcos hacen agua, señor. Está en la propia naturaleza de los barcos, señor.

Otra lancha se había alineado con la amura del *Calliope*, y los marineros izaban sus redes llenas de cabras que intentaban liberarse y sus cajones de gallinas protestonas.

—Leche y huevos —dijo Hopper alegremente, y a continuación le rugió a su tripulación que se pusiera a los remos para poder acercarse a Sharpe—. Le deseo una rápida y segura travesía, señor —dijo el contramaestre—. De vuelta a la vieja Inglaterra, ¿eh?

—De vuelta a Inglaterra —dijo Sharpe, y observó cómo los remos se alzaban de golpe cuando Hopper aprovechaba el último impulso de su barcaza para colocarla suavemente junto a la plataforma flotante. Sharpe le dio una moneda a Hopper, se llevó la mano al sombrero para saludar al señor Collie, dio las gracias a la tripulación del bote y saltó a la plataforma, desde la que trepó hasta la cubierta principal pasando junto a una porta abierta que mostraba la bruñida boca de un cañón.

En el portalón de entrada aguardaba un oficial.

—¿Su nombre? —preguntó en tono perentorio.

—Richard Sharpe.

El oficial miró una lista con detenimiento.

—Su equipaje ya está a bordo, señor Sharpe. Esto es para usted. —Se sacó una hoja doblada de un bolsillo y se la entregó a Sharpe—. El reglamento del barco. Léalo, préstele atención, apréndaselo y obedézcalo a rajatabla. Su puesto de combate es el cañón número cinco.

—¿Mi qué? —preguntó Sharpe.

—Se supone que todos los pasajeros varones tienen que ayudar en la defensa del barco, señor Sharpe. Cañón número cinco. —El oficial señaló con un gesto de la mano hacia el otro extremo de la cubierta, donde el equipaje se amontonaba de tal manera que no podía verse ninguno de los cañones del otro lado—. ¡Señor Binns!

Un oficial muy joven se acercó a toda prisa por entre las pilas de equipaje.

—¿Señor?

—Lleve al señor Sharpe al entrepuente de la cubierta inferior. A uno de esos siete por seis, señor Binns, siete por seis. Mazo y clavos, ¡venga, con brío!

—Por aquí, señor —le dijo Binns a Sharpe al tiempo que se encaminaba rápidamente hacia la popa—. Yo tengo el mazo y los clavos, señor.

—¿El qué? —preguntó Sharpe.

—El mazo y los clavos, señor, para que pueda usted clavar sus muebles a la cubierta. No queremos que vayan deslizándose desordenadamente de un lado a otro si tenemos mal tiempo, señor, lo que, por otra parte, no debería ocurrir, señor, al menos hasta que lleguemos a los estrechos de Madagascar, donde puede ser muy movido, señor, muy movido.

Binns siguió avanzando a toda prisa y desapareció por una escalera de cámara como un conejo en su madriguera. Sharpe lo siguió, pero antes de llegar a la escalera fue abordado por lord William Hale, quien le salió al paso por detrás de un montón de cajas. El joven de la ropa sepulcral estaba junto a su señoría.

—¿Cómo se llama usted? —quiso saber Hale.

Sharpe se irritó. Lo más sensato era pasar por el aro, pues estaba claro que Hale era un hombre que imponía en Londres, pero Sharpe le había tomado una profunda antipatía a su señoría.

—Igual que hace diez minutos —respondió en tono cortante.

Lord William dirigió su mirada al rostro de Sharpe, un rostro duro, bronceado y rajado por la siniestra cicatriz.

—Es usted un impertinente —dijo lord William—, y no soporto la impertinencia. —Echó un vistazo a las mugrientas vueltas blancas de la casaca de Sharpe—. ¿Así que el 74.º? Conozco al coronel Wallace y lo pondré al corriente de su

insubordinación. —De momento lord William no había alzado la voz, que en cualquier caso ya era bastante fría de por sí, pero sí dejó traslucir un dejo de indignación—. ¡Podría haberme matado con esa pistola!

—¿Matarle? —preguntó Sharpe—. No, no hubiera podido. No lo apuntaba a usted.

—Ahora mismo va a escribir al coronel Wallace, Braithwaite —le dijo lord William al joven vestido de negro—, y se cerciorará usted de que la carta llegue a tierra antes de que zarpe.

—Por supuesto, milord. Enseguida, milord —replicó Braithwaite. Estaba claro que se trataba del secretario de lord William. Lanzó a Sharpe una mirada de lastimera condescendencia, sugiriendo con ello que el alférez había topado con unas fuerzas demasiado poderosas para él.

Lord William se hizo a un lado y permitió que Sharpe alcanzara al joven Binns, que había observado el enfrentamiento desde la escalera de cámara.

A Sharpe no le preocupaba la amenaza de lord William. Su señoría ya podía escribir mil cartas al coronel Wallace que no le serviría de nada, porque Sharpe ya no estaba en el 74.º. Llevaba el uniforme porque no tenía otra ropa, pero en cuanto volviera a Gran Bretaña se uniría al 95.º, con su extraño uniforme nuevo de casaca verde. No le hacía gracia la idea de vestir de verde. Siempre había ido de rojo.

Binns aguardaba al pie de la escalera.

—Cubierta inferior, señor —dijo, luego apartó una cortina de lona y penetró en un espacio oscuro, húmedo y maloliente—. Esto es el entrepuente, señor.

—¿Por qué se llama así?

—Antes gobernaban los barcos desde aquí, señor; hace mucho, antes de que hubiera ruedas de timón. Cuadrillas de hombres tirando de las cuerdas, señor, debía de ser un infierno. —Seguía pareciendo un infierno. Unos cuantos faroles ardían con luz parpadeante, luchando contra la penumbra en la que una veintena de marineros estaban clavando unas cortinas de lona para dividir aquel fétido espacio en un laberinto de pequeños compartimentos—. Un siete por seis —gritó Binns, y un marinero hizo un gesto hacia el lado de estribor, donde las cortinas ya estaban colocadas—. Elija el que quiera, señor —dijo Binns—, puesto que ha sido usted uno de los primeros caballeros en subir a bordo, pero si quiere un consejo, yo me quedaría lo más cerca de popa que pudiera, y es mejor no compartir el espacio con un cañón, señor. —Señaló un cañón de dieciocho libras que ocupaba la mitad de un camarote. El arma estaba amarrada a la cubierta y apuntaba a una porta cerrada. Binns hizo entrar a Sharpe en el cubículo vacío de al lado y allí dejó una bolsa de lino en el suelo—. Ahí hay un mazo y clavos, señor, y en cuanto le entreguen sus efectos personales puede asegurarlo todo de forma limpia y ordenada. —Retiró y sujetó uno de los lados del compartimento de lona, lo que permitió que algo de la tenue luz del farol se

filtrara en el camarote. Luego dio unos golpecitos en cubierta con el pie—. Todo el dinero está ahí abajo, señor —dijo alegremente.

—¿El dinero? —preguntó Sharpe.

—Un cargamento de índigo, salitre, lingotes de plata y seda, señor. Lo suficiente como para hacernos mil veces más ricos a todos. —Sonrió y luego dejó que Sharpe contemplara el diminuto espacio que iba a ser su hogar durante los cuatro meses siguientes.

La pared trasera de su camarote correspondía al lado curvo del barco. El techo era bajo y lo cruzaban unos pesados baos negros en los que se oxidaban algunos ganchos. El suelo era la cubierta, y estaba lleno de marcas de antiguos agujeros allí donde los anteriores pasajeros habían clavado sus arcones. Las tres paredes restantes estaban hechas de lona sucia. Y sin embargo, aquello era un paraíso comparado con el alojamiento que le habían dado cuando navegó de Gran Bretaña a la India. Por aquel entonces era un soldado raso y se había conformado con un coy y apenas medio metro de espacio para colgarlo.

Se agachó en la entrada del camarote, donde un farol le proporcionaba un poco de luz, y desplegó el reglamento del barco. Era un texto impreso, aunque después se le habían añadido algunas cosas en tinta. Tenía prohibido ir al alcázar a menos que fuera invitado por el capitán o por el oficial de guardia; a aquella prohibición alguien le había añadido la advertencia de que, aun siendo invitado, nunca debía situarse entre el capitán y la baranda de la cubierta de intemperie. Sharpe ni siquiera sabía lo que era la cubierta de intemperie. Al subir a cubierta debía llevarse la mano al sombrero para saludar al alcázar aunque el capitán no estuviera a la vista. El juego estaba prohibido. El sobrecargo celebraría el oficio religioso cada domingo, siempre y cuando el tiempo lo permitiera, y los pasajeros estaban obligados a asistir a menos que el cirujano del barco los dispensara de ello. El desayuno se ofrecería a las ocho de la mañana, la comida a mediodía, el té se serviría a las cuatro y la cena a las ocho. Todos los pasajeros de sexo masculino tenían que familiarizarse con el sollado al que estaban asignados sus puestos de combate. No se podía encender ninguna llama sin protección bajo cubierta y todos los faroles debían apagarse a las nueve de la noche. Estaba prohibido fumar por el peligro de incendio y los pasajeros que mascaban tabaco tenían que utilizar las escupideras. Escupir en cubierta estaba totalmente prohibido. Ningún pasajero podía trepar a las jarcias sin el permiso de un oficial del barco. A los pasajeros del entrepuente, como Sharpe, les estaba vedado entrar en la gran cabina y en el camarote del alcázar a menos que alguien los hubiera invitado. No se permitiría el lenguaje grosero a bordo.

—¡Por Dios todopoderoso! —refunfuñó un marinero mientras forcejeaba con el barril de *arrack* de Sharpe. Otros dos marineros le traían la cama y otros dos su arcón—. ¿Tiene alguna cuerda, señor? —preguntó uno de ellos.

—No.

El marinero sacó un trozo de cuerda de cáñamo y le mostró a Sharpe cómo asegurar el arcón de madera y el pesado tonel que prácticamente llenaba aquel pequeño espacio. Sharpe le dio al marinero una rupia como muestra de agradecimiento y a continuación se puso a clavar los clavos a la cubierta a través de las esquinas del arcón y amarró el tonel a una de las vigas del costado del barco. La cama era un catre de madera, de la medida de un ataúd, que colgó de los ganchos que había en los baos. Al lado colgó también el balde.

—Es mejor orinar por la porta de popa cuando no está sumergida —le había dicho el marinero— y reservar el cubo para los sólidos, si entiende lo que quiero decir, señor. O subir a cubierta y utilizar las letrinas que están hacia la proa, pero no cuando hay mar gruesa, señor, porque entonces probablemente caería por la borda y nadie se daría cuenta. Sobre todo por la noche, señor. Más de un hombre bueno se ha ido a ver a los ángeles por haberle entrado unas ganas terribles de ir al baño en una mala noche.

Una mujer protestaba a voz en cuello por su alojamiento en el lado más alejado de cubierta, mientras su marido aseguraba dócilmente que no podían pagar nada mejor. Dos niños pequeños, acalorados y sudorosos, berreaban. Un perro estuvo ladrando hasta que lo hicieron callar de un puntapié. Cuando un pasajero de la cubierta principal se puso a darle martillazos a una grapa o a un clavo, empezó a caer polvo del bao del techo. Las cabras balaban. La bomba de la sentina traqueteaba, succionaba, engullía y escupía agua sucia al mar.

Sharpe se sentó en el arcón. Había suficiente luz para leer el papel que el capitán Chase se había empeñado en darle. Era una carta de presentación para la esposa de Chase, que vivía en la casa que el capitán tenía cerca de Topsham, en Devon.

—Sabe Dios cuándo volveré a ver a Florence y a los niños —había dicho Chase—, pero si está usted por el West Country, Sharpe, vaya y preséntese. La casa no es gran cosa. Una docena de acres, unos deteriorados establos y un par de graneros, pero Florence lo acogerá.

Nadie más lo haría, pensó Sharpe, porque no había nadie que lo esperara en Inglaterra; ninguna chimenea ardería por él y ninguna familia le daría la bienvenida. Pero era su hogar. Y, le gustara o no, allí se dirigía.

CAPÍTULO 2

Aquella tarde, cuando el último de los botes dejó a sus pasajeros y equipaje en el convoy, el contra maestre del *Calliope* gritó a los juaneteros que subieran a la arboladura. Otros treinta hombres se dirigieron a la cubierta inferior, levantaron las barras de cabrestante y luego empezaron a caminar penosamente dando vueltas y más vueltas, recogiendo poco a poco el gran cable del ánora que salía por el escobén, pasaba por la cubierta inferior y descendía hacia las entrañas de la embarcación. Del cable se desprendía un lodo maloliente que dos marineros intentaban baldear inútilmente; una gran parte de aquel barro diluido avanzó hacia la popa y entró en los compartimentos del entrepuente. Se largaron las gavias, luego se desplegaron las trinquetillas cuando el ancla se desprendió del fondo, y la proa del barco se deslizó, alejándose de tierra al tiempo que se largaban las velas mayores. A los pasajeros del entrepuente no se les permitía abandonar sus dependencias hasta que se hubieran izado las velas, y Sharpe se quedó sentado en su baúl escuchando el ruido de pasos apresurados por encima de su cabeza, el roce de las cuerdas a lo largo de la cubierta y el crujido del maderamen del barco. Media hora después de que se cobrara el ancla, Binns, el joven oficial, gritó finalmente que la cubierta estaba despejada. Sharpe pudo entonces subir las escaleras, y se encontró con que el barco todavía no había abandonado el puerto. Un sol rojo y henchido, con unas vetas de nubes negras, se cernía sobre los tejados y las palmeras de Bombay. El olor de la tierra era intenso. Sharpe se apoyó en la borda y contempló la India. Dudaba que volviera a verla jamás y le entristecía marcharse. Las jarcias chirriaban y el agua gorgoteaba en la parte inferior del costado de la embarcación. En el alcázar, donde los pasajeros más ricos tomaban el aire, una mujer saludaba con la mano hacia la lejana costa. Una fuerte ráfaga de viento hizo que el barco se inclinara hacia un lado y un cañón que había cerca de Sharpe arañó la cubierta hasta que lo frenaron las cuerdas que lo sujetaban.

El canal giraba acercándose a la costa y llevó el barco cerca de un templo que tenía una torre de vivos colores con monos, dioses y elefantes grabados. Estaban soltando la gran vela cangreja del palo de mesana y la lona se sacudió y restalló, luego se hinchó con el viento y el barco se inclinó aún más. Tras el *Calliope*, se alejaban del fondeadero los otros grandes buques del convoy, mostrando un agua blanca en sus rodas y llenando sus altos mástiles y enmarañadas jarcias de velas de un amarillo cremoso. Por delante del *Calliope* navegaba una fragata de la Compañía de las Indias Orientales que iba a escoltar al convoy hasta el Cabo de Buena Esperanza. La brillante enseña de la fragata, trece franjas de color rojo y blanco con la bandera de la Unión en el cuadrante superior cercano al astil, ondeaba fulgurante bajo el resplandor rojizo del sol. Sharpe buscó con la mirada el barco del capitán Joel Chase, pero la única embarcación de la marina británica que vio fue una pequeña goleta de

cuatro cañones.

Los marineros del *Calliope* ponían orden en la cubierta, guardando las escotas sueltas en unas tinajas de madera y comprobando los amarres de los botes almacenados sobre los palos de repuesto que se extendían como inmensas vigas entre el alcázar y el castillo de proa. Un hombre de piel oscura que navegaba en una canoa de pesca remó para apartarse del camino del barco, y luego levantó la vista y se quedó mirando boquiabierto el enorme muro blanco y negro que pasaba junto a él con un rugido. El templo empezaba a perderse de vista, difuminado por el resplandor del sol, pero Sharpe fijó la mirada en el negro perfil de la torre y otra vez deseó no tener que marcharse. La India le había gustado, le había parecido un lugar de guerreros, príncipes, bribones y aventureros. Allí había encontrado riquezas, lo habían nombrado oficial, había luchado en sus montañas y en sus antiguos almenajes. Allí dejaba a amigos y amantes y a más de un enemigo en su tumba. ¿Y para qué? ¿Para irse a Gran Bretaña? Allí no lo esperaba nadie, no había aventureros que cabalgaran desde las montañas ni tiranos que acecharan tras rojas almenas.

Uno de los pasajeros adinerados bajó del alcázar por los empinados escalones con una mujer cogida del brazo. Al igual que la mayoría de pasajeros del *Calliope*, era un civil e iba elegantemente ataviado con una larga casaca de color verde oscuro, unos bombachos blancos y un tricornio pasado de moda. La mujer cogida de su brazo era rubia y regordeta, iba vestida de nivea gasa y se reía. Hablaban en un idioma extranjero, uno que Sharpe no conocía. ¿Alemán? ¿Holandés? ¿Sueco? A la pareja extranjera le resultaba divertido todo cuanto veía, desde los cañones amarrados hasta los cajones con gallinas y el primer pasajero mareado que se asomó por la barandilla. El hombre le estaba explicando cosas del barco a su compañera. «¡Bum!», gritó al tiempo que señalaba uno de los cañones, y la mujer se rió; luego, cuando una ráfaga de viento hizo que el gran barco diera una sacudida, se tambaleó, soltó un chillido con fingida alarma y se aferró al hombro del hombre, y ambos siguieron andando con un suave bamboleo en dirección a proa.

—¿Sabe quién es ése? —Era Braithwaite, el secretario de lord William Hale, que se había acercado a Sharpe con sigilo.

—No. —Sharpe contestó con brusquedad, con una instintiva antipatía ante cualquier persona que tuviera relación con lord William.

—Era el barón Von Dornberg —dijo Braithwaite, esperando sin duda que Sharpe quedara impresionado. El secretario observó cómo el barón ayudaba a su dama a subir al alcázar, donde otra ráfaga de viento amenazó con arrebatarle su sombrero de ala ancha.

—Nunca había oído hablar de él —repuso Sharpe en tono maleducado.

—Es un *nabab*. —Braithwaite pronunció la palabra con reverencia, pues significaba que el barón era un hombre que se había hecho fabulosamente rico en la

India y que ahora se llevaba su riqueza de vuelta a Europa. Semejante carrera era una lotería. En la India uno moría o bien se hacía rico. La mayoría moría—. ¿Lleva usted mercaderías? —le preguntó Braithwaite a Sharpe.

—¿Mercaderías? —preguntó Sharpe, que no entendía por qué el secretario se esforzaba tanto en ser amable con él.

—Para vender... —dijo Braithwaite con impaciencia, como si creyera que Sharpe se estaba haciendo el obtuso—. Yo tengo plumas de pavo real —siguió diciendo—, ¡cinco cajas! Las plumas se venden a un precio poco común en Londres. Las compran los sombrereros. Por cierto, soy Malachi Braithwaite. —Le tendió la mano—. El secretario de confianza de lord William.

Sharpe estrechó de mala gana la mano que éste le ofrecía.

—No envié esa carta —dijo Braithwaite, sonriendo de manera significativa—. Le dije que lo había hecho, pero no lo hice. —Braithwaite se le había acercado más para hacerle esas confidencias. Era unos centímetros más alto que Sharpe, aunque mucho más delgado, y tenía un rostro triste pero con unos ojos vivos que nunca miraban a Sharpe mucho tiempo antes de desviar rápidamente la mirada, casi como si Braithwaite esperara que lo atacaran en cualquier momento—. Su señoría supondrá, lógicamente, que su coronel nunca recibió la carta.

—¿Y por qué no la mandó? —inquirió Sharpe.

Braithwaite pareció ofendido por el tono cortante de Sharpe.

—Vamos a ser camaradas de a bordo —le explicó con seriedad— durante... ¿cuánto tiempo? ¿Tres, cuatro meses? Y yo no viajo en la popa como su señoría, sino que debo dormir en el entrepuente, ¡y en la cubierta inferior, además! Ni siquiera en la cubierta principal. —Estaba claramente molesto por aquella humillación. El secretario iba vestido como un caballero, con un alto collarín a la moda y un fular atado con un elaborado nudo, pero la tela de su casaca negra estaba gastada, los puños raídos y el cuello de la camisa zurcido—. ¿Por qué tendría que hacer enemigos innecesariamente, señor Sharpe? —preguntó Braithwaite—. Si yo le rasco un poco la espalda, tal vez usted pueda hacerme un favor.

—¿Como cuál?

Braithwaite se encogió de hombros.

—¿Quién sabe qué imprevistos podrían surgir? —comentó con displicencia, y a continuación se volvió para mirar al barón Von Dornberg, que de nuevo bajaba por las escaleras del alcázar—. Dicen que hizo una fortuna en diamantes —murmuró Braithwaite a Sharpe—, y su criado no ha de viajar en el entrepuente, sino que tiene un lugar en la gran cabina. —Escupió esta última información, luego recobró la compostura y dio un paso adelante para interceptar al barón—. Malachi Braithwaite, secretario de confianza de lord William Hale —se presentó, mientras se levantaba el sombrero—. Es un honor para mí conocer a su señoría.

—El honor y el placer son enteramente míos —contestó el barón Von Dornberg en un inglés excelente, y correspondió a la cortesía de Braithwaite quitándose el tricornio y haciendo una profunda reverencia. Al erguirse vio a Sharpe y éste se encontró mirando un rostro que le era familiar, aunque ahora dicho rostro estaba adornado con un gran bigote encerado. Miró al barón y por un segundo éste puso cara de asombro, luego se recuperó y le guiñó un ojo a Sharpe.

Sharpe quiso decir algo, pero temió estallar en carcajadas, de modo que se limitó a ofrecerle al barón un rígido saludo con la cabeza.

Pero el barón Von Dornberg no iba a conformarse con la formalidad de Sharpe. Extendió sus poderosos brazos y dio a Sharpe un abrazo de oso.

—Éste es uno de los hombres más valientes de todo el ejército británico —le dijo a su mujer, y a continuación le susurró al oído a Sharpe—: Ni una palabra, se lo ruego, no diga ni pío. —Dio un paso atrás—. ¿Puedo presentarle a la baronesa Von Dornberg? Éste es el señor Richard Sharpe, Mathilde, un amigo y un enemigo de hace mucho tiempo. No me diga que viaja usted en el entrepuente, señor Sharpe.

—Así es, milord.

—¡Estoy escandalizado! Los británicos no saben cómo tratar a sus héroes. ¡Pero yo sí! Vendrá usted a cenar con nosotros al comedor del capitán. ¡Insisto en ello! —Sonrió a Sharpe, ofreció el brazo a Mathilde, dirigió una inclinación de cabeza a Braithwaite y siguió caminando.

—¡Creí que había dicho que no lo conocía! —exclamó Braithwaite, ofendido.

—Con el sombrero puesto no lo había reconocido —dijo Sharpe. Se dio la vuelta, incapaz de ahogar una sonrisa. El barón Von Dornberg no era ningún barón, y Sharpe dudaba que hubiera comerciado con diamantes, sin importar cuántos llevara, porque Von Dornberg era un bribón. Su verdadero nombre era Anthony Pohlmann. Había sido sargento en el ejército hannoveriano antes de desertar para entrar al más generoso servicio de un príncipe indio. Su talento para la guerra le había proporcionado un ascenso aún más rápido, hasta que durante un tiempo había dirigido un cuerpo del ejército *mahratta* que era temido en toda la India central. Entonces, en un bochornoso día, sus fuerzas se enfrentaron a un batallón británico mucho menor entre dos ríos, en un pueblo llamado Assaye. Allí, en una tarde de un calor polvoriento, cañones al rojo vivo y sangrienta carnicería, el cuerpo del ejército de Anthony Pohlmann se había desvanecido en el misterio de la India, pero ahora estaba allí en el *Calliope*, en calidad de distinguido pasajero.

—¿Cómo lo conoció? —quiso saber Braithwaite.

—Ahora mismo no me acuerdo —respondió Sharpe distraídamente—. En un sitio u otro. La verdad es que no lo recuerdo. —Se volvió para mirar hacia la costa. Ahora la tierra se veía negra y salpicada por chispas de los fuegos de la lumbre, recortada contra un cielo gris manchado con el humo de una ciudad. Lamentó nuevamente no

estar allí, pero entonces oyó la fuerte voz de Pohlmann y al girarse vio que el alemán le estaba presentando a su esposa a lady Grace Hale.

Sharpe se quedó mirando a la dama. Se encontraba por encima de él, en el alcázar, aparentemente ajena a la gente que se apiñaba más abajo, en la cubierta principal. Ofreció a Pohlmann una mano laxa, dirigió una inclinación de cabeza a la mujer de cabello rubio y luego, sin mediar palabra, dio media vuelta majestuosamente y se alejó.

—Ésa es lady Grace —le dijo Braithwaite a Sharpe con voz turbada.

—Alguien me comentó que estaba enferma... —insinuó Sharpe.

—Simplemente es muy nerviosa —repuso Braithwaite, a la defensiva—. Las mujeres que están delicadas de los nervios tienen tendencia a la fragilidad, creo, y la señora está delicada de los nervios, muy delicada, ya lo creo. —Habló afectuosamente, incapaz de apartar los ojos de lady Grace, que estaba de pie contemplando la costa que se iba alejando.

Al cabo de una hora era de noche, la India había desaparecido y Sharpe navegaba bajo las estrellas.



—La guerra está perdida —declaró el capitán Peculiar Cromwell—, perdida.

Hizo esa afirmación con voz áspera y monótona y luego frunció el ceño mirando el mantel. Hacía tres días que el *Calliope* había zarpado de Bombay y avanzaba con un suave viento en popa. Tal como el capitán Chase le había dicho a Sharpe, era una embarcación rápida, y la fragata de la Compañía de las Indias Orientales había ordenado a Cromwell que arriara las velas durante el día porque si no se corría el peligro de que dejara atrás a los barcos más lentos. Cromwell se había quejado de aquella orden y les había quitado tanta lona a las vergas que ahora el *Calliope* navegaba en la retaguardia del convoy.

Anthony Pohlmann había invitado a Sharpe a cenar en el comedor donde cada noche el capitán Cromwell presidía la comida con los pasajeros más adinerados, que habían pagado para viajar en las lujosas cabinas de popa. El comedor se encontraba en la toldilla, la parte más alta del barco, justo delante de las dos habitaciones del alcázar, que eran las más espaciosas, las más fastuosas y las más caras. Ocupaban dichos camarotes lord William Hale y el barón Von Dornberg; en tanto que debajo de ellos, en la cubierta principal del barco, la gran cabina se había dividido en cuatro compartimentos para los demás pasajeros adinerados de la embarcación. Uno de ellos lo ocupaba un *nabab* con su esposa, que regresaban a su hogar en Cheshire tras veinte provechosos años en la India; otro, un abogado que había estado viajando tras ejercer en la Corte Suprema en Bengala; el tercero era el de un comandante del 96.º de cabello cano que se iba a retirar del ejército, y el último camarote pertenecía al criado

de Pohlmann, que era el único de entre los pasajeros de popa que no había sido invitado a comer en el comedor del capitán.

Fue el comandante escocés, un hombre bajo y fornido llamado Arthur Dalton, quien puso mala cara ante la declaración de Peculiar Cromwell respecto a que la guerra estaba perdida.

—Hemos vencido a los franceses en la India —protestó el comandante—, y hemos doblegado a su armada.

—Si hemos doblegado a su armada —gruñó Cromwell—, entonces ¿por qué estamos navegando en convoy? —Miró a Dalton con agresividad, esperando una respuesta, pero el comandante rehusó romper lanzas por ello y Cromwell recorrió el comedor con una mirada triunfal. Era un hombre alto y de constitución fuerte, con un cabello que le llegaba por debajo de los hombros, negro y con mechones blancos como un tejón. Tenía una mandíbula larga, unos dientes grandes y amarillos y unos ojos beligerantes. Sus manos, grandes y fuertes, estaban permanentemente ennegrecidas por las jarcias alquitranadas. La casaca de su uniforme estaba hecha de una gruesa popelina azul cubierta con una densa capa de botones de latón decorados con el emblema de la Compañía, que supuestamente mostraba un león sosteniendo una corona, pero al que todo el mundo llamaba «el gato y el queso». Cromwell negó con su pesada cabeza—. La guerra está perdida —volvió a declarar—. ¿Quién domina el continente europeo?

—Los franceses —respondió el abogado perezosamente—, pero no durará. Los franceses sólo saben exhibirse y disparar, pero les falta sustancia. No tienen ninguna sustancia.

—Toda la costa europea —dijo Cromwell en tono gélido, haciendo caso omiso del desprecio del abogado— está en manos enemigas. —Hizo una pausa cuando un vibrante chirrido resonó en el camarote. Aquel ruido ya antes había salpicado la conversación de vez en cuando. Sharpe había tardado un poco en advertir que era el sonido de las cuerdas de la caña del timón que estaban dos cubiertas por debajo de él. Cromwell echó un vistazo a la brújula que estaba fijada en el techo y entonces, tras concluir que todo estaba en orden, retomó el hilo del discurso—. Decía que Europa está en manos enemigas. Los americanos, maldita sea su insolencia, son hostiles, de manera que nuestro propio océano, señor, es un mar enemigo. Un mar enemigo. Navegamos por él porque tenemos más barcos, pero los barcos cuestan dinero, ¿y durante cuánto tiempo va a pagar el pueblo británico esos barcos?

—Están los austríacos —sugirió el comandante Dalton—, y los rusos...

—¿Los austríacos, señor? —se burló Cromwell—. ¡En cuanto los austríacos terminan de alinear un ejército, ya se lo han destruido! ¿Los rusos? ¿Confiaría en los rusos para que liberen Europa cuando no pueden liberarse a sí mismos? ¿Ha estado usted en Rusia, señor?

—No —admitió el comandante Dalton.

—Es una tierra de esclavos —dijo Cromwell con sorna.

Podría haberse esperado que lord William Hale interviniera en la conversación, puesto que, como uno de los seis miembros de la junta de Control de la Compañía de las Indias Orientales que era, debía de estar familiarizado con la manera de pensar del gobierno británico, pero se conformó con escuchar con una sonrisa ligeramente divertida, aunque sí alzó una ceja cuando Cromwell afirmó que Rusia era una nación de esclavos.

—Los franceses, señor —siguió diciendo Cromwell con vehemencia—, se enfrentan a una muchedumbre de enemigos en sus fronteras orientales, pero a ninguno en las occidentales. Por consiguiente, pueden concentrar sus ejércitos, pues tienen la certeza de que ningún ejército británico tocará nunca su costa.

—¿Nunca? —preguntó con sarcasmo el mercader, un hombre de complexión robusta llamado Ebenezer Fairley.

Cromwell dirigió su intensa mirada hacia su nuevo oponente. Contempló a Fairley durante unos instantes y a continuación negó con la cabeza.

—A los británicos, Fairley, no le gustan los ejércitos. Mantienen uno pero pequeño. Un ejército pequeño nunca podrá derrotar a Napoleón. Ergo, Napoleón está a salvo. Ergo, la guerra está perdida. ¡Por Dios, hombre, si ya podrían haber invadido Gran Bretaña!

—Dios quiera que no lo hagan —dijo el comandante Dalton con fervor.

—Su ejército estaba listo —replicó Cromwell con voz de trueno y con un extraño deleite al hablar de la derrota británica—, y lo único que necesitaban era que su armada tuviera el control del canal.

—Lo cual no es posible —intervino el abogado en voz baja.

—Incluso si no invaden este año —prosiguió Cromwell sin hacer caso del abogado—, con el tiempo lograrán crear una armada capaz de derrotar a la nuestra, y cuando ese día llegue Gran Bretaña tendrá que buscar la paz. Gran Bretaña volverá a su postura natural, y su postura natural es ser una pequeña e insignificante isla separada de un gran continente.

Lady Grace habló por primera vez. Sharpe había quedado gratamente sorprendido al verla en la cena, puesto que el capitán Chase había insinuado que evitaba la compañía. Ella, sin embargo, parecía satisfecha de estar en el comedor, aunque hasta ese momento había participado tan poco en la conversación, como su marido.

—¿Así pues, estamos condenados a la derrota, capitán? —sugirió ella.

—No, señora —respondió Cromwell, suavizando su belicosidad ahora que trataba con un pasajero con título—. Estamos condenados a un acuerdo de paz realista en cuanto esos políticos presuntuosos reconozcan lo que tienen delante de las narices.

—¿Qué es...? —quiso saber Fairley.

—¡Que los franceses son más poderosos que nosotros, por supuesto! —gruñó Cromwell—. Y hasta que no hagamos las paces, lo más prudente es hacer dinero, porque vamos a necesitar dinero en un mundo gobernado por los franceses. Y por eso la India es importante. Deberíamos exprimirla antes de que nos la quiten los franceses. —Cromwell chasqueó los dedos para ordenar a los camareros que recogieran los platos que habían contenido un estofado de ternera salada. Sharpe había comido con torpeza, los gruesos cubiertos de plata le habían parecido difíciles de manejar y lamentó no haberse atrevido a sacar la navaja plegable que utilizaba en las comidas cuando no estaba en presencia de sus superiores.

Mathilde, la baronesa Von Dornberg, sonrió agradecida cuando el capitán le volvió a llenar el vaso de vino. La baronesa, que casi seguro no era ni baronesa ni nada parecido, estaba sentada a la izquierda del capitán Cromwell y frente a ella tenía a lady Grace Hale. Pohlmann, resplandeciente con una casaca de seda ribeteada con galón, estaba sentado al lado de lady Grace, mientras que lord William estaba a la izquierda de Mathilde. Sharpe, al ser la persona menos importante de las allí presentes, se hallaba en el extremo inferior de la mesa.

El comedor era una habitación elegante con paneles de madera pintados de color verde manzana y oro; una araña de latón, desprovista de velas, pendía de una viga junto a la ancha lumbrera. Si la habitación no se hubiera mecido suavemente, en ocasiones haciendo que un vaso de vino se moviera en la mesa, Sharpe podría haber pensado que estaba en tierra.

No había dicho nada en toda la noche, contentándose con mirar a lady Grace, quien, con un rostro pálido y una actitud distante, lo había ignorado desde el momento en que se lo habían presentado. Le había ofrecido con educación una mano enfundada en un guante, le había dirigido una mirada inexpresiva y luego se había dado la vuelta. Su marido había puesto mala cara ante la presencia de Sharpe, e imitó a su mujer al actuar como si el alférez no existiese.

Se sirvió un postre de naranjas y caramelo. Pohlmann se llevó a la boca con avidez una cucharada de la cremosa salsa y luego miró a Sharpe.

—¿Usted cree que la guerra está perdida, Sharpe?

—¿Yo, señor? —Sharpe se sobresaltó al ver que se dirigían a él.

—Sí, usted, Sharpe, usted —dijo Pohlmann—. ¿Cree que la guerra está perdida?

Sharpe dudó, preguntándose si lo más sensato sería decir algo inofensivo y dejar que la conversación volviera a continuar sin él, pero el derrotismo de Cromwell lo había ofendido.

—No hay duda de que no ha terminado, milord —le dijo a Pohlmann.

Cromwell reconoció el desafío.

—¿Qué quiere decir con eso, señor? Explíquese.

—Un combate no está perdido hasta que no termina, señor —contestó Sharpe—,

y éste no ha terminado.

—Habla un alférez —murmuró lord William desdeñosamente.

—¿Cree usted que una rata tiene alguna posibilidad contra un terrier? —preguntó Cromwell, con el mismo desdén.

Pohlmann alzó una mano para impedir que Sharpe respondiera.

—Creo que el alférez Sharpe sabe mucho sobre combates, capitán —dijo el alemán—. Cuando lo conocí era sargento, y ahora es un oficial. —Hizo una pausa para dejar que aquella afirmación causara su revuelo de sorpresa—. ¿Qué se necesita para que un sargento se convierta en oficial en el ejército británico?

—Maldita suerte —dijo lord William lacónicamente.

—Se necesita un acto de extraordinaria valentía —observó el comandante Dalton en tono calmado. Alzó su vaso de vino hacia Sharpe—. Me honra haberlo conocido, Sharpe. No identifiqué su nombre cuando nos presentaron, pero ahora ya lo recuerdo. Es un honor.

Pohlmann, que estaba disfrutando con su travesura, brindó por Sharpe con un sorbo de vino.

—¿Y cuál fue ese acto de extraordinaria valentía, señor Sharpe?

Sharpe se ruborizó. Lady Grace lo estaba mirando. Era la primera vez que se había fijado en él desde que los comensales se habían sentado a la mesa.

—¿Y bien, Sharpe? —insistió el capitán Cromwell.

Sharpe se cohibió pero fue rescatado por Dalton.

—Le salvó la vida a sir Arthur Wellesley —dijo discretamente el comandante.

—¿Cómo? ¿Dónde? —quiso saber Pohlmann.

Sharpe cruzó la mirada con el alemán.

—En un lugar llamado Assaye, señor.

—¿Assaye? —preguntó Pohlmann, con el ceño levemente fruncido. Había sido en Assaye donde Wellesley había destrozado su ejército y sus ambiciones—. Nunca he oído hablar de ese lugar —dijo, quitándole importancia, al mismo tiempo que se reclinaba en su asiento.

—Y fue el primero en cruzar la muralla de Gawilghur, Sharpe —dijo el comandante—. ¿No es así?

—El capitán Campbell y yo fuimos los primeros en cruzar, señor. Pero la defensa no era fuerte.

—¿Esa cicatriz se la llevó de allí, Sharpe? —inquirió el comandante, y toda la mesa se volvió para mirar a Sharpe. Él parecía incómodo, pero era innegable el poder de su rostro, y la insinuación de violencia contenida en la cicatriz—. No fue una bala, ¿verdad? —insistió el comandante—. Ninguna bala deja esta clase de cicatriz.

—Fue una espada, señor —respondió Sharpe—. Un hombre llamado Dodd. —Miró a Pohlmann mientras hablaba, y éste, que una vez había estado al mando del

renegado Dodd y le tenía una profunda antipatía, esbozó una sonrisa.

—¿Y el señor Dodd sigue vivo? —preguntó el alemán.

—Está muerto, señor —contestó Sharpe con rotundidad.

—Bien. —Pohlmann alzó el vaso hacia Sharpe.

El comandante se dirigió entonces a Cromwell:

—El señor Sharpe es un soldado muy bien considerado, capitán. Sir Arthur me dijo que si durante un combate te encuentras en un aprieto, no puedes pedir nadie mejor a tu lado.

Saber que el general Wellesley había dicho algo semejante agradó a Sharpe. El capitán Cromwell, sin embargo, no se desviaba de sus razonamientos y en aquellos momentos miraba al alférez con el ceño fruncido:

—¿Usted cree —preguntó— que los franceses pueden ser derrotados?

—Estamos en guerra con ellos, señor —replicó Sharpe—, y uno no va a la guerra a menos que tenga intención de ganar.

—Uno va a la guerra —intervino lord William con voz gélida— porque los hombres de pocas miras no son capaces de ver otra alternativa.

—Y si toda guerra tiene un ganador —dijo Cromwell—, por lógica ha de tener ineludiblemente también un perdedor. Si quiere mi consejo, joven, abandone el ejército antes de que algún político haga que lo maten en un ataque mal calculado sobre Francia. O, lo que es más probable, que los franceses invadan Gran Bretaña y lo maten junto al resto de casacas rojas.

Las señoras se retiraron poco después y los hombres se quedaron bebiendo un vaso de oporto, pero la atmósfera era tensa y Pohlmann, claramente aburrido, se excusó ante los comensales e hizo un gesto a Sharpe para que lo siguiera hasta el camarote de estribor, donde Mathilde se hallaba en ese momento tumbada de forma poco elegante en un sofá con funda de seda. Frente a ella, en otro sofá a juego, había un hombre mayor que hablaba animadamente en alemán cuando Pohlmann entró, pero que se puso en pie de inmediato e inclinó la cabeza respetuosamente. Pohlmann pareció sorprendido al verlo y le señaló la puerta.

—Esta noche no voy a necesitarle —le dijo en inglés.

—Muy bien, milord —el hombre, que sin duda era el criado de Pohlmann, le respondió en el mismo idioma y entonces, tras echar un vistazo a Sharpe, abandonó el camarote. Pohlmann ordenó en tono perentorio a Mathilde que fuera a tomar un poco el aire a la toldilla. Cuando ella se hubo marchado, sirvió dos grandes copas de brandy y dirigió a Sharpe una sonrisa pícaro.

—El corazón —dijo mientras se llevaba dramáticamente la mano al pecho— me dio un vuelco y casi me muero al verle.

—¿Hubiera importado que supieran quién es? —preguntó Sharpe.

Pohlmann sonrió.

—¿Qué mérito iban a reconocerle los mercaderes al sargento Pohlmann, eh? En cambio, al barón Von Dornberg... ¡Ah! Hacen cola para rendir honores al barón. Sus gruesos pies tropiezan y caen para arrojar guineas en mi monedero.

Sharpe echó un vistazo al gran camarote, que estaba amueblado con dos sofás, un aparador, una mesa baja, un arpa y una enorme cama de teca con incrustaciones de marfil en el cabezal.

—Pero seguro que le ha ido bien en la India... —dijo Sharpe.

—¿Para ser un antiguo sargento, quiere decir? —Pohlmann se rió—. Tengo algo de dinero de los saqueos, sí, pero no tanto como me hubiera gustado, Sharpe, y ni por asomo tanto como perdí en Assaye, aunque no me puedo quejar. Si voy con cuidado no tendré que trabajar nunca más. —Miró el dobladillo de la casaca roja de Sharpe, donde las piedras preciosas hacían pequeños bultos en la gastada tela—. Veo que a usted también le fue bien en la India, ¿eh? Sharpe era consciente de que la deshilachada y raída tela de su casaca era un lugar cada vez menos seguro para ocultar los diamantes, esmeraldas y rubíes, pero no quería discutirlo con Pohlmann, de modo que, en lugar de contestar a su pregunta, señaló el arpa.

—¿Toca usted?

—¡*Mein Gott*, no! Es Mathilde la que toca. Lo hace muy mal, pero yo le digo que es maravilloso.

—¿Es su esposa?

—¿Es que soy un zoquete? ¿Un tarugo? ¿Por qué habría yo de casarme? ¡Ja! No, Sharpe, Mathilde era la puta de un rajá y, cuando éste se cansó de ella, yo le tomé el relevo. Es de Bavaria y quiere niños, de modo que es doblemente idiota, pero me mantendrá la cama caliente hasta que yo llegue a casa. Entonces buscaré a otra más joven. ¿Así que usted mató a Dodd?

—Yo no, lo mató un amigo mío.

—Merecía morir. Era un hombre de lo más inaguantable. —Pohlmann se estremeció—. ¿Y usted? ¿Viaja solo?

—Sí.

—En la ratonera, ¿no? —Miró de nuevo el dobladillo de la casaca de Sharpe—. Se guarda las joyas hasta llegar a Inglaterra y viaja en el entrepuente. Pero lo más importante, mi cauto amigo, ¿piensa usted revelar quién soy?

—No —respondió Sharpe con una sonrisa. La última vez que había visto a Pohlmann *el Hannoveriano* había sido escondido en la choza de un campesino, en el pueblo de Assaye. Sharpe pudo haberlo arrestado y haberse ganado el mérito de capturar al comandante del ejército derrotado, pero Pohlmann siempre le había caído bien, por lo que había mirado hacia otro lado y había dejado escapar al gran hombre—. Aunque considero, no obstante, que mi silencio tiene un valor —añadió Sharpe.

—¿Quiere a Mathilde un viernes sí y otro no? —Al tener la seguridad de que su

secreto estaba a salvo con Sharpe, Pohlmann no pudo ocultar su alivio.

—¿Le parece bien unas cuantas invitaciones a cenar?

A Pohlmann le sorprendió lo modesto de aquella petición.

—¿Tanto le gusta la compañía del capitán Cromwell?

—No.

Pohlmann se rió.

—Lady Grace —dijo en voz baja—. Le he visto con la lengua colgando como un perro, Sharpe. Le gustan delgadas, ¿verdad?

—Me gusta ella.

—A su marido no —dijo Pohlmann—. Los oímos a través del batidor. —Señaló con el dedo la pared que dividía la enorme cámara del alcázar. El mamparo estaba hecho de unos delgados paneles de madera que podían desmontarse y bajarse a la bodega en caso de que sólo viajara un pasajero en los espléndidos aposentos—. El mayordomo del capitán me dijo que tienen un camarote el doble de grande que éste y que está dividido en dos. Él tiene una parte y ella la otra. Están como... ¿qué dicen ustedes? ¿Como el gato y el perro?

—Como el perro y el gato —rectificó Sharpe.

—Él ladra y ella bufa. Aun así, que lo disfruten. Sólo los dioses sabrán la opinión que tienen de nosotros. Probablemente piensen que somos como el toro y la vaca. ¿Nos reunimos con Mathilde en cubierta? —Pohlmann cogió dos cigarros del aparador—. El capitán dice que no deberíamos fumar a bordo. Si acaso podemos mascar tabaco. Pues que se vaya la mierda... —Encendió los dos cigarros y le dio uno a Sharpe. Luego lo condujo hasta el alcázar y subieron las escaleras hasta la cubierta de la toldilla. Mathilde estaba de pie en la baranda y miraba al marinero que estaba encendiendo la linterna de la bitácora, la única luz que se permitía en el barco después de anochecer. Lady Grace se encontraba en el coronamiento de popa, de pie bajo el enorme farol que en aquella travesía no iba a encenderse, pues existía el peligro de que el *Revenant* o cualquier otro barco francés viera el convoy—. Vaya a hablar con ella —le dijo Pohlmann a Sharpe con lascivia, al tiempo que le clavaba el codo en las costillas.

—No tengo nada que decirle.

—Así que, después de todo, no es usted un valiente —repuso Pohlmann—. Me atrevería a decir que no se lo pensaría dos veces si tuviera que cargar contra una línea de cañones como los que tenía yo en Assaye, pero una mujer hermosa le da escalofríos, ¿sí?

Allí estaba lady Grace, de pie, esbelta y solitaria, envuelta en una capa. Una doncella la atendía, pero la chica permanecía a un lado de cubierta, como si la señora la pusiera nerviosa. También Sharpe estaba nervioso. Quería hablar con ella, pero sabía que se atrancaría con las palabras, de modo que permaneció junto a Pohlmann y

miró hacia el lado de proa, más allá de la enorme mole de las velas, hacia donde el resto del convoy apenas era visible en la creciente oscuridad. Más allá, en el castillo, alguien tocaba un violín y un grupo de marineros ejecutaba uno de sus bailes.

—¿Es cierto que empezó como soldado raso? —preguntó una fría voz. Sharpe se dio la vuelta y comprobó que lady Grace de repente estaba a su lado.

Instintivamente la saludó con una reverencia. Por un momento sintió que se quedaba mudo; parecía que tuviese la lengua pegada al paladar, pero logró mover la cabeza en señal de afirmación.

—Sí. Sí, señora.

Ella lo miró a los ojos. Era lo bastante alta como para no tener que levantar la vista. Sus grandes ojos parecían oscuros en el crepúsculo, pero en la cena Sharpe había visto que eran verdes.

—Debe de ser una circunstancia difícil —dijo, con una voz que seguía sonando distante, como si se viera obligada de mala gana a mantener aquella conversación.

—Sí, señora —volvió a decir Sharpe, y se dio cuenta de que parecía un idiota. Estaba tenso, un músculo le temblaba en la pierna izquierda, tenía la boca seca y acidez de estómago, las mismas sensaciones que experimentaba un soldado cuando estaba esperando entrar en combate—. Antes de que ocurriera, señora —soltó de sopetón, pues quería responder con algo más que un monosílabo—, lo deseaba con todas mis fuerzas, pero luego... Creo que no tendría que haberlo deseado en absoluto.

El rostro de la mujer era inexpresivo. Hermoso, pero inexpresivo. Hizo caso omiso de Pohlmann y de Mathilde, se limitó a fijar la vista en el alcázar antes de volverla hacia Sharpe.

—¿Quién se lo pone más difícil, los soldados o los oficiales?

—Los dos, señora —respondió Sharpe. Notó que el humo de su cigarro la molestaba y lo tiró por la borda—. Los soldados no creen que seas un oficial como es debido, y los demás oficiales..., bueno, es como un perro de labor que acaba en la alfombra delante de la chimenea. A los perritos falderos no les gusta.

Aquello hizo que la mujer esbozara una muy leve sonrisa.

—Ha de contarme usted —le dijo en un tono de voz que seguía sugiriendo que sólo conversaba para tratar de ser agradable— cómo le salvó la vida a Arthur. —Hizo una pausa. Sharpe se dio cuenta de que tenía un tic nervioso en el ojo izquierdo que hacía que éste le temblara cada pocos segundos—. Es pariente mío —prosiguió—, pero lejano, un primo segundo. En la familia nadie pensaba que fuese a llegar a nada.

Sharpe había tardado uno o dos segundos en darse cuenta de que se refería a sir Arthur Wellesley, el frío hombre que había ascendido a Sharpe.

—Es el mejor general que he conocido nunca, señora —dijo Sharpe.

—Usted, sin duda, lo sabe mejor que nadie... —dijo con escepticismo.

—Sí, señora —replicó Sharpe con firmeza—. Lo sé mejor que nadie.

—Dígame entonces, ¿cómo le salvó la vida? —insistió.

Sharpe vaciló. El aroma de su perfume era embriagador. Estaba a punto de hablar vagamente de batalla, confusión y recuerdos borrosos, pero justo en ese momento apareció lord William en el alcázar y, sin mediar palabra, lady Grace se dirigió a las escaleras de la toldilla. Sharpe la vio alejarse, notando que el corazón le latía con fuerza contra las costillas. Todavía estaba temblando. Ella lo había mareado.

Pohlmann se reía en voz baja.

—Usted le gusta, Sharpe.

—No sea tonto.

—Ella suspira por usted —dijo Pohlmann.

—¡Mi querido Sharpe! ¡Mi querido Sharpe! —Era el escocés, el comandante Dalton, que venía del alcázar—. ¡Pero si está usted aquí! ¡Se había esfumado! Desearía hablar con usted, Sharpe, si es tan amable de dedicarme unos momentos. Al igual que usted, Sharpe, también yo estuve en Assaye, pero todavía estoy sumamente confuso sobre lo que ocurrió allí. Tenemos que hablar, ya lo creo que sí. Mi querido barón, baronesa —se quitó el sombrero e hizo una reverencia—, mis respetos. Espero que perdonarán a dos soldados rememorando los viejos tiempos...

—Por supuesto, comandante —dijo Pohlmann expansivamente—, pero me temo que además de perdonarlos voy a abandonarlos, porque no sé nada sobre temas militares, nada de nada. Su conversación sería un largo misterio para mí. Vamos, *Liebchen*, vamos.

De manera que Sharpe habló de la batalla, el barco tembló a merced del mar y cayó la noche tropical.



—¡Cañón número cuatro! —gritó el teniente Tufnell, el primer oficial del *Calliope*—. ¡Fuego!

El dieciocho libras retrocedió de un salto y se detuvo con una sacudida cuando el braguero contuvo la enorme fuerza del retroceso del arma. Del tenso cáñamo saltaron unos pedacitos de pintura, pues el capitán Cromwell insistía en que los aparejos de los cañones, al igual que todos los demás elementos del equipo de cubierta, estuvieran pintados de blanco. Y por ese motivo sólo disparaba un cañón: porque Cromwell no quería tocar los otros treinta y un cañones que tenían los tubos bruñidos y las poleas recién pintadas, de manera que el equipo de servidores de cada cañón, la mitad formado por miembros de la tripulación del barco y la otra mitad por pasajeros, se turnaba para disparar el cañón número cuatro. El ocho libras, con la boca ennegrecida por la pólvora, silbó cuando se aplicó la lanada al tubo. Una gran nube de humo flotaba en el viento e iba acompañando al barco.

—¡El disparo se quedó corto, señor! —exclamó Binns, el joven oficial, desde la

toldilla donde, equipado con un catalejo, había observado la caída de la bala. El *Chatham Castle*, otro barco del convoy, iba soltando periódicamente toneles vacíos en su estela para que el cañón del *Calliope* los utilizara como blanco.

Le tocaba disparar a la dotación del cañón número cinco. El marinero a cargo era un hombre arrugado con un largo cabello gris que llevaba atado en un enorme moño en el que había clavado un punzón.

—Usted —señaló a Malachi Braithwaite, de quien, muy a su pesar, se esperaba que formara parte de los servidores de un cañón a pesar de ser el secretario privado de un par—, introduzca dos de esas bolsas negras en el cañón cuando yo lo diga. Él —señaló a un marinero lascar— atacará y usted —volvió a mirar a Braithwaite— pone dentro la bala y el negro la ataca también, y que ninguno de ustedes, marineros de agua dulce, se le ponga en medio, y usted —miró a Sharpe— apunta la pieza.

—Creía que eso era cosa suya —dijo Sharpe.

—Estoy medio ciego, señor. —El marinero regaló a Sharpe una sonrisa desdentada y luego se volvió hacia los otros tres pasajeros—. El resto de ustedes —dijo— ayudarán a los otros negros a empujar el cañón hacia delante con esos dos cabos de ahí, y una vez hecho esto saldrán de en medio y se tapan los oídos. Si se produce un combate lo mejor que pueden hacer es arrodillarse y rogar al Todopoderoso que nos rindamos. ¿Va a disparar usted el cañón, señor? —le preguntó a Sharpe—. Y ya sabe que ha de echarse a un lado si no quiere ser enterrado en el mar. Aquí tiene una bolsa de canutillos, señor, y allí la cuerda de disparo, señor. Es mejor disparar cuando el barco se levante en el agua, si no desea hacernos quedar como unos completos idiotas. No va a darle a nada, señor, porque nunca lo hace nadie. Sólo practicamos porque la Compañía dice que debemos hacerlo, pero nunca hemos disparado un cañón con furia, y ruego y espero que nunca tengamos que hacerlo.

El cañón estaba equipado con un pedernal, igual que un mosquete, que inflamaba la pólvora apretada dentro de un tubito hueco que se insertaba en el fogón y así hacía llegar la llama a la carga principal. En cuanto el cañón estuviera cargado, lo único que Sharpe debía hacer era apuntarlo, echarse a un lado y tirar de la cuerda que disparaba la llave. Braithwaite y el lascar pusieron la pólvora y la bala en el tubo, el lascar lo atacó, Sharpe metió un alambre afilado por el oído para agujerear la bolsa de lona que contenía la pólvora y luego deslizó el canutillo en su sitio. Los demás miembros del equipo empujaron el cañón con torpeza hasta que el tubo sobresalió por la regala de la cubierta principal. Había espeques disponibles, unas grandes palancas parecidas a garrotes que podían usarse para girar el cañón a derecha o izquierda, pero ninguno del equipo los utilizó. No intentaban apuntar el cañón en serio: se limitaban a ejecutar los movimientos obligatorios de prueba para que el diario de a bordo pudiera confirmar que se habían cumplido las normas de la compañía.

—¡Ahí está su objetivo! —gritó el capitán Cromwell, y Sharpe, de pie en la cureña del cañón, vio un tonel increíblemente pequeño que cabeceaba en las distantes olas.

No tenía ni idea de cuál era el alcance del arma. Lo único que podía hacer era esperar hasta que el tonel se alineara y luego aguardar a que una ola alzara el barco: Cuando esto sucedió, se apartó rápidamente y tiró de la cuerda de disparo. El pedernal avanzó bruscamente y un pequeño chorro de fuego se alzó por el oído, luego el cañón retrocedió dando un fuerte golpe con sus pequeñas ruedas y el humo se elevó hasta media vela mayor cuando la llama de la pólvora ascendió y se enroscó en la acre nube blanca. El enorme braguero tembló, dispersando más pedacitos de pintura, y el señor Binns soltó un grito entusiasmado desde la toldilla.

—¡Ha dado en el blanco, señor, en el blanco! ¡Ha sido blanco! ¡Le ha dado de lleno, señor! ¡Ha dado en el blanco!

—Ya le hemos oído la primera vez, señor Binns —gruñó Cromwell—. ¡Cállese!

—¡Pero es que ha dado en el blanco, señor! —protestó Binns, pensando que nadie le creía.

—¡Váyase al tamborete del palo mayor! —le espetó Cromwell a Binns—. Le dije que se callara. Si no puede aprender a dominar su lengua, joven, iré a gritarles a las nubes. ¡Arriba he dicho! —Señaló a lo más alto del palo mayor—. Y se quedará ahí hasta que yo pueda volver a soportar su hedionda presencia.

Mathilde aplaudía con entusiasmo desde el alcázar. También lady Grace estaba allí, y Sharpe había sido plenamente consciente de su presencia cuando apuntó el cañón.

—Eso ha sido una jodida suerte —dijo el viejo marinero.

—Pura suerte —coincidió Sharpe.

—Le acaba de costar diez guineas al capitán —dijo el viejo con una risita.

—¿Ah, sí?

—Había apostado con el señor Tufnell que nadie alcanzaría nunca el objetivo.

—Creí que a bordo el juego estaba prohibido.

—Hay montones de cosas que están prohibidas, señor, pero eso no quiere decir que no ocurran.

Cuando se apartó del arma humeante, a Sharpe le zumbaban los oídos por el terrible ruido del cañón. Tufnell, el primer teniente, se empeñó en estrecharle la mano a Sharpe y se negó a aceptar su insistente argumento de que el acierto había sido pura suerte. Luego Tufnell se echó a un lado, porque el capitán Cromwell había bajado del alcázar y avanzaba hacia Sharpe.

—¿Había disparado un cañón alguna vez? —preguntó el capitán con brusquedad.

—No, señor.

Cromwell echó un vistazo a las jarcias y luego buscó con la mirada a su primer

oficial.

—¡Señor Tufnell!

—¿Señor?

—¡Hay un marchapié roto! ¡Allí, en la gavia! —Cromwell lo señaló. Sharpe siguió el dedo del capitán y vio que uno de los cabos en los que se apoyarían los juaneteros cuando estuvieran aferrando velas se había roto—. No pienso comandar un barco hecho jirones, señor Tufnell —gruñó Cromwell—. ¡Esto no es una barcaza de heno del Támesis, señor Tufnell, sino un barco de la Compañía de las Indias Orientales! ¡Haga que lo ayusten, hombre, haga que lo ayusten!

Tufnell mandó a dos marineros a la arboladura para que arreglaran el cabo roto. Cromwell hizo una pausa, para fulminar con la mirada al siguiente grupo de servidores que se disponían a disparar el cañón. El arma retrocedió, salió humo y la bala saltó sobre las olas a unos cien metros bien buenos del tonel que se mecía en el agua.

—¡Fallo! —gritó Binns desde lo alto del palo mayor.

—Tengo buen ojo para las irregularidades —dijo Cromwell con su voz áspera y grave—, y no albergo ninguna duda de que usted también, señor Sharpe. Seguro que si pasa revista a un centenar de hombres en formación, los ojos se le van hacia el desaliñado que lleva el mosquete sucio. ¿Tengo razón?

—Espero que sí, señor.

—Un marchapié roto puede matar a un hombre. Puede hacerlo caer a cubierta y causar sufrimiento en el corazón de una madre. Su hijo fue a apoyar un pie y bajo él no había más que el vacío. ¿Quiere usted que a su madre se le rompa el corazón, señor Sharpe?

Sharpe decidió que no era el momento de explicar que había quedado huérfano hacía tiempo.

—No, señor.

Cromwell recorrió con una mirada iracunda la cubierta principal, donde se aglomeraban los hombres que formaban los equipos de servidores de los cañones.

—¿Qué observa usted en estos hombres, señor Sharpe?

—¿Qué observo, señor?

—Van en mangas de camisa, señor Sharpe. Todos los presentes van en mangas de camisa, menos usted y yo. Yo llevo puesta la casaca, Sharpe, porque soy el capitán de este barco y lo apropiado es que un capitán aparezca debidamente vestido ante su tripulación. Pero yo me pregunto: ¿por qué el señor Sharpe lleva puesta su casaca de lana en un día caluroso? ¿Se cree usted el capitán de este cascarón?

—Es que me afecta el frío, señor —mintió Sharpe.

—¿El frío? —Cromwell adoptó un aire despectivo. Puso el pie derecho en una rendija que había entre los tablones de cubierta y, cuando levantó el zapato, un hilo de

alquitrán reblandecido se le había adherido a la suela—. Usted no tiene frío, señor Sharpe, está sudando. ¡Sudando! De modo que venga usted conmigo, señor Sharpe. —El capitán se dio la vuelta y condujo a Sharpe hasta el alcázar. Los pasajeros que observaban la artillería dejaron paso a los dos hombres, y de pronto Sharpe percibió el perfume de lady Grace. Luego siguió a Cromwell por la escalera de cámara y descendió a la gran cabina donde el capitán tenía sus dependencias. Cromwell hizo girar la llave en la puerta, la empujó para abrirla y con un gesto le indicó a Sharpe que entrara—. Mi casa —gruñó el capitán.

Sharpe se había imaginado que el capitán tendría uno de aquellos camarotes de popa con grandes y amplias ventanas, pero resultaba más provechoso alquilar dichos alojamientos a los pasajeros, y Cromwell se había conformado con un camarote más pequeño en el lado de babor. Aun así, aquél era un hogar confortable. Había una litera construida en una pared llena de estantes para libros, y una mesa, unida con bisagras al mamparo, que estaba colmada de cartas de navegación desplegadas y sujetas con tres faroles y un par de pistolas de cañón largo. La luz del sol entraba a raudales por una claraboya abierta, por encima de la cual el reflejo del mar se mecía sobre el techo pintado de blanco. Cromwell abrió un pequeño armario que dejó ver un barómetro y, a su lado, lo que parecía ser un grueso reloj de bolsillo que colgaba de un gancho.

—Trescientas veintinueve guineas —le dijo Cromwell a Sharpe al mismo tiempo que daba unos golpecitos al reloj.

—Nunca he tenido reloj —comentó Sharpe.

—No es un reloj, señor Sharpe —dijo Cromwell con indignación—, sino un cronómetro. Una maravilla de la ciencia. Dudo que se atrase más de dos segundos entre aquí y Gran Bretaña. Es esa máquina, señor Sharpe, la que nos dice dónde estamos. —Sopló para quitar una mota de polvo de la esfera del cronómetro, le dio unos golpecitos al barómetro y luego cerró cuidadosamente con llave el armario—. Yo guardo mis tesoros en lugar seguro, señor Sharpe. Usted, en cambio, hace alarde de los suyos.

Sharpe no dijo nada y el capitán señaló con un gesto la única silla que había en el camarote.

—Siéntese, señor Sharpe. Se estará preguntando cuál es mi nombre...

Sharpe se sentó, inquieto.

—¿Su nombre? —Se encogió de hombros—. Es inusual, señor.

—Es peculiar —dijo Peculiar Cromwell, y soltó una áspera risotada que no traslucía diversión alguna—. Mi gente, señor Sharpe, eran cristianos fervientes y sacaron mi nombre de la Biblia. «El señor te ha elegido para que seas un pueblo peculiar entre todos los pueblos»: Deuteronomio, capítulo 14, versículo 2. No es fácil, señor Sharpe, vivir con un nombre como éste. Es una incitación al ridículo. ¡En su momento este nombre hizo que se rieran de mí! —Pronunció estas últimas

palabras con una fuerza extraordinaria, como si estuviera molesto por toda la gente que se había burlado de él en alguna ocasión, pero Sharpe, sentado en el borde de la silla, no podía imaginar a nadie burlándose de aquel hombre de voz áspera y rostro severo que era Peculiar Cromwell.

Cromwell tomó asiento en su litera, apoyó los codos sobre las cartas de navegación y fijó la mirada en Sharpe.

—Me dejaron de lado por Dios, señor Sharpe, y eso contribuye a crear una vida solitaria. Se me negó una educación como es debido. Otros hombres van a Oxford o Cambridge, se sumergen en los conocimientos, pero a mí mis padres me mandaron al mar porque creían que si me hallaba lejos de cualquier costa quedaría fuera del alcance de las tentaciones terrenales. Pero yo mismo me formé, señor Sharpe. Aprendí de los libros —señaló las estanterías con un gesto de la mano— y descubrí que tengo un nombre adecuado. Soy peculiar, señor Sharpe, en mis opiniones, percepciones y conclusiones. —Movié la cabeza con tristeza, meciendo su larga cabellera, que descansaba sobre los hombros de su recia casaca azul—. A mi alrededor veo a hombres educados, hombres racionales, hombres convencionales y, sobre todo, hombres sociables, pero he descubierto que ninguna de esas criaturas hizo nunca algo grande. La verdadera grandeza, señor Sharpe, se da entre los solitarios. —Frunció el ceño, como si aquella carga casi fuera demasiado pesada para poder soportarla—. Creo que usted también es un hombre peculiar —siguió diciendo Cromwell—. El destino lo ha arrancado del lugar al que pertenece por naturaleza entre la escoria de la sociedad y lo ha transformado en un oficial. Yeso —se inclinó hacia delante y lo señaló con el dedo— contribuye a la soledad.

—Nunca me han faltado amigos —dijo Sharpe, eludiendo aquella embarazosa conversación.

—Usted confía en sí mismo, señor Sharpe —añadió Cromwell con voz de trueno, haciendo caso omiso de las palabras de Sharpe—, de igual modo que yo he aprendido a confiar en mí mismo al saber que no se puede confiar en nadie más. A usted y a mí nos han dejado de lado, como hombres solitarios condenados a observar el tránsito de los que no son peculiares. Pero hoy, señor Sharpe, voy a rogarle que prescinda de su desconfianza. Voy a exigirle que confíe en mí.

—¿Con respecto a qué, señor?

Cromwell hizo una pausa al mismo tiempo que las cuerdas de la caña del timón crujían bajo él. Luego echó un vistazo a una brújula de techo que había encima de la litera.

—Un barco es un pequeño mundo, señor Sharpe —dijo—, y a mí me han nombrado gobernante de ese mundo. En esta embarcación soy señor de todo y se me ha concedido el poder de la vida y la muerte, pero yo no ansío semejante poder. Lo que yo ansío, señor Sharpe, es orden. ¡Orden! —dio un manotazo sobre las cartas de

navegación—. ¡Y no voy a permitir los robos en mi barco!

Sharpe se irguió en su asiento, indignado.

—¡Robos! ¿Está usted...?

—¡No! —lo interrumpió Cromwell—. Por supuesto que no lo estoy acusando. Pero habrá robos, señor Sharpe, si continúa usted haciendo alarde de su riqueza.

Sharpe sonrió.

—Soy un alférez, señor, el grado más bajo que hay. Usted mismo ha dicho que me habían arrancado del lugar al que pertenezco, y usted sabe que allí no hay dinero. No soy rico.

—Entonces, señor Sharpe, ¿qué es eso que lleva cosido en las costuras de su ropa?

Sharpe no dijo nada. Llevaba una fortuna cosida en los dobladillos de su casaca, en la parte superior de las botas y en la cinturilla de los pantalones, y las piedras preciosas de la casaca se veían por lo endeble que era la tela teñida de rojo.

—Los marineros son unos tipos muy observadores, señor Sharpe —gruñó Cromwell. Pareció irritarse cuando se disparó el cañón en la cubierta principal, como si el sonido hubiera interrumpido sus pensamientos—. Los marineros tienen que ser observadores —prosiguió—, y los míos son lo suficientemente listos como para saber que un soldado oculta su botín en su persona, y son lo bastante observadores para advertir que el señor Sharpe no se quita la casaca, y una noche, señor Sharpe, cuando vaya usted a las letrinas, o cuando esté tomando el aire en cubierta, un marinero observador se le acercará por la espalda. ¿Una cabilla? ¿Un golpe en la cabeza? ¿Un chapuzón nocturno? ¿Quién iba a echarle de menos? —Sonrió, dejando al descubierto sus largos dientes amarillos, y tocó la empuñadura de una de las pistolas que había encima de la mesa—. Si ahora le disparara, le quitara la ropa y luego lo arrojara por la escotilla, ¿quién se atrevería a contradecir mi versión de que usted me había atacado?

Sharpe se quedó callado.

La mano de Cromwell seguía en la pistola.

—¿Tiene un arcón en su camarote?

—Sí, señor.

—Pero no se fía de mis marineros. Sabe que abrirían el cerrojo en cuestión de segundos.

—No me cabe duda —dijo Sharpe.

—¡Pero no se atreverán a abrir mi arcón! —declaró Cromwell señalando con un gesto debajo de la mesa, donde había un baúl de madera de teca revestida de hierro—. Quiero que me ceda su tesoro ahora, señor Sharpe; yo le firmaré el recibo y se lo guardaré, y cuando lleguemos a nuestro destino le será devuelto. Es un procedimiento habitual. —Al fin levantó la mano de la pistola, la alargó hacia la estantería y bajó

una caja pequeña llena de papeles—. En ese arcón guardo algún dinero perteneciente a lord William Hale, ¿lo ve? —le pasó a Sharpe uno de los papeles, donde se acusaba recibo de ciento setenta guineas en moneda nativa. El papel estaba firmado por Peculiar Cromwell y por Malachi Braithwaite, licenciado en Oxford, en nombre de lord William—. Tengo posesiones del comandante Dalton —dijo Cromwell mientras sacaba otro pedazo de papel— y piedras preciosas pertenecientes al barón Von Dornberg —le mostró a Sharpe dicho recibo—. Y más piedras preciosas que pertenecen al señor Fazackerly. —Fazackerly era el abogado—. Éste —Cromwell dio un golpe con el pie al arcón— es el lugar más seguro del barco, y si uno de mis pasajeros lleva objetos de valor quiero que éstos se mantengan apartados del camino de la tentación. ¿He sido lo bastante claro, señor Sharpe?

—Sí, señor.

—Pero está pensando que no confía en mí...

—No, señor —respondió Sharpe, que estaba pensando precisamente eso.

—Ya se lo he dicho —gruñó Cromwell—, es un procedimiento habitual. Usted me encomienda sus objetos de valor y yo, como capitán al servicio de la Compañía de las Indias Orientales, le doy un recibo. En caso de que yo perdiera estos objetos de valor, señor Sharpe, la Compañía se los reembolsaría. La única manera como puede perderlos es si el barco se hunde o si lo capturan en un ataque enemigo, en cuyo caso deberá recurrir a sus aseguradores. —Cromwell esbozó una sonrisa, pues sabía perfectamente bien que el tesoro de Sharpe no iba a estar asegurado.

Sharpe siguió callado.

—De momento, señor Sharpe —dijo Cromwell en voz baja—, sólo le he pedido que acceda a mis deseos. Puedo insistir, si es necesario.

—No hace falta que insista, señor —repuso Sharpe, porque, en realidad, Cromwell tenía razón al sugerir que todos los observadores marinos del barco se fijarían en sus gemas mal escondidas. Todos los días sin excepción, Sharpe era consciente de que las piedras preciosas suponían una carga para él y que seguirían siéndolo hasta que pudiera venderlas en Londres. Esa carga desaparecería si cedía las piedras para que la Compañía las guardara. Por otro lado, le habían asegurado que Pohlmann también había confiado sus piedras preciosas para que el capitán las guardara. Si Pohlmann, que no tenía un pelo de tonto, confiaba en Cromwell, entonces seguro que Sharpe también podía hacerlo.

Cromwell le entregó unas tijeras y Sharpe cortó el dobladillo de su casaca. No mostró ni tocó las piedras que llevaba en la cinturilla, ni las de las botas, pues no eran tan evidentes, ni siquiera ante una mirada escrutadora, pero sí puso sobre la mesa un gran montón de rubíes, diamantes y esmeraldas que sacó de las costuras de su casaca roja.

Cromwell separó las piedras en tres pilas y a continuación pesó cada montón en

una pequeña y delicada balanza. Anotó cuidadosamente los resultados, guardó las gemas bajo llave y luego le entregó a Sharpe un recibo que ambos habían firmado.

—Se lo agradezco, señor Sharpe —dijo Cromwell con gravedad—, pues ahora me quedo más tranquilo. El sobrecargo buscará a un marinero que le cosa la casaca —añadió al tiempo que se ponía de pie.

Sharpe también se levantó, y agachó la cabeza para no darse con los bajos baos.

—Gracias, señor.

—Sin duda lo veré enseguida en la cena. Al barón parece gustarle mucho su compañía. ¿Lo conoce bien?

—Me lo encontré una o dos veces en la India.

—Parece un hombre extraño, y no es que lo conozca en absoluto. Pero, ¿un aristócrata ensuciándose las manos con el comercio? —Cromwell se estremeció—. Supongo que en Hannover hacen las cosas de otro modo.

—Me imagino que sí, señor.

—Gracias, señor Sharpe. —Cromwell se metió las llaves en un bolsillo y con un gesto de la cabeza indicó a Sharpe que podía marcharse.

El comandante Dalton estaba en el alcázar, deleitándose con las prácticas de tiro.

—Nadie ha igualado su marca, Sharpe —dijo el escocés—. ¡Estoy orgulloso de usted! Mantiene el honor del ejército.

Lady Grace dirigió a Sharpe una de sus indiferentes miradas y luego se volvió a mirar al horizonte.

—Dígame, señor —le dijo Sharpe al comandante—, ¿confiaría usted en un capitán de la Compañía de las Indias Orientales?

—Si uno no puede confiar en un hombre así, Sharpe, es que el mundo se está acabando.

—No deseamos que eso ocurra, ¿verdad, señor?

Sharpe miró a lady Grace. Estaba de pie junto a su marido, tocándole ligeramente el brazo para mantener el equilibrio en la cubierta, que se balanceaba. El perro y el gato, pensó.

Y le entraron ganas de que lo arañaran.

CAPÍTULO 3

El aburrimiento en el barco era palpable.

Algunos pasajeros leían, pero Sharpe, a quien todavía le resultaba difícil la lectura, no obtuvo ningún alivio de los libros que tomó prestados al comandante Dalton, quien se pasaba el tiempo haciendo anotaciones para una memoria que planeaba escribir sobre la guerra contra los *mahratta*.

—Dudo que nadie la lea, Sharpe —admitió el comandante con modestia—, pero sería una lástima que no quedara constancia de los triunfos del ejército. ¿Querría usted complacerme contándome sus mejores recuerdos?

Algunos hombres pasaban el rato practicando con armas pequeñas o batiéndose en duelos simulados con espada y sable de un extremo a otro de la cubierta principal hasta que quedaban empapados de sudor. Durante la segunda semana de travesía surgió un repentino entusiasmo por el tiro al blanco; se utilizaban los pesados mosquetes de servicio marítimo del barco para disparar contra botellas vacías que se arrojaban a las olas, pero al cabo de cinco días el capitán Cromwell declaró que las descargas estaban reduciendo las reservas de pólvora del *Calliope* y el pasatiempo terminó. Más adelante, aquella misma semana, un marinero afirmó haber visto una sirena al amanecer y durante uno o dos días los pasajeros permanecieron en las barandillas escrutando en vano el mar vacío para ver si la veían. Lord William negó con desdén la existencia de semejantes criaturas, pero el comandante Dalton decía haber visto una cuando era niño.

—La exhibieron en Edimburgo —le dijo a Sharpe—, después de que la pobre criatura hubiera sido arrastrada por la corriente hasta la costa de Inchkeith Rock. Recuerdo que estaba una habitación muy oscura y que era bastante peluda. Iba muy despeinada. Olía muy mal, pero me acuerdo de su cola y también creo recordar que estaba muy bien dotada en la parte de arriba. —Se sonrojó—. Pobre muchacha, estaba bien muerta.

Una mañana se avistó un navío desconocido, y se vivió una hora de nerviosismo mientras los servidores de los cañones se congregaban, el convoy se agrupaba con torpeza y la fragata de la Compañía desplegaba las alas para estudiar al extraño, que resultó ser un *dhow* árabe que se dirigía a Cochin y, sin duda, no representaba ninguna amenaza para el gran barco de la Compañía de las Indias Orientales.

Los pasajeros de popa, la gente rica que habitaba los camarotes del alcázar y la gran cabina, jugaban al *whist*. Había otro grupo que se entretenía con el mismo juego en el entrepuente, pero Sharpe nunca había aprendido a jugar y, además, no le tentaba apostar. Se dio cuenta de que se ganaban y se perdían grandes sumas de dinero y, aunque el reglamento de la Compañía lo prohibía, el capitán Cromwell no ponía ninguna objeción. Es más, a veces incluso jugaba una mano.

—Él gana —le explicó Pohlmann a Sharpe—, él gana siempre.

—¿Y usted pierde?

—Un poco. —Pohlmann se encogió de hombros, como si no importara.

Pohlmann estaba sentado en uno de los cañones amarrados. Iba a menudo a hablar con Sharpe, normalmente de Assaye, donde había sufrido una gran derrota.

—Su William Dodd —le dijo a Sharpe— afirmaba que sir Arthur era un general prudente. No lo es. —Siempre se refería a Dodd como «su William Dodd», como si el casaca roja renegado hubiera sido compañero de Sharpe.

—Wellesley es muy obstinado —dijo Sharpe con admiración—. Ve una oportunidad y la aprovecha.

—¿Y se fue a su casa a Inglaterra?

—Zarpó hacia allí el año pasado —respondió Sharpe.

Sir Arthur, tal como correspondía a su rango, había embarcado en el *Trident*, el buque insignia del almirante Rainier, y era probable que para entonces ya estuviera en Gran Bretaña.

—Estará aburrido en casa —dijo Pohlmann.

—¿Aburrido? ¿Por qué?

—Porque nuestro adusto capitán tiene razón. Gran Bretaña no puede combatir con Francia en Europa. Puede luchar contra ella en los confines del mundo, pero no en Europa. El ejército francés, mi querido Sharpe, es una verdadera horda. No es como el suyo. No depende de delincuentes habituales, fracasados y borrachos, sino que es un ejército de reclutas. Por consiguiente es enorme.

Sharpe sonrió.

—Los delincuentes habituales, fracasados y borrachos le dieron una lección.

—Sí, lo hicieron —reconoció Pohlmann sin ofenderse—, pero no resistirán contra el inmenso ejército francés. Nadie puede hacerlo. Ahora no. Y cuando los franceses decidan construir una armada como es debido, amigo mío, entonces verá cómo el mundo baila al compás que ellos toquen.

—¿Y usted? —preguntó Sharpe—. ¿Dónde bailará usted?

—¿En Hannover, tal vez? —sugirió Pohlmann—. Compraré una casa grande, la llenaré de mujeres y observaré el mundo desde mis ventanas. O tal vez me vaya a vivir a Francia. Allí las mujeres son más hermosas, y si algo he aprendido en la vida, Sharpe, es que a las mujeres les gusta el dinero. ¿Por qué cree que lady Grace se casó con lord William? —Hizo un gesto con la cabeza hacia el alcázar, donde lady Grace, acompañada por su doncella, caminaba de un lado a otro—. ¿Cómo va su campaña con la dama?

—No va —replicó Sharpe con un gruñido—. Y no es una campaña.

Pohlmann se rió.

—¿Entonces por qué acepta mis invitaciones a cenar?

La verdad, y Sharpe lo sabía, era que estaba obsesionado con la tal lady Grace. Desde el instante mismo en que se despertaba por la mañana hasta que por fin se dormía apenas pensaba en otra cosa que no fuera ella. Parecía inalcanzable, indiferente, inaccesible, y eso no hacía más que aumentar su obsesión. Había hablado con él una vez y luego no había vuelto a hacerlo, y cuando Sharpe se la encontraba en la cena en el comedor del capitán e intentaba entablar conversación, ella se apartaba como si su presencia la ofendiera.

Sharpe pensaba en ella constantemente, y constantemente estaba pendiente de si la veía, aunque se cuidaba mucho de no dejar traslucir su obsesión. Pero ahí estaba, atormentándolo, llenando las horas de tedio, mientras el *Calliope* se abría paso pesadamente por el océano Índico. Los vientos se mantenían favorables, y el primer oficial, el teniente Tufnell, informaba cada día del progreso del convoy: setenta y dos millas, sesenta y ocho millas, setenta millas, más o menos siempre la misma distancia.

El tiempo era bueno y seco y, sin embargo, bajo cubierta parecía que la humedad estuviera pudriendo el barco. A pesar de los vientos tropicales que impulsaban el convoy hacia el sudoeste, a través de las cerradas portas inferiores entraba un poco de agua y los alojamientos de la cubierta inferior donde Sharpe dormía nunca estaban secos. Las mantas estaban húmedas, los maderos del barco estaban fríos y mojados. De hecho, todo el *Calliope*, tanto si brillaba el sol como si no, supuraba agua por todas partes, hedía, se estaba deteriorando, estaba plagado de hongos e infestado de ratas. Los marineros atendían sin descanso las cuatro bombas del barco y el agua salía por los tubos de madera de olmo y caía en unos desagües de la cubierta inferior que conducían la hedionda agua de pantoque por encima de la borda. Pero por mucho que bombearan, cada vez había que succionar más agua fuera del casco.

Las cabras cogieron una infección y la mayoría de ellas murieron durante la primera quincena de la travesía, de modo que no hubo leche fresca para los pasajeros del entrepuente. La comida fresca se terminó enseguida, y la que quedaba era salada, correosa, rancia y monótona. El agua estaba asquerosa, amarillenta y olía mal, sólo servía para hacer té fuerte. Aunque el filtro de Sharpe eliminaba algunas impurezas, no mejoraba en absoluto el sabor, y al cabo de dos semanas estaba tan obstruido de porquería marrón que Sharpe hubo de tirar el artilugio al mar. Bebía *arrack* o cerveza agria o, en el comedor del capitán Cromwell, un vino que era poco mejor que vinagre.

El desayuno era cada mañana a las ocho. Los pasajeros del entrepuente se dividían en grupos de diez y los hombres se turnaban para ir a buscar a la cocina del castillo de proa un caldero de *burgoo* para cada grupo. El *burgoo* era una mezcla de harina de avena y pedacitos de grasa de ternera que hervían a fuego lento durante toda la noche en la lumbre de la cocina. El almuerzo se servía al mediodía y consistía

nuevamente en *burgoo*, aunque de vez en cuando las gachas, requemadas y grumosas, tenían flotando unos trozos más grandes de carne o fibrosos trozos de pescado seco. Los domingos había pescado salado y galletas de barco duras como la piedra, que aun así estaban infestadas de gorgojos que había que sacar a golpecitos. El té se servía a las cuatro, pero sólo para los pasajeros que viajaban en la popa del barco. Los que iban en el entrepuente tenían que esperar a la cena, que consistía en más pescado seco, galletas y un queso duro en el que los gusanos rojos hacían túneles en miniatura.

—Los seres humanos no deberían comer estas cosas —sentenció Malachi Braithwaite, estremeciéndose después de una cena particularmente mala. Se había reunido con Sharpe en la cubierta principal para contemplar la puesta de sol con su esplendor de dorada rojez.

—Ya comió de este modo en la ida, ¿no? —preguntó Sharpe.

—Viajé como secretario privado de un mercader londinense —explicó Braithwaite con presunción— que me acomodó en la gran cabina y me alimentó a sus expensas. Se lo comenté a su señoría, pero se niega a asumir ese gasto. —Parecía estar dolido. Braithwaite era un hombre orgulloso pero pobre, y muy susceptible a cualquier ofensa contra su amor propio. Pasaba las tardes en los camarotes de popa, donde, según le contó a Sharpe, lord William estaba redactando un informe para la junta de Control. El informe había de sugerir el nuevo gobierno de la India y Braithwaite disfrutaba con el trabajo, pero cada día a media tarde lo despedían de vuelta a la cubierta inferior y al sufrimiento que lo atormentaba. Se sentía avergonzado de que lo hubieran hecho viajar en el entrepuente, detestaba ser uno de los servidores de los cañones y aborrecía ir a buscar los calderos para su grupo de comedor, pues creía que dicha tarea lo rebajaba a la categoría del criado más vulgar, no mejor que el ayuda de cámara de lord William o la doncella de lady Grace—. Soy un secretario —protestó una vez que hablaba con Sharpe—. ¡Yo fui a Oxford!

—¿Cómo se convirtió usted en el secretario de lord William? —le preguntó entonces Sharpe.

Braithwaite sopesó la pregunta como si ésta encerrara alguna trampa, pero luego decidió que no suponía ningún peligro contestarla.

—El secretario que tenía murió en Calcuta. De una mordedura de serpiente, creo, y su señoría tuvo la amabilidad de ofrecerme el puesto.

—¿Y ahora lamenta haberlo aceptado?

—¡Por supuesto que no! —respondió Braithwaite con brusquedad—. Su señoría es un hombre importante. Es amigo íntimo del primer ministro —esto se lo confió en un tono de admiración—. La verdad es que el informe en el que estamos trabajando no será solamente para la junta de Control, sino que irá directamente ¡al mismísimo Pitt! Muchas cosas dependen de las conclusiones de su señoría. Tal vez incluso un

puesto en el ministerio. Bien podría ser que dentro de uno o dos años su señoría se convirtiera en ministro de exteriores, ¿y eso en qué me convertiría a mí?

—En un secretario al que harán trabajar demasiado —contestó Sharpe.

—Pero tendré influencia —replicó Braithwaite con entusiasmo—, y su señoría tendrá una de las casas más fabulosas de Londres. Su esposa presidirá un salón que será un centro de ingenio y un núcleo de gran influencia.

—Si es que habla con alguien alguna vez —comentó Sharpe con sequedad—. A mí no me dirige la palabra.

—Pues claro que no —dijo Braithwaite, enojado—. Está acostumbrada únicamente a la conversación más elevada. —El secretario miró hacia el alcázar, pero si esperaba ver allí a lady Grace se llevó una decepción—. Es un ángel, Sharpe —soltó—. Una de las mejores mujeres que he tenido el privilegio de conocer. ¡Y su inteligencia no le va a la zaga! Ni siquiera yo, que tengo una licenciatura de Oxford, señor Sharpe, estoy a la altura de la señora en cuanto a conocimientos sobre las *Geórgicas*.

«Que vete a saber qué demonios serán», pensó Sharpe.

—Es una mujer de aspecto poco común —dijo en tono suave, preguntándose si aquello provocaría otro arrebato de franqueza en Braithwaite.

Lo hizo.

—¿«De aspecto poco común»? —preguntó Braithwaite con sarcasmo—. Es una belleza, señor Sharpe. La quintaesencia misma de la virtud, la hermosura y la inteligencia femeninas.

Sharpe se rió.

—Está usted enamorado de ella, Braithwaite.

El secretario lanzó a Sharpe una mirada fulminante.

—Si no fuera usted un soldado con fama de salvaje, Sharpe, consideraría esta afirmación una impertinencia.

—Puede que yo sea el salvaje —dijo Sharpe, hurgando en el orgullo herido del secretario—, pero soy el que ha cenado con ella hoy.

Sin embargo, aquella noche lady Grace no había hablado con Sharpe, y, de hecho, ni siquiera pareció percatarse de su presencia en el comedor, donde la comida apenas era mejor que la bazofia que daban en el entrepuente. A los pasajeros más ricos les ofrecieron las cabras que habían muerto guisadas y servidas con una salsa de vinagre; al capitán Cromwell le gustó especialmente la carne de cerdo con guisantes, aunque éstos se habían secado y salado hasta adquirir la misma consistencia que las balas y la textura del cuero viejo. La mayoría de las noches había pudín, luego vino de Oporto o brandy, café, cigarros y *whist*. Para desayunar se servían huevos y café, un lujo que nunca se daba en el entrepuente, pero Sharpe no estaba invitado a compartir el desayuno con la gente privilegiada.

Las noches que Sharpe comía abajo, después subía a cubierta para ver bailar a los marineros al son que tocaba una orquesta de cuatro hombres: dos violinistas, un flautista y un tambor que golpeaba el extremo de medio barril con las manos. Una noche cayó un violento y repentino aguacero, que repiqueteaba contra las velas. Sharpe se quedó de pie con el pecho desnudo, la cabeza hacia atrás y la boca abierta para beber el agua limpia. Pero por lo visto la mayor parte de la lluvia que cayó sobre el barco se abrió camino entre las cubiertas, que de este modo apestaron aún más. Todo parecía estar podrido, oxidado o enmohecido. Los domingos el sobrecargo oficiaba el servicio religioso. El cuarteto tocaba y los pasajeros, los ricos en el alcázar y los menos privilegiados más abajo en la cubierta principal, cantaban: «Despierta, alma mía, y lleva a cabo tus obligaciones diarias con el sol». El comandante Dalton cantaba a rachas, marcando el tiempo con la mano. A Pohlmann la ceremonia parecía divertirse; en cambio, lord William y su esposa, contraviniendo las órdenes del capitán, no asistían a ella. Cuando se acababa el himno, el sobrecargo leía una monótona plegaria que tanto a Sharpe como a los demás pasajeros que prestaban atención les parecía alarmante: «Oh, glorioso y misericordioso Dios nuestro señor, que estás en los cielos pero que todo lo ves; mira hacia abajo, te lo suplicamos, y escucha cómo alzamos la voz desde las profundidades del sufrimiento y las garras de esta muerte que ahora está dispuesta a engullirnos. Sálvanos, señor, o pereceremos».

Pero no perecieron, y el mar y las millas se sucedían interminablemente, sin que aparecieran ni un atisbo de tierra ni una nave hostil. Al mediodía, los oficiales tomaban solemnemente la altura del sol con sus sextantes y luego se dirigían a toda prisa al camarote del capitán Cromwell para realizar los cálculos. Finalmente, a mediados de la tercera semana, hubo un día en que el cielo estaba tan encapotado que no se pudo hacer ninguna medición. Al capitán Cromwell se le oyó comentar que al *Calliope* lo iba a pillar un vendaval, y se pasó el día yendo y viniendo a grandes Zancadas por el alcázar con una mirada de adusto placer. El viento soplaba sin prisa pero sin pausa y hacía que los pasajeros se tambalearan por la escorada cubierta y se sujetaran los sombreros. Muchos de los que habían superado el mareo inicial volvieron a sucumbir entonces, y la rociada que batía contra las amuras del barco golpeteaba en las velas y caía sobre cubierta. A media tarde empezó a llover con tanta intensidad que unos velos grisáceos lo ocultaron todo menos las embarcaciones más próximas del convoy.

Sharpe volvía a ser el invitado de Pohlmann para la cena. Cuando bajó para ponerse su camisa menos sucia y la casaca, que uno de los marineros de la cofa de trinquete había zurcido muy bien, se encontró el entrepuente lleno de agua y vómitos. Los niños lloraban, un perro atado con una correa ladraba. Braithwaite se había acomodado encima de un cañón para no mojarse. Cada vez que el barco descendía con el viento, el agua se abría camino a través de las portas cerradas y resbalaba por

la cubierta con un susurro, y cuando la nave hundía sus amuras en el mar, una auténtica riada entraba por los escobenes y caía sobre los inundados tablones.

El agua bajaba en cascada por la escalera de cámara cuando Sharpe volvió a subir hacia los restos de luz del día. Pasó tambaleándose por el alcázar, donde seis hombres se aferraban a la rueda, atravesó de golpe la puerta de la toldilla y se vio despedido al pequeño vestíbulo antes de entrar, chocando contra todas partes, en el comedor, donde tan sólo aguardaban el capitán, el comandante Dalton, Pholmann, Mathilde, lord William y lady Grace. Los otros tres pasajeros o estaban mareados o bien iban a cenar en sus propios camarotes.

—¿El barón lo ha invitado otra vez? —le preguntó Cromwell de forma harto significativa.

—Supongo que no le importará que el señor Sharpe sea mi invitado... —replicó Pohlmann acaloradamente.

—Come de su bolsillo, barón, no del mío —respondió Cromwell con un gruñido, y a continuación indicó a Sharpe con un gesto de la mano que se sentara en su silla de siempre—. Siéntese, señor Sharpe, por Dios. —Alzó una mano enorme y esperó mientras el barco se bamboleaba. Los mamparos se movieron de forma alarmante y la cubertería se deslizó sobre la mesa—. Que el Señor bendiga estos alimentos —dijo Cromwell— y nos haga estar agradecidos por su sustento, en el nombre de Dios, amén.

—Amén —dijo lady Grace con actitud distante. Su marido estaba pálido y se agarraba al borde de la mesa como si así pudiera paliar el rápido movimiento del barco. En cambio, a lady Grace no se la veía en absoluto afectada por el mal tiempo. Llevaba puesto un vestido rojo, de corte bajo y lucía un collar de perlas en su esbelto cuello. Llevaba el pelo recogido en lo alto y sujeto con horquillas con incrustaciones de perlas.

Se habían colocado unos topes en la mesa para que los cuchillos, tenedores, cucharas, vasos, platos y vinagreras no resbalaran, pero las sacudidas del barco convirtieron la cena en una experiencia peligrosa. El mayordomo de Cromwell sirvió una sopa espesa de primero.

—¡Pescado fresco! —alardeó Cromwell—. Pescado esta mañana. No tengo ni idea de qué peces eran, pero en mi barco nadie ha muerto todavía por comer pescado no identificado. Han muerto de otras cosas, claro. —El capitán se llevó una cucharada de aquel puré lleno de espinas ala boca al tiempo que sujetaba el plato con destreza para que su contenido no se derramara con los bamboleos de la embarcación—. Hay hombres que caen de la obra muerta, gente que se muere por la fiebre, e incluso tuve un pasajero que se quitó la vida por un amor no correspondido... Pero nunca se me ha muerto nadie envenenado con el pescado.

—¿Un amor no correspondido? —preguntó Pohlmann, divertido.

—Son cosas que ocurren, barón, cosas que ocurren —dijo Cromwell con deleite—. Es un fenómeno bien atestiguado que las travesías por mar despiertan los instintos más básicos. Perdóneme por mencionar el tema, señora —se apresuró a añadir dirigiéndose a lady Grace, que hizo caso omiso de su grosería.

Lord William probó la sopa de pescado y luego se apartó, dejando que el plato se vaciara solo derramándose sobre la mesa. Lady Grace logró tomar unas cuantas cucharadas, pero, como no le gustaba el sabor, a continuación empujó el plato con aquella bazofia maloliente hacia el interior de la mesa. El comandante comió con ganas, Pohlmann y Mathilde con avidez, y Sharpe con cautela, pues no quería sentirse avergonzado al dar muestras de mala educación delante de lady Grace. Las espinas se le metían entre los dientes y él intentó sacárselas sutilmente, porque había visto que lady Grace se estremecía cada vez que Pohlmann las escupía sobre la mesa.

—De segundo hay ternera fría y arroz —anunció el capitán, como si les estuviera ofreciendo un manjar—. Dígame, barón, ¿cómo hizo usted su fortuna? Comerció, ¿no es cierto?

—Sí, capitán, comerciaba.

Lady Grace levantó la mirada de golpe, puso mala cara y luego fingió que la conversación no le interesaba. Las licoreras golpeteaban contra su cesta metálica. El barco entero crujía, chirriaba y temblaba cada vez que una ola más fuerte que las demás rompía contra sus amuras.

—En Inglaterra —dijo Cromwell, lanzando una clara indirecta— la aristocracia no se dedica al comercio. Consideran que es indigno de ellos.

—Los nobles ingleses tienen tierras —dijo Pohlmann—, pero mi familia perdió sus propiedades hace cien años, y cuando uno no posee tierras tiene que trabajar para vivir.

—¿Haciendo qué, si puede saberse? —preguntó Cromwell. Su largo cabello mojado le caía lacio sobre los hombros.

—Compro, vendo... —respondió Pohlmann, a todas luces indiferente al interrogatorio del capitán.

—¡Y con éxito! —Al parecer, el capitán Cromwell estaba conversando para que sus invitados no pensarán en los cabeceos y bamboleos del barco—. Y ahora se lleva el beneficio a casa, y bien que hace. Dígame, ¿dónde está su casa? ¿En Bavaria? ¿Prusia? ¿Hesse?

—Hannover —dijo Pohlmann—, pero he estado pensando que quizá debería comprarme una casa en Londres. Sin duda, lord William podría aconsejarme, ¿no? —Ofreció una sonrisa a lord William, que estaba sentado al otro lado de la mesa y que, a modo de respuesta, se puso en pie bruscamente, se llevó una servilleta a la boca y salió corriendo del comedor. Las gotas salpicaron los cristales de la lumbre y algunas cayeron sobre la mesa.

—Mi marido es muy mal marinero —comentó lady Grace en tono calmado.

—¿Y usted no, señora? —preguntó Pohlmann.

—Me gusta el mar —contestó ella casi con indignación—. Siempre me ha gustado el mar.

Cromwell se rió.

—Dicen, señora, que los que van al mar por placer visitarían el infierno como pasatiempo.

Ella se encogió de hombros, como si lo que otros dijeran le diera lo mismo. El comandante Dalton retomó el peso de la conversación.

—¿Alguna vez se ha mareado en un barco, Sharpe?

—No, señor, he tenido suerte.

—Yo tampoco —dijo Dalton—. Mi madre siempre creyó que un bistec de ternera era un específico para eso.

—Un bistec... ¡Tonterías! —gruñó Cromwell—. Lo único que sirve es ron y aceite.

—¿Ron y aceite? —preguntó Pohlmann con una mueca.

—Le haces tragar al paciente una pinta de ron y a continuación una de aceite. Cualquier aceite sirve, incluso el de una lámpara, porque el paciente lo echará todo. Pero al día siguiente estará más fresco que una rosa. —Cromwell dirigió una mirada un tanto sarcástica hacia lady Grace—. ¿Quiere que mande aceite y ron a su camarote, señora?

Lady Grace ni siquiera se molestó en contestar. Se quedó mirando fijamente los paneles donde una pequeña pintura al óleo de una iglesia rural inglesa se balanceaba con el movimiento del barco.

—¿Cuánto durará esta tormenta? —preguntó Mathilde con su inglés con acento.

—¿Tormenta? —gritó Cromwell—. ¿Cree usted que esto es una tormenta? Esto, señora, no es nada más que una ventolera. Tan sólo un poco de viento y lluvia que no hará daño a ningún hombre ni a ningún barco. Una tormenta, señora, es violenta, ¡violenta! Esto es delicado comparado con lo que cabe esperar frente a las costas de la provincia del Cabo.

Nadie tenía el estómago para un postre de pudín y pasas, de modo que Pohlmann sugirió que echaran una partida de *whist* en su camarote.

—Tengo un brandy excelente, capitán —dijo—, y si el comandante Dalton tiene ganas de jugar podemos hacer dos parejas. Ya sé que Sharpe no va a jugar. —Señaló que Mathilde y él serían los otros jugadores y a continuación sonrió a lady Grace—. A menos que pudiera convencerla para que jugara usted, señora.

—Yo no juego. —Por el tono en que contestó se hubiera dicho que Pohlmann la había invitado a revolcarse en su vómito. Se puso en pie, logrando de alguna manera conservar la elegancia a pesar de las sacudidas del barco. Los hombres apartaron las

sillas de inmediato y se echaron a un lado para permitir que abandonara el comedor.

—Quédese y termínese el vino, Sharpe —le dijo Pohlmann al tiempo que conducía a sus jugadores de *whist* hacia fuera.

Sharpe se quedó solo en el comedor. Se terminó el vino, sacó la licorera de su armazón metálico en el aparador y se sirvió otro vaso. Se había hecho de noche y la fragata, preocupada por que el convoy no se dispersara en la oscuridad, disparaba un cañón cada diez minutos. Sharpe se dijo que se quedaría hasta que hubieran disparado tres cañones y luego se dirigiría a la fétida bodega e intentaría dormir.

Entonces se abrió la puerta y lady Grace volvió a entrar al comedor. Llevaba puesto un pañuelo por encima del cuello que ocultaba las perlas y la suave piel de sus hombros. Dirigió a Sharpe una mirada hostil y se mostró indiferente ante su nervioso saludo. Sharpe se imaginó que se marcharía enseguida, pues supuso que sólo habría ido a buscar algo que se había dejado olvidado allí, pero para su sorpresa ella se sentó en la silla de Cromwell y lo miró con el ceño fruncido.

—Siéntese, señor Sharpe.

—¿Un poco de vino, señora?

—Siéntese —dijo ella con firmeza.

Sharpe tomó asiento en el extremo opuesto de la mesa. La araña de latón se balanceaba colgada del bao y reflejaba destellos de la luz de las velas que provenía de dos faroles cubiertos que había en los mamparos. Las llamas parpadeantes acentuaban los prominentes huesos del rostro de lady Grace.

—¿Conoce usted bien al barón Von Dornberg? —preguntó bruscamente.

Sharpe parpadeó, sorprendido ante aquella pregunta.

—No muy bien, señora.

—¿Lo conoció en la India?

—Sí, señora.

—¿Dónde? —inquirió en tono perentorio—. ¿Y cómo?

Sharpe frunció el ceño. Había prometido no revelar la identidad de Pohlmann, de modo que tendría que responder a la insistencia de lady Grace con mucho tacto.

—Durante un tiempo serví con un oficial explorador de una compañía, señora —dijo—, y él con frecuencia cabalgaba más allá de las líneas enemigas. Así es como conocí a P..., al barón. —Se quedó pensando uno o dos segundos—. Debí de verlo unas cuatro veces, tal vez cinco.

—¿A qué enemigo se refiere?

—A los *mahratta*, señora.

—¿Entonces él era amigo de los *mahratta*?

—Supongo que sí, señora.

Ella se lo quedó mirando fijamente, como si sopesara la veracidad de sus palabras.

—Da la impresión de que le tiene mucho cariño, señor Sharpe.

Sharpe estuvo a punto de soltar una maldición cuando el vaso de vino se deslizó y cayó por encima del tope. El cristal se hizo añicos contra el suelo y salpicó de vino la alfombra de lona.

—La última vez que nos vimos, señora, le hice un favor. Fue después de un combate.

—¿Y él estaba en el otro bando? —lo interrumpió.

—Sí, estaba en el otro bando, señora —dijo Sharpe con cautela, ocultándole que Pohlmann era en realidad el general que estaba al mando del otro bando—. Se vio envuelto en la desbandada. Yo pude haberlo capturado, supongo, pero no parecía representar ningún peligro, de modo que lo dejé marchar. Está agradecido por ello, estoy seguro.

—Gracias —dijo ella, y dio la impresión de que iba a ponerse de pie.

—¿Por qué tantas preguntas, señora? —inquirió Sharpe, con la esperanza de que se quedara.

Ella se relajó un poco y luego se lo quedó mirando durante un largo rato, sin duda considerando si responder o no a su pregunta. Luego quitó las manos de la mesa y se encogió de hombros.

—¿Ha oído usted la conversación del capitán con el barón esta noche?

—Sí, señora.

—Da la impresión de que son dos desconocidos, ¿no?

—Lo son, en efecto —asintió Sharpe—, y Cromwell me dijo eso mismo.

—Y sin embargo, señor Sharpe, cada noche se reúnen y hablan. Sólo ellos dos. Vienen aquí después de medianoche, se sientan a la mesa el uno frente al otro y hablan. Y en ocasiones el criado del barón está aquí con ellos. —Hizo una pausa—. Con frecuencia me cuesta dormir, y si hace buena noche voy a cubierta. Los oigo a través de la lumbrera. No escucho a escondidas —comentó mordazmente—, sino que oigo sus voces.

—¿De modo que se conocen mucho mejor de lo que aparentan? —dijo Sharpe.

—Eso parece —respondió ella.

—Es extraño, señora —comentó Sharpe.

Ella se encogió de hombros como si quisiera insinuar que la opinión de Sharpe no le interesaba.

—Es posible que sólo jueguen al *backgammon* —dijo con frialdad.

De nuevo volvió a dar la impresión de que se iba a marchar y Sharpe se apresuró a proseguir con la conversación.

—El barón me dijo que tal vez fuera a vivir a Francia, señora.

—¿Y no a Londres?

—Francia o Hannover, dijo.

—Pero no puede esperar que confíe en usted —dijo con desdén—, teniendo en cuenta lo poco que se conocen. —Se levantó.

Sharpe echó su silla hacia atrás y corrió a abrir la puerta. Ella agradeció su cortesía con un gesto de la cabeza. En ese momento una ola inesperada levantó al *Calliope* e hizo que lady Grace se tambaleara. Sharpe extendió instintivamente una mano para sujetarla, y la mano le rodeó la cintura y aguantó su peso, por lo que ella quedó apoyada contra él con el rostro a apenas unos centímetros del suyo. Sintió un deseo irrefrenable de besarla y sabía que ella no pondría ninguna objeción porque, aunque el barco se estabilizó, ella no se apartaba. Sharpe notaba su esbelta cintura bajo la suave tela de su vestido. La cabeza le daba vueltas porque los ojos de la mujer, tan grandes y serios, estaban clavados en los suyos; una vez más, al igual que le había ocurrido la primera vez que la vio, intuyó cierta melancolía en su rostro, pero entonces la puerta del alcázar se abrió de golpe y el mayordomo de Cromwell soltó una maldición mientras llevaba una bandeja hacia el comedor. Lady Grace se zafó del brazo de Sharpe y, sin decir una sola palabra, atravesó la puerta.

—Está lloviendo a cántaros, ya lo creo —dijo el camarero—. Hasta un maldito pez podría ahogarse en cubierta, se lo digo yo.

—Mierda —dijo Sharpe—, mierda. —Levantó la licorera por el cuello, se la llevó a la boca y la apuró.



El viento y la lluvia arreciaron durante la noche. Cromwell había arrizado las velas al anochecer y los pocos pasajeros que se atrevieron a subir a cubierta al alba se encontraron con que el *Calliope* cabeceaba bajo unas nubes bajas y oscuras y unas negras borrascas silbaban por un mar coronado de blanco. Sharpe, que no tenía gabán y no quería empaparse la casaca ni la camisa, subió a cubierta con el pecho desnudo. Se volvió hacia el alcázar e inclinó la cabeza respetuosamente para saludar al invisible capitán, y luego se dirigió medio corriendo medio caminando hacia el castillo de proa, donde las gachas del desayuno aguardaban a que alguien fuera a buscarlas. En la cocina encontró a un grupo de marineros, uno de los cuales era el comandante de cabello cano del cañón número cinco, quien saludó a Sharpe con una sonrisa manchada de tabaco.

—Hemos perdido al convoy, señor.

—¿Cómo, perdido?

—Se habrá ido al carajo, imagino. —El hombre se rió—. Y por lo que sé, no ha sido por accidente.

—¿Y qué es lo que usted sabe, Jem? —preguntó un hombre más joven.

—Más que de lo que sabe usted, y más de lo que llegará a saber nunca.

—¿Por qué dice que no fue un accidente? —le preguntó Sharpe.

Jem agachó la cabeza para escupir jugo de tabaco.

—El capitán lleva al timón desde medianoche, señor, eso es, y nos ha estado llevando todo hacia el sur. En plena noche nos hizo subir a cubierta y ceñir el viento. Ahora vamos derechos hacia el sur, señor, en lugar de hacia el sudoeste.

—El viento cambió —observó un hombre.

—¡Aquí el viento no cambia! —exclamó Jem con desprecio—. ¡En esta época del año no! Aquí el viento es del nordeste, firme como una roca. Nueve de cada diez días, señor, es del nordeste. No hace falta manejar el timón para salir de Bombay, señor. Dejas atrás el fondeadero de Basalore, cuelgas los trapos grandes en los palos y este viento te llevará directo a Madagascar, como una bola por la pista de una bolera, señor.

—¿Entonces por qué ha virado hacia el sur? —preguntó Sharpe.

—Porque el nuestro es un barco rápido, señor, y a Peculiar le crispaba los nervios estar atado a esas viejas y lentas bañeras del convoy. Espere usted y verá, señor: nos hará colgar en las jarcias hasta las camisas para atrapar el viento y llegaremos a casa volando como una gaviota. —Guiñó el ojo—. El primer barco que llega obtiene el mejor precio por la carga, ¿sabe, señor?

El cocinero vertió el *burgoo* con un cucharón en el caldero de Sharpe. Jem le abrió la puerta del castillo de proa para que pasara, pero Sharpe casi chocó con el criado de Pohlmann, el anciano que tan relajadamente descansaba en el sofá de su amo la primera noche que Sharpe estuvo de visita en la cabina.

—*Pardonnez-moi* —dijo el sirviente de forma instintiva, al tiempo que retrocedía rápidamente para que Sharpe no le manchara con las gachas la ropa de color gris que llevaba.

Sharpe lo miró.

—¿Es usted francés?

—Soy suizo, señor —respondió el hombre respetuosamente, y a continuación se echó a un lado, aunque sin dejar de mirar a Sharpe, que pensó que la mirada de aquel hombre no era la mirada de un criado. Era una mirada como la de lord William, segura, inteligente y cómplice—. Buenos días, señor —dijo el criado en tono respetuoso y con una ligera reverencia. Sharpe pasó junto a él y luego avanzó con las gachas humeantes por la cubierta principal, resbaladiza a causa de la lluvia, hacia la escalera de cámara de popa.

Cromwell eligió aquel momento para aparecer en la baranda del alcázar y, tal como había pronosticado Jem, quiso que hasta la última puntada de vela estuviera en la arboladura. Les bramó a los juaneteros que empezaran a trepar, luego cogió un megáfono que había en la baranda y llamó al primer teniente que se dirigía hacia la proa.

—Largue la cebadera del botalón del foque, señor Tufnell. ¡Venga, con brío!

Señor Sharpe, me haría un favor si se vistiera. Éste es un barco de la Compañía de las Indias Orientales, no un sucio barco carbonero del río Tyne.

Sharpe bajó para desayunar y cuando regresó a cubierta, adecuadamente vestido, Cromwell se encontraba en la toldilla y desde allí miraba hacia el norte, temeroso de que la fragata de la Compañía pudiera aparecer para ordenarle que regresara al convoy, pero ni Cromwell ni los hombres que estaban arriba vieron a los demás barcos por ninguna parte. Parecía que Cromwell había escapado del convoy, y ahora podía dejar que el *Calliope* demostrara su verdadera velocidad. Y lo demostró, pues todas y cada una de las velas que se habían manejado al caer la noche estaban ahora de nuevo en las vergas, extendidas contra el viento húmedo, y mientras avanzaba rápidamente hacia el sur, el *Calliope* parecía batir el mar y convertirlo en crema.

Durante el día el viento se calmó y las nubes se disgregaron, de modo que al atardecer el cielo volvía a estar despejado y el mar era azul en lugar de gris. A bordo reinaba un clima de efervescencia, como si al liberarse el *Calliope* del convoy, ello le hubiera alegrado la vida a todo el mundo. Se oían risas en el entrepuente y hubo ovaciones cuando Tufnell aparejó unos molinetes para airear las fétidas cubiertas. Los pasajeros se unieron a los marineros en sus danzas bajo el castillo de proa mientras el sol se ponía con un áureo resplandor anaranjado.

Antes de la cena Pohlmann le llevó un cigarro a Sharpe.

—Hoy no voy a invitarle a cenar con nosotros —dijo—. Joshua Fazackerly va a poner el vino, lo que significa que se creará con derecho a aburrirnos a todos con sus historias legales. Probablemente resulte una comida tediosa. —Hizo una pausa y echó una bocanada de humo hacia la vela mayor—. ¿Sabe por qué me gustaban los *mahratta*? Ellos no tenían abogados.

—Ni tampoco ley —dijo Sharpe.

Pohlmann lo miró de reojo.

—Cierto. Pero me gustan las sociedades corruptas, Richard. En una sociedad corrupta, gana el mayor granuja.

—¿Entonces por qué regresa?

—Europa se está corrompiendo —respondió Pohlmann—. Los franceses proclaman a voz en grito la ley y la razón, pero bajo toda esa palabrería no hay nada más que avaricia. Yo entiendo la avaricia, Sharpe.

—¿Y dónde va a vivir? —preguntó Sharpe—. ¿En Londres, Hannover o Francia?

—Tal vez en Italia. O quizás en España. No, en España no. No podría soportar a los curas. Tal vez debería irme a América. Dicen que a los granujas les va muy bien allí.

—O quizá debería irse a Francia, ¿no?

—¿Por qué no? No tengo nada en contra de Francia.

—Lo tendrá si el *Revenant* nos encuentra.

—¿El *Revenant*? —preguntó Pohlmann en tono inocente.

—Un barco de guerra francés —dijo Sharpe.

Pohlmann se rió.

—Sería como... ¿Cómo lo dicen ustedes? ¿Encontrar una aguja en un pajar? Aunque yo siempre he pensado que no ha de ser difícil encontrar una aguja en un pajar. Sólo tiene que llevarse a una chica a un almiar y hacerle el amor: puede estar seguro de que la aguja encontrará su trasero. ¿Alguna vez ha hecho el amor en un pajar?

—No.

—No se lo recomiendo. Es como una de esas camas en las que duermen los magos indios. Pero si lo hace, Richard, procure ser usted el que está arriba.

Sharpe contempló el océano que se oscurecía. Ya no había olas con blancas crestas espumosas, sólo un mar infinito que se ondulaba suavemente.

—¿Conoce mucho a Cromwell? —soltó la pregunta de sopetón, debatiéndose entre la renuencia a despertar las sospechas del alemán y el deseo de no creer en dichas sospechas.

Pohlmann dirigió a Sharpe una mirada llena de curiosidad y no poca hostilidad.

—Apenas lo conozco —respondió con frialdad—. Lo vi una o dos veces cuando estaba en tierra en Bombay, porque parecía lo más sensato si queríamos conseguir un alojamiento decente, pero aparte de eso no sé de él más que usted. ¿Por qué lo pregunta?

—Estaba pensando si lo conocía lo bastante como para averiguar por qué abandonó el convoy.

Pohlmann se rió, pues la explicación de Sharpe disipó sus sospechas.

—No creo que lo conozca tan bien como para eso, pero el señor Tufnell me ha dicho que nos dirigimos hacia el este de Madagascar, en tanto que el convoy va hacia el oeste. Cree que así ganaremos tiempo y podremos estar en casa al menos dos semanas antes que los demás barcos. Y eso incrementará el valor de la carga, en la que el capitán tiene un interés considerable. —Pohlmann inhaló el humo del cigarro—. ¿No aprueba usted su iniciativa?

—Ir en grupo proporciona seguridad —dijo Sharpe en tono suave.

—También la proporciona la velocidad. Tufnell dice que ahora deberíamos recorrer al menos noventa millas al día. —El alemán arrojó lo que le quedaba del cigarro por la borda—. Debo cambiarme para la cena.

Sharpe tenía la impresión de que algo no iba bien, pero no sabía el qué. Si lady Grace estaba en lo cierto, Pohlmann y el capitán hablaban con frecuencia, pero Pohlmann afirmaba que apenas conocía a Cromwell. Sharpe se inclinaba a creer a la dama, aunque por nada del mundo veía que ello afectara a nadie aparte de a Pohlmann y Cromwell.

Al cabo de dos días se avistó tierra a lo lejos, al oeste. El grito proveniente del calcés provocó que los pasajeros se precipitaran hacia la baranda de estribor. Nadie podría ver la distante tierra a menos que se dispusiera a trepar a lo alto de las jarcias, pero una franja de espesas nubes en el horizonte mostraba la ubicación de la lejana costa.

—Cabo del Este en Madagascar —anunció el teniente Tufnell, y los pasajeros se pasaron el día mirando a la nube, como si ésta augurara algo importante. Al día siguiente la nube había desaparecido, si bien Tufnell le contó a Sharpe que aún estaban siguiendo la costa de Madagascar, que en aquellos momentos se hallaba más allá del horizonte—. La próxima vez que divisemos tierra será la de la costa africana —dijo Tufnell—, y buscaremos una corriente rápida que nos lleve bordeando Ciudad del Cabo.

Los dos hombres estaban hablando en el oscurecido alcázar. Era más de medianoche. Habían pasado dos días desde que habían divisado el Cabo del Este y era la tercera noche seguida que Sharpe subía al alcázar de madrugada con la esperanza de que lady Grace estuviera en la toldilla. Tenía que pedir permiso para permanecer en el alcázar, pero el oficial de guardia había recibido muy bien su compañía todas las noches, ajeno a los motivos por los que Sharpe quería estar allí. Lady Grace no había aparecido ninguna de las dos primeras noches, pero en aquellos momentos, mientras Sharpe estaba de pie junto al teniente, oyó el chirrido de una puerta y el suave sonido de unos zapatos que subían las escaleras hacia la cubierta de toldilla. Sharpe aguardó hasta que el teniente se fue a hablar con el timonel, entonces se dio la vuelta y se dirigió también al saltillo de popa.

El fino sable curvo de la luna refulgía sobre el mar y proporcionaba luz suficiente para que Sharpe viera a lady Grace, envuelta en una capa oscura, de pie junto al farol de popa. Estaba sola, sin doncella que la custodiara. Sharpe se reunió con ella y se quedó a un paso a su izquierda, con las manos en la baranda, como ella, y contempló, como ella, la suave estela plateada por la luz de la luna que se sumía, interminable, en la oscuridad. La gran vela cangreja del palo de mesana se alzaba pálida por encima de ellos.

Ninguno de los dos dijo nada. Ella lo miró cuando se puso a su lado, pero no se alejó. Se limitó a observar el océano.

—Pohlmann —dijo Sharpe en voz muy baja, pues dos cristales de la lumbrera del comedor del capitán estaban abiertos y no deseaba que lo oyeran si había alguien abajo— afirma que no conoce al capitán Cromwell.

—¿Pohlmann? —preguntó lady Grace a Sharpe con el ceño fruncido.

—El barón Von Dornberg no es un barón, señora. —Sharpe estaba rompiendo la promesa que le había hecho a Pohlmann, pero no le importaba, no cuando estaba lo bastante cerca como para oler el perfume de lady Grace—. Se llama Anthony

Pohlmann y fue sargento en un regimiento hannoveriano que contrató la Compañía de las Indias Orientales, pero desertó. Se convirtió en soldado por cuenta propia, y era muy bueno. Fue el comandante del ejército enemigo en Assaye.

—¿El comandante? —pareció sorprendida.

—Sí, señora. Era el general enemigo.

Volvió a fijar la vista en el mar.

—¿Y usted por qué lo ha protegido?

—Me cae bien —respondió Sharpe—. Siempre me ha caído bien. Una vez intentó convertirme en oficial del ejército *mahratta* y confieso que estuve tentado. Dijo que me haría rico.

Ella sonrió al oír aquello.

—¿Y usted quiere ser rico, señor Sharpe?

—Es mejor que ser pobre, señora.

—Sí —repuso ella—, lo es. ¿Y por qué me cuenta ahora lo de Pohlmann?

—Porque me mintió, señora.

—¿Le mintió?

—Me dijo que no conocía al capitán, y usted me aseguró que sí lo conoce.

Ella se volvió de nuevo hacia él.

—Tal vez le mintiera yo.

—¿Lo hizo?

—No. —Echó un vistazo a la lumbrera del comedor y luego caminó hacia el rincón más alejado de cubierta, donde había un pequeño cañón de señales amarrado a la borda. Se quedó en el rincón entre el cañón y el coronamiento de popa y Sharpe, tras unos instantes de vacilación, se reunió con ella allí—. No me gusta nada —dijo en voz baja.

—¿Qué es lo que no le gusta nada, señora?

—Que estemos navegando hacia el este de Madagascar. ¿Por qué hacerlo?

Sharpe se encogió de hombros.

—Pohlmann me ha dicho que intentamos tomarle la delantera al convoy, para llegar a Londres primero y llevar el cargamento al mercado.

—Nadie navega frente a Madagascar —dijo—, ¡nadie! Estamos perdiendo la corriente de las Agulhas, lo que significa que iremos más lentos. Y yendo por aquí nos acercamos mucho más a la Île-de-France.

—¿A Mauricio? —preguntó Sharpe.

Ella asintió con la cabeza. Mauricio, o la Île-de-France, era la base enemiga en el océano Índico... una fortaleza insular para lanchas de asalto y barcos de guerra con un puerto principal protegido por traicioneros arrecifes de coral y fuertes de piedra.

—Le conté a William todo esto —dijo con amargura—, pero se rió de mí. ¿Qué iba a saber yo de todo aquello? Cromwell sabe lo que hace, dice él, y lo que tendría

que hacer yo es no meterme en camisas de once varas. —Se quedó callada y de pronto Sharpe se percató, con cierta incomodidad, de que estaba llorando. Se quedó pasmado al darse cuenta de que, por un momento, ella había estado tan distante como siempre, y ahora estaba sollozando. Estaba de pie con las manos sobre la baranda mientras las lágrimas le corrían silenciosamente por las mejillas—. Yo odiaba la India —dijo al cabo de un rato.

—¿Por qué, señora?

—Todo se muere en la India —respondió amargamente—. Murieron mis dos perros y luego murió mi hijo.

—¡Oh, Dios! Lo siento.

Ella hizo caso omiso de sus condolencias.

—Y casi me muero yo. Por la fiebre, evidentemente —se sorbió la nariz—. Y había veces en las que deseaba morir.

—¿Cuántos años tenía su hijo?

—Tres meses —contestó en voz baja—. Era nuestro primer hijo, y era tan pequeño y perfecto, con unos dedos pequeñitos, y estaba empezando a sonreír... Empezaba a sonreír y luego se pudrió. Todo se pudre en la India. ¡Todo se pone negro y se pudre! —Empezó a llorar más fuerte, y los hombros se le agitaban con los sollozos. Sharpe simplemente hizo que se diera la vuelta y la atrajo hacia sí, y ella se acercó y lloró en su hombro.

Al cabo de un rato se calmó.

—Lo lamento —susurró, y se apartó a medias, pero parecía conforme con dejar que Sharpe mantuviera las manos en sus hombros.

—No hay por qué lamentarlo —dijo Sharpe.

Tenía la cabeza gacha y a Sharpe le llegaba el olor de su cabello. Entonces ella alzó el rostro y lo miró.

—¿Alguna vez ha deseado morir, señor Sharpe?

Él le sonrió.

—Siempre me ha parecido que sería un terrible desperdicio, señora.

Ella frunció el ceño ante aquella respuesta y luego, de un modo totalmente inesperado, se echó a reír, y su rostro, por primera vez desde que Sharpe la conocía, se llenó de vida, y él pensó que nunca había visto, ni nunca vería, una mujer tan encantadora como aquélla. Tan encantadora que Sharpe se inclinó hacia delante y la besó. Ella lo apartó de un empujón y él retrocedió, avergonzado y preparando ya unas disculpas incoherentes, pero ella sólo estaba sacando los brazos que habían quedado atrapados entre sus cuerpos y, cuando los soltó, rodeó con ellos el cuello de Sharpe, acercó su rostro al suyo y lo besó con tanta pasión que Sharpe notó el sabor de la sangre en sus labios. Ella suspiró y luego apoyó su mejilla contra la de él.

—¡Oh, Dios! —exclamó en voz baja—. Deseaba que hicieras esto desde el

primer momento en que te vi.

Sharpe ocultó su asombro.

—Pensaba que no te habías fijado en mí.

—Entonces es que eres un tonto, Richard Sharpe.

—¿Y tú, mi señora?

Ella echó la cabeza hacia atrás sin dejar de rodearle el cuello con los brazos.

—¡Oh, sí! Soy tonta. Eso ya lo sé. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiocho, señora, que yo sepa.

Ella sonrió y Sharpe pensó que nunca había visto un rostro tan transformado por la dicha. Ella se inclinó hacia delante y lo besó suavemente en los labios.

—Me llamo Grace —dijo en voz baja—, ¿y por qué que tú sepas?

—No conocí a mi madre ni a mi padre.

—¿Nunca? ¿Y quién te educó?

—La verdad es que no me educó nadie, señora. Lo siento. Grace. —Se sonrojó al decirlo, pues aunque podía imaginarse besándola, y aunque podía imaginarse tendiéndola en una cama, no se acostumbraba a usar su nombre—. Pasé unos cuantos años en una inclusa, una que estaba adscrita a un asilo de pobres, y luego me las arreglé solo.

—Yo también tengo veintiocho años —dijo ella—, y no creo haber sido feliz nunca. Y por eso soy una tonta. —Sharpe no dijo nada, se limitó a quedársela mirando sin creerla. Ella notó su incredulidad y se rió—. Es cierto, Richard.

—¿Por qué?

Se oyó un murmullo de voces procedentes del alcázar y el repentino resplandor de una luz cuando se retiró el protector de la aguja de la bitácora, iluminada por un farol. Lady Grace se apartó de Sharpe y él de ella, y ambos se volvieron instintivamente a mirar al mar. La luz de la bitácora se apagó. Lady Grace estuvo un rato sin decir nada y Sharpe se preguntó si estaría lamentando lo que había ocurrido, pero entonces habló en voz baja.

—Tú eres como una mala hierba, Richard: creces en cualquier sitio. Una mala hierba grande y fuerte, y probablemente tengas pinchos y unas hojas que produzcan escozor. Yo, sin embargo, era como una rosa en un jardín: guiada, podada y mimada, pero no se me permitía crecer en ningún sitio aparte de allí donde me quería el jardinero —se encogió de hombros—. No busco tu compasión, Richard. Nunca se debe malgastar la compasión con los privilegiados. Sólo lo digo para descubrir por qué estoy aquí contigo.

—¿Y por qué estás aquí?

—Porque me siento sola —respondió con firmeza—, e infeliz, y porque me intrigas. —Extendió la mano y, con mucha suavidad, pasó el dedo por la cicatriz de su mejilla derecha—. Eres un hombre terriblemente atractivo, Richard Sharpe, pero si

me encontrara contigo en una calle de Londres me daría mucho miedo tu cara.

—Malo y peligroso —dijo Sharpe—: ése soy yo.

—Y estoy aquí —siguió diciendo lady Grace— porque es un placer hacer cosas que sabemos que no deberíamos hacer. Eso que el capitán Cromwell llama nuestros instintos más básicos, supongo, y que imagino que acabará en lágrimas, aunque eso no impide que sea un placer. —Lo miró con expresión interrogativa—. A veces pareces muy cruel. ¿Eres cruel?

—No —respondió Sharpe—. Quizá con los enemigos del rey. Quizá con mis enemigos, pero sólo si son igual de fuertes que yo. Soy un soldado, no un bravucón.

Ella volvió a acariciarle la cicatriz.

—Richard Sharpe, mi intrépido soldado.

—Tú me aterrabas —admitió Sharpe—. Me aterraste desde el momento mismo en que te vi.

—¿Te aterraba? —Ella parecía desconcertada de verdad—. Pensaba que me despreciabas. ¡Me mirabas con tanta severidad!

—No niego que no te despreciara —dijo Sharpe con fingida seriedad—, pero desde el primer momento en que te vi quise estar contigo.

Ella se rió.

—Podrás estar conmigo aquí —dijo—, pero sólo si hace buena noche. Vengo aquí cuando no puedo dormir. William duerme en el camarote de popa —explicó—, y yo duermo en el sofá de la cabina. Mi doncella utiliza una cama abatible.

—¿No duermes con él? —osó preguntar Sharpe.

—Tengo que irme a la cama con él —admitió—, pero toma láudano cada noche porque asegura que no puede dormir. Toma demasiada cantidad y duerme como un cerdo, de modo que cuando está dormido me voy ala cabina. —Se estremeció—. El remedio le provoca estreñimiento, con lo cual todavía está de peor humor.

—Yo tengo un camarote —dijo Sharpe.

Ella lo miró con seriedad y Sharpe temió haberla ofendido, pero entonces sonrió.

—¿Para ti solo?

Él movió la cabeza afirmativamente.

—Creo que te gustará. Mide un metro ochenta por dos metros, tiene paredes de madera mojada y una lona húmeda.

—¿Y allí te meces en tu hamaca solitaria? —preguntó ella sin dejar de sonreír.

—Al diablo con la hamaca —dijo Sharpe—. Tengo un catre colgante como es debido, con un colchón húmedo.

Ella suspiró.

—Y no hace ni seis meses que un hombre me ofreció un palacio con paredes de marfil tallado, un jardín de fuentes y un pabellón con una cama de oro... Era un príncipe, y debo decir que fue muy delicado.

—¿Y lo fuiste tú? —preguntó Sharpe, súbitamente celoso de aquel hombre—. ¿Fuiste tú delicada?

—Lo dejé helado.

—Eso se te da bien.

—Y por la mañana —añadió—, deberé volver a hacerlo bien.

—Sí, señora, tendrás que hacerlo.

Ella sonrió al darse cuenta de que Sharpe comprendía la necesidad del engaño.

—Pero no se hará de día —dijo— hasta dentro de unas tres horas.

—Cuatro, casi.

—Y tengo ganas de explorar el barco —dijo—. Lo único que veo siempre son los camarotes de popa, el comedor del capitán y la cubierta de la toldilla.

Sharpe la tomó de la mano.

—Abajo estará oscuro como boca de lobo.

—Creo que probablemente eso resultará útil —dijo ella con gravedad. Retiró la mano de la suya—. Ve tú primero —dijo—, y yo iré después. Nos encontraremos en la cubierta principal.

Así pues, Sharpe esperó bajo la bovedilla y luego ella fue detrás, y él la condujo hacia abajo, donde olvidaron sus sospechas sobre Pohlmann y Cromwell.

Quien, lo más probable, pensó Sharpe cuando amaneció y yacía pasmado y de nuevo solo en su cama, habría estado jugando al *backgammon*. Cerró los ojos, asombrado de su felicidad y rezando para que aquella travesía durara para siempre.

CAPÍTULO 4

Dos días después, por la mañana, se divisó un velero, el primero desde que el *Calliope* había abandonado el convoy. Amanecía y el cielo sobre la invisible Madagascar aún estaba oscuro cuando uno de los juaneteros vio que los primeros rayos de luz se reflejaban en una lejana vela frente a la amura de estribor. El capitán Cromwell, a quien el teniente Tufnell había ido a buscar a su camarote, parecía nervioso. Llevaba puesto un camisón de franela y tenía la larga cabellera enroscada en un moño en la nuca. Se quedó mirando las velas del barco a través de un viejo catalejo.

—No es una embarcación nativa —le oyó decir Sharpe—. Tienen unas gavias como es debido. Y ésa es una lona cristiana. —Cromwell ordenó desatar los cañones de la cubierta principal y se trajo pólvora de los polvorines. Cromwell se fue a poner su uniforme de siempre. Tufnell se dirigió a las crucetas del palo mayor equipado con un catalejo. Se quedó observando un buen rato y luego gritó que le parecía que el distante barco era un ballenero. Cromwell pareció aliviado, pero dejó las cargas de pólvora en cubierta por si resultaba que la extraña embarcación era la de un corsario.

Transcurrió casi una hora entera antes de que el lejano barco pudiera verse desde la cubierta del *Calliope*. Su presencia hizo subir a los pasajeros a cubierta para mirar al desconocido. Al igual que cuando se atisbó tierra, aquello suponía un cambio en la monotonía del viaje. Sharpe fue a mirar con los demás, aunque tenía ventaja sobre la mayoría de los pasajeros porque él tenía un catalejo. El instrumento era una maravilla, un hermoso antejo fabricado por Matthew Berge, de Londres, y que tenía grabada la fecha de la batalla de Assaye. El catalejo se lo había regalado sir Arthur Wellesley, con un agradecimiento grabado encima de la fecha, aunque aquél se había mostrado distante y tímido como siempre al entregarle el antejo.

—Quería que supiese usted que no olvido el favor que me hizo —había dicho el general, incómodo.

—Me alegro de haber estado allí, señor —había contestado Sharpe con la misma incomodidad.

Sir Arthur se había obligado a decir algo más.

—Recuerde, señor Sharpe, que los ojos de un oficial son más valiosos que su espada.

—Lo recordaré, señor —dijo Sharpe, mientras pensaba que el general estaría muerto de no ser por su sable. Aun así, supuso que aquél era un buen consejo—. Y gracias, señor —había dicho Sharpe, y recordó haberse sentido confusamente decepcionado con el catalejo. Le parecía que una buena espada hubiera sido mejor recompensa por haberle salvado la vida al general.

Sir Arthur había fruncido el ceño, pero Campbell, uno de sus ayudantes de

campo, había intentado ser amable.

—Así que se marcha para unirse a los fusileros, ¿verdad, Sharpe?

—Sí, señor.

Sir Arthur había interrumpido la conversación.

—Estará muy bien allí, estoy seguro. Gracias, señor Sharpe. Que tenga un buen día.

Y de este modo Sharpe se había convertido en el ingrato poseedor de un catalejo que hubiera sido la envidia de hombres más ricos que él. Un catalejo con el que ahora estaba enfocando hacia el barco desconocido, el cual, según su vista no instruida, parecía bastante más pequeño que el *Calliope*. Sin duda, no era un barco de guerra; más bien parecía tratarse de un pequeño mercante.

—¡Es un Jonathon! —gritó Tufnell desde arriba.

Sharpe deslizó la lente hacia la izquierda y vio una enseña descolorida que se agitaba al viento en la popa del lejano barco. La bandera se parecía mucho al estandarte de la Compañía de las Indias Orientales, pero cuando el viento la levantó Sharpe pudo ver las estrellas en el cuadrante superior y se dio cuenta de que era un barco estadounidense.

El comandante Dalton había bajado a la cubierta principal y se encontraba entonces junto a Sharpe, quien educadamente había ofrecido al escocés usar su catalejo. El comandante miraba el barco americano.

—Está transportando pólvora y balas de cañón a Mauricio —dijo.

—¿Cómo lo sabe, señor?

—Porque es lo que hacen. Ningún mercante francés se atreve a navegar por estas aguas, de modo que los malditos americanos les suministran armamento a Mauricio. ¡Y tienen la frescura de declararse neutrales! De todos modos, estoy seguro de que sacarán buenos beneficios, que es lo único que les importa. ¡Este catalejo es magnífico, Sharpe!

—Fue un regalo, comandante.

—Un regalo muy bonito —Dalton le devolvió el anteojo y frunció el ceño—. Parece usted cansado, Sharpe.

—Últimamente no duermo bien, comandante.

—Confío en que no esté enfermando. A lady Grace también se la ve muy paliducha. Espero que no haya tifus a bordo. Recuerdo un bergantín-goleta que llegó a Leith cuando yo era niño. No habría más de tres hombres a bordo, y estaban a las puertas de la muerte. Por supuesto, no pudieron desembarcar, los pobres. Tuvieron que anclar a cierta distancia de la costa y dejar que la enfermedad siguiera su curso, con lo que todos acabaron muertos.

La embarcación estadounidense, segura de que el *Calliope* no suponía ninguna amenaza, se acercó al gran barco de la Compañía de las Indias Orientales y ambos

buques se inspeccionaron mientras pasaban el uno junto al otro en mitad del océano. La eslora del barco americano era la mitad que la del *Calliope* y su cubierta principal se hallaba abarrotada con los botes que su tripulación utilizaba para acechar y matar a las ballenas.

—No hay duda de que dejará su cargamento en Mauricio —observó el comandante Dalton— y luego pondrá rumbo a los mares del sur. Una vida dura, Sharpe.

La tripulación del barco americano devolvió los saludos con la mano al *Calliope*. Luego el barco pasó de largo y quienes iban a bordo del *Calliope* pudieron leer el nombre del ballenero y el puerto de donde procedía, pues estaban pintados en color azul y dorado en unos magníficos tablones de la popa.

—El *Jonah Coffin*, que salió de Nantucket —dijo Dalton—. ¡Vaya nombres más extraordinarios eligen!

—¿Como Peculiar Cromwell?

—¡Ahí está! —Dalton se rió—. Pero yo no me imagino a nuestro capitán pintando su nombre en la popa de su barco, ¿y usted? Por cierto, Sharpe, he contribuido a la comida con una lengua escabechada.

—Muy generoso por su parte, señor.

—Y como le debo a usted una recompensa por toda la ayuda que me ha prestado —dijo Dalton, refiriéndose a sus largas conversaciones con Sharpe sobre la guerra contra los *mahratta*, sobre la cual el comandante se proponía escribir en su retiro—, ¿por qué no se une a nosotros al mediodía? ¡El capitán ha accedido a dejarnos comer en el alcázar! —Dalton parecía emocionado, como si comer al aire libre fuera a resultar algo especial.

—No quiero importunar, comandante.

—¡No importuna, no importuna! Será mi invitado. También he contribuido con un poco de vino, y usted puede ayudarnos a bebérselo. Casaca roja, me temo, Sharpe. Puede que la comida sea un mero refrigerio frío, pero Peculiar insiste, y con toda la razón, en que no haya mangas de camisa en el alcázar.

Sharpe disponía de una hora antes de que se sirviera la comida y se fue abajo a cepillar la casaca roja. Para su asombro, se encontró a Malachi Braithwaite sentado en su arcón de viaje. A medida que el viaje progresaba, el secretario se estaba volviendo cada vez más taciturno. En ese momento dirigió a Sharpe una mirada resentida.

—¿Acaso no encuentra sus aposentos, Braithwaite? —le preguntó Sharpe en tono brusco.

—Quería verle, Sharpe. —El secretario parecía nervioso e incapaz de mirar a Sharpe a los ojos.

—Podía haberme encontrado en cubierta —dijo Sharpe, y esperó. Pero

Braithwaite no dijo nada; se limitó a observar a Sharpe mientras éste tendía la casaca sobre el extremo del catre colgante y empezaba a cepillarla enérgicamente—. ¿Y bien? —preguntó Sharpe.

Braithwaite siguió vacilando. Su mano derecha jugueteaba con un hilo suelto que colgaba de la manga de su desteñida chaqueta negra. Finalmente se armó de valor para mirar a Sharpe, abrió la boca para hablar, y entonces se acobardó y volvió a cerrarla. Sharpe restregó una mancha, y por fin el secretario encontró las palabras.

—Usted entretiene a una mujer por las noches —le espetó en tono acusador.

Sharpe se rió.

—¿Y qué si lo hago? ¿No le enseñaron nada sobre las mujeres en Oxford?

—Una mujer en particular —dijo Braithwaite con tanto resentimiento que parecía una serpiente escupiendo.

Sharpe dejó el cepillo encima de su barril de arrack y se volvió hacia el secretario.

—Si tiene algo que decir, Braithwaite, dígalo de una vez, maldita sea.

El secretario se sonrojó. Los dedos de su mano derecha tamborileaban en el borde del arcón, pero se obligó a seguir adelante con el enfrentamiento.

—Sé lo que está haciendo, Sharpe.

—Usted no sabe nada de nada, Braithwaite.

—Y si informo de ello a su señoría, que es lo que debería hacer, entonces puede estar seguro de que no hará usted carrera en el ejército de Su Majestad. —Braithwaite había necesitado casi todo su coraje para formular aquella amenaza, pero lo animó el rencor que lo devoraba por dentro como una solitaria—. ¡No tendrá carrera, Sharpe, ninguna!

Sharpe no dejó que su rostro trasluciera ninguna emoción mientras miraba fijamente al secretario, pero en su fuero interno estaba consternado de que Braithwaite hubiera descubierto su secreto. Lady Grace había estado en aquel miserable camarote dos noches seguidas: había llegado mucho después de anoecer y se había marchado mucho antes de que amaneciera, y Sharpe había creído que nadie se había dado cuenta. Ambos pensaban que estaban siendo discretos, pero Braithwaite lo había visto y ahora la envidia lo corroía. Sharpe volvió a coger el cepillo.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir?

—También la voy a arruinar a ella —amenazó Braithwaite entre dientes, y de nuevo volvió a hablar con violencia cuando Sharpe arrojó el cepillo y se volvió hacia él—. ¡Y también sé que ha dejado objetos de valor en depósito al capitán! —el secretario siguió hablando atropelladamente, levantando las dos manos como para desviar un golpe.

Sharpe vaciló.

—¿Cómo es que sabe eso?

—Todo el mundo lo sabe. Esto es un barco, Sharpe. La gente habla.

Sharpe miró a los furtivos ojos del secretario.

—Siga —dijo en voz baja.

—Mi silencio puede comprarse —dijo Braithwaite en tono desafiante.

Sharpe asintió con un movimiento de cabeza, como si estuviera considerando el trato.

—Le diré cómo voy a comprar su silencio, Braithwaite, un silencio, por cierto, sobre nada, porque no sé de qué me está hablando. Me parece que Oxford le ha aturullado la mente, pero supongamos por un minuto que creo que sé lo que está sugiriendo. ¿Me sigue?

Braithwaite movió cautelosamente la cabeza en señal de afirmación.

—Un barco es un lugar muy pequeño, Braithwaite —dijo Sharpe, a la vez que tomaba asiento al lado del desgarrado secretario—, y no puede usted escapar de mí a bordo de este barco. Y eso significa que si abre esa sórdida boca suya para contarle algo a alguien, si dice aunque sea una maldita palabra, lo mataré.

—No lo comprende...

—Sí, lo comprendo —interrumpió Sharpe—, de modo que cierre la boca. En la India, Braithwaite, hay unos hombres llamados *jettis* que matan a sus víctimas retorciéndoles el cuello como si fueran pollos. —Sharpe agarró la cabeza de Braithwaite con las manos y empezó a girársela—. Lo retuercen hasta que da la vuelta entera, Braithwaite.

—¡No! —exclamó el secretario con un grito ahogado. Buscó a tientas las manos de Sharpe con las suyas, pero carecía de fuerza para soltarse.

—Lo retuercen hasta que los ojos de la víctima miran fijamente por encima de su trasero y el cuello cede con un chasquido.

—¡No! —Braithwaite apenas podía hablar, pues Sharpe le estaba retorciendo el cuello con fuerza.

—En realidad no es un chasquido —siguió diciendo Sharpe en tono despreocupado—, es más bien una especie de crujido chirriante. A menudo me he preguntado si yo podría hacerlo. No es que tenga miedo de matar, Braithwaite. No permitiré que piense eso. He matado a hombres con pistola, con espada, con cuchillo y con mis manos. He matado a más hombres, Braithwaite, de los que podría llegar a imaginar en su peor pesadilla, y sin embargo, nunca le he retorcido el cuello a nadie hasta que crujiera. Pero puedo empezar con usted. Si hace algo para perjudicarme, o para perjudicar a cualquier dama que yo conozca, le retorceré la cabeza como si fuera un corcho en una maldita botella, y le aseguro que le dolerá. ¡Por Dios que le dolerá! —Sharpe dio una repentina sacudida al cuello del secretario—. Le dolerá más de lo que se cree. Y le prometo que eso ocurrirá si llega a decir una jodida palabra. Morirá, Braithwaite, y matarlo me importará lo mismo que una cagarruta de rata. Será para

mí un verdadero placer. —Hizo girar por última vez el cuello del secretario y luego lo soltó.

Braithwaite se masajeó la garganta, mientras respiraba con dificultad. Dirigió a Sharpe una mirada asustada y luego intentó ponerse de pie, pero Sharpe tiró de él y lo volvió a sentar en el arcón.

—Va usted a hacerme una promesa, Braithwaite —dijo Sharpe.

—¡Lo que quiera! —A aquel hombre ya no le quedaban ganas de pelea.

—No le diré nada a nadie. Si lo hace, yo lo sabré, lo sabré y lo encontraré, Braithwaite. Lo encontraré y le retorceré ese cuello canijo que tiene como a un pollo.

—¡No diré ni una palabra!

—Porque sus acusaciones son falsas, ¿no es así?

—Sí —Braithwaite movió ansiosamente la cabeza en señal de afirmación—. Sí, son falsas.

—Lo ha soñado, Braithwaite.

—Sí, lo he soñado, lo he soñado.

—Márchese, entonces. Y recuerde que soy un asesino, Braithwaite. Cuando usted estaba en Oxford aprendiendo a ser un idiota de mierda, yo estaba aprendiendo a matar gente. Y aprendí muy bien.

Braithwaite se marchó a toda prisa y Sharpe se quedó sentado. «Maldición —pensó—, maldición, maldición y tres veces maldición.» Sharpe creía que había asustado lo suficiente al secretario como para silenciarlo, pero seguía asustado. Porque si Braithwaite lo había averiguado, ¿quién más podría descubrir su secreto? No es que importara por Sharpe, pero sí importaba muchísimo por lady Grace. Ella podía perder su reputación. «Estás jugando con fuego, jodido idiota», se dijo a sí mismo, y entonces volvió a coger el cepillo y acabó de limpiar la casaca.

Pohlmann pareció sorprendido de que Sharpe estuviera invitado a comer, pero lo saludó efusivamente y le gritó al mayordomo que fuera a buscar otra silla para el alcázar. Delante de la gran rueda del timón del *Calliope* se había colocado una mesa con caballetes cubierta con un blanco mantel de lino, sobre el que cual se había dispuesto la vajilla de plata.

—Iba a invitarle yo —le dijo Pohlmann a Sharpe—, pero con la emoción de ver al Jonathon lo olvidé por completo.

En aquella mesa no había precedencia alguna, pues el capitán Cromwell no iba a comer con sus pasajeros, pero lord William se aseguró de ocupar la cabecera y a continuación invitó cordialmente al barón a sentarse a su lado.

—Como usted sabe, mi querido barón, estoy elaborando un informe sobre la futura política del gobierno de Su Majestad para con la India, y valoraría mucho que me diera su opinión sobre los estados *mahratta* que quedan.

—No estoy seguro de que le pueda contar demasiadas cosas —dijo Pohlmann—,

porque apenas conocía a los *mahratta*, pero, por supuesto, lo complaceré lo mejor que pueda. —Entonces, para evidente irritación de lord William, Mathilde ocupó la silla de su izquierda y llamó a Sharpe para que se sentara a su lado.

—Soy el invitado del comandante, señora —dijo Sharpe, para explicar su reticencia a sentarse junto a Mathilde, pero Dalton negó con la cabeza e insistió en que Sharpe tomara asiento en la silla que le ofrecían.

—¡Ahora tengo a un hombre apuesto a cada lado! —exclamó Mathilde en su excéntrico inglés, lo cual le valió una fulminante mirada de condescendencia por parte de lord William. Lady Grace, a quien se le había negado un asiento junto a su marido, se quedó de pie hasta que lord William, con un frío gesto de la cabeza, le indicó la silla de al lado de Pohlmann, lo que significaba que estaría sentada justo enfrente de Sharpe. Representando una magnífica comedia, ella echó un vistazo a Sharpe y luego arqueó las cejas hacia su marido, quien se encogió de hombros como diciendo que no podía hacer nada para paliar la desgracia de que debiera sentarse frente a un mero alférez, de modo que la tal lady Grace se sentó. Apenas ocho horas antes ella estaba desnuda en la cama colgante de Sharpe, pero ahora su desprecio hacia él era cruelmente obvio. Fazackerly, el abogado, pidió permiso para tomar asiento junto a ella, que le sonrió gentilmente como si se sintiera aliviada al tener un compañero de mesa de quien se podía esperar que mantendría una conversación civilizada.

—Sesenta y nueve millas —dijo el teniente Tufnell, que se reunió con los pasajeros y anunció los resultados de la observación de mediodía—. Esperamos hacerlo mejor, mucho mejor, pero el viento está agitado.

—Mi esposa —dijo lord William mientras sacudía la servilleta— afirma que iríamos más deprisa si navegáramos por el interior de Madagascar. ¿Tiene razón, teniente? —su tono de voz sugería que esperaba que no la tuviera.

—Sí, en efecto, tiene razón, milord —respondió Tufnell—, porque junto a la costa africana hay una prodigiosa corriente, pero los estrechos de Madagascar suelen ser muy tormentosos. Muy tormentosos. Y el capitán consideró que era posible que avanzáramos más deprisa por fuera, lo que sin duda haremos si el viento se anima.

—¿Lo ves, Grace? —lord William miró a su mujer—. Está claro que el capitán sabe lo que hace.

—Creía que teníamos prisa por ser los primeros en llegar a Londres —le comentó Sharpe a Tufnell.

El primer teniente se encogió de hombros.

—Esperábamos vientos más fuertes. Y ahora, ¿corto la carne? Comandante, ¿podría usted ir pasando la ensalada de col? ¿Sharpe? Hay *chitney* en esa fuente cubierta, ¿o debería decir *chatna*? ¿O *chutney*, tal vez? Barón, ¿podría servir un poco de vino? Estamos en deuda con el comandante Dalton, por el vino y por esta

magnífica lengua.

Los invitados murmuraron palabras de agradecimiento por la generosidad de Dalton y luego se quedaron mirando a Tufnell mientras cortaba la carne. El primer teniente pasó los platos por la mesa y, cuando una ola más fuerte que las demás hizo que el barco se levantara, al comandante Dalton se le resbaló uno de los platos de la mano y unas gruesas tajadas de lengua en escabeche cayeron sobre la tela de lino.

—*Lapsus linguae* —dijo Fazackerly en tono serio, y fue recompensado con unas risas instantáneas.

—¡Muy bueno! —exclamó lord William—. ¡Muy bueno!

—Su señoría es demasiado amable —agradeció el abogado con una inclinación de la cabeza.

Lord William volvió a reclinarsse en su silla.

—Usted no se ha reído, señor Sharpe —comentó en tono suave—. ¿Acaso no aprueba usted los juegos de palabras?

—¿Juegos de palabras, señor? —Sharpe sabía que lo estaban dejando en ridículo, pero no vio otra salida que dejar que ocurriera.

—*Lapsus linguae* —dijo lord William— significa una equivocación con las palabras.

—Me alegro de que me lo haya explicado —dijo una voz fuerte desde el otro extremo de la mesa—, porque yo tampoco sabía lo que significaba. Y la verdad es que tampoco hace tanta gracia cuando lo sabes. —La persona que hablaba era Ebenezer Fairley, el rico mercader que regresaba a casa con su esposa tras haber hecho fortuna en la India.

Lord William miró al *nabab*, que era un hombre corpulento, de opiniones francas y sencillas.

—Dudo, señor Fairley —dijo lord William—, que el latín sea un desiderátum en los negocios, pero saberlo es un atributo de caballero, al igual que el francés es el idioma de la diplomacia. Y, si este nuevo siglo ha de ser una época de paz, vamos a necesitar a todos los caballeros y toda la diplomacia que podamos reunir. El objetivo de la civilización es someter la barbarie —dirigió una mirada desdeñosa a Sharpe— y cultivar la prosperidad y el progreso.

—¿Piensa que un hombre no puede ser un caballero a menos que hable latín? —preguntó Ebenezer Fairley con indignación. Su esposa frunció el ceño, considerando tal vez que su marido no debería mostrarse agresivo con un aristócrata.

—Las artes de la civilización —dijo lord William— son los mayores logros y todo caballero debería apuntar alto. Y los oficiales —no miró a Sharpe, pero todos cuantos se hallaban alrededor de aquella mesa sabían a quién se refería— deberían ser caballeros.

Ebenezer Fairley movió la cabeza, asombrado.

—¡Imagino que no negaría usted el nombramiento del rey a hombres que no supieran latín!

—Habría que educar a los oficiales —insistió lord William—, educarlos como es debido.

Sharpe estaba a punto de decir algo completamente falto de tacto cuando un pie descendió sobre su zapato derecho y lo presionó con fuerza. Miró a lady Grace, que no le estaba haciendo caso; aun así, él sabía que era su pie.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, querido —dijo lady Grace con su voz más gélida—: los oficiales sin educación son una deshonra para el ejército. —Su pie subió deslizándose por el tobillo de Sharpe.

Lord William, que no estaba acostumbrado a la aprobación de su esposa, pareció un tanto sorprendido, pero la premió con una sonrisa.

—Si no queremos que el ejército sea solamente chusma —decretó—, debe ser dirigido por hombres de buena cuna, con buen gusto y buenos modales.

Ebenezer Fairley hizo una mueca de disgusto.

—Si Napoleón desembarca con su ejército en Gran Bretaña, milord, le dará igual si nuestros oficiales hablan latín, griego, inglés u hotentote, siempre y cuando sepan hacer su trabajo.

El pie de lady Grace se apretó contra el de Sharpe con más fuerza, advirtiéndole que fuera cauto.

Lord William adoptó un aire despectivo.

—Napoleón no desembarcará en Gran Bretaña, Fairley. La marina se encargará de eso. No, el emperador de Francia —le confirió el título con un magnífico menosprecio— seguirá pavoneándose y adoptando poses durante más o menos un año, pero antes o después cometerá un error y entonces habrá un nuevo gobierno en Francia. ¿Cuántos ha habido en los últimos años? Hemos tenido una república, un directorio, un consulado, ¡y ahora un imperio! ¿Un imperio de qué? ¿De queso? ¿De ajo? No, Fairley. Bonaparte no durará. Es un aventurero. Un carnicero. Estará a salvo mientras siga obteniendo victorias, pero ningún simple carnicero gana siempre. Algún día será derrotado, y entonces tendremos en París hombres serios con quienes podamos hacer negocios serios. Hombres con los que podamos hacer las paces. Eso ocurrirá muy pronto.

—Confío en que su señoría tenga razón —dijo Fairley con recelo—, pero, por lo que sabemos, es posible que ese tipo, Napoleón, ya haya cruzado el canal.

—Su armada nunca se hará a la mar —insistió lord William—. Nuestra marina se encargará de que así sea.

—Tengo un hermano en la marina —comentó Tufnell en tono afable— y él dice que, si el viento sopla con demasiada fuerza del este, entonces los barcos del bloqueo corren a refugiarse y los franceses son libres de abandonar el puerto.

—No han zarpado en diez años —observó lord William—, de manera que pienso que podemos dormir seguros en nuestras camas. —El pie de lady Grace se deslizaba arriba y abajo por la pantorrilla de Sharpe.

—Pero si el emperador no invade Gran Bretaña —preguntó Pohlmann—, ¿quién derrotará a Francia?

—Yo apuesto por los prusianos. Los prusianos y los austríacos. —Lord William parecía muy seguro.

—¿Y por los británicos no? —preguntó Pohlmann.

—No se nos ha perdido nada en la ratonera de Europa —dijo lord William—. Deberíamos reservar nuestro ejército —miró a Sharpe— tal como está para proteger nuestro comercio.

—¿Cree usted que es inútil que luchemos contra los franceses? —preguntó Sharpe. El pie de lady Grace se apretó contra el suyo a modo de advertencia.

Lord William contempló a Sharpe por un momento y a continuación se encogió de hombros.

—El ejército francés destruiría al nuestro en un solo día —dijo con desdén—. Puede que haya asistido usted a algunas victorias sobre ejércitos indios, Sharpe, pero eso no es lo mismo que vérselas con los franceses, ni mucho menos...

El pie hizo más presión contra el empeine de Sharpe.

—A mí me parece que nos desenvolveríamos dignamente —afirmó el comandante Dalton—, y no hay que subestimar a los ejércitos indios, milord, no hay que subestimarlos en absoluto.

—¡Unas tropas excelentes! —exclamó Pohlmann calurosamente, y se apresuró a añadir—: O al menos eso me han dicho.

—No se trata de la calidad de las tropas —dijo lord William, irritado—, sino de sus líderes. ¡Por Dios bendito! ¡Si hasta Arthur Wellesley logró derrotar a los indios! Es un primo lejano tuyo, ¿no es cierto, querida? —No aguardó la respuesta de su esposa—. Y nunca fue muy inteligente. En la escuela era un burro.

—¿Fue usted a la escuela con él, milord? —preguntó Sharpe, interesado.

—A Eton —respondió lord William de modo cortante—. Y mi hermano pequeño estuvo allí con Wellesley, que era un condenado desastre en latín. Abandonó pronto, creo. No estaba a la altura del lugar.

—Sin embargo, aprendió a cortar cuellos —replicó Sharpe.

—¡Ya lo creo! —asintió el comandante con entusiasmo—. Usted estuvo en Argaum, Sharpe. ¿Vio usted cómo logró formar a aquellos cipayos? La línea rota, el enemigo lanzando una lluvia de balas como si fuera granizo, la caballería acechando por el flanco, y allí estaba su primo, señora, tan tranquilo, formando de nuevo a aquellos tipos en línea.

—Arthur es un primo mío muy lejano —le dijo Grace a Dalton con una sonrisa

—, aunque me alegra conocer su buena opinión sobre él, comandante.

—Y la buena opinión de Sharpe, espero, ¿no? —dijo Dalton.

Lady Grace se estremeció como para sugerir que sería rebajarse considerar siquiera una opinión de Sharpe, y al mismo tiempo le dio una patada en la espinilla, de manera que él casi sonrió. Lord William miró a Sharpe con frialdad.

—A usted, Sharpe, Wellesley sólo le cae bien porque lo convirtió en oficial. Lo cual es sumamente leal por su parte, pero no constituye ni mucho menos un criterio selectivo.

—También hizo que me azotaran, milord.

Aquello sumió a la mesa en silencio. Sólo lady Grace sabía que a Sharpe lo habían azotado, porque ella había deslizado sus largos y blancos dedos por las cicatrices de su espalda, pero el resto de la mesa se lo quedó mirando como si fuera alguna extraña criatura a la que acabaran de sacar del agua con uno de los sedales de los marineros.

—¿Lo azotaron? —preguntó Dalton, atónito.

—Doscientos latigazos —dijo Sharpe.

—Estoy seguro de que se los merecía —dijo lord William, divertido.

—Tal como suele ocurrir, señor, no los merecía.

—¡Oh, vamos, vamos! —lord William frunció el ceño—. Todo el mundo dice lo mismo. ¿No es así, Fazackerly? ¿Conoce usted a algún culpable que haya reconocido la responsabilidad de su delito?

—Ninguno, milord.

—Debió de dolerle terriblemente —comentó el teniente Tufnell, comprensivo.

—Ésa —dijo lord William— es la cuestión. No puedes ganar batallas sin disciplina, y no puedes tener disciplina sin el látigo.

—Los franceses no utilizan el látigo —replicó Sharpe con suavidad, con la mirada fija en la enorme vela mayor y en la maraña de lona y jarcias que se alzaba aún más alto—, y usted decía antes, milord, que nos destruirían en un solo día.

—Es una cuestión de efectivos, Sharpe, de efectivos. Los oficiales también tendrían que saber contar.

—Yo me las arreglo hasta doscientos —comentó Sharpe, y aquello le valió otra patada.

Terminaron la comida con frutos secos y luego los hombres bebieron brandy. Sharpe pasó durmiendo gran parte de la tarde, tendido en un coy colgado bajo los palos de repuesto que estaban colocados longitudinalmente sobre la cubierta principal, y sobre los cuales se guardaban los botes del barco durante la travesía. Soñó con el combate. Corría huyendo de un gigantesco indio que lo perseguía con una lanza. Se despertó empapado en sudor e inmediatamente buscó el sol con la mirada, porque sabía que no podía encontrarse con Grace hasta que fuera de noche.

Bien entrada la noche. Hasta que el barco estuviera durmiendo y sólo la guardia nocturna permaneciera en cubierta, aunque Braithwaite, él lo sabía, estaría observando y escuchando en aquella oscuridad. ¿Qué demonios iba a hacer con Braithwaite? No osaba contarle a lady Grace las acusaciones de aquel hombre, porque la aterrorizarían.

Cenó en el entrepuente y luego caminó por cubierta hasta que oscureció. Y entonces todavía tenía que esperar a que lord William hubiera terminado de jugar al *whist* o al *backgammon*, se tomara por fin sus gotas de láudano y se fuera a la cama. La campana del barco tocaba a medida que iba pasando la noche. Sharpe aguardó sumido en las oscuras sombras, entre el enorme palo mayor y el mamparo que sujetaba el extremo anterior del alcázar. Era allí donde esperaba a lady Grace, porque ella podía acudir sin que la viera ninguno de los miembros de la tripulación que había en el alcázar. Ella utilizaba las escaleras que bajaban de los camarotes de popa a la gran cabina, luego atravesaba una puerta que conducía al entrepuente de la cubierta principal, pasaba sigilosamente entre las cortinas de lona y luego salía por otra puerta que daba a la cubierta abierta. Entonces, tomándola de la mano, Sharpe la conducía hacia el cálido hedor del entrepuente de la cubierta inferior, hacia aquel estrecho catre donde, con unas ansias que a ambos les asombraban, se aferraban el uno al otro como si se estuvieran ahogando. Sólo con pensar en ella Sharpe ya se sentía mareado. Estaba obsesionado con ella, ebrio de ella, loco por ella.

Esperó. Las jarcias chirriaban. El gran mástil se movía imperceptiblemente con las ráfagas de viento. Oyó que un oficial caminaba de un lado a otro del alcázar, oyó el golpeteo de las manos sobre los radios de la rueda del timón y el chirrido de sus cuerdas. La bandera se agitaba en la popa, el mar corría junto a los flancos de la embarcación y Sharpe siguió esperando. Levantó la vista hacia las estrellas que eran visibles entre las velas y pensó que parecían las fogatas del campamento de un gran ejército acampado por el cielo.

Cerró los ojos, deseando que ella viniera y deseando que aquella travesía no terminara nunca. Deseó que fuesen amantes en un barco que navegase en una noche infinita bajo un manto de estrellas, pues en cuanto el *Calliope* llegara a Inglaterra ella se alejaría de él. Se iría a la casa de su marido en Lincolnshire y Sharpe se dirigiría a Kent, para unirse a un regimiento que no había visto nunca.

Entonces se abrió la puerta. Allí estaba ella, agachada junto a él bajo su amplia capa marinera.

—Ven a la cubierta de toldilla —susurró.

Quiso preguntar por qué pero se contuvo, pues había urgencia en su voz y consideró que si era importante para ella, también era importante para él, de modo que dejó que le cogiera la mano y lo llevara de vuelta al entrepuente de la cubierta principal. Aquellos camarotes costaban lo mismo que los de la cubierta inferior, pero

eran más secos y aireados. Estaba oscuro como boca de lobo, pues pasadas las nueve de la noche no se permitía ninguna luz excepto en las cabinas del alcázar, donde se podían fijar unos manteletes sobre las pequeñas lumbreras. Lady Grace entrelazó sus dedos con los de él mientras se abrían camino a tientas hacia la puerta que conducía a la gran cabina y luego escaleras arriba.

—Al salir de mi camarote —le susurró a Sharpe desde lo alto de las escaleras— vi entrar a Pohlmann en el comedor del capitán.

Lo condujo hacia la puerta que daba a la parte trasera del alcázar y salieron, arriesgándose a que los vieran el timonel y el oficial de servicio, aunque si los vieron nadie comentó nada. Ascendieron hasta la cubierta de popa y lady Grace señaló la lumbrera que había encima del comedor y a través de la cual, contraviniendo las órdenes de Cromwell, brillaba una tenue luz.

Moviéndose con sigilo y sin hacer ruido, como si fueran niños que se hubieran quedado levantados mucho después de su hora de irse a la cama, Sharpe y lady Grace se acercaron a la lumbrera. Cuatro de sus diez cristales estaban abiertos y Sharpe oyó el murmullo de voces masculinas. Lady Grace dio un vistazo por el borde y luego retrocedió.

—Están ahí —le dijo al oído sólo con el movimiento de los labios.

Sharpe miró a través de uno de los sucios cristales y vio las cabezas de tres hombres inclinadas sobre la larga mesa. Uno era Cromwell, el segundo era Pohlmann y al tercero Sharpe no lo reconoció. Parecían estar examinando una carta de navegación. Pohlmann se irguió y Sharpe se escondió. A través de los cristales abiertos llegaba el olor a humo de cigarro.

—*Morgen früh* —dijo una voz, sólo que no era Pohlmann el que hablaba en alemán, sino otro hombre. Sharpe se arriesgó a inclinarse de nuevo hacia delante y vio que se trataba del criado de Pohlmann, el hombre que hablaba francés y afirmaba ser suizo.

—*Morgen früh* —repitió Pohlmann.

—Esas cosas no son seguras, barón —dijo Cromwell.

—Hasta ahora lo ha hecho bien, amigo mío, de modo que estoy seguro de que mañana todo irá perfectamente —respondió Pohlmann, y Sharpe oyó el entrecuchar de unos vasos, y entonces él y lady Grace retrocedieron porque apareció una mano que iba a cerrar los cristales. La tenue luz se extinguió y al cabo de un momento Sharpe oyó la retumbante voz de Cromwell que hablaba con el timonel en el alcázar.

—Ahora ya podemos bajar —le susurró Grace al oído.

Se dirigieron hacia el oscuro rincón entre el cañón de señales y el coronamiento de popa y allí, agachados en la oscuridad, se besaron, y sólo entonces Sharpe le preguntó si había entendido las palabras en alemán.

—Significan «mañana por la mañana» —dijo Grace.

—Y el hombre que las dijo primero —añadió Sharpese supone que es el criado de Pohlmann. ¿Qué hace un criado bebiendo con su señor? También le he oído hablar francés, pero él dice que es suizo.

—Los suizos, querido —dijo lady Grace—, hablan alemán y francés.

—¿Ah sí? —preguntó Sharpe—. Creía que hablaban suizo. —Ella se rió. Sharpe estaba sentado con la espalda apoyada en la borda y ella a horcajadas sobre su regazo, con las rodillas a ambos lados del pecho de Sharpe—. No sé —continuó—, quizá sólo estuvieran diciendo que mañana viraremos hacia el oeste, ¿no? Hemos estado navegando con rumbo sur durante cuatro días, pronto tenemos que ir hacia el oeste.

—Que no sea demasiado pronto —dijo ella—. Me gustaría que este viaje durara para siempre. —Se inclinó y le dio un beso en la nariz—. Creía que ibas a ser terriblemente grosero con William en la comida...

—Bueno, me mordí la lengua. Pero sólo porque tengo la espinilla morada. —Le acarició el rostro con el dedo, maravillándose ante lo delicado de sus facciones—. Sé que es tu marido, mi amor, pero no dice más que tonterías. ¿Quiere que los oficiales hablen latín! ¿De qué sirve el latín?

Lady Grace se encogió de hombros.

—Si el enemigo viene a matarte, Richard, ¿quién quieres que te defienda? ¿Un caballero debidamente educado que sabe interpretar a Ovidio o algún bárbaro asesino con una espalda como una tabla de lavar?

Sharpe fingió pensárselo.

—Visto así, me quedo con el tipo de Ovidio, claro. —Ella se rió y a Sharpe le pareció que era una mujer nacida para la felicidad, no para el sufrimiento—. Te he echado de menos —le dijo.

—Te he echado de menos —contestó ella.

Sharpe deslizó las manos bajo la gran capa negra y se dio cuenta de que bajo el camisón iba desnuda, y entonces se olvidaron de la mañana siguiente, se olvidaron de Cromwell, se olvidaron de Pohlmann y del misterioso criado, porque la noche envolvía al *Calliope*, que navegaba bajo una luna argentada como si llevara a sus malhadados amantes a ninguna parte.



El capitán Peculiar Cromwell pasó toda la mañana siguiente en el alcázar, caminando de babor a estribor, mirando la bitácora con el ceño fruncido, volviendo a caminar. Su inquietud contagió al barco, de manera que los pasajeros se pusieron nerviosos y continuamente dirigían la mirada hacia el capitán, como si esperaran que fuera a perder los estribos. Las especulaciones recorrieron la cubierta principal hasta que al final se acordó que sin duda Cromwell esperaba una tormenta, aunque el capitán no llevaba a cabo ningún preparativo. No se arrizó ninguna vela ni se inspeccionó

ninguna trinca.

Ebenezer Fairley, el *nabab* que había reaccionado con tanto enojo ante las aseveraciones de lord William sobre el latín, bajó a la cubierta principal buscando a Sharpe.

—Espero, señor Sharpe, que esos idiotas no le ofendieran ayer durante la comida —dijo con voz resonante.

—¿Lord William? No.

—Ese hombre es imbécil —dijo Fairley con ferocidad—, ¡decir que tendríamos que saber latín! ¿De qué sirve el latín? ¿O el griego? Hace que me avergüence de ser inglés.

—Yo no me ofendí, señor Fairley.

—¡Y su esposa no es mejor que él! Trata a la gente como si fuese basura, ¿no es cierto? A mi mujer ni siquiera le habla.

—Sin embargo, es una belleza —comentó Sharpe en tono nostálgico.

—¿Una belleza? —Fairley parecía indignado—. Bueno, supongo que sí, si te gusta llenarte de astillas cada vez que la tocas —dijo con desdén—. Pero, ¿qué han hecho cualquiera de los dos aparte de aprender latín? ¿Alguna vez han plantado un campo de trigo? ¿Han montado una fábrica? ¿Han cavado un canal? Nacieron, Sharpe, eso es lo único que les ha ocurrido: nacer —se estremeció—. Le aseguro, Sharpe, que no soy un hombre radical, ¡yo no! Pero hay veces que no me importaría ver una guillotina a las puertas del Parlamento. Le encontraría trabajo que hacer, se lo digo yo. —Fairley, que era un hombre alto y de facciones poco delicadas, echó un vistazo a Cromwell—. Peculiar está inquieto.

—La gente dice que se avecina una tormenta.

—Pues que Dios guarde al barco —dijo Fairley—, porque llevo más de mil trescientos kilos de carga en su fondo. Pero no nos pasará nada. Escogí el *Calliope*, señor Sharpe, porque tiene reputación. Buena reputación. Es un barco rápido y en condiciones de navegar, y Peculiar es un buen marinero a pesar de su cara de pocos amigos. Esta bodega, señor Sharpe, está cargada de objetos de valor porque el barco tiene un buen nombre. En los negocios no hay como un buen nombre. Y dígame, ¿de verdad lo azotaron?

—Lo hicieron, señor.

—¿Y se convirtió usted en oficial? —Fairley movió la cabeza con compungida admiración—. En mi época hice una fortuna, Sharpe, una fortuna poco común, y uno no hace una fortuna sin conocer a las personas. Si quiere trabajar para mí no tiene más que decírmelo. Puede que me vaya a casa para descansar el culo, pero todavía tengo un negocio que dirigir y necesito hombres buenos en los que pueda confiar. Hago negocios en la India, en China y allí donde los malditos franceses me lo permiten en Europa, y necesito hombres competentes. Sólo le puedo prometer dos cosas, Sharpe:

que le haré trabajar como a un perro y que le pagaré como a un príncipe.

—¿Trabajar para usted, señor? —Sharpe se había quedado atónito.

—No habla usted latín, ¿verdad? Eso es una ventaja. Y tampoco sabe nada de comercio, pero eso se aprende con mucha más facilidad que el condenado latín.

—Me gusta ser soldado.

—Sí, eso ya lo veo. Y Dalton me ha dicho que es usted muy bueno. Pero un día, Sharpe, algún imbécil como William Hale hará las paces con los franceses porque le asusta demasiado la derrota, y ese día el ejército lo escupirá como si fuera un gorgojo en una galleta. —Buscó a tientas en un bolsillo de su chaleco, tirante sobre una panza que no había disminuido a pesar de la execrable comida del barco—. Tenga —le pasó a Sharpe un trocito de cartón—. Esto es lo que mi esposa llama una *carte de visite*. Venga a verme cuando quiera un trabajo. —En la tarjeta estaba la dirección de Fairley, en Pallisser Hall—. Crecí cerca de esa casa —dijo Fairley— y mi padre limpiaba sus canalones con las manos. Ahora es mía. Se la compré a su señoría. —Sonrió, complacido consigo mismo—. No se avecina ninguna tormenta. Lo que pasa es que Peculiar tiene la mosca detrás de la oreja, nada más. Y es lógico.

—¿Es lógico?

—No me alegra que hayamos perdido el convoy, Sharpe. No lo apruebo, pero a bordo del barco lo que cuenta es lo que diga Peculiar, no yo. Uno no se compra un perro y luego ladra él mismo, Sharpe. —Rebuscó en un bolsillo, sacó un reloj y abrió la tapa con un pequeño chasquido—. Es casi la hora de comer. Los restos de esa lengua, sin duda.

Llegó el mediodía y seguía sin haber nada que explicara el nerviosismo de Cromwell. Pohlmann apareció en cubierta, pero no se acercó al capitán y, al cabo de unos pocos minutos, lady Grace, acompañada por su doncella, salió a tomar el aire antes de dirigirse al comedor del capitán para el almuerzo. El viento era más suave de lo que lo había sido durante días y hacía que el *Calliope* se meciera con el oleaje, con lo que había algunos pálidos pasajeros aferrados a la baranda de sotavento. El teniente Tufnell fue tranquilizador. No se aproximaba ninguna tormenta, dijo, porque el barómetro del camarote del capitán indicaba que la presión se mantenía alta.

—Volverá el viento —les dijo a los pasajeros de la cubierta principal.

—¿Hoy vamos a virar hacia el oeste? —preguntó Sharpe.

—Mañana, probablemente —respondió Tufnell—, en cualquier caso, será hacia el sudoeste. Me da la impresión de que no ha valido la pena que nos arriesgáramos y que tendríamos que haber atravesado los estrechos. De todos modos, ésta es una nave rápida y deberíamos recuperar el tiempo perdido en el Atlántico.

—¡Buque a la vista! —gritó un vigía desde el palo mayor—. ¡Buque en la amura de babor!

Cromwell cogió rápidamente un megáfono.

—¿Qué tipo de barco es?

—Una gavia, señor, no veo nada más.

Tufnell puso mala cara.

—Una gavia significa un barco europeo. ¿Quizá otro Jonathon? —Levantó la vista hacia Cromwell—. ¿Quiere virar por redondo, señor?

—Vamos a seguir adelante, señor Tufnell, vamos a seguir adelante.

—¿Virar por redondo? —preguntó Sharpe.

—Alejarse de quienquiera que sea —respondió Tufnell—. No pasa nada si es un Jonathon, pero no quiero andarme con juegos con un francesito.

—¿El *Revenant*? —sugirió Sharpe.

—Ni siquiera pronuncie su nombre —replicó Tufnell con seriedad, al tiempo que alargaba la mano para tocar la baranda de madera y conjurar así el mal agüero de la sugerencia de Sharpe—. Pero si ahora viramos por redondo podríamos dejarlo atrás. Viene contra el viento, sea quien sea.

El vigía volvió a gritar.

—Es un barco francés, señor.

—¿Cómo lo sabe? —gritó también Cromwell.

—Por el corte de sus velas, señor.

Tufnell pareció afligido.

—¿Señor? —apeló a Cromwell.

—El *Pucelle* es un barco de construcción francesa, señor Tufnell —dijo Cromwell con brusquedad—. Lo más probable es que sea el *Pucelle*. Mantenemos el rumbo.

—¿Pólvora a cubierta, señor? —preguntó Tufnell.

Cromwell dudó y a continuación dijo que no con la cabeza.

—Probablemente sea otro ballenero, señor Tufnell, probablemente sea otro ballenero. No nos pongamos excesivamente nerviosos.

Sharpe se olvidó de la comida y subió a la cubierta de proa, donde enfocó el barco que se acercaba con su catalejo. La nave se encontraba todavía por debajo de la línea del horizonte, pero Sharpe vio que sobresalían dos hileras de velas en la lejanía y pudo distinguir la forma aplanada de las velas de proa mientras se esforzaban por atrapar el viento. Les pasó el catalejo a los marineros que se apiñaban en la cubierta de proa y a ninguno le gustó lo que vio.

—Ése no es el *Pucelle* —gruñó uno de ellos—. El *Pucelle* tiene una veta de suciedad en la gavia del trinquete.

—Podían haber lavado la vela —sugirió otro—. El capitán Chase no es un hombre que deje que se le ensucie una vela.

—Bueno, pues si no es el *Pucelle* —dijo el primero—, es el *Revenant*, y no deberíamos seguir adelante. No deberíamos seguir adelante. No tiene sentido.

Tufnell había subido a la cofa mayor con su propio anteojo.

—¡Un buque de guerra francés, señor! —gritó hacia el alcázar—. ¡Aros negros en el mástil!

—El *Pucelle* tiene aros negros —le respondió Cromwell a voz en grito—. ¿Ve usted la bandera?

—No, señor.

Cromwell se quedó un momento indeciso y luego dio una orden al timonel para que el *Calliope* virara torpemente hacia el oeste. Los marineros corrieron a ocuparse de las escotas y orientaron las velas con la nueva dirección del viento.

—¡Cambia de rumbo con nosotros, señor! —gritó Tufnell.

En aquellos momentos el *Calliope* iba más deprisa, su proa redondeada golpeaba contra las olas y, con cada golpe, un temblor recorría las toneladas de madera de roble de la nave. Los pasajeros permanecían en silencio. Sharpe miró por el catalejo y vio que el casco de la lejana embarcación ya estaba por encima del horizonte y estaba pintado de amarillo y negro, como una avispa.

—¡Bandera francesa, señor! —gritó Tufnell.

—Peculiar lo ha dejado para demasiado tarde, maldita sea —dijo un marinero que se encontraba cerca de Sharpe—. Ese condenado se cree que puede caminar sobre el agua.

Sharpe se dio la vuelta y dirigió la mirada por encima de la cubierta principal hacia Peculiar Cromwell. Tal vez, pensó, el capitán estuviera esperando aquello. *Morgen früh*, pensó Sharpe, *morgen früh*, sólo que la cita había venido con unos minutos de retraso, pero entonces descartó la idea. No era posible que Cromwell se lo esperara. Pero entonces Sharpe vio a Pohlmann mirando al frente con un catalejo y recordó que en otro tiempo el comandante había estado al mando de oficiales franceses. ¿Se habría mantenido en contacto con los franceses después de Assaye? ¿Estaría aliado con los franceses? No, pensó Sharpe, no. Parecía impensable, pero entonces lady Grace fue a la baranda del alcázar y miró directamente a Sharpe, luego dirigió la mirada hacia Cromwell de forma harto significativa y a continuación volvió de nuevo la vista hacia Sharpe, y supo que ella estaba pensando en aquella misma idea inconcebible.

—¿Vamos a combatir? —preguntó un pasajero.

Un marinero se rió.

—¡No podemos combatir contra un setenta y cuatro francés! Y además tiene cañones grandes, no como nuestros dieciocho libras.

—¿Y no podemos dejarlo atrás? —preguntó Sharpe.

—Eso si tenemos suerte. —El hombre escupió por encima de la borda.

Cromwell siguió dándole órdenes al timonel, exigiendo que virara una cuarta a barlovento o tres cuartas a sotavento. A Sharpe le dio la impresión de que el capitán

intentaba sonsacarle las últimas reservas de velocidad al *Calliope*, pero los marineros de la cubierta de proa estaban disgustados.

—Lo único que consigue es que vayamos más despacio —explicó uno de ellos—. Cada giro del timón te hace reducir la velocidad. Lo que tendría que hacer es dejarlo tranquilo —miró a Sharpe—. Yo de usted escondería ese antejo, señor. Podría ser que a algún francesito le gustara, y ese barco nos está pisando los talones.

Sharpe se fue corriendo abajo. Tendría que ir a buscar sus piedras preciosas al camarote del capitán, pero había otras cosas que también quería salvar, de manera que se metió el preciado catalejo dentro de la camisa y se anudó el fajín rojo de oficial encima; luego se puso la casaca roja, se abrochó el cinturón de la espada y se metió la pistola en el bolsillo del pantalón. Otros pasajeros intentaban también esconder sus posesiones más valiosas, los niños lloraban, y entonces, a lo lejos, amortiguado por la distancia y el casco del barco, Sharpe oyó un cañonazo.

Volvió a subir a la cubierta principal y pidió permiso a Cromwell para estar en el alcázar. Cromwell asintió con la cabeza y luego miró el sable de Sharpe con expresión divertida.

—¿Espera un combate, señor Sharpe?

—¿Puedo recuperar mis objetos de valor de su camarote, capitán? —preguntó Sharpe.

Cromwell puso mala cara.

—Todo a su tiempo, Sharpe, todo a su tiempo. Ahora estoy ocupado, y le agradecería que me dejara intentar salvar el barco.

Sharpe se acercó a la baranda. El barco francés todavía parecía estar a un buen trecho de distancia, pero ahora Sharpe vio que el mar rompía blanco contra la roda del enemigo y que una deshilachada bocanada de humo se alzaba justo por encima de su proa.

—Han disparado —el comandante Dalton, con su pesado *claymore* en la cintura, se reunió con Sharpe en la baranda—, pero la bala se ha quedado corta por una milla bien buena. Tufnell dice que no tenían intención de darnos, que sólo quieren que nos pongamos al paio.

Ebenezer Fairley se situó al otro lado de Sharpe.

—Tendríamos que habernos quedado con el convoy —escupió, indignado.

—Un barco como ése —dijo Dalton mientras miraba fijamente el sólido costado del buque de guerra francés que estaba plagado de portas— podría haber hecho pedazos todo el convoy.

—Hubiéramos sacrificado la fragata de la Compañía —replicó Fairley—. Para eso está la fragata. —Tamborileó sobre la baranda con unos dedos nerviosos—. Es una nave muy rápida.

—La nuestra también —dijo el comandante Dalton.

—Ésa es más grande —le espetó Fairley en tono brusco—, y los barcos más grandes van más deprisa que los pequeños. —Se dio la vuelta—. ¡Capitán!

—Estoy ocupado, Fairley, muy ocupado. —Cromwell no miró al mercader.

—¿Puede dejarlo atrás?

—Si me dejan en paz para ejercer mi trabajo, tal vez.

—¿Qué pasa con mi dinero? —quiso saber lord William.

Se había reunido con su esposa en cubierta.

—Los franceses —determinó Cromwell— no hacen la guerra contra individuos particulares. Puede que se pierda el barco y su carga, pero respetarán la propiedad privada. Si tengo tiempo, milord, abriré mi camarote. Pero por ahora, caballeros, estaría bien que todos ustedes me dejaran gobernar este barco sin agobiarme con su cháchara.

Sharpe miró a lady Grace, pero ella no le hizo caso, y volvió la vista hacia el barco de guerra francés. Frustrado, Fairley golpeó la baranda.

—Ese maldito barco francés sacará un considerable provecho —dijo el mercader con amargura—. Este casco y la carga deben de valer unas sesenta mil libras. ¡Sesenta mil libras! Tal vez más.

Veinte para los franceses, pensó Sharpe, veinte para Pohlmann y veinte para Cromwell, un capitán que creía firmemente que la guerra estaba perdida y que los franceses iban a ganar. Un capitán que había declarado que un hombre debía hacer su fortuna antes de que los franceses dominaran el mundo. Y veinte mil libras eran una verdadera fortuna, una suma con la que uno podía vivir para siempre.

—Todavía tienen que atraparnos —Sharpe intentó tranquilizar a Fairley—, y deberán llevar el barco y su carga de regreso a Francia. Eso no va a ser fácil.

Fairley negó con la cabeza.

—No funciona así, señor Sharpe. Nos llevarán a Mauricio y allí venderán la carga. Hay un montón de neutrales dispuestos a comprar este cargamento. Y lo más probable es que vendan también el barco. Cuando se quiera dar cuenta se llamará *George Washington* y zarpará de Boston. —Escupió por encima de la baranda. Las cuerdas de la caña del timón chirriaron cuando Cromwell ordenó otra nueva corrección.

—¿Y qué pasa con nosotros? —preguntó Sharpe.

—Nos mandarán a casa —respondió Fairley—, finalmente. No sé qué harán con usted o el general, cuando les vean con uniforme. Puede que los metan en prisión.

—Nos dejarán en libertad condicional, Sharpe —Dalton tranquilizó al joven—, y viviremos libres en Port Louis. He oído que es un lugar muy agradable. Y un tipo joven y apuesto como usted encontrará una pléyade de jóvenes damas aburridas.

El *Revenant*, pues no podía tratarse de otro barco, disparó de nuevo. Sharpe vio que una monstruosa nube de humo blanco aparecía en lo alto de su proa y al cabo de

unos pocos segundos el estampido del cañón llegó retumbando por el agua. Se vio una fuente de rocío blanco a unos ochocientos metros de distancia del *Calliope*.

—Ése se ha acercado más —se quejó Fairley.

—Deberíamos responder a sus disparos —gruñó Fairley.

—Es demasiado grande para nosotros —objetó Dalton con tristeza.

Los dos barcos llevaban una derrota convergente y el *Calliope* seguía en cabeza, pero los frecuentes cambios de rumbo de Cromwell lo hacían más lento.

—Unas cuantas balas en la arboladura podrían hacer que redujera la velocidad —sugirió Fairley.

—Pronto les estaremos enseñando la popa —dijo Dalton—. Los cañones no podrán apuntarle.

—Pues que muevan un cañón —replicó Fairley con enojo—. ¡Por Dios, algo habrá que podamos hacer!

El *Revenant* disparó de nuevo y en aquella ocasión la bala rebotó por encima de las olas como una piedra dando saltitos en una laguna y finalmente se hundió a unos cuatrocientos metros del *Calliope*.

—El cañón se está calentando —dijo Dalton—. Un minuto o dos más y nos dará.

De repente lady Grace cruzó la cubierta para situarse entre Dalton y Sharpe.

—Comandante —habló en voz muy alta, para que su marido supiera que hablaba con el respetable Dalton y no con Sharpe—, ¿cree usted que nos alcanzará?

—Ruego a Dios que no, señora —respondió Dalton al tiempo que se quitaba el bicornio—. Ruego a Dios que no.

—¿No entraremos en combate? —preguntó ella.

—No podemos —dijo Dalton.

Llevaba unas faldas anchas que, debido a lo cerca que estaba de Sharpe, quedaron arrugadas contra sus pantalones. Él sintió que los dedos de la mujer le daban golpecitos en la pierna, dejó caer la mano a escondidas y ella se la asió con fuerza, sin que nadie lo viera.

—¿Pero nos tratarán bien los franceses? —le preguntó a Dalton.

—Estoy seguro de que sí, señora —dijo el comandante—, y además hay un montón de caballeros a bordo de este barco dispuestos a protegerla.

Grace bajó la voz hasta apenas el susurro y, al mismo tiempo, agarró los dedos de Sharpe con tanta fuerza que a él le dolió.

—Cuida de mí, Richard —le murmuró, y a continuación se dio la vuelta y regresó con su marido.

El comandante Dalton la siguió, claramente ansioso por seguir tranquilizándola, y entonces Ebenezer Fairley le hizo una mueca a Sharpe.

—De modo que era eso, ¿eh?

—¿El qué? —preguntó Sharpe sin mirar al mercader.

—En mi familia siempre hemos tenido buen oído. Buen oído y buena vista. Usted y ella, ¿eh?

—Señor Fairley... —empezó a protestar Sharpe.

—No sea tonto, muchacho. No voy a decir nada. Pero es usted un pillo, ¿o no? Y ella también. Bien por usted, muchacho, y bien por ella también. De modo que no es tan mala como yo creía, ¿eh? —De pronto frunció el ceño: Cromwell estaba ordenando darle otro toque a la rueda del timón—. ¡Cromwell! —Fairley se volvió airado hacia el capitán—. ¡Deje de jugar con el timón, hombre!

—Le agradecería que se fuese abajo, señor Fairley —le dijo Cromwell con calma—. Éste es mi alcázar.

—¡Una buena parte de la carga es mía!

—Si no baja, Fairley, haré que lo escolte el contramaestre.

—¡Maldita sea su insolencia! —gruñó Fairley, pero abandonó la cubierta obedientemente.

El *Revenant* volvió a disparar y esta vez la bala se hundió a unos pocos metros de la bovedilla del *Calliope*, lo bastante cerca para rociar de agua la dorada popa. Cromwell había visto que la fuente de agua se levantaba por encima de la coronadura y su proximidad le hizo cambiar de opinión.

—Arríe la bandera, señor Tufnell.

—Pero, señor...

—¡Arríe la bandera! —bramó Cromwell a Tufnell con irritación—. Colóquelo contra el viento —añadió dirigiéndose al timonel. La bandera descendió agitándose de una verga del palo de mesana y, al mismo tiempo, la proa del *Calliope* dio toda la vuelta contra el viento de manera que todas aquellas enormes velas golpearon contra los mástiles y las jarcias como alas enloquecidas—. ¡Arríen velas! —gritó Cromwell—. ¡Vamos, deprisa!

La rueda del timón giró sola de un lado a otro, respondiendo a la fuerza del agua que golpeaba contra aquél. Cromwell miró a sus pasajeros del alcázar con el ceño fruncido.

—Les pido disculpas —dijo con un gruñido, sin dar en absoluto la impresión de sentirse arrepentido.

—Mi dinero —exigió lord William.

—¡Está a salvo! —le espetó Cromwell—. ¡Y tengo trabajo que hacer antes de que lleguen los francesitos! —Abandonó cubierta muy ofendido.

El *Revenant* tardó unos minutos en alcanzar al *Calliope*, pero entonces el buque de guerra francés se puso al paio frente a la aleta de estribor y bajó un bote. La baranda del barco francés estaba abarrotada de hombres que miraban su rica presa. Todos los marineros franceses soñaban con un jugoso barco de la Compañía de las Indias Orientales cargado con objetos de valor, pero Sharpe dudaba que algún francés

hubiera obtenido alguna vez una presa de guerra con tanta facilidad como entonces. Aquel barco había sido entregado a los franceses. No podía demostrarlo, pero estaba seguro de ello. Se volvió para mirar a Pohlmann, quien, al cruzar la mirada con él, se encogió de hombros con expresión atribulada.

«Cabrón —pensó Sharpe—, cabrón.» Pero de momento tenía otras cosas por las que preocuparse. Debía permanecer junto a la dama y debía tener cuidado con Braithwaite, pero, por encima de todo, tenía que sobrevivir. Porque se había cometido una traición y Sharpe quería venganza.

CAPÍTULO 5

Sharpe se dirigió al camarote del capitán mientras el *Revenant* hacía descender el primero de sus botes. La puerta del camarote estaba entreabierta, pero Cromwell no estaba dentro. Sharpe intentó levantar la tapa del enorme arcón, pero estaba cerrado con llave. Regresó al alcázar. El capitán tampoco estaba allí y el primer bote francés ya avanzaba hacia el *Calliope*.

Sharpe regresó corriendo al camarote del capitán, donde encontró a lord William en actitud indecisa. A su señoría le desagradaba hablar con Sharpe, pero se obligó a mostrarse cortés.

—¿Ha visto a Cromwell?

—Ha desaparecido —contestó Sharpe de manera cortante, mientras se inclinaba sobre el arcón. El gran tamaño del ojo de la cerradura indicaba que ésta era de fabricación india, lo cual ya estaba bien, pues las cerraduras indias eran fáciles de abrir, pero Sharpe sabía que también podía tratarse de una cerradura europea con la placa frontal india, lo que podía resultar más difícil. Rebuscó en el bolsillo y sacó un corto trozo de acero doblado que insertó en la cerradura.

—¿Qué es eso? —preguntó lord William.

—Una ganzúa —dijo Sharpe—. Siempre llevo una. Antes de volverme respetable me ganaba la vida de esta manera.

Lord William soltó un resoplido desdeñoso.

—No es precisamente algo de lo que alardear, Sharpe —hizo una pausa, esperando que Sharpe contestara, pero el único sonido que se oyó fue el leve roce de la ganzúa contra las palancas de la cerradura—. Quizá deberíamos esperar a Cromwell, ¿no? —sugirió lord William.

—En este arcón tiene objetos de valor que son míos —dijo Sharpe, que seguía tanteando con el acero para dar con las palancas—. Y esos malditos franchutes pronto estarán aquí. ¡Muévete, jodida cabrona! —Esto último iba dirigido a la primera palanca, y no a lord William.

—Ahí dentro encontrará una bolsa con dinero, Sharpe —dijo lord William—. Era demasiado grande para esconderla, de modo que permití que Cromwell... —su voz se fue apagando al darse cuenta de que estaba explicando demasiadas cosas. Vaciló cuando la primera palanca dio un débil chasquido y luego miró a Sharpe, quien, al mismo tiempo que sujetaba dicha palanca con la hoja de su navaja plegable, manipulaba la segunda—. ¿Y dice usted que le confió objetos de valor a Cromwell? —inquirió sorprendido lord William, como si no pudiera imaginar que Sharpe poseyera nada que mereciera semejante protección.

—Sí, lo hice —respondió Sharpe—, ¡idiota de mí! —La segunda palanca se deslizó y Sharpe levantó la pesada tapa del arcón. Lo invadió un hedor a vieja ropa

sucia. Hizo una mueca y luego arrojó a un lado una mugrienta capa marinera y varias pilas de camisas sucias y ropa interior.

Por lo visto Cromwell no lavaba nada a bordo del *Calliope*, sino que se limitaba a dejar que la ropa sucia se amontonara en el arcón hasta que alcanzaban la costa. Sharpe echó a un lado más y más prendas hasta que llegó al fondo del arcón. No había piedras preciosas. No había diamantes, ni rubíes, ni esmeraldas. No había ninguna bolsa con dinero.

—¡Hijo de puta! —exclamó con amargura, y apartó bruscamente a lord William para ir a buscar a Cromwell a cubierta.

Llegó demasiado tarde. El capitán ya estaba en el portalón de entrada de la cubierta principal recibiendo a un alto oficial de la marina francesa que iba resplandecientemente vestido con una casaca azul y dorada, un chaleco rojo, bombachos azules y medias blancas. El francés se quitó el bicornio manchado de sal como gesto de cortesía hacia Cromwell.

—¿Rinde usted el barco? —preguntó en un buen inglés.

—Me parece que no tengo muchas más alternativas —dijo Cromwell ala vez que echaba un vistazo al *Revenant*, que había abierto cuatro de sus portas para disuadir a cualquiera de los que iban a bordo del *Calliope* de intentar una resistencia inútil—. ¿Quién es usted?

—Soy el capitán Montmorin —el francés hizo una reverencia—. El capitán Louis Montmorin, y le expreso mis condolencias. ¿Y usted es...?

—Cromwell —gruñó Cromwell.

Montmorin, el capitán francés de quien el capitán Joel Chase había hablado con tanta admiración, dijo algo a los marineros que habían subido con él por el costado del *Calliope* y que ahora llenaban el combés del barco. Cuando les hubo dado las órdenes, volvió a mirar a Cromwell.

—¿Tengo su palabra, capitán, de que ni usted ni sus oficiales van a intentar ninguna imprudencia? —Aguardó hasta que Cromwell asintió con la cabeza a regañadientes, y luego sonrió—. Entonces su tripulación se dirigirá al castillo de proa, usted y sus oficiales se retirarán a sus aposentos y todos los pasajeros regresarán a sus camarotes. —Dejó a Cromwell junto al portalón de entrada y subió al alcázar—. Les pido disculpas por todas las molestias, damas y caballeros —dijo cortésmente—, pero deben retirarse a sus camarotes. Ustedes, caballeros —se había vuelto para mirar a Sharpe y a Dalton, que eran los únicos que llevaban uniforme militar en el alcázar—, ¿son oficiales británicos?

—Yo soy el comandante Dalton —Dalton dio un paso adelante y luego señaló a Sharpe, que se había quedado junto a la rueda del timón— y éste es mi colega el señor Sharpe.

Dalton había empezado a desenfundar su *claymore* para ofrecer una rendición

formal, pero Montmorin frunció el ceño y negó con la cabeza como para indicar que no era necesario semejante gesto.

—¿Me da usted su palabra de que obedecerá mis órdenes, comandante?

—Sí —respondió Dalton.

—Entonces pueden quedarse con sus espadas. —Montmorin sonrió, pero su elegante cortesía adquirió un tono amenazador cuando tres marineros con casacas azules subieron al alcázar y apuntaron a Dalton con sus mosquetes.

El comandante retrocedió y con un gesto indicó a Sharpe que fuera con él.

—Quédese conmigo —le dijo en voz baja.

Montmorin se había percatado de la presencia de lady Grace y la saludó quitándose el sombrero y ofreciéndole una amplia reverencia.

—Lamento causarle molestias, señora. —Lady Grace no pareció hacer caso de la presencia del francés. En cambio, lord William estuvo hablando con Montmorin en un francés fluido y, le dijera lo que le dijera, aquello le hizo gracia al capitán francés, que se inclinó por segunda vez ante lady Grace—. Nadie —anunció Montmorin en voz alta—, será molestado. Siempre y cuando cooperen con la tripulación de presa. Y ahora, damas y caballeros, si son tan amables de dirigirse a sus camarotes...

—¡Capitán! —gritó Sharpe. Montmorin se dio la vuelta y aguardó a que Sharpe hablara—. Quiero a Cromwell —dijo Sharpe, y empezó a andar hacia las escaleras del alcázar. Cromwell pareció alarmado, pero entonces un marinero francés le bloqueó el paso.

—Vaya a su camarote, *monsieur* —insistió Montmorin.

—¡Cromwell! —llamó Sharpe, e intentó apartar al marinero por la fuerza, pero pronto se vio frente a una segunda bayoneta. Lo hicieron retroceder.

De todos los pasajeros de popa, Pohlmann y Mathilde eran los únicos que no habían estado presentes en el alcázar cuando los franceses subieron a bordo. Aparecieron ahora, y con ellos iba el criado suizo, que ya no vestía de sombrero gris sino que llevaba una espada como cualquier caballero. Saludó a Montmorin en un francés fluido y el capitán del *Revenant* contestó con una profunda reverencia al supuesto criado. Luego Sharpe ya no vio nada más porque los marineros franceses obligaron a los pasajeros a abandonar la cubierta y Sharpe siguió a Dalton de mala gana hasta el camarote del comandante, que era el doble de grande que los aposentos de Sharpe y cuyas particiones eran de madera en lugar de lona. Estaba amueblado con una cama, un escritorio, un arcón y una silla. Dalton indicó con un gesto a Sharpe que se sentara en la cama, colgó la espada y el cinturón detrás de la puerta y descorchó una botella.

—Brandy francés —dijo sin alegría—, para consolarnos por una victoria de Francia. —Sirvió dos vasos—. Pensé que estaría más cómodo aquí que abajo en la bodega.

—Muy amable por su parte, señor.

—Y, si he de serle franco —dijo el anciano comandante—, también yo agradeceré tener compañía. Me temo que las próximas horas probablemente van a ser tediosas.

—Me temo que sí, señor.

—Claro que nos pueden tener aquí encerrados una eternidad... —Le pasó a Sharpe un vaso de brandy y a continuación miró por la portilla—. Llegan más botes, más hombres. Unos granujas de aspecto horrible. Yo no sé a usted, Sharpe, pero a mí me pareció que Cromwell no se esforzaba demasiado por escapar del *Revenant*. No es que yo sea marinero, por supuesto, pero Tufnell me dijo que hay otras velas que podríamos haber alzado. Monterillas, creo que las llaman. ¿Puede ser? ¿Monterillas y alas?

—No creo que Peculiar lo intentara en absoluto, señor —dijo Sharpe, taciturno. En realidad, Sharpe creía que aquel lugar vacío en medio de un vacío océano había sido una cita, que Cromwell había perdido deliberadamente el convoy y que luego había navegado ex profeso hasta allí a sabiendas de que el *Revenant* lo estaría esperando. El capitán inglés había representado, no muy convincentemente, un intento de huida y unas escasas muestras de desafío cuando Montmorin subió a bordo, pero Sharpe seguía creyendo que el *Calliope* estaba vendido mucho antes de que el *Revenant* se mostrara ante ellos.

—Pero ni usted ni yo somos marineros —dijo Dalton, y luego frunció el ceño, cuando se oyeron los fuertes pasos de unas botas por la cubierta de arriba, evidentemente dentro de los aposentos de Pohlmann en los camarotes del alcázar. Algo pesado se cayó en cubierta y después se oyó un sonido como si arrastraran algo—. ¡Vaya por Dios! —dijo Dalton—, ahora nos saquean... —suspiró—. Sabe Dios cuánto tardaremos en salir bajo fianza. ¡Y yo que tenía tantas esperanzas de poder estar en casa en otoño!

—Hará frío en Edimburgo, señor —dijo Sharpe.

Dalton sonrió.

—Ya he olvidado lo que es sentir frío. Y usted, ¿a qué lugar llama usted su casa, Sharpe?

Sharpe se encogió de hombros.

—Sólo he vivido en Londres y en Yorkshire, señor, y no sé cuál de las dos es mi casa. Mi verdadero hogar es el ejército.

—Pues no es un mal hogar, Sharpe. Podría ser mucho peor.

El brandy hizo que a Sharpe le diera vueltas la cabeza y rehusó un segundo vaso. El barco, extrañamente silencioso, se mecía con el oleaje. Sharpe se acercó a la portilla y vio que los marineros franceses se habían llevado los mástiles de repuesto de la cubierta principal del *Calliope* y que en esos momentos trasladaban los largos maderos flotando por el agua hasta el *Revenant*, remolcándolos detrás de los botes,

mientras que otra embarcación se llevaba barriles de vino, agua y comida. El barco de guerra francés tenía la mitad de eslora que el *Calliope* y sus cubiertas eran mucho más altas. En aquellos momentos todas sus portas estaban cerradas, pero seguía teniendo un aspecto siniestro mientras subía y bajaba con el balanceo del mar. El cobre de su línea de flotación estaba brillante, lo que indicaba que le habían limpiado la carena recientemente.

Se oyeron unos pasos en el estrecho pasillo y luego unos golpes en la puerta.

—¡Adelante! —dijo el comandante Dalton, que creía que sería uno de sus compañeros del pasaje. Pero era el capitán Louis Montmorin, que entró agachando la cabeza por la baja puerta, seguido por un hombre aún más alto que él y vestía el mismo uniforme rojo, azul y blanco. Aquellos dos altos franceses hacían que el camarote pareciera muy pequeño.

—¿Es usted el oficial inglés de más rango de a bordo? —le preguntó Montmorin a Dalton.

—Escocés —respondió Dalton irritado.

—*Pardonnez-moi*. —A Montmorin aquello le hizo gracia—. Permítame que le presente al teniente Bursay. —El capitán señaló al hombretón que se erguía justo al otro lado de la puerta—. El teniente Bursay será el capitán de la tripulación de presa que llevará este barco hasta Mauricio. —El teniente era un hombre de aspecto ordinario y con un rostro inexpresivo en el que primero la viruela y luego las armas habían dejado su marca. En la mejilla derecha tenía unas señales azuladas por quemaduras de pólvora, el cabello grasiento le caía lacio sobre el cuello de la guerrera y llevaba el uniforme manchado de algo que parecía ser sangre seca. Tenía unas manos enormes con las palmas ennegrecidas, lo que indicaba que tiempo atrás se había ganado la vida en lo alto de las jarcias; de un costado colgaba un alfanje de hoja ancha y una pistola de largo cañón. Montmorin le dijo algo en francés al teniente y a continuación se volvió hacia Dalton—. Le he dicho, comandante, que en todo lo relacionado con los pasajeros tiene que consultar con usted.

—*Merci, capitaine* —dijo Dalton, y entonces miró al enorme Bursay—. *Parlez-vous anglais?*

Durante unos segundos Bursay fijó una alicaída mirada en Dalton.

—*Non* —respondió finalmente con un gruñido.

—Pero usted habla francés, ¿no? —preguntó Montmorin a Dalton.

—Pasablemente —admitió Dalton.

—Eso está bien. Y puede estar seguro, *monsieur*; de que ningún pasajero sufrirá ningún daño, siempre y cuando todos obedezcan las órdenes del teniente Bursay. Las órdenes son muy sencillas. Han de permanecer bajo cubierta. Pueden ir al lugar que quieran del barco, excepto a cubierta. Habrá hombres armados vigilando todas las escotillas, y tienen órdenes de disparar si alguien desobedece estas sencillas órdenes

—sonrió—. ¿Cuánto tardaremos en llegar a Mauricio? ¿Tres, quizá cuatro días? Más, me temo, si el viento no mejora. Y permítame que le diga, *monsieur*, que lamento sinceramente causarle molestias. *C'est la guerre*.

Montmorin y Bursay se marcharon y Dalton negó con la cabeza.

—Esto es muy triste, Sharpe, muy triste.

El ruido que se oía por encima de sus cabezas, proveniente de los camarotes de Pohlmann, había cesado y Sharpe levantó la vista.

—¿Le importa si hago un reconocimiento, señor?

—¿Un reconocimiento? Espero que no sea en cubierta. Por Dios, Sharpe, ¿cree que de verdad nos dispararían? Parece muy poco civilizado, ¿no le parece?

Sharpe no contestó. En lugar de eso salió al pasillo y, seguido de Dalton, subió por las estrechas escaleras hacia los camarotes del alcázar. La puerta del comedor estaba abierta y en su interior Sharpe encontró a un desconsolado teniente Tufnell contemplando una habitación prácticamente vacía. Se habían llevado las sillas, habían quitado las cortinas de algodón estampado y la araña ya no estaba. Sólo quedaba la mesa, que estaba sujeta a cubierta y que al parecer era demasiado pesada para moverla a toda prisa.

—El mobiliario era del capitán —dijo Tufnell—, y lo han robado.

—¿Qué más han robado? —preguntó Dalton.

—A mí nada —dijo Tufnell—. Se han llevado cordaje y palos, claro, y algo de comida, pero han dejado la carga. Pueden venderla, ¿sabe?, en Mauricio.

Sharpe volvió al pasillo y se acercó a la puerta de Pohlmann, que aunque estaba cerrada no tenía echada la llave; todas sus sospechas quedaron confirmadas cuando abrió la puerta, pues el camarote estaba vacío. Los dos sofás tapizados de seda habían desaparecido, así como el arpa de Mathilde y la mesa baja, y solamente la cama y el aparador, ambos monstruosamente pesados, seguían clavados al suelo de cubierta. Sharpe se dirigió hacia el aparador y al abrir las puertas se encontró con que lo habían sacado todo excepto unas cuantas botellas vacías. Las sábanas, mantas y almohadas ya no estaban en la cama, en la que quedaba tan sólo un colchón.

—¡Maldito sea! —dijo Sharpe.

—¿Maldito sea quién? —Dalton había seguido a Sharpe al interior del camarote.

—El barón Von Dornberg, señor —Sharpe decidió no revelar la verdadera identidad de Pohlmann, pues sin duda Dalton exigiría saber por qué Sharpe no había desenmascarado antes al impostor, y Sharpe no creía que pudiera responder satisfactoriamente a esa pregunta. Tampoco sabía si semejante revelación podría haber salvado el barco, pues Cromwell era tan culpable como Pohlmann. Sharpe condujo al comandante y a Tufnell por las escaleras que bajaban a los aposentos de Cromwell, y allí se encontraron con que los habían limpiado igual de bien que el camarote de Pohlmann. La ropa sucia ya no estaba, se habían llevado los libros de los

estantes y el cronómetro y el barómetro ya no se hallaban en el armarito. El enorme cofre había desaparecido—. ¡Y maldito sea Cromwell también! —exclamó Sharpe—. ¡Así arda en el infierno! —Ni siquiera se molestó en mirar en el camarote que ocupaba el «criado» de Pohlmann, puesto que sabía que estaría tan vacío como aquél—. Vendieron el barco, señor —le dijo a Dalton.

—¿Que hicieron qué? —el comandante puso cara de consternación.

—Vendieron el barco. El barón y Cromwell. ¡Malditos sean! —Sharpe dio una patada a la pata de la mesa—. No puedo demostrarlo, señor, pero no fue casualidad que perdiéramos el convoy, como tampoco fue casualidad que encontráramos al *Revenant*. —Se frotó el rostro, con gesto cansado—. Cromwell cree que la guerra está perdida. Piensa que vamos a tener que vivir sufriendo a los franceses, si no gobernados por ellos; de modo que se vendió a los ganadores...

—¡No! —protestó el teniente Tufnell.

—No me lo puedo creer, Sharpe —dijo el comandante, pero su rostro indicaba que sí se lo creía—. Bueno, del barón sí me lo creo. Es un extranjero. ¿Pero, Cromwell?

—No tengo ninguna duda de que fue idea del barón, señor. Probablemente habló con todos los capitanes del convoy mientras estaban esperando en Bombay, y en Cromwell encontró a su hombre. Y ahora les han robado las joyas a los pasajeros, han vendido el barco y han desertado. ¿Por qué, si no, se ha ido el barón al *Revenant*? ¿Por qué no se ha quedado con el resto de los pasajeros? —Estuvo a punto de llamarlo Pohlmann, pero se acordó justo a tiempo.

Dalton se sentó en la mesa vacía.

—Cromwell me guardaba un reloj —dijo con tristeza—. Un reloj bastante valioso que pertenecía a mi querido padre. No funcionaba demasiado bien, pero para mí tenía un valor inestimable.

—Lo lamento, señor.

—No podemos hacer nada —repuso Dalton sombríamente—. ¡Nos han desplumado, Sharpe, desplumado del todo!

—¡No puede haber sido Cromwell! —exclamó Tufnell asombrado—. ¡Estaba tan orgulloso de ser inglés!

—Lo que ocurre es que ama el dinero más que a su país —dijo Sharpe con acritud.

—Usted mismo me comentó que podía haberse esforzado más en eludir al *Revenant* —le señaló Dalton a Tufnell.

—Sí, podría haberlo hecho, señor, podría haberlo hecho —reconoció Tufnell, horrorizado por la traición de Cromwell.

Luego se dirigieron al camarote de Ebenezer Fairley. El mercader lanzó un gruñido al oír la historia de Sharpe, pero no pareció excesivamente sorprendido.

—He visto a algunos tipos arruinar a sus propias familias para sacar tajada de algo. Y Peculiar siempre fue un hombre codicioso. Entren, entren los tres. Tengo brandy, vino, ron y *arrack* que habría que beberse antes de que esos jodidos franceses lo encuentren.

—Espero que Cromwell no le estuviera guardando ningún objeto de valor —comentó Dalton solícitamente.

—¿Tengo pinta de ser burro? —preguntó Fairley—. ¡Lo intentó! Incluso llegó a decirme que debía darle mis objetos de valor porque ésas eran las normas de la Compañía, pero yo le dije que no fuera idiota.

—Bien hecho —dijo Dalton, pensando en el reloj de su padre. Sharpe no comentó nada.

La esposa de Fairley, una mujer regordeta y maternal, manifestó su esperanza en que los franceses les dieran de cenar.

—No será nada lujoso, mamá —advirtió Fairley a su mujer—, nada parecido a lo que nos daban en el comedor del capitán. Será *burgoo*, ¿no le parece, Sharpe?

—Supongo que sí, señor.

—¡Sabe Dios cómo les va a sentar eso a sus señorías! —dijo Fairley, y movió la cabeza hacia arriba para señalar el camarote de lord William antes de dirigir a Sharpe una mirada pícar—. Aunque no parece que a la señora le importe ensuciarse.

—Dudo que le gusten las gachas —dijo Dalton con seriedad.

Casi había oscurecido cuando los franceses terminaron de vaciar el *Calliope* de todo lo que querían. Se llevaron pólvora, cordaje, palos, comida, agua y todos los botes del *Calliope*, pero dejaron la carga intacta porque, al igual que el propio barco, pensaban venderla en Mauricio. El último de los botes remaba de regreso al buque de guerra. Luego el barco francés desplegó las gavias y unos marineros que canturreaban izaron las velas de proa para tomar el viento y hacer girar el barco hacia el oeste mientras se largaban las demás velas. Los hombres saludaron con la mano desde el alcázar mientras la embarcación amarilla y negra se iba alejando.

—Se dirige hacia el Cabo de Buena Esperanza —dijo Tufnell con aire taciturno—. En busca de los mercaderes chinos, sin duda.

El *Calliope*, que ahora enarbolaba la bandera tricolor francesa por encima de la enseña de la Compañía, empezó a moverse. Al principio avanzaba despacio, pues la tripulación de presa era escasa y tardaron más de media hora en largar todas las velas del barco de la Compañía de las Indias Orientales. Sin embargo, al anochecer la enorme embarcación navegaba suavemente hacia el este con un ligero viento.

A dos de los marineros del propio *Calliope* se les permitió servirles la cena a los prisioneros, y Fairley invitó al comandante, a Tufnell y a Sharpe a comer en su camarote. La comida consistió en una olla de copos de avena hervidos espesados con grasa de ternera salada y pescado seco. Fairley declaró que era lo mejor que había

comido desde que estaba a bordo, aunque notó que a su esposa le desagradaba.

—Cosas peores comiste cuando nos casamos, mamá.

—¡Cuando nos casamos era yo la que cocinaba para ti! —contestó ella con indignación.

—¿Crees que se me ha olvidado? —preguntó Fairley, y a continuación se metió otra cucharada de *burgoo* en la boca.

Mientras cenaban fue oscureciendo en el camarote. Dado que ningún miembro de la tripulación de presa se molestó en comprobar si alguno de los pasajeros utilizaba faroles, Fairley encendió todas las lámparas que pudo encontrar y las colgó en las ventanas de popa.

—Se supone que hay barcos ingleses en este océano —declaró—, así que dejemos que nos vean...

—Deme algunos faroles —dijo Sharpe— y los colgaré en la ventana del barón.

—Buen chico —dijo Fairley.

—Y también podría quedarse a dormir allí, Sharpe —dijo el comandante—. Puedo darle una manta.

—Le daremos una manta, muchacho, y sábanas —insistió Fairley, y su esposa abrió un arcón de viaje y entregó a Sharpe un montón de ropa de cama. Fairley fue a buscar dos faroles al pasillo y luego regresó al camarote—. ¿Necesita una caja de yesca?

—Tengo una —dijo Sharpe.

—Al menos disfrutará de un buen camarote durante uno o dos días —dijo Fairley—, porque sabe Dios cómo nos irá en Mauricio. Chinchas y piojos franceses, diría yo. Una vez pasé una noche en Calais y nunca he visto una habitación más asquerosa que aquella. ¿Te acuerdas, mamá? Después te pasaste una semana estreñida.

—¡Henry! —lo reprendió la señora Fairley.

Sharpe subió las escaleras y tomó posesión del gran camarote vacío de Pohlmann. Encendió los dos faroles, los colocó en el asiento de popa y a continuación hizo la cama. Las cuerdas de la caña del timón crujían. Abrió una de las ventanas, para lo cual tuvo que golpear el marco porque la madera estaba hinchada. Su mirada descendió hacia la llana estela del *Calliope*. Una fina luna iluminaba el mar y teñía de plata algunas pequeñas nubes, pero no había ningún barco a la vista. Por encima de él, un francés se rió en la cubierta de popa. Sharpe se quitó el sable y la casaca, pero estaba demasiado nervioso para poder dormir y se limitó a permanecer tumbado en la cama con la vista clavada en las planchas pintadas de blanco que había sobre él. Pensó en Grace, que estaba en la habitación de al lado. Imaginó que su marido y ella dormirían separados, como habían hecho alguna que otra noche, y se preguntó cómo podía hacerle saber que ahora estaba instalado en un camarote de lujo.

Entonces Sharpe oyó unas voces subidas de tono que provenían de los aposentos

vecinos; salió de la cama y se agachó a escuchar junto a la delgada mampara de partición de madera. Al menos había tres hombres en el camarote proel, y todos hablaban en francés. Sharpe distinguió la voz de lord William, que parecía enojada, pero no tenía ni idea de lo que estaban diciendo. Quizá su señoría se estuviera quejando por la comida, pensó Sharpe, y la idea le hizo sonreír. Volvió a la cama y en ese preciso momento lord William gritó. Fue un sonido extraño, como el de un perro. Sharpe volvió a levantarse, afirmando el pie para contrarrestar el lento balanceo del barco. Se hizo el silencio. Sharpe se agachó una vez más junto a la endeble mampara de partición de madera y oyó una voz en francés que no dejaba de repetir una palabra. «Bi-yu», parecía decir. Habló lord William y su voz sonó amortiguada; luego soltó un gruñido, como si le hubieran golpeado en el vientre y se hubiera quedado sin respiración.

Sharpe oyó que la puerta que comunicaba las dos cámaras de lord William se abría y se volvía a cerrar. Hubo un ruidito seco cuando el gancho del pestillo se dejó caer en su ojo. Volvió a oírse una voz en francés, en esta ocasión proveniente del camarote de popa que compartía la amplia ventana con los aposentos provisionales de Sharpe. Lady Grace le contestó en francés; primero pareció que protestaba y luego gritó.

Sharpe se puso en pie. Esperaba oír intervenir a lord William, pero se hizo el silencio. A continuación lady Grace dio un segundo grito, que fue reprimido de repente, y entonces Sharpe se arrojó contra la mampara. Hubiera podido salir al pasillo y volver a entrar por la puerta de la cabina de al lado, pero echar abajo la mampara era el modo más rápido de llegar a Grace, de modo que la golpeó con el hombro, la delgada madera se hizo astillas y Sharpe la atravesó bramando como si entrara en combate.

Y eso hizo, porque el teniente Bursay se hallaba en la cama, donde mantenía inmovilizada a lady Grace. El alto teniente le había rasgado el vestido por el cuello y en esos momentos estaba intentando desgarrarlo aún más, al mismo tiempo que le tapaba la boca con la otra mano. Se dio la vuelta y vio a Sharpe, pero fue demasiado lento, porque Sharpe ya se había colocado sobre la ancha espalda del teniente y tenía su mano izquierda enredada en el grasiento cabello de Bursay. Le echó al francés la cabeza hacia atrás y le dio un golpe en el cuello con el canto de la mano derecha. Lo golpeó una, dos veces, pero entonces Bursay logró sacarse a Sharpe de encima con gran esfuerzo y se giró agitando un puño enorme. Alguien aporreaba la puerta de la cabina, pero Bursay la había cerrado.

Bursay se había sacado la casaca y el cinturón de la espada, pero agarró el mango del alfanje, tiró de la hoja para liberarla y arremetió contra Sharpe. Lady Grace permanecía ovillada en la cabecera de la cama, apretando lo que quedaba de su vestido contra el cuello. Había perlas esparcidas por la cama. Estaba claro que Bursay

había ido a saquear las posesiones de lord William y había juzgado que Grace era la más deliciosa.

Sharpe volvió a arrojarse contra los restos del mamparo. También él tenía el sable en la cama; lo desenvainó y blandió la hoja mientras el francés pasaba a través de los astillados paneles. Bursay paró el golpe y entonces, mientras el sonido de las hojas seguía resonando en la cabina, cargó contra Sharpe.

Sharpe intentó clavarle el sable en el vientre a Bursay, pero el teniente apartó desdeñosamente el acero de una sacudida y golpeó a Sharpe en la cabeza con la empuñadura del alfanje. El golpe hizo que Sharpe se tambaleara y cayera de espaldas, mientras ante sus ojos aparecía un manto de chispas y oscuridad. Luego rodó desesperadamente hacia su derecha y el alfanje se clavó en cubierta, y a continuación arremetió con el sable con un revés torpe y hecho al azar que no causó daños, pero que hizo retroceder a Bursay. Sharpe se levantó apresuradamente, todavía le zumbaba la cabeza. Oyó que echaban abajo la puerta cerrada entre las dos cabinas de lord William.

Bursay sonrió. Era tan alto que tenía que agacharse bajo los baos del techo, pero estaba confiado, pues había herido a Sharpe, que se tambaleaba ligeramente. La empuñadura del alfanje le había hecho sangre, y ésta le resbalaba por la frente y la mejilla. Sacudió la cabeza para intentar aclararse la vista, a sabiendas de que aquel bruto era igual de rápido y salvaje que él. El teniente agachó la cabeza bajo un bao y arremetió de nuevo contra Sharpe, quien detuvo el golpe. Entonces Bursay lanzó un gruñido y atacó; el alfanje se balanceaba como una hoz y Sharpe volvió a lanzarse contra el mamparo frontal de la cabina. El francés creyó que había ganado, pero entonces Sharpe rebotó en la pared mientras sostenía el sable como si fuera una lanza, y se estiró hacia delante de manera que la punta curva del arma le rasgó la garganta a Bursay. Sharpe giró rápidamente hacia la derecha para evitar la pesada estocada del alfanje, pensando que su arremetida no había causado verdadero daño, puesto que no había notado resistencia con la hoja. Sin embargo, Bursay se tambaleaba y la sangre le caía sobre la casaca. El brazo derecho del francés cayó de manera que la punta del alfanje golpeó el suelo de la cubierta. Miró a Sharpe con una expresión de desconcierto y se llevó la mano izquierda al cuello, donde la sangre negra salía a borbotones, y entonces, dando una sacudida, cayó de rodillas e hizo un ruido gutural. Un infante de marina atravesó el destrozado mamparo a patadas y con unos ojos como platos se quedó mirando al enorme teniente, quien a su vez miraba a Sharpe con una ligera sorpresa. Entonces, como si lo hubieran noqueado, Bursay se desplomó con fuerza hacia delante y un charco de sangre se derramó por cubierta y desapareció entre las rendijas.

El infante de marina alzó su mosquete, pero en ese preciso momento una voz autoritaria dijo algo en francés y el hombre bajó el arma. El comandante Dalton

apartó al marinero y vio el cuerpo de Bursay, que todavía se sacudía.

—¿Usted ha hecho esto? —preguntó el comandante mientras se arrodillaba; levantó la cabeza del teniente y rápidamente la soltó de nuevo, cuando vio que salía más sangre de la herida del cuello.

—¿Qué otra cosa iba a hacer con él? —preguntó Sharpe en tono agresivo. Limpió la punta del sable en el dobladillo de su casaca, apartó de un empujón al infante de marina, miró a través del mamparo roto y vio que lady Grace seguía acurrucada en la cama con las manos en el cuello, temblando—. No pasa nada, señora —dijo—, ya ha terminado todo.

Ella lo miró fijamente. Dalton le dijo algo en francés al infante de marina, sin duda una orden de que fuera a informar al alcázar, luego lord William echó un vistazo a la destrozada mampara, vio el cadáver y levantó la mirada hacia el rostro ensangrentado de Sharpe.

—¿Qué...? —empezó a decir, pero se quedó sin palabras. Lord William tenía un rasguño en la mejilla, allí donde lo había golpeado Bursay. El francés ya no se movía. Lady Grace seguía sollozando, respiraba a grandes bocanadas y lloriqueaba.

Sharpe arrojó el sable sobre la cama de Pohlmann y pasó junto a lord William.

—No pasa nada, señora —repitió—; está muerto.

—¿Muerto?

—Sí, muerto.

De los pies de la cama colgaba un batín de seda bordada, que debía de pertenecer a lord William, y Sharpe se lo tiró a lady Grace. Ella se lo echó sobre los hombros y empezó a temblar de nuevo.

—Lo lamento —sollozó—, lo lamento.

—No tiene nada que lamentar, señora —dijo Sharpe.

—Ahora va a abandonar usted este camarote, Sharpe —le dijo lord William con frialdad. Temblaba levemente y un hilo de sangre le recorría la mandíbula.

Lady Grace se volvió hacia su marido.

—¡No hiciste nada! —le espetó—. ¡No hiciste nada!

—Estás histérica, Grace, histérica. ¡Ese hombre me golpeó! —protestó ante cualquiera que quisiera escucharle—. ¡Intenté detenerle, pero él me golpeó!

—¡No hiciste nada! —repitió lady Grace.

Lord William llamó a la doncella de lady Grace, quien, al igual que él, había quedado bajo la vigilancia del infante de marina en el otro camarote.

—¡Intente calmarla, por el amor de Dios! —le dijo a la chica, y a continuación hizo un gesto con la cabeza para indicarle a Sharpe que debía abandonar la habitación.

Sharpe retrocedió a través del destrozado mamparo y se encontró con que la mayor parte de los pasajeros de la gran cabina habían subido arriba y estaban

mirando el cadáver de Bursay. Ebenezer Fairley movió la cabeza con asombro.

—Cuando usted hace algo, muchacho —dijo el mercader—, lo hace a conciencia. ¡No debe de quedarle ni una gota de sangre en el cuerpo! La mayor parte ha caído chorreando encima de nuestra cama...

—Lo siento —dijo Sharpe.

—No es la primera vez que veo sangre, muchacho. Y cosas peores ocurren en el mar, dicen.

—¡Deberían marcharse todos! —Lord William había entrado en las dependencias de Pohlmann—. ¡Váyanse! —ordenó bruscamente y con mezquindad.

—Ésta no es su habitación —gruñó Fairley—, y si fuera usted lo bastante hombre, señoría, ni Sharpe ni este cadáver estarían aquí.

Lord William se quedó mirando a Fairley boquiabierto, pero entonces lady Grace, con el cabello desgredado, pasó por encima de las astillas del mamparo. Su marido intentó empujarla para que retrocediera, pero ella se zafó de él, bajó la mirada hacia el cadáver y luego la levantó hacia Sharpe.

—Gracias, señor Sharpe —dijo.

—Encantado de haberla podido servir, señora —contestó Sharpe. Entonces se dio la vuelta y se preparó para lo peor cuando vio que el comandante Dalton conducía a un francés hacia el abarrotado camarote.

—Éste es el nuevo capitán del barco —dijo Dalton—. Es un *officier marinier*, lo cual creo que equivale a nuestro suboficial de marina.

El francés era un hombre mayor que se estaba quedando calvo, con un rostro curtido y bronceado por el prolongado servicio en el mar. No llevaba uniforme, pues no pertenecía a la oficialía sino que, por lo visto, era un marinero de primera, a quien, por otra parte, la muerte de Bursay parecía dejar totalmente indiferente. Estaba claro que al infante de marina ya le habían explicado las circunstancias de lo ocurrido, puesto que no formuló ninguna pregunta y simplemente se limitó a hacer una torpe e incómoda reverencia a lady Grace y a mascullar una disculpa.

Lady Grace aceptó las disculpas con una voz que todavía temblaba de miedo.

—*Merci, monsieur.*

El *officier marinier* dijo algo a Dalton, y éste se lo tradujo a Sharpe.

—Lamenta las acciones de Bursay, Sharpe. Dice que el tipo era un animal. Era suboficial de marina hasta que Montmorin lo ascendió hace un mes. Le dijo que era su obligación moral comportarse como un caballero, pero Bursay no tenía honor.

—¿Así que estoy perdonado? —preguntó Sharpe, divertido.

—Defendió a una dama, Sharpe —respondió Dalton, frunciendo el ceño ante el tono desenfadado de Sharpe—. ¿Qué objeción podría poner a eso cualquier hombre razonable?

El francés dispuso que se clavara un trozo de lona sobre la rota mampara de

partición y que se llevaran el cuerpo del teniente. También insistió en que se sacaran los faroles de la ventana.

Sharpe los dejó sobre el aparador vacío.

—Dormiré aquí —anunció Sharpe—, por si acaso otro maldito francés se siente solo. —Lord William abrió la boca dispuesto a protestar, pero se lo pensó mejor. Se llevaron el cadáver y clavaron un trozo de lona desgastada sobre la mampara de partición. Sharpe durmió en la cama de Pohlmann mientras el barco seguía navegando, llevándolo hacia el cautiverio.



Los dos días siguientes fueron tediosos. El viento era tan suave que el barco se balanceaba y avanzaba muy lentamente, tan lentamente que Tufnell calculó que tardarían casi seis días en llegar a Mauricio, y eso era bueno, pues significaba que había más tiempo para que un barco de guerra británico viera el barco de la Compañía de las Indias Orientales capturado bamboleándose con las largas olas. Ninguno de los pasajeros podía subir a cubierta y en los camarotes el calor era sofocante. Sharpe pasaba el tiempo lo mejor que podía. El comandante Dalton le prestó un libro llamado *Tristram Shandy*, pero Sharpe no le encontró ni pies ni cabeza. Quedarse tumbado mirando al techo le resultaba más gratificante. El abogado intentó enseñarle a jugar al *backgammon*, pero a Sharpe no le interesaba el juego, de modo que Fazackerly se fue en busca de una presa más dispuesta. El teniente Tufnell le enseñó a hacer unos cuantos nudos y así pasaban algunas horas entre las comidas, que siempre eran gachas salteadas con guisantes secos. La señora Fairley bordaba un chal y su marido gruñía, caminaba de un lado a otro y se preocupaba. El comandante Dalton intentaba elaborar una fiel versión de la batalla de Assaye que requería el consejo constante de Sharpe. El barco seguía navegando lentamente y durante el día Sharpe no veía a lady Grace.

La segunda noche ella fue a su camarote. Llegó mientras él dormía y lo despertó tapándole la boca con la mano para que no gritara.

—La doncella duerme —susurró, y en el silencio que siguió Sharpe oyó los ronquidos provocados por las drogas que emitía lord William al otro lado de la improvisada cortina de lona.

Se tumbó junto a Sharpe, puso una pierna encima de la de él y durante un buen rato no dijo nada.

—Cuando entró —dijo al fin en un susurro— dijo que quería mis joyas. Eso era todo. Mis joyas. Entonces me dijo que le cortaría el cuello a William si no hacía lo que él quería.

—No pasa nada. —Sharpe intentó calmarla.

Ella meneó la cabeza bruscamente.

—Y luego me dijo que detestaba a todos los *aristos*. Eso fue lo que dijo, «*aristos*», y dijo que tendrían que guillotinarlos a todos. Dijo que iba a matarnos a los dos, que diría que William lo había atacado y que yo había muerto por la fiebre.

—Ahora es él el que está alimentando a los peces —comentó Sharpe. La mañana anterior había oído el ruido de un peso al caer al agua, y supo que era el cuerpo de Bursay al que arrojaban a la eternidad.

—Tú no detestas a los aristócratas, ¿verdad? —le preguntó Grace tras una larga pausa.

—Sólo te conozco a ti, a tu marido y a sir Arthur. ¿Él también es un *aristo*?

Ella asintió con un movimiento de la cabeza.

—Su padre es el conde de Mornington.

—Pues dos de tres me gustan —dijo Sharpe—. No está mal.

—¿Arthur te cae bien?

Sharpe se encogió de hombros.

—No sé si me cae bien, pero me gustaría caerle bien a él. Lo admiro.

—Pero William no te gusta, ¿verdad?

—¿Y a ti?

Ella hizo una pausa.

—No. Mi padre me obligó a casarme con él. Es rico, muy rico, y mi familia no. Lo consideraron un buen partido, un buenísimo partido. Me gustaba al principio, pero luego ya no. Ahora no.

—Me odia —dijo Sharpe.

—Te tiene miedo.

Sharpe sonrió.

—Pero él es un lord, ¿no? Y yo no soy nada.

—Sin embargo, tú estás aquí —dijo Grace, y le dio un beso en la mejilla—, y no él. —Volvió a besarlo—. Y si me encontrara aquí mi reputación quedaría arruinada. Mi nombre sería una deshonra. Nunca volvería a tratar con la alta sociedad. Puede que nunca volviera a ver a nadie.

Sharpe pensó en Malachi Braithwaite y se alegró de que el secretario estuviera retenido en el entrepuente, pues allí no podría alimentar sus sospechas respecto a Sharpe y lady Grace.

—¿Quieres decir que tu marido te mataría? —le preguntó Sharpe.

—Le gustaría. Puede que lo hiciera —pensó en ello—. Pero, más probablemente, haría que me declararan loca. No es difícil. Contrataría a médicos caros que dirían que soy una lunática histérica y un juez ordenaría que me encerraran. Pasaría el resto de mi corta vida recluida en un ala de la casa de Lincolnshire, atiborrada de medicinas. Sólo que las medicinas serían ligeramente venenosas, de modo que, gracias a Dios, no viviría mucho tiempo.

Sharpe se volvió para mirarla, aunque estaba tan oscuro que apenas veía su rostro desdibujado.

—¿De verdad podría hacer eso? —preguntó.

—Por supuesto —respondió ella—, pero estaré a salvo si me comporto con suma corrección y finjo que William no va con prostitutas ni tiene amantes. Y él quiere un heredero, claro está. Se puso loco de alegría cuando nació nuestro hijo, pero desde que murió me ha odiado. Lo cual no le priva de intentar darme otro —hizo una pausa—. Por lo tanto, mi mayor esperanza de seguir con vida es darle un hijo y comportarme como un ángel juré que haría ambas cosas, pero luego te vi y pensé: ¿por qué no perder el juicio?

—Yo cuidaré de ti —prometió Sharpe.

—En cuanto bajemos de este barco —dijo ella en voz baja— dudo que nos volvamos a ver.

—No —protestó Sharpe—, no.

—Sch —susurró ella, y le tapó la boca con la suya.

Al amanecer ya se había ido. La vista desde la ventana de popa no había cambiado. No los perseguía ningún barco de guerra británico, no había más que el infinito océano Índico que se extendía hacia un brumoso horizonte. El viento había arreciado y el barco se balanceaba y daba bandazos, desplazando las piezas de ajedrez que el comandante Dalton había dispuesto en el asiento de popa de manera que formaran un plano de la batalla de Assaye.

—Tiene que explicarme —dijo el comandante— lo que ocurrió cuando desmontaron a sir Arthur.

—Creo que eso debería pedírselo a él, comandante.

—¡Pero seguro que usted sabe lo mismo que él!

—Así es —asintió Sharpe—, pero dudo que a él le guste contar la historia, o que se cuente. Haría mejor diciendo que rechazó a un grupo de enemigos y que sus ayudantes de campo lo rescataron.

—Pero, ¿es eso verdad?

—Algo de verdad hay —respondió Sharpe, dispuesto a no decir nada más. Por otro lado, no recordaba exactamente lo que había ocurrido. Recordaba haber bajado del caballo y haber arremetido con el sable como si estuviera segando heno; recordaba que sir Arthur se había quedado aturdido y había permanecido a cubierto bajo una rueda de cañón, y recordaba haber matado. Pero lo que recordaba con más claridad era al espadachín indio que merecía que lo hubiese matado, pues aquel hombre había blandido su *tulwar* como si fuera una guadaña y el golpe había alcanzado a Sharpe en la nuca. El golpe hubiera decapitado a Sharpe de no ser porque éste iba peinado con la cola que llevaban los soldados, con el pelo envolviendo una bolsa de cuero que normalmente estaba llena de arena, pero en la que Sharpe había

escondido el gran rubí del sombrero del sultán Tippoo. La enorme piedra preciosa había detenido por entero el *tulwar*. Con el golpe se soltó el rubí. Sharpe recordaba que, cuando terminó el feroz combate, sir Arthur había recogido la piedra y se la había entregado con expresión desconcertada. El general estaba demasiado confundido para reconocer lo que era y probablemente pensara que no era más que un guijarro hermosamente coloreado que Sharpe había querido conservar. Ahora aquel guijarro lo tenía el maldito Cromwell.

—¿Cómo se llamaba el caballo de sir Arthur? —preguntó Dalton.

—*Diomedes* —respondió Sharpe—. Quería mucho a ese caballo. —Recordaba el chorro de sangre que cayó al seco suelo cuando se retiró la pica del pecho del animal.

Dalton le estuvo haciendo preguntas a Sharpe hasta bien entrada la tarde, mientras tomaba notas para su memoria.

—Tengo que hacer algo en mi retiro, Sharpe. Si es que vuelvo a ver Edimburgo.

—¿No está usted casado, señor?

—Lo estuve. Con una dama que era un cielo. Murió. —El comandante meneó la cabeza y luego miró con añoranza por la ventana de popa—. No tuvimos hijos —añadió en voz baja. Después se oyó de repente un ruido de pasos precipitados en el alcázar, y frunció el ceño. Una voz dio un grito y al cabo de un instante el *Calliope* guiñó a babor y las velas golpetearon como si fueran fusiles disparando. Una a una se fueron cazando las escotas y el barco, tras bambolearse momentáneamente en el oleaje, volvió a navegar con suavidad, sólo que en aquella ocasión hurtaba el viento describiendo el rumbo más septentrional que la tripulación podía mantener—. Algo ha alborotado a los francesitos —comentó el comandante.

Nadie sabía el motivo de aquel giro hacia el norte, pues no se veía ningún otro barco desde las portillas del camarote, aunque tal vez en lo alto de las jarcias un vigía hubiera vislumbrado algunas velas en el horizonte del sur. En aquellos momentos el movimiento del barco resultaba más dificultoso porque chocaba contra las olas y escoraba. Cuando se les llevó la cena a los pasajeros, el *officier marinier* ordenó que no debía verse ni una sola luz, y prometió que todo aquel que le desobedeciera sería arrojado a las bodegas del barco, donde reinaban las ratas y la fétida agua de mar.

—Así pues, hay otro barco —dijo Dalton.

—Pero ¿nos habrá visto? —se preguntó Sharpe.

—Aunque así sea —dijo Dalton con pesimismo—, ¿qué podemos hacer nosotros?

Sharpe rezó para que fuera el *Pucelle*, el barco de guerra de construcción francesa del capitán Chase, que era rápido como el *Revenant*.

—Hay una cosa que sí podemos hacer —dijo.

—¿Qué?

—Necesito a Tufnell —dijo Sharpe, y bajó a las dependencias de los oficiales en la gran cabina, aporreó la puerta del teniente y, tras una breve conversación, llevó al

teniente y a Dalton al camarote de Ebenezer Fairley.

El mercader iba vestido para irse a la cama y llevaba un gorro de dormir con una borla que le caía sobre el lado izquierdo de la cara, pero escuchó a Sharpe y luego sonrió.

—Entre, muchacho. ¡Mamá! Tendrás que volver a levantarte. Tenemos que hacer unas travesuras.

El problema era la falta de herramientas, pero Sharpe tenía su navaja, Tufnell una corta daga y el comandante sacó un puñal. Primero retiraron entre los tres la alfombra de lona pintada del dormitorio de Fairley y a continuación la emprendieron con una tabla del suelo.

La tabla era de roble y tenía más de cinco centímetros de grosor. Era una madera de roble vieja, curada y dura, pero Sharpe no veía más alternativa que hacer un agujero en cubierta y esperar que ése fuera el lugar adecuado. Los hombres se turnaron para dar machetazos, raspar, hendir y cortar la madera. La señora Fairley había sacado un afilador de cocina del interior de un arcón de viaje y de vez en cuando afilaba las tres hojas que lenta, muy lentamente, iban atravesando la plancha.

Realizaron dos cortes, a unos treinta centímetros de distancia el uno del otro, y les llevó hasta bien pasada la medianoche atravesar la tabla y sacar aquel trozo de suelo. Trabajaron a oscuras, pero en cuanto el agujero estuvo hecho, Fairley encendió un farol que cubrió con una de las capas de su esposa y los tres hombres escudriñaron la oscuridad que había más abajo. Al principio Sharpe no vio nada. Oía el chirrido de la cuerda de la caña del timón, pero no la veía. Cuando Fairley hizo bajar el farol por el agujero, vio por fin la gran cuerda de cáñamo, a unos treinta centímetros de distancia más o menos. Cada pocos segundos la tirante cuerda se movía un par de centímetros o más y el chirrido resonaba por la popa.

La cuerda estaba atada a la caña, que era la barra que hacía girar el gran timón del *Calliope*. Desde la caña del timón la cuerda salía hacia ambos lados del barco; allí pasaba a través de unas poleas antes de regresar al centro de la embarcación, donde otras dos poleas conducían la cuerda hacia la rueda del timón, que en realidad eran dos ruedas, una frente a la otra, de manera que el mayor número de hombres posible pudiera empujar sus radios cuando el barco navegaba en un mar agitado y con fuertes vientos. Las ruedas gemelas estaban conectadas mediante un pesado tambor de madera alrededor del cual estaba enrollada fuertemente la cuerda de la caña, de modo que un giro de la rueda tiraba del guardín y transfería el movimiento a la barra de la caña del timón. Si se cortara esa cuerda, el *Calliope* se quedaría sin timón un rato.

—¿Pero cuándo lo cortamos, eh? —preguntó Fairley.

—Esperemos a que se haga de día —sugirió Dalton.

—La cortaré un poco —dijo Sharpe, pues la cuerda tenía casi ocho centímetros de grosor. Recorría un tramo entre la cubierta principal y la inferior y Fairley volvió a

poner la alfombra de lona en su sitio, no solamente para disimular el agujero, también para que las ratas no subieran a su camarote.

—¿Cuánto tardarán en cambiar esa cuerda? —le preguntó el mercader a Tufnell.

—Una buena tripulación podría hacerlo en una hora.

—Seguro que tienen algunos buenos marineros —dijo el mercader—, de modo que será mejor que no malgastemos sus esfuerzos ahora. Ya veremos qué nos trae la mañana.

Aquella noche no trajo consigo a lady Grace. Tal vez, pensó Sharpe, ella había mirado en el camarote de Pohlmann y se había encontrado con que Sharpe no estaba. O quizá lord William se mantenía despierto y vigilante, preguntándose si el *Calliope*, al que la noche envolvía, se hallaba próximo a un rescate. Así pues, Sharpe se tapó con una manta y durmió hasta que un puño golpeó en su puerta para anunciar el *burgoo* del desayuno.

—Ahora mismo hay un barco en la amura de estribor, señor —dijo en voz baja el marinero que había traído el caldero—. Desde aquí no puede verlo, pero está ahí. Además, es uno de los nuestros.

—¿De la marina?

—Creemos que sí, señor. De modo que ahora se trata de ver quién llega antes a Mauricio.

—¿Está muy cerca?

—A unas siete u ocho millas. Viento a favor, señor, y tendrá que virar por avante para cortarnos el paso, de modo que estará muy cerca, señor —bajó aún más la voz—. Los franchutes han bajado su estandarte, así que enarbolamos nuestra vieja bandera, pero eso no les servirá de nada si se trata de un barco de guerra. Se acercará a mirarnos de todos modos. Las banderas no significan nada cuando se puede obtener dinero de una presa.

La noticia se había extendido por el barco, poniendo eufóricos a los pasajeros y alarmando a la tripulación francesa, que intentó que su presa mostrara su máxima velocidad. Para los pasajeros de popa, que no podían ver al otro barco ni saber qué ocurría en la cubierta del *Calliope*, fue una mañana lenta y angustiosa. El teniente Tufnell sugirió que los dos barcos debían de llevar rumbos convergentes y que el *Calliope* tenía la ventaja del viento, pero resultaba amargamente frustrante no saberlo con seguridad. Todos querían cortar la cuerda de la caña del timón, pero sabían que si la cortaban demasiado pronto podría ser que los franceses tuvieran tiempo de repararlo.

Al mediodía no se sirvió la comida, y tal vez fuese aquella pequeña privación lo que convenció a Sharpe de que era mejor cortar por fin la cuerda.

—No sabemos cuál es el mejor momento —argumentó—, así que démosles a esos cabrones un quebradero de cabeza ahora.

Nadie puso objeciones. Fairley retiró la alfombra y Sharpe metió el sable en el agujero y movió la hoja de un lado a otro sobre la cuerda para cortarla. La cuerda no dejaba de moverse; no se movía mucho, aunque sí lo suficiente para que resultara difícil mantener el sable en el mismo sitio. Sharpe resoplaba y sudaba mientras intentaba encontrar el apalancamiento que le permitiera aplicar toda su fuerza a la hoja.

—¿Quiere que lo pruebe yo? —preguntó Tufnell.

—No, no, me las puedo arreglar —dijo Sharpe. No veía la cuerda, pero sabía que entonces la hoja estaba hundida en sus fibras, pues daba tirones a uno y otro lado con los pequeños movimientos del timón. El brazo derecho le ardía desde la muñeca al hombro, pero siguió serrando con la hoja y de pronto notó que desaparecía la tensión y el dañado cáñamo se deshilachaba. Los pinzotes del timón chirriaron, Sharpe volvió a sacar el sable por el agujero y se desplomó exhausto contra los pies de la cama de Fairley.

El *Calliope*, sin presión en el timón para resistir la tendencia a irse al viento, se mecía pesadamente en él. Se oyeron unos gritos desesperados en cubierta, las pisadas de unos pies descalzos que se dirigían a las escotas y luego el bendito ruido de las velas que se agitaban y golpeaban violenta e inútilmente al viento.

—Tapan el agujero —ordenó Fairley—, ¡rápido! Antes de que esos cabrones lo vean...

Sharpe apartó los pies para que pudieran dejar caer la alfombra en su lugar. El barco dio una sacudida cuando los franceses utilizaron las velas de proa para hacerlo girar, pero sin la presión del timón no era capaz de virar y las velas volvieron a golpear contra los mástiles. El timonel estaría haciendo girar la rueda, que de pronto no ofrecía resistencia. Luego se oyeron unos pasos precipitados que bajaban por las escaleras de cámara y Sharpe supo que finalmente los franceses iban a examinar las cuerdas de la caña del timón.

Llamaron a la puerta de Fairley y, sin esperar respuesta, lord William entró en el camarote.

—¿Alguien sabe —preguntó— qué está pasando exactamente?

—Hemos cortado las cuerdas de la caña del timón —dijo Fairley—, y le agradecería a su señoría que mantuviera la boca cerrada. —Lord William parpadeó al oír aquella brusca petición, pero antes de que pudiera decir nada se oyó el ruido de un cañón en la lejanía.

—Creo que ya terminó todo —dijo Fairley alegremente—. Vamos, Sharpe, vayamos a ver qué ha conseguido. —Extendió una mano grande y tiró de Sharpe para que se pusiera de pie.

Ningún miembro de la tripulación de presa les impidió subir a cubierta; es más, los franceses ya estaban arriando la enseña original del *Calliope* con la que habían

esperado engañar a su perseguidor para que creyera que el barco de la Compañía de las Indias Orientales seguía estando bajo mando británico.

Y entonces sí que estaban bajo mando británico porque, dirigiéndose lentamente hacia el *Calliope* y aferrando sus velas a medida que se acercaba deslizándose, había otro enorme barco de guerra de rotundos costados pintado de amarillo y negro. Tenía por espolón un derroche de madera dorada sobre la que se apoyaba un mascarón de proa que mostraba a una dama de expresión extática adornada con una aureola, portando una espada y vestida con armadura de color plateado, aunque curiosamente su peto quedaba truncado y revelaba un rosado pecho desnudo.

—El *Pucelle* —dijo Sharpe con placer. Juana de Arco había acudido al rescate de los británicos.

Y el *Calliope*, por segunda vez en cinco días, fue apresado.

CAPÍTULO 6

El primer miembro de la tripulación del *Pucelle* en subir a bordo del *Calliope* fue el mismísimo capitán Chase, que se abrió paso con destreza por un costado del mercante en medio de las ovaciones de los pasajeros liberados. El *officier marinier*, al no tener ninguna espada que rendir, le ofreció estoicamente a Chase un punzón. Chase sonrió, cogió el punzón y a continuación se lo devolvió con cortesía al *officier marinier*; quien, con resignación, encabezó la marcha junto a sus hombres hacia su reclusión bajo cubierta, en tanto que Chase se descubría, estrechaba manos con los pasajeros de la cubierta principal e intentaba responder a una docena de preguntas al mismo tiempo. Malachi Braithwaite se mantuvo apartado de los felices pasajeros, mirando con aire taciturno a Sharpe, que estaba en el alcázar. El secretario había permanecido retenido en el entrepuente desde que los franceses tomaron el barco, y debían de haberlo invadido los celos al imaginar que Sharpe estaría en popa con lady Grace.

—He aquí un afortunado capitán de la marina —dijo Ebenezer Fairley. Se había puesto al lado de Sharpe en el alcázar y miraba la multitud de pasajeros de tercera clase que rodeaban a Chase—. Acaba de hacer una fortuna con esta presa, pero ahora tendrá que luchar por ella como es debido, ya lo creo.

—¿Qué quiere decir?

—¿Cree usted que los abogados no querrán su parte? —preguntó Fairley con acritud—. La Compañía de las Indias Orientales hará que unos abogados digan que los franchutes no llegaron a apresar el barco de manera propiamente dicha, de modo que no puede ser una presa de guerra, y el agente de Chase tendrá a otra serie de abogados aduciendo lo contrario, y entre todos tendrán ocupados a los tribunales durante años, se harán ricos y todos los demás pobres. —Dio un resoplido—. Supongo que yo también podría contratar a uno o dos abogados, puesto que una buena parte de la carga es mía, pero no voy a molestarme en hacerlo. Por lo que a mí respecta, ese capitán puede llevarse el botín si quiere. Prefiero que se quede él el dinero antes que una de esas sanguijuelas de abogados. —Fairley hizo una mueca—. Una vez se me ocurrió una buena idea sobre cómo mejorar enormemente la prosperidad de Gran Bretaña, Sharpe. Mi plan consistía en que todos los hombres con propiedades pudieran matar a un abogado al año sin miedo a que se les castigara. El Parlamento no se mostró interesado, pero, claro, el Parlamento está lleno de sanguijuelas...

El capitán Chase consiguió escapar de la multitud que había en la cubierta principal y subió al alcázar. Allí, a la primera persona que vio fue a Sharpe.

—¡Mi querido Sharpe! —exclamó Chase al tiempo que se le iluminaba el rostro—. ¡Mi querido Sharpe! Ahora estamos en paz, ¿eh? Usted me rescató y ahora lo

rescato yo. ¿Cómo está? —Le agarró firmemente la mano entre las suyas, fue presentado a Fairley y entonces vio a lord William Hale—. ¡Oh, Dios! Había olvidado que estaba a bordo. ¿Cómo está usted, milord? ¿Se encuentra bien? ¡Eso es bueno, eso es bueno! —En realidad, lord William no había respondido al capitán, aunque estaba ansioso por hablar con él en privado, pero Chase se dio la vuelta y se alejó, tomó a Tufnell por el brazo y los dos marinos se embarcaron en una prolongada discusión sobre cómo había caído el *Calliope* presa del *Revenant*. Un grupo de marineros del *Calliope* bajó para reparar las cuerdas de la caña del timón, en tanto que algunos del *Pucelle*, capitaneados por Hopper, el grandullón que estaba al mando del chinchorro del capitán Chase, izaban una enseña británica por encima de la bandera francesa.

Lord William, visiblemente irritado por el hecho de que Chase no le hiciera caso, esperaba el momento adecuado para atraer la atención del capitán, pero algo que dijo Tufnell hizo que Chase ignorara a su señoría y se dirigiera hacia los otros pasajeros.

—Quiero saber todo lo que puedan contarme —dijo Chase en tono apremiante— sobre el hombre que se hace pasar por el criado del barón Von Dornberg.

La mayoría de pasajeros parecieron desconcertados.

El comandante Dalton comentó que el barón había resultado un tipo decente, aunque un poco vocinglero, pero que la verdad era que nadie había mencionado nada sobre el criado.

—No se relacionaba con nadie —dijo Dalton.

—Una vez me habló en francés —dijo Sharpe.

—¿Ah, sí? —Chase giró sobre sus talones con impaciencia.

—Sólo una vez —dijo Sharpe—, pero también hablaba inglés y alemán. Él dijo que era suizo. Pero no sé si en realidad era un criado.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando dejó el barco llevaba una espada, señor. No hay muchos criados que lleven espada.

—Los sirvientes hannoverianos quizá lo hagan —dijo Fairley—. Extranjeros, extrañas costumbres.

—¿Y qué sabemos sobre el barón? —preguntó Chase.

—Era un bufón —gruñó Fairley.

—Era buena persona —protestó Dalton—, y un hombre generoso.

Sharpe podía haber proporcionado una respuesta mucho más detallada, pero aún se resistía a admitir que hubiera estado engañando al *Calliope* tanto tiempo.

—Es extraño, señor —le dijo en cambio a Chase—, y la verdad es que no pensé en ello hasta que el barón abandonó el barco, pero se parecía a un tipo llamado Anthony Pohlmann.

—¿Ah, sí, Sharpe? —preguntó Dalton, sorprendido.

—Tienen la misma complexión —dijo Sharpe—. Aunque yo sólo he visto a Pohlmann a través de un catalejo. —Esto no era cierto, pero Sharpe tenía que borrar su rastro.

—¿Quién es —interrumpió Chase— Anthony Pohlmann?

—Es un soldado hannoveriano, señor, que estuvo al frente de los ejércitos *mahratta* en Assaye.

—Sharpe —dijo Chase muy serio—, ¿está usted seguro?

—Se parecía —contestó Sharpe, sonrojándose—, se parecía mucho.

—Que Dios me ayude —dijo Chase con su acento de Devonshire, y frunció el ceño mientras pensaba. Lord William se le volvió a acercar, pero Chase le hizo señas distraídamente para que se apartara. Lord William, que ya se había sentido insultado por la indiferencia del capitán, ahora pareció ofenderse aún más—. Pero lo más importante —prosiguió Chase— es que ese tal Von Dornberg y su criado, si es que es un criado, ahora se encuentran en el *Revenant*. ¡Hopper!

—¿Señor? —gritó el contraamaestre desde la cubierta principal.

—Quiero a toda la tripulación del *Pucelle* de nuevo a bordo y enseguida. Pero usted espere en mi barcaza. ¡Señor Horrocks! ¡Venga, por favor! —Horrocks era el cuarto teniente del *Pucelle* que tomaría el mando de la tripulación de presa, sólo tres marineros, que Chase dejaría a bordo del *Calliope*. Aquellos hombres no eran necesarios para manejar el barco, pues eso podían hacerlo Tufnell y los propios marineros del *Calliope*, pero debían quedarse a bordo del barco de la Compañía de las Indias Orientales para certificar el derecho de Chase sobre la embarcación que entonces se dirigiría a Ciudad del Cabo, donde los prisioneros franceses se dejarían a cargo de la guarnición británica y el barco podría volverse a avituallar para su travesía de regreso a Gran Bretaña y a los abogados que allí aguardaban. Chase dio sus órdenes a Horrocks, insistiendo en que debía dirigirse al teniente Tufnell para todos los asuntos relativos al manejo del *Calliope*. También dio instrucciones a Horrocks para que seleccionara a veinte de los mejores marineros del *Calliope* y los obligara a subir al *Pucelle*.

—No me gusta hacerlo —le dijo a Sharpe—, pero andamos cortos de personal. A los pobres tipos no les hará ninguna gracia, pero ¿quién sabe? Puede que algunos hasta se ofrezcan voluntarios. —No parecía muy optimista—. ¿Y qué me dice de usted, Sharpe? ¿Navegará con nosotros?

—¿Yo, señor?

—Como pasajero —se apresuró a explicar Chase—. Resulta que llevamos el mismo camino que usted, y llegará a Inglaterra mucho más deprisa si navega conmigo que si se queda a bordo de este lanchón. ¡Pues claro que quiere venir! ¡Clouter! —llamó a uno de los tripulantes de su barcaza que se hallaba en el combés—. Traiga a cubierta el equipaje del señor Sharpe. ¡Vamos, con brío! Él le mostrará

dónde está.

Sharpe protestó.

—Debería quedarme aquí, señor —dijo—. No quiero inmiscuirme en su camino.

—No tengo tiempo para discutirlo, Sharpe —replicó Chase alegremente—. Por supuesto que va a venir conmigo. —Finalmente, el capitán se volvió hacia lord William Hale, que se había ido enojando cada vez más ante la falta de atención de Chase. Chase se alejó con su señoría, mientras Clouter, el hombretón de color que con tanta dureza había peleado la noche en que Sharpe había conocido a Chase, subía al alcázar.

—¿Adónde vamos, señor? —preguntó Clouter.

—El equipaje puede esperar un poco —respondió Sharpe. No quería abandonar el *Calliope*, no mientras lady Grace siguiera a bordo, aunque para rechazar la invitación de Chase primero tendría que inventar alguna excusa apremiante. Así, de pronto, no se le ocurría nada, pero la idea de abandonar a lady Grace le resultaba insoportable. En el peor de los casos, decidió, se arriesgaría a ofender a Chase negándose simplemente a cambiar de barco.

En esos momentos Chase caminaba impacientemente de un lado a otro de la popa mientras escuchaba a lord William, que era el que más hablaba. Chase asentía con la cabeza. Al final el capitán pareció encogerse de hombros con resignación y luego se dio la vuelta de pronto para volver a reunirse con Sharpe.

—¡Maldita sea! —exclamó con amargura—. ¡Maldita, maldita sea! ¿Todavía está usted aquí, Clouter? ¡Vaya a buscar el equipaje de Sharpe! No contiene nada que pese demasiado. No hay ningún piano ni ninguna cama con cuatro columnas.

—Yo le dije que esperara —intervino Sharpe.

Chase puso mala cara.

—No iré a discutir conmigo, ¿verdad, Sharpe? Ya tengo bastantes problemas. Su condenada señoría asegura que necesita llegar a Gran Bretaña rápidamente, y no pude negar que vamos de camino al Atlántico.

—¿El Atlántico? —preguntó Sharpe, asombrado.

—¡Pues claro! Ya le dije que llevábamos el mismo camino. Además, es allí donde ha ido el *Revenant*. Podría jurarlo. Incluso estoy arriesgando mi reputación con ello. Y lord William me dice que lleva despachos para el gobierno, pero ¿será cierto? No lo sé. Creo que lo único que quiere es ir en un barco más grande y seguro. De todos modos, no puedo negarme. Me gustaría, pero no puedo. ¡Maldita sea su estampa! No estará escuchando esto, ¿verdad, Clouter? Son palabras para sus superiores. ¡Maldición! Ahora tengo que cargar con el condenado lord William Hale y su condenada esposa, sus condenados sirvientes y su condenado secretario. ¡Maldición!

—Clouter —dijo Sharpe enérgicamente—. Camarotes de la cubierta inferior, a babor. ¡Deprisa! —Casi se puso a cantar mientras bajaba las escaleras. ¡Grace iba a ir

con él!

Sharpe disimuló su euforia al despedirse. Lamentaba separarse de Ebenezer Fairley y del comandante Dalton, que insistieron para que fuera a visitarlos a sus respectivos domicilios. La señora Fairley estrechó a Sharpe contra su considerable pecho y se empeñó en que se llevara una botella de brandy y otra de ron.

—Para que no pase frío, querido —dijo—, y para evitar que Ebenezer se las ventile.

Un bote del *Pucelle* transportó a los hombres a quienes se había obligado a dejar el *Calliope*. Se trataba en su mayoría de los marineros más jóvenes, e iban a reemplazar a los miembros de la tripulación de Chase que habían sucumbido a la enfermedad durante la larga travesía del *Pucelle*. Tenían una expresión taciturna, pues estaban cambiando un buen sueldo por otro escaso.

—Pero ya los animaremos —comentó Chase con ligereza—. No hay nada como una dosis de victoria para animar a un marinero.

Lord William había insistido en que su caro mobiliario fuera trasladado al *Pucelle*, pero Chase montó en cólera y le dijo a su señoría que podía elegir entre viajar sin mobiliario o no viajar, y su señoría había cedido con frialdad, aunque sí logró convencer a Chase de que su colección de documentos oficiales debía ir con él. Los trajeron todos de su camarote y los llevaron al *Pucelle*, y después lord William y su esposa abandonaron el *Calliope* sin despedirse de nadie. Lady Grace parecía destrozada al marcharse. Había estado llorando y en esos momentos estaba realizando un enorme esfuerzo por mantener la dignidad, aunque no pudo evitar dirigir a Sharpe una mirada desesperada cuando la bajaron con una cuerda y un aparejo a la barcaza de Chase. Malachi Braithwaite descendió por el costado del *Calliope* después de ella y le lanzó una mirada malévolamente triunfante a Sharpe, como para sugerir que ahora sería él quien disfrutase de la compañía de lady Grace, mientras Sharpe se quedaba en el *Calliope*. Lady Grace se agarró a la borda de la barcaza con una mano de blancos nudillos; entonces el viento le quiso arrebatarse el sombrero y le levantó el ala, y cuando ella atrapó el sombrero vio que Sharpe salía por el portalón de entrada y empezaba a descender por el costado del barco. Por una fracción de segundo, su rostro mostró una expresión de puro júbilo. Braithwaite, al ver que Sharpe bajaba por la escalera, se quedó boquiabierto de asombro y dio la impresión de querer protestar, pero su boca sólo se abrió y se cerró como la de un pez en un arpón.

—Haga sitio, Braithwaite —dijo Sharpe—. Voy a hacerle compañía.

—¡Adiós, Sharpe! ¡Escríbame! —le gritó Dalton.

—¡Buena suerte, muchacho! —bramó Fairley.

Chase fue el último en descender por la escalera y ocupar su lugar en la cámara.

—¡Todos juntos! —gritó Hopper, y los remeros hundieron sus palas rojas y blancas y la barcaza se deslizó alejándose del *Calliope*.

El hedor del *Pucelle* se percibía por encima del agua. Era el olor de una tripulación numerosa apiñada en un barco de madera, la fetidez de cuerpos sin lavar, de excrementos, de tabaco, alquitrán, sal y podredumbre. Pero el barco se alzaba imponente, una escarpada pared de portas atiborrada de hombres, pólvora y balas.

—¡Adiós! —exclamó Dalton por última vez.

Y de este modo Sharpe se unió al cazador, buscando venganza, de camino a casa.



—No soporto tener mujeres a bordo —dijo Chase con ferocidad—. Trae mala suerte, ¿lo sabía? Las mujeres y los conejos, ambos traen mala suerte. —Tocó la pulida mesa de su camarote para conjurar el mal agüero—. Y no es que no las haya ya —admitió—. Al menos ahí abajo hay seis putas de Portsmouth de las que se supone que no tengo que saber nada, y sospecho que uno de los artilleros tiene a su esposa escondida, pero no es lo mismo que tener a esa dama y a su doncella en la cubierta de intemperie alimentando las sucias fantasías de la tripulación.

Sharpe no dijo nada. El elegante camarote abarcaba toda la anchura del barco y estaba iluminado por una amplia ventana a popa a través de la cual vio al distante *Calliope*, cuyo casco ya se hundía en el horizonte. Las ventanas tenían unas cortinas de tela de algodón estampada con flores que hacían juego con los cojines esparcidos a lo largo del asiento de la ventana, y la cubierta estaba alfombrada con una lona pintada a cuadros blancos y negros, como un tablero de ajedrez. Había dos mesas, un aparador, un hondo sillón, un diván y una librería giratoria, aunque ese aire de elegante domesticidad quedaba un tanto quebrantado por la presencia de dos cañones de dieciocho libras que apuntaban hacia unas portas pintadas de rojo. En la parte delantera de la cámara, y a estribor, se hallaba el dormitorio de Chase, y a babor había un comedor que podía albergar cómodamente a una docena de personas.

—¡Y de ninguna manera voy a mudarme por ese maldito lord Hale! —gruñó Chase—, aunque está claro que él espera que lo haga. Él puede volver a instalarse en las dependencias del primer teniente y su condenada mujer puede ir en el camarote del subteniente, que es como vinieron de Calcuta. Sabe Dios por qué duermen separados, pero lo hacen. No debería haberle dicho esto.

—No lo he oído —dijo Sharpe.

—El jodido secretario puede ocupar el camarote de Horrocks —decidió Chase. Horrocks era el teniente al que habían nombrado capitán de presa del *Calliope*—. Y el primer teniente puede quedarse con el camarote del oficial de derrota. Murió hace tres días. Nadie sabe por qué. Se cansó de la vida, o la vida se cansó de él. Sabe Dios dónde se meterá el subteniente. Me imagino que echará al tercer teniente, quien a su vez echará a alguien más, y así sucesivamente hasta llegar al gato del barco, al que arrojarán por la borda, pobrecito. ¡Dios, odio tener pasajeros, sobre todo mujeres!

Usted se alojará en mis dependencias.

—¿En sus dependencias? —preguntó Sharpe asombrado.

—En el dormitorio —dijo Chase—, por esa puerta de ahí. ¡Por Dios bendito, Sharpe, yo tengo esta habitación condenadamente grande! —señaló con un gesto la magnífica cámara con su elegante mobiliario, retratos enmarcados y ventanas encortinadas—. Mi mayordomo puede colgar aquí mi catre y el suyo podemos ponerlo en el camarote pequeño.

—¡No puedo quedarme con su camarote! —protestó Sharpe.

—¡Pues claro que puede! De todos modos no es más que un jodido agujero diminuto, adecuado para un insignificante alférez. Además, Sharpe, soy un tipo al que le gusta tener compañía, y como capitán no puedo ir a la sala de oficiales sin que me inviten, y los oficiales no me invitan muy a menudo. No puedo culparlos por ello: quieren relajarse. Pero acabo quedándome solo. Así pues, usted puede entretenerme. ¿Sabe jugar al ajedrez? ¿No? Yo le enseñaré. ¿Querrá cenar conmigo esta noche? Claro que sí. —Chase, que se había quitado la casaca del uniforme, se estiró en una silla—. ¿De verdad cree que el barón podría ser Pohlmann?

—Lo era —respondió Sharpe con rotundidad.

Chase enarcó una ceja.

—¿Tan seguro está?

—Lo reconocí, señor —admitió Sharpe—, pero no se lo dije a ninguno de los oficiales del *Calliope*. No creí que fuera importante.

Chase negó con la cabeza, más bien con actitud divertida que con desaprobación.

—No habría servido de nada que se lo hubiera dicho. Y, de hacerlo, probablemente Peculiar lo habría matado. En cuanto a los demás, ¿cómo iban a saber lo que estaba ocurriendo? ¡Dios quiera que lo sepa yo! —Se irguió para coger un pedazo de papel que había en la mesa más grande—. Nosotros, es decir, la Marina de Su Majestad Británica, estamos buscando a un caballero llamado Vaillard. Michel Vaillard. Es un mal tipo, nuestro Vaillard, y parece que está intentando regresar a Europa. ¿Y qué mejor que viajar disfrazado de criado? Nadie se fija en los criados, ¿no es cierto?

—¿Por qué lo buscan, señor?

—Parece ser, Sharpe, que ha estado negociando con los últimos *mahrattas*, que están aterrorizados de que los británicos tomen lo que queda de su territorio. De modo que Vaillard ha cerrado un trato con uno de sus líderes: ¿Holkar? —miró el papel—. Sí, Holkar, y Vaillard lleva el tratado a París. Holkar accede a hablar de paz con los británicos y mientras tanto monsieur Vaillard, es de suponer que con la ayuda de su amigo Pohlmann, arregla las cosas para proporcionarle a Holkar consejeros, cañones y mosquetes franceses. Ésta es una copia del tratado. —Le acercó el papel a Sharpe, que vio que estaba en francés, aunque alguien había escrito una práctica

traducción entre los renglones. Holkar, el más capaz de los líderes *mahratta* y un hombre que había eludido al ejército de sir Arthur Wellesley pero al que entonces acosaban otras fuerzas británicas, se había comprometido a entablar negociaciones de paz y, bajo esa tapadera, reclutar a un enorme ejército que sería equipado por sus aliados, los franceses. El tratado incluía incluso una lista de aquellos príncipes en territorio británico en quienes se podía confiar que se rebelaran si un ejército como aquél atacaba desde el norte.

—Vaillard y Pohlmann han sido muy listos —dijo Chase—. ¡Utilizar barcos británicos para volver a casa! Es el camino más rápido, ¿sabe? Sobornaron a su amigo Cromwell, y deben de haber enviado un mensaje a Mauricio organizando un encuentro.

—¿Cómo conseguimos una copia de su tratado? —preguntó Sharpe.

—¿Con espías, quizá? —imaginó Chase—. Cuando se marchó usted de Bombay la cosa se animó. El almirante mandó un balandro al mar Rojo por si Vaillard decidía ir por tierra y envió al *Porcupine* para que adelantara al convoy; también me dijo que mantuviera los ojos bien abiertos, pues detener a ese maldito Vaillard es nuestra tarea más importante. Ahora ya sabemos dónde está ese condenado, o creemos que lo sabemos, de modo que tengo que perseguirlo. Ellos regresan a Europa y nosotros también. Para nosotros es volver a casa, Sharpe; verá usted lo rápido que puede llegar a navegar un barco de guerra de construcción francesa. El problema es que el *Revenant* es igual de rápido y nos lleva casi una semana de delantera.

—¿Y si lo alcanza?

—Lo haremos pedazos, por supuesto —dijo Chase alegremente—, y nos aseguraremos de que monsieur Vaillard y Herr Pohlmann vayan a parar a los peces.

—Y el capitán Cromwell con ellos —comentó Sharpe en tono vengativo.

—Creo que prefiero atraparlo vivo —repuso Chase— y colgarlo del penol. No hay nada que le levante más el ánimo a un marinero que ver a un capitán balanceándose de un generoso trozo de cáñamo de Bridport.

Sharpe miró por la ventana de popa y vio que el *Calliope* no era ya más que una borrosa mancha de velas en el horizonte. Se sentía como un tonel arrojado a un rápido río, arrastrado hacia un destino desconocido en un viaje sobre el que él no ejercía ningún control. Sin embargo, se alegraba de que aquello ocurriera, pues seguía estando con lady Grace. El simple hecho de pensar en ella le provocaba un cálido sentimiento en el pecho y, aunque sabía que era una locura, una completa locura, no podía librarse de él. Ni siquiera deseaba librarse de él.

—Aquí está el señor Harold Collier —dijo Chase en respuesta a un golpe en la puerta que trajo al camarote al diminuto guardiamarina que había estado al mando del bote que había trasladado a Sharpe hasta el *Calliope* hacía tanto tiempo en el puerto de Bombay. Al señor Collier se le ordenó entonces mostrarle el *Pucelle* a Sharpe.

Era enternecedor lo orgulloso que estaba el chico de su barco. Por su parte, Sharpe quedó sobrecogido. Aquélla era una embarcación enorme, mucho más grande que el *Calliope*, y el joven Harry Collier recitó sus estadísticas mientras conducía a Sharpe a través del magnífico comedor donde había otro dieciocho libras.

—Tiene cincuenta y cuatro metros de eslora, señor, sin contar el bauprés, claro, y casi quince metros de manga, señor, y cincuenta y tres hasta la verga de señales que está en lo alto del palo mayor, señor, y tenga cuidado con la cabeza, señor. Se construyó en Francia con dos mil robles y pesa casi dos mil toneladas, señor, cuidado con la cabeza, y tiene setenta y cuatro cañones, señor, sin contar las carronadas, claro, de las que tenemos seis, todas de treinta y dos libras, y hay seiscientos diecisiete marineros a bordo, señor, sin contar a los infantes de marina.

—¿Cuántos hay?

—Sesenta y seis, señor. Por aquí, señor. Cuidado con la cabeza, señor.

Collier llevó a Sharpe hacia la cubierta donde ocho largas armas estaban colocadas detrás de sus portas cerradas.

—Dieciocho libras, señor —gritó Collier—, los bebés del barco. Seis a cada lado, señor, incluyendo los cuatro que hay en las dependencias de popa. —Se deslizó por una empinada escalera de cámara hacia la cubierta principal—. Ésta es la cubierta de intemperie, señor. Treinta y dos cañones, señor, todos de veinticuatro libras. —El centro de la cubierta principal, o cubierta de intemperie, no estaba cubierto, sino que las secciones de proa y popa de la cubierta se hallaban entarimadas allí donde se alzaban el castillo de proa y el alcázar. Collier condujo a Sharpe hacia delante, zigzagueando ágilmente entre los enormes cañones y las mesas del comedor instaladas entre ellos, agachándose bajo los coyotes en los que dormían los hombres que habían terminado el turno de guardia, rodeando después el cabrestante del ancla y descendiendo por otra escalera hacia la oscuridad estigia de la cubierta inferior, que albergaba los cañones más grandes del barco, los cuales arrojaban todas unas balas de treinta y dos libras—. De estos cañones grandes hay treinta, señor —dijo con orgullo—, cuidado con la cabeza, señor, quince a cada lado. Tenemos suerte de tener tantos. Dicen que hay escasez de estas armas grandes y algunos barcos incluso se ven obligados a poner dieciocho libras en su cubierta inferior, pero el capitán Chase no, él no lo soportaría. Le dije que tuviera cuidado con la cabeza, señor.

Sharpe se frotó el golpe de la frente e intentó calcular el peso de las balas que podía disparar el *Pucelle*, pero Collier se le adelantó.

—Podemos arrojar 972 libras de metal por cada costado, señor, y tenemos dos costados —añadió amablemente—, como ya debe de haber notado. Y tenemos las seis carronadas, señor, que pueden lanzar treinta y dos libras cada una además de un barril de balas de mosquete, lo cual haría llorar a un francés, o al menos eso me han dicho. Cuidado con la cabeza. —Aquello significaba, pensó Sharpe, que aquel barco

podía lanzar más balas por un solo costado que todas las baterías de la artillería del ejército combinadas en la batalla de Assaye. Era un bastión flotante, un implacable asesino de alta mar, y ni siquiera era el barco de guerra más grande que había a flote. Sharpe sabía que algunos de ellos llevaban más de un centenar de cañones. De nuevo Collier tenía las respuestas a sus preguntas, respuestas que había estudiado, pues, al igual que todos los guardiamarinas, se estaba preparando para su examen de teniente—. La armada posee ocho barcos de primera clase, es decir, de los que cuentan con cien o más cañones, tenga cuidado con ese bao bajo, señor, catorce de segunda clase, que llevan unos noventa cañones o más, y ciento treinta de tercera clase como éste.

—¿A esto lo llaman barco de tercera clase? —preguntó Sharpe, atónito.

—Baje por aquí, señor, cuidado con la cabeza, señor. —Collier desapareció por otra escalera de cámara deslizándose por sus largueros y Sharpe lo siguió más lentamente, utilizando los travesaños. Al llegar abajo se encontró en una bodega oscura, húmeda y de techo bajo que olía fatal y que estaba tenuemente iluminada por unos faroles con tapa de cristal repartidos por el lugar—. Ésta es la cubierta del sollado, señor. Cuidado con la cabeza. También llamada bañera. Ojo con ese bao, señor. Aquí estamos justo debajo del agua, señor. El cirujano tiene sus habitaciones allí abajo, pasadas las santabárbaras, y todos rogamos, señor, para no acabar nunca bajo su cuchillo. Por aquí, señor. Tenga cuidado con la cabeza. —Collier mostró a Sharpe el pañol de cables y estachas donde descansaban las cuerdas del ancla, los dos pañoles de pólvora con cortinas de cuero que estaban vigilados por infantes de marina con casaca roja, el pañol de licores, la guarida del cirujano, con las paredes pintadas de rojo para que no se notara la sangre, la enfermería y los camarotes de los guardiamarinas, que apenas eran más grandes que casetas para perros. Luego guió a Sharpe por una última escalera hacia la enorme bodega donde las provisiones del barco se hallaban apiladas en varios montones de toneles. Más abajo sólo estaba la sentina; un lastimero sonido de succión, interrumpido por un repiqueteo, indicó a Sharpe que en aquel preciso momento unos cuantos hombres la bombeaban para vaciarla—. Las seis bombas apenas se detienen —dijo el guardiamarina— porque, no importa lo apretados que se construyan los barcos, el mar siempre se mete dentro. —Le dio una patada a una rata y falló, y luego volvió a subir por la escalera. Le mostró a Sharpe la cocina bajo el castillo de proa y le presentó al sargento de armas, a los cocineros, los contra maestres, los cabos de artillería, al carpintero. Luego se ofreció para llevarlo hasta lo alto del palo mayor.

—Hoy no me molestaré en hacerlo —dijo Sharpe.

Collier lo llevó a la sala de oficiales, donde le presentaron a media docena de ellos. Después regresaron al alcázar y fueron hacia popa, pasaron junto a la gran rueda de timón doble y entraron por una puerta que daba directamente al dormitorio del capitán Chase. Tal como había dicho el capitán, era una habitación pequeña, pero

estaba revestida con paneles de madera barnizada, tenía una alfombra de lona en el suelo y una escotilla que dejaba entrar la luz del sol. El arcón de Sharpe ocupaba una pared, y entonces Collier lo ayudó a colocar el catre colgante.

—Si lo matan, señor —comentó el muchacho con seriedad—, éste será su ataúd.

—Es mejor que el que me daría el ejército —dijo Sharpe, al tiempo que arrojaba las mantas sobre el catre—. ¿Dónde está el camarote del primer teniente? —preguntó.

—A proel de éste, señor —Collier señaló el mamparo de proa—. Justo ahí delante, señor.

—¿Y el del subteniente? —preguntó Sharpe, que sabía que era allí donde dormiría lady Grace.

—En la cubierta de intemperie, señor, junto a la sala de oficiales —respondió Collier—. Allí tiene un gancho para su farol, señor. Encontrará el jardín del capitán a popa, tras esa puerta, señor, en el lado de babor.

—¿El jardín? —preguntó Sharpe.

—La letrina, señor. Va directamente al mar, señor. Es muy higiénico. El capitán Chase ha dicho que la comparta con él, señor. Además, su mayordomo se ocupará de usted, puesto que es su invitado.

—¿Le cae bien Chase? —preguntó Sharpe, a quien le había llamado la atención el tono afectuoso en la voz del guardiamarina.

—A todo el mundo le cae bien el capitán, señor, a todo el mundo —dijo Collier—. Éste es un barco feliz, señor, que es más de lo que puedo decir de muchos. Permítame que le recuerde que la cena del capitán es al término de la guardia de cuartillo. Eso será a la cuarta campanada, señor, puesto que las guardias de cuartillo sólo duran dos horas.

—¿Y ahora por qué campanada vamos?

—Acaba de sonar la segunda campanada, señor.

—¿Y cuánto queda para la cuarta?

El pequeño rostro de Collier reveló asombro por que alguien tuviera que hacer semejante pregunta.

—Una hora, señor, naturalmente.

—Claro —dijo Sharpe.

Chase había invitado a otras seis personas a cenar. No pudo evitar pedírselo a lord William Hale y a su esposa, pero le confió a Sharpe que Haskell, el primer teniente, era un terrible esnob y se había pasado todo el camino de Calcuta a Bombay adulando a lord William.

—De modo que puede volver a hacerlo ahora si quiere —dijo Chase mientras dirigía una mirada a su primer teniente, un hombre alto y apuesto que estaba inclinado cerca de lord William y al parecer pendiente de todas y cada una de sus palabras—. Y éste es Llewellyn Llewellyn —dijo Chase llevando a Sharpe hacia un

hombre de rostro colorado vestido con una casaca de uniforme de color rojo escarlata —. Un hombre que no hace nada a medias y que es el capitán de nuestros infantes de marina, lo que significa que si los franchutes nos abordan, confío en que Llewellyn Llewellyn y sus bribones los arrojen por la borda. ¿Llewellyn Llewellyn es su nombre verdadero?

—Somos descendientes del linaje de antiguos reyes —contestó el capitán Llewellyn con orgullo—, a diferencia de la familia Chase, que, a menos que yo esté muy equivocado, eran unos meros servidores de la caza.

—Sí, íbamos a la caza de los malditos galeses —repuso Chase con una sonrisa. Estaba claro que se trataba de dos viejos amigos que disfrutaban insultándose mutuamente—. Éste es un amigo mío muy especial, Llewellyn, Richard Sharpe.

El capitán de los infantes de marina dio a Sharpe un enérgico apretón de manos y expresó su esperanza de que el alférez se uniese a él y a sus hombres para entrenarse un poco con los mosquetes.

—Tal vez pueda enseñarnos algo, ¿no? —sugirió el capitán.

—Lo dudo, capitán.

—Me vendría bien su ayuda —dijo Llewellyn con entusiasmo—. Tengo un teniente, claro está, pero el muchacho sólo tiene dieciséis años. ¡Ni siquiera se afeita! No estoy seguro ni de que pueda limpiarse el culo él solito. Es bueno tener a otro casaca roja a bordo, Sharpe. Da más nivel al barco.

Chase se rió, luego siguió adelante con Sharpe para que conociese al último invitado, el cirujano del barco, que era un hombre regordete llamado Pickering. Malachi Braithwaite había estado hablando con el cirujano y pareció sentirse incómodo cuando Sharpe fue presentado. Pickering, cuyo rostro era un cúmulo de capilares rotos, le estrechó la mano a Sharpe.

—Confío en que nunca tengamos una relación profesional, alférez, porque poca cosa puedo hacer aparte de rajarlo y murmurar una plegaria entre dientes. Esto último lo hago muy bien, si es que sirve de consuelo. Yo digo que tiene mejor aspecto. —El cirujano se había vuelto a mirar a lady Grace, que lucía un vestido escotado de un azul muy pálido con el cuello y el dobladillo bordados. Tenía diamantes en el cuello y más diamantes en su oscuro cabello, recogido tan arriba que cada vez que se movía rozaba los baos del camarote de Chase—. La otra vez que estuvo a bordo apenas la vi —dijo Pickering—, pero ahora parece mucho más animada. De todas formas, es poco grata.

—¿Poco grata? —preguntó Sharpe.

—Trae una mala suerte monstruosa tener mujeres a bordo, una suerte monstruosa. —Pickering levantó la mano y tocó una viga supersticiosamente—. Pero debo decir que resulta decorativa. Esta noche se van a decir cosas odiosas en el castillo de proa, se lo aseguro. ¡Ah! Bueno, tenemos que sobrevivir con lo que el buen Dios nos

manda, aunque sea una mujer. Nuestro capitán dice que es usted un famoso soldado, Sharpe...

—¿Eso dice? —preguntó Sharpe. Braithwaite había retrocedido, dando a entender con ello que no quería participar en la conversación.

—El primero en entrar en la brecha y toda esa clase de cosas —dijo Pickering—. Por lo que a mí respecta, querido amigo, en cuanto empiezan a sonar los cañones me largo a la bañera, donde no pueda alcanzarme ninguna bala francesa. ¿Sabe cuál es el truco para una larga vida, Sharpe? Permanecer fuera del campo de tiro. ¡Ahí lo tiene! Un buen consejo médico, ¡y gratis!

La comida en la mesa del capitán Chase era mucho mejor que la que había ofrecido Peculiar Cromwell. Empezaron con unas lonchas de pescado ahumado servido con limón y pan de verdad, luego comieron un asado de cordero que Sharpe imaginó que sería de cabra, pero que de todos modos estaba delicioso con su salsa de vinagre, y terminaron con un postre de naranjas, brandy y almíbar. Lord William y lady Grace se sentaron uno a cada lado de Chase, y el primer teniente tomó asiento junto a la señora e intentó convencerla de que bebiera más vino del que ella quería. El vino tinto se llamaba *blackstrap* y estaba agrio; el vino blanco se llamaba Miss Taylor, un nombre que dejó desconcertado a Sharpe hasta que vio la etiqueta de una de las botellas: mistela. Sharpe estaba en el extremo más alejado de la mesa, y el capitán Llewellyn lo interrogaba a fondo sobre las acciones que había presenciado en la India. El galés se quedó intrigado con la noticia de que Sharpe iba a incorporarse al 95.º de fusileros.

—La idea de un cañón estriado puede que funcione en tierra firme —dijo Llewellyn—, pero en el mar nunca servirá.

—¿Por qué no?

—¡La precisión no es buena a bordo de un barco! Las cosas no dejan de subir y bajar y no puedes apuntar bien. No, lo que hay que hacer es lanzar una avalancha de fuego sobre la cubierta enemiga y rezar para que no se desperdicie todo. Lo cual me recuerda que tenemos a bordo unos juguetes nuevos: ¡fusiles de siete cañones! ¡Unos trastos monstruosos! Escupen siete balas de media pulgada a la vez. Tiene que probar uno.

—Me gustaría.

—A mí me gustaría ver unos cuantos fusiles de siete cañones en las cofas —dijo Llewellyn con entusiasmo—. ¡Podrían hacer mucho daño, Sharpe, mucho, mucho daño!

Chase había oído el último comentario de Llewellyn, pues intervino desde el otro extremo de la mesa.

—Nelson no permitirá que haya mosquetes en las cofas, Llewellyn. Dice que prenden fuego a las velas.

—Ese hombre está equivocado —replicó Llewellyn, ofendido—, está completamente equivocado.

—¿Conoce usted a lord Nelson? —preguntó lady Grace al capitán.

—Serví a sus órdenes una corta temporada, señora —respondió Chase con entusiasmo—, demasiado corta. Por aquel entonces yo tenía una fragata, pero por desgracia nunca presencié ninguna acción con su señoría al mando.

—Ruego a Dios que no presenciemos ninguna ahora —dijo lord William en tono piadoso.

—Amén —terció Braitwaite, rompiendo su silencio. Se había pasado la mayor parte de la comida mirando a lady Grace como un bobo y estremeciéndose cada vez que Sharpe hablaba.

—¡Por Dios, espero que sí veamos acción! —replicó Chase—. ¡Tenemos que detener a nuestro amigo alemán y a su presunto criado!

—¿Cree que puede alcanzar al *Revenant*? —preguntó lady Grace.

—Eso espero, señora, aunque será por los pelos. Montmorin es un buen marino, y el *Revenant* una embarcación rápida, pero tendrá el fondo más sucio que el nuestro.

—A mí me pareció limpio —dijo Sharpe.

—¿Limpio? —Chase pareció alarmado.

—No había caparrosa verde en la línea de flotación, señor. Estaba todo brillante.

—¡Condenado! —dijo Chase, refiriéndose a Montmorin—. Ha limpiado el casco, ¿verdad? Eso hará que sea más difícil alcanzarlo. Y yo he apostado con el señor Haskell que nos lo encontraríamos el día de mi cumpleaños...

—¿Y eso cuándo es? —quiso saber lady Grace.

—El veintiuno de octubre, señora, y a mí me parece que para entonces deberíamos estar en algún lugar frente a las costas de Portugal.

—No estará frente a las costas de Portugal —sugirió el primer teniente— porque no navegará directamente hacia Francia. Llegará a Cádiz, señor, y apuesto a que lo alcanzaremos durante la segunda semana de octubre en algún punto frente a las costas africanas.

—Hay diez guineas en juego en el resultado —dijo Chase—, y sé que había renunciado al juego, pero le pagaré con mucho gusto siempre y cuando lo alcancemos. En ese caso tendremos un inusitado combate, señora, pero déjeme asegurarle que estará usted a salvo bajo la línea de flotación.

Lady Grace sonrió.

—¿Tengo que perderme todo el espectáculo de a bordo, capitán?

Aquello provocó risas. Sharpe nunca había visto a su señoría tan relajada en compañía de otras personas. La luz de las velas se reflejaba en sus pendientes y su collar de diamantes, en las joyas que llevaba en los dedos y en sus ojos brillantes. Su vivacidad estaba cautivando a toda la mesa, a todos menos a su marido, que fruncía

levemente el ceño, como si temiera que su esposa hubiese bebido demasiado *blackstrap* o Miss Taylor. A Sharpe le sobrevino la celosa idea de que tal vez ella estuviera respondiendo al atractivo y genial Chase, pero en el preciso momento en que sintió aquella envidia, ella dirigió la vista hacia el extremo de la mesa y sus miradas se cruzaron unos instantes. Braithwaite lo vio y clavó los ojos en su plato.

—Nunca he acabado de entender —dijo lord William, rompiendo con la atmósfera del momento— por qué insisten ustedes en acercar sus barcos al enemigo y arremeter contra su casco. ¿No sería más fácil mantenerse a cierta distancia y destruir las jarcias desde allí? Seguro que sí.

—Ése es el método francés, señor —respondió Chase—. Balas redondas, balas encadenadas y palanquetas disparadas con el movimiento ascendente de la nave con la intención de dejarnos sin palos. Pero una vez desarbolados, cuando nos quedemos como un tronco en el agua, aún tendrán que hacernos prisioneros.

—Pero si ellos tienen mástiles y velas y usted no —señaló lord William—, ¿por qué no iban a poder dirigir sus andanadas contra su popa?

—Da usted por sentado, milord, que mientras nuestro teórico barco francés intenta desarbolarnos nosotros no estamos haciendo nada. —Chase sonrió para suavizar sus palabras—. Los navíos de línea, señor, no son más que baterías de artillería flotantes. Si destruyes las velas sigues teniendo una batería de cañones, pero si desmontas los cañones, astillas sus cubiertas y matas a los artilleros, le habrás negado al barco su verdadera razón de ser. Los franceses intentan cortarnos el pelo y desde muy lejos, en tanto que nosotros nos acercamos y les destrozamos las tripas. —Se volvió hacia lady Grace—. Debe de resultarle tedioso, los hombres hablando de batallas.

—Durante estas últimas semanas me he acostumbrado a ello —dijo Grace—. Había un comandante escocés en el *Calliope* que siempre estaba tratando de convencer al señor Sharpe de que nos contara historias como éstas —se dirigió a Sharpe—. Nunca nos ha explicado, señor Sharpe, lo que ocurrió cuando le salvó la vida a mi primo.

—Mi esposa ha adquirido un excesivo interés por uno de sus primos más lejanos —interrumpió lord William— desde que éste obtuvo cierta notoriedad en la India. Es extraordinario que un tipo como Wellesley pueda ascender en el ejército, ¿no es verdad?

—¿Le salvó la vida a Wellesley, Sharpe? —preguntó Chase, sin hacer caso del sarcasmo de su señoría.

—Eso no lo sé, señor. Probablemente sólo evité que lo capturaran.

—¿Se la hizo entonces, esa cicatriz? —preguntó Llewellyn.

—Eso fue en Gawilghur, señor —Sharpe deseaba que la conversación se desviara hacia otro tema; intentó desesperadamente encontrar algo que decir que pudiera

hacerla cambiar de rumbo, pero se quedó en blanco.

—Díganos, ¿qué ocurrió? —preguntó Chase.

—Lo desmontaron, señor —dijo Sharpe, sonrojándose—, en las líneas enemigas.

—Seguro que no estaba solo, ¿verdad? —preguntó lord William.

—Lo estaba, señor. Aparte de mí, claro.

—Muy descuidado por su parte —sugirió lord William.

—¿Y cuántos enemigos había? —preguntó Chase.

—Unos cuantos, señor.

—¿Y usted los rechazó a todos?

Sharpe asintió con la cabeza.

—La verdad es que no tenía muchas opciones, señor.

—¡Permanecer fuera del campo de tiro! —bramó el cirujano—. ¡Ése es mi consejo! ¡Permanecer fuera del campo de tiro!

Lord William felicitó al capitán Chase por el mejunje de naranjas y Chase alardeó de su cocinero y su mayordomo. Ello dio pie a iniciar una discusión general sobre el problema de los criados de confianza, que sólo terminó cuando a Sharpe, como oficial de menor rango entre los presentes, se le pidió que hiciera el brindis real.

—Por el rey Jorge —exclamó Sharpe—. Que Dios le bendiga.

—Y que maldiga a sus enemigos —añadió Chase, volviendo a beber de nuevo—, sobre todo a *monsieur* Vaillard.

Lady Grace retiró su silla hacia atrás. El capitán Chase intentó que no se fuera, diciéndole que sin ningún problema podía quedarse a aspirar el humo de cigarro que estaba a punto de inundar el camarote, pero ella insistió en marcharse, por lo que todos los de la mesa se pusieron en pie.

—¿No tendrá usted ningún inconveniente, capitán, en que camine un rato por su cubierta? —preguntó lady Grace.

—Estaré encantado de tener ese honor, señora.

Se sacó brandy y cigarros, pero los invitados no permanecieron juntos mucho tiempo. Lord William sugirió una mano de *whist*, pero Chase había perdido demasiado dinero en su primer viaje con su señoría y explicó que había decidido dejar de jugar a cartas del todo. El teniente Haskell prometió una animada partida en la sala de oficiales y lord William y los demás lo siguieron hasta la cubierta de intemperie y luego a popa. Chase deseó buenas noches a sus visitas y luego invitó a Sharpe a que lo acompañara un rato en su camarote de popa.

—Un último brandy, Sharpe.

—No quiero robarle el sueño, señor.

—Cuando me canse, ya me encargaré yo de ponerlo de patitas en la calle. Tenga. —Le dio un vaso a Sharpe y a continuación pasó delante hacia la más cómoda cámara—. ¡Por Dios que ese lord William es un pelmazo! Aunque confieso que su

esposa me ha sorprendido. ¡Nunca la había visto tan animada! La última vez que estuvo a bordo pensé que iba a languidecer y a morir.

—Tal vez fuera el vino de esta noche —sugirió Sharpe.

—Tal vez, pero he oído rumores.

—¿Rumores? —preguntó Sharpe con recelo.

—De que usted no sólo rescató a su primo, sino que la rescató también a ella, ¿no? En detrimento de un teniente francés que ahora duerme con sus antepasados, ¿eh?

Sharpe asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

Chase sonrió.

—Parece que a ella la experiencia le ha venido bien. Y ese secretario que tiene lord William es un tipo lúgubre, ¿verdad? No ha dicho ni una sola palabra en toda la noche, ¡y eso que estudió en Oxford! —Para alivio de Sharpe, Chase abandonó el tema de lady Grace y le preguntó si estaría dispuesto a ponerse a las órdenes del capitán Llewellyn y convertirse así en un infante de marina honorario—. Si alcanzamos al *Revenant* —dijo Chase—, vamos a intentar capturarlo. Haremos que se someta a la fuerza —alargó la mano y tocó la mesa subrepticamente—, pero todavía tenemos que abordarlo. Si eso ocurre nos harán falta hombres que luchen. Así pues, ¿puedo contar con su ayuda? ¡Bien! Le diré a Llewellyn que ahora es usted su marinero. Es un tipo estupendo de la cabeza a los pies, a pesar de ser infante de marina y galés, y dudo que le dé excesivamente la lata. Y ahora debo subir a cubierta y asegurarme de que no estén navegando en círculos. ¿Viene?

—Sí, señor.

Así pues, Sharpe era ahora un infante de marina honorario.



El *Pucelle* utilizó todas las velas que pudo abarrotar en los mástiles. Incluso colocó calabrotos adicionales para aparejar los palos y que de este modo pudieran ponerse aún más lonas en la arboladura y colgarlas de las vergas que sobresalían de las perchas. Había alas, monterillas, cuchillas, sobrejuanetes, cebaderas y gavias, una verdadera nube de lona que conducía al barco de guerra hacia el oeste. Chase llamaba a eso «tender la colada». Sharpe vio que la tripulación respondía al entusiasmo de su capitán: tenían las mismas ansias que Chase de demostrar que el *Pucelle* era la embarcación más rápida de los mares.

Y así volaron hacia el oeste hasta que, inmersos en la oscuridad de la noche, el mar se volvió desigual, el barco empezó a bambolearse como un borracho y Sharpe se despertó al oír un ruido de pasos precipitados en cubierta. El catre de Sharpe, que dormía solo, se balanceó violentamente y él cayó rodando y se dio un fuerte golpe contra el suelo. No se molestó en vestirse; se puso tan sólo una capa marinera que le

había prestado Chase, salió por la puerta y subió al alcázar. Una vez allí, y aunque donde casi no veía nada porque las nubes tapaban la luna, oyó unas órdenes dadas a gritos y las voces de los hombres que estaban en las jarcias por encima de él. Sharpe seguía sin entender cómo podían aquellos hombres trabajar a oscuras, a treinta metros sobre una cubierta embreada, aferrados a unas finas cuerdas y con el aullido de viento en los oídos. En su opinión, aquello exigía la misma valentía que se necesitaba en el campo de batalla.

—¿Es usted, Sharpe? —llamó la voz de Chase.

—Sí, señor.

—¡Es la corriente de las Agulhas —dijo Chase alegremente—, que nos arrastra rodeando la punta de África! Estamos arrizando las velas. ¡Nos vamos a mover mucho durante uno o dos días!

La luz del día reveló una mar picada que el viento agitaba y teñía de blanco de forma irregular. El *Pucelle* se lanzaba contra las empinadas olas, en ocasiones rompiéndolas en nubes de un rocío que lo empapaba todo, que se alzaba por encima del trinquete y que caía a raudales desde las lonas. Pese a todo, Chase siguió adelante con su embarcación, la manejó y le habló. Siguió dando cenas en sus aposentos, pues le gustaba tener compañía por las noches, pero cualquier cambio en el viento lo llevaba de la mesa al alcázar. Observaba ansioso todas las lecturas de la corredera y anotaba rápidamente la velocidad del barco. Se alegró mucho cuando, en el punto en que la costa africana torcía hacia el oeste, pudo volver a izar toda su «colada» y sentir como el prolongado casco respondía a la fuerza del viento.

—Creo que lo atraparemos —le dijo un día a Sharpe.

—No podrá ir tan rápido como nosotros... —se figuró Sharpe.

—¡Oh, probablemente sí! Pero imagino que Montmorin no se atreverá a acercarse demasiado a tierra. Se habrá visto obligado a alejarse más hacia el sur, por si lo veían nuestros barcos al salir de Ciudad del Cabo. ¡Así que vamos directos hacia él! ¿Quién sabe?, tal vez sólo estemos a una veintena de millas tras él o algo así.

El *Pucelle* iba divisando ya a otros barcos. La mayoría eran pequeñas embarcaciones comerciales nativas, pero también pasaron junto a dos mercantes británicos, un ballenero americano y una chalupa de la marina británica con la que hubo un breve intercambio de señales. Connors, el tercer teniente, que tenía la responsabilidad de encargarse de las señales del barco, ordenó a un hombre que izará una cuerda con toda una serie de banderas de vivos colores en las jarcias. Luego miró por el catalejo y anunció en voz alta el mensaje de respuesta de la chalupa.

—Es el *Hirondelle*, señor, que ha zarpado de Ciudad del Cabo.

—Pregunte si han visto a otros buques de línea.

Encontraron las banderas, las seleccionaron y las izaron, y la respuesta que les llegó fue que no. Entonces Chase mandó un largo mensaje explicándole al capitán del

Hirondelle que el *Pucelle* estaba persiguiendo al *Revenant*, que se dirigía hacia el Atlántico. Con el tiempo dicha información llegaría a oídos del almirante en Bombay, que ya debía de estar preguntándose qué le había ocurrido a su precioso setenta y cuatro.

Al día siguiente se avistó tierra, pero se hallaba lejos y estaba oscurecida por una borrasca de lluvia que repiqueteaba contra las velas y rebotaba en las cubiertas, que cada mañana se limpiaban restregando arena por la madera bajo unos bloques de piedra del tamaño de Biblias; a esto los marineros lo llamaban pasar la piedra sagrada. El *Pucelle* seguía avanzando con hasta el último pedazo de lona izado, navegando como si el mismísimo diablo le estuviera pisando los talones. El viento seguía siendo fuerte, pero durante largos días trajo una hiriente lluvia que hizo que bajo cubierta todo se humedeciera y ensuciara. Después, tras otro día de lluvia torrencial y viento azotador, pasaron por delante de Ciudad del Cabo, aunque Sharpe únicamente vio un neblinoso atisbo de una gran montaña de cumbre llana medio envuelta en nubes.

El capitán Chase ordenó que se extendieran nuevas cartas de navegación en la mesa de su camarote.

—Ahora tengo que elegir —le dijo a Sharpe—. O pongo rumbo oeste y me dirijo al Atlántico o sigo la corriente a lo largo de la costa africana hasta que encontremos los vientos alisios del sudeste.

A Sharpe la elección le parecía clara: seguir la corriente. Pero él no era marinero.

—Si permanezco cerca de la costa —explicó Chase—, corro un riesgo. Contaré con las brisas y la corriente, pero también me arriesgo a tener niebla y puedo encontrar una tempestad del oeste. Y entonces tendríamos una costa a sotavento.

—¿Y una costa a sotavento significa...? —preguntó Sharpe.

—Que estamos muertos —respondió Chase con brusquedad, y dejó que la carta de navegación se enrollara sobre sí misma con un ruido seco—. Motivo por el cual las Instrucciones de Navegación insisten en que nos dirijamos hacia el oeste —añadió—, aunque si lo hacemos nos arriesgamos a quedarnos inmóviles por falta de viento.

—¿Dónde cree que está el *Revenant*?

—Hacia el oeste. Evita acercarse a tierra. Al menos eso espero. —Chase miró a través de la ventana de popa la cenefa que estaba describiendo la estela. En esos momentos parecía cansado, y mayor, porque las noches de sueño interrumpido y constantes preocupaciones lo habían dejado sin su efervescencia natural. ¿Se quedaría tal vez cerca de la costa?, caviló. Podría haber izado una bandera falsa. Pero el *Hirondelle* no lo había visto. «Aunque, claro, con estas malditas borrascas podría pasar una flota a un par de millas de nosotros y no veríamos nada.» Se puso su abrigo de lona impermeabilizada, listo para volver a cubierta—. Seguir la costa, creo —se dijo a sí mismo—. Seguir la costa y que Dios nos ayude si el viento sopla del oeste.

—Cogió su sombrero—. Que Dios nos ayude de todas formas si no encontramos al *Revenant*. Sus señorías del Almirantazgo no muestran demasiada compasión por los capitanes que abandonan su puesto para perder el tiempo por medio mundo para nada. ¡Y que Dios nos ayude si lo encontramos y al final resulta que ese tipo es un criado suizo de verdad y no Vaillard! Y el primer teniente tiene razón. No va a navegar hacia Francia, sino que se dirigirá a Cádiz. Está más cerca. Mucho más cerca. —Se encogió de hombros—. Lo siento, Sharpe. No soy muy buena compañía.

—Estoy disfrutando mucho más de lo que me atreví a imaginar cuando embarque en el *Calliope*.

—Bien —contestó Chase al tiempo que se dirigía hacia la puerta—, bien. Ha llegado el momento de virar hacia el norte.

Sharpe estuvo bastante atareado. Por la mañana desfiló con los infantes de marina y después hubo prácticas, unas prácticas interminables, pues el capitán Llewellyn temía que sus hombres se anquilaran si no estaban ocupados. Dispararon sus mosquetes por todos los costados y aprendieron a proteger las llaves de la lluvia. Dispararon desde las cubiertas y desde la obra muerta, y Sharpe disparó con ellos, utilizando uno de los mosquetes de servicio, que era similar al arma que había disparado siendo soldado raso, pero con un cañón ligeramente más corto y una anticuada llave plana de aspecto rudimentario pero que, tal como Llewellyn explicó, era más fácil de reparar en alta mar. Las armas quedaban afectadas por el aire marino y los infantes de marina se pasaban horas limpiándolas y lubricándolas, y más horas todavía practicando con las bayonetas y los alfanjes. Llewellyn insistió también en que Sharpe probara sus nuevos juguetes, los fusiles de siete cañones, de modo que Sharpe disparó una de ellas hacia el mar desde el castillo de proa; el golpe de los siete cañones de media pulgada fue tan fuerte que creyó que se debía de haber roto el hombro. Se tardaba más de dos minutos en recargar el arma, pero el capitán de los infantes de marina no lo consideraba una desventaja.

—¡Si disparamos uno de esos cañones contra una cubierta franchute, Sharpe, vamos a provocar un verdadero sufrimiento! —Lo qué más deseaba Llewellyn era abordar al *Revenant* y no podía esperar a lanzar a sus hombres de casaca roja sobre la cubierta enemiga—. Por ese motivo, los hombres deben conservar el dinamismo, Sharpe —dijo, y luego ordenó que se formaran grupos para correr desde el castillo de proa hasta el alcázar, de vuelta al castillo de proa, luego subir al palo de trinquete por los flechastes de babor y bajar por los de estribor—. Si los franchutes nos abordan —dijo—, tenemos que ser capaces de movernos por el barco con rapidez.

Sharpe se equipó con un alfanje, que le iba mejor que el sable de caballería que había llevado desde la batalla de Assaye. El alfanje tenía una hoja recta, pesada y tosca, pero daba la sensación de ser un arma que podía infligir graves daños.

—Uno no practica la esgrima con ellos —le aconsejó Llewellyn— porque no es

un arma para la muñeca. Es una hoja para todo el brazo. ¡Despedace a esos cabrones! Mantenga fuertes sus brazos, Sharpe. Trepé a los mástiles cada día, practique con el alfanje, ¡manténgase en forma!

Sharpe trepó a los mástiles. Lo encontraba aterrador, pues cada pequeño movimiento en cubierta se ampliaba a medida que iba subiendo. Al principio no intentó llegar a las partes más altas de las jarcias, pero se convirtió en un experto en encaramarse a la cofa mayor, que era una amplia plataforma construida allí donde el palo se unía al mastelero. Los marineros alcanzaban la cofa mayor valiéndose de las arraigadas que llevaban al borde exterior de la plataforma, pero Sharpe siempre se metía por la pequeña trampilla que había junto al mástil en lugar de arriesgarse a la espeluznante ascensión por las arraigadas, donde uno tenía que colgarse de las cuerdas alquitranadas cabeza abajo. Una semana después de que hubieran virado hacia el norte, un día en que el mar se hallaba en una calma frustrante y el viento era irregular, Sharpe decidió intentar las arraigadas y demostrar así que un soldado podía hacer aquello que cualquier guardiamarina hacía parecer sencillo. Trepó por los flechastes inferiores, que no entrañaban dificultad porque se inclinaban como una escalera contra el mástil, pero luego llegó al punto donde las arraigadas sobresalían hacia fuera y hacia atrás por encima de su cabeza. Tendría que trepar cabeza abajo, pero estaba decidido a hacerlo, de modo que echó las manos hacia atrás y fue encaramándose. Entonces, a mitad de camino de la plataforma de la cofa mayor, los pies le resbalaron de los flechastes y se quedó allí colgado, suspendido a quince metros de la cubierta. Notó que las cuerdas mojadas se le escurrían entre los dedos, enganchados como garras, y no se atrevió a balancear las piernas por miedo a caerse, de modo que se quedó allí, paralizado por el miedo, hasta que uno de los juaneteros, que bajó deslizándose por el cordaje como si fuera un mono, lo agarró de la cinturilla del pantalón y tiró de él hacia la cofa mayor.

—Por Dios, señor, no es necesario que lo haga de esta manera. Eso es para los marineros, no para los casacas rojas. Utilice la boca de lobo, señor, que para eso está, para los marineros de agua dulce.

Sharpe estaba demasiado asustado para poder hablar. No podía quitarse de la cabeza la sensación de los dedos resbalando sobre la basta cuerda embreada. Al final logró darle las gracias al marinero con voz entrecortada y prometió recompensar a aquel hombre con una libra de tabaco de sus provisiones.

—¡Casi le perdemos ahí arriba, Sharpe! —exclamó Chase alegremente cuando Sharpe volvió a bajar al alcázar.

—Ha sido espantoso —dijo Sharpe, y se miró las manos, que tenían unos cortes llenos de alquitrán.

También lady Grace había presenciado su inminente caída. Hacía casi una semana que no se acercaba a Sharpe, y a éste le preocupaba su distanciamiento. Habían

cruzado sus miradas una o dos veces, y esas rápidas miradas le habían dado la impresión de estar llenas de una muda atracción, pero no había tenido oportunidad de hablar con lady Grace y ella no se había arriesgado a acudir a su camarote en mitad de la noche. Ahora se hallaba en el lado de sotavento del alcázar, cerca de su marido, que estaba hablando con Malachi Braithwaite. Parecía estar dudando si acercarse o no a Sharpe, pero entonces, con evidente esfuerzo, se obligó a cruzar la cubierta. Malachi Braithwaite la observó, mientras su esposo fruncía el ceño ante un fajo de papeles.

—Hoy vamos muy despacio, capitán Chase —dijo ella con una fría formalidad.

—Tenemos una corriente, señora, que nos ayuda aunque no se vea, pero ojalá volviera a empujarnos el viento. —Chase miró las velas con mala cara—. Hay gente que cree que silbar anima el viento, pero eso, eso nunca parece funcionar. —Silbó dos compases de *Nancy Dawson*, pero el viento se mantuvo suave—. ¿Lo ve?

Lady Grace se quedó mirando fijamente a Chase, al parecer sin saber qué decir, y de pronto el capitán tuvo la sensación de que le pasaba algo.

—¿Señora? —preguntó con cara de preocupación.

—Tal vez pudiese usted mostrarme dónde estamos en una carta de navegación, capitán.

Chase vaciló, confuso por aquella repentina petición.

—Será un placer, señora —dijo—, las cartas de navegación están en mi camarote. ¿Su señoría querrá...?

—Estaré perfectamente segura en su camarote, capitán —le interrumpió lady Grace.

—El barco es suyo, señor Peel —le dijo Chase al subteniente, y entonces condujo a lady Grace bajo la bovedilla de popa hacia la puerta del lado de babor que daba al comedor. Lord William los vio y frunció el ceño, lo que hizo que Chase se detuviera—. ¿Desea verlas cartas de navegación, milord? —preguntó el capitán.

—No, no —respondió lord William, y volvió la vista a sus papeles.

Braithwaite observaba a Sharpe. Éste sabía que no debía suscitar las sospechas del secretario, pero no creía que lady Grace quisiera verlas cartas en realidad, de modo que, haciendo caso omiso de la mirada hostil de Braithwaite, se dirigió a su camarote, que estaba al otro lado de la puerta de estribor, bajo la cubierta de toldilla. Llamó a la puerta del otro lado, la que iba del dormitorio al camarote del capitán, pero no hubo respuesta, por lo que entró en la gran cámara de popa.

—¡Sharpe! —Chase dejó traslucir un fugaz momento de irritación, pues, aunque era una persona amigable, sus dependencias eran algo sagrado, y él no había respondido a la llamada en la puerta.

—Capitán —dijo lady Grace, mientras le ponía una mano en el brazo—, por favor.

Chase, que estaba desenrollando una carta de navegación, desvió la mirada de ella a Sharpe, y de Sharpe de nuevo a lady Grace. Dejó que la carta volviera a enrollarse con un chasquido.

—Esta mañana se me olvidó por completo dar cuerda a los cronómetros —dijo—. ¿Me dispensan? —Pasó junto a Sharpe y entró en el comedor, cerrando la puerta ostentosamente con un fuerte estampido deliberado.

—¡Oh, Dios, Richard! —Lady Grace se acercó corriendo hacia él y lo abrazó—. ¡Oh, Dios!

—¿Qué ocurre?

Durante unos segundos ella no dijo nada, pero luego pensó que tenía poco tiempo si no deseaba que empezaran a rumorear sobre ella y el capitán.

—Se trata del secretario de mi marido —contestó ella.

—Lo sé todo de él.

—¿Ah, sí? —ella lo miró con unos ojos como platos.

—¿Te está haciendo chantaje? —supuso Sharpe.

Ella asintió con la cabeza.

—Y me vigila.

Sharpe la besó.

—Déjame a mí. Y ahora vete, antes de que alguien empiece a rumorear nada.

Ella lo besó con pasión y luego regresó a cubierta, apenas dos minutos después de haberla abandonado. Sharpe esperó hasta que Chase, que había dado cuerda a sus cronómetros al amanecer, como hacía siempre, regresara al camarote. Chase se frotó la cara con aspecto de estar cansado y a continuación miró a Sharpe.

—Vaya, nunca lo hubiera dicho —comentó, y tomó asiento en su ancho sillón—. A eso se le llama jugar con fuego, Sharpe.

—Lo sé, señor —Sharpe se estaba ruborizando.

—No lo culpo —dijo Chase—. ¡No piense eso, por Dios! Yo mismo era un perro hasta que conocí a Florence. ¡Un encanto de mujer! Un buen matrimonio hace que un hombre se vuelva formal, Sharpe.

—¿Es un consejo, señor?

—No —contestó Chase con una sonrisa—, es un alarde. —Hizo una pausa y entonces pasó de pensar en Sharpe y lady Grace a pensar en su barco—. No irá esto a estallar, ¿verdad, Sharpe?

—No —respondió Sharpe.

—Es que los barcos son extrañamente frágiles, Sharpe. Puedes tener a la gente contenta y trabajando duro, pero no cuesta demasiado que surja discordia y rencor.

—No estallará, señor.

—Por supuesto que no. Ya me lo ha dicho. ¡Bueno! ¡Caramba! Me sorprende usted. O tal vez no. Es una belleza, diría yo, y una mujer muy seca. Creo que, de no

estar tan bien casado como estoy, lo envidiaría. Sin duda lo envidiaría.

—Sólo somos amigos —dijo Sharpe.

—¡Claro que sí, querido amigo, claro que sí! —Chase sonrió—. Aunque su marido tal vez se sienta ofendido por esa mera —hizo una pausa— ¿amistad?

—Creo que puede decirlo sin temor a equivocarse, señor.

—Entonces asegúrese de que no le pasa nada, porque es responsabilidad mía. —Chase pronunció estas palabras en tono severo, luego sonrió—. Aparte de eso, Richard, diviértase. Pero sin armar jaleo, se lo ruego, sin armar jaleo. —Chase dijo esto último en un susurro y a continuación se puso en pie y regresó al alcázar.

Sharpe aguardó media hora antes de abandonar las dependencias de popa, haciendo todo lo posible para disipar las sospechas que, inevitablemente, Braithwaite debía de estar albergando. Pero el secretario ya no estaba en el alcázar cuando Sharpe reapareció, y tal vez fuera una suerte porque a Sharpe lo estaba invadiendo una fría ira.

Malachi Braithwaite se había convertido en un enemigo.

CAPÍTULO 7

A la mañana siguiente seguía sin hacer apenas viento y el *Pucelle* parecía estar prácticamente inmóvil en un mar de aspecto grasiento que se deslizaba con unas olas largas y bajas desde el oeste. Volvía a hacer calor, por lo que los marineros iban desnudos de cintura para arriba. Algunos mostraban una lívida trama de cicatrices allí donde sus espaldas habían estado sometidas al látigo.

—Algunos las lucen como un signo de orgullo —le dijo Chase a Sharpe—, aunque espero que en este barco no sea así.

—¿Usted no azota?

—Debo hacerlo —respondió Chase—, aunque pocas veces, muy pocas veces. Tal vez lo haya hecho en dos ocasiones desde que tomé el mando. Eso quiere decir dos veces en tres años. La primera vez fue por un robo y la segunda por golpear a un cabo de mar que probablemente se lo merecía, pero la disciplina es la disciplina. Al teniente Haskell le gustaría que azotara más, él piensa que eso nos haría más eficientes, pero yo no lo considero necesario. —Miró las velas con aire taciturno—. ¡Ni un maldito soplo de viento, nada de nada! ¿Qué diablos cree Dios que está haciendo?

Si Dios no mandaba viento, Chase practicaría con los cañones. Al igual que muchos capitanes de la marina, llevaba pólvora y balas de más, compradas con dinero de su propio bolsillo, para que su tripulación pudiera practicar. Tuvo los cañones funcionando toda la mañana, con todas las portas abiertas, incluso las de su gran cabina, de modo que el barco estuvo rodeado constantemente de un acre humo gris blanquecino a través del cual se movía con una exasperante lentitud.

—Esto podría significar mala suerte —le dijo Peel, el subteniente, a Sharpe. Era un hombre agradable, de cara redonda y cintura redondeada, que siempre estaba alegre. Era también una persona descuidada, lo que irritaba mucho al primer teniente, y la hostilidad entre Peel y Haskell hacía de la sala de oficiales un lugar tenso y desagradable. Sharpe notaba el descontento, sabía que aquello disgustaba a Chase y era consciente de que el barco prefería a Peel, que era de trato mucho más fácil que el alto y adusto Haskell.

—¿Mala suerte por qué?

—Los cañones amainan el viento —explicó Peel con seriedad. Llevaba una guerrera de color azul mucho más raída que la casaca roja de Sharpe, aunque se rumoreaba que el subteniente era rico—. Es un fenómeno para el que no existe explicación —dijo Peel—: los disparos de cañón calman el viento. —Como prueba de ello señaló la gran enseña roja en lo alto de la botavara, que, en efecto, colgaba lacia. La bandera no se izaba cada día, pero en ocasiones como aquélla, cuando el viento estaba perezosamente cansado, Chase creía que una enseña servía para señalar

las pequeñas variaciones de la brisa.

—¿Por qué es roja? —preguntó Sharpe—. Ese balandro que vimos llevaba una azul.

—Depende del almirante para el que sirvas —explicó Peel—. Nosotros recibimos órdenes de un contralmirante de los rojos, pero si fuera de los azules enarbolaríamos una bandera azul, y si fuera de los blancos, blanca, y si fuera de los amarillos no estaría al mando de ningún barco. La verdad es que es simple. —Esbozó una sonrisa burlona. La enseña roja, que tenía una bandera de la unión en la esquina superior, se agitó lentamente cuando una excepcional bocanada de aire caliente movió sus pliegues. Al este, de donde provenía el viento, había montones de nubes que, según Peel, estaban situadas encima de África—. Y se habrá fijado en que el agua está amarillenta —añadió al tiempo que señalaba por encima de la borda a un mar ocre como el barro—, lo cual significa que estamos frente a la desembocadura de un río.

Chase cronometraba a los servidores de los cañones, prometiendo un trago extra de ron al hombre más rápido. Los cañones hacían un ruido asombroso, que retumbaba en los oídos y hacía temblar el barco antes de desvanecerse lentamente en la inmensidad del mar y el cielo. Los artilleros se ataban unos pañuelos alrededor de las orejas para disminuir el impacto del ruido, pero muchos de ellos ya estaban prematuramente sordos. Sharpe, presa de la curiosidad, bajó a la cubierta inferior, donde acechaban los grandes treinta y dos libras, y se quedó allí de pie, maravillado, mientras se disparaban los cañones. Se tapaba los oídos con los dedos y, aun así, todo aquel oscuro espacio, salpicado de brillantes haces de una luz llena de humo que atravesaban las portas abiertas, retumbaba a cada disparo de cañón. El sonido parecía golpearle en el abdomen, le resonaba en la cabeza, inundaba el mundo. Uno tras otro, los cañones retrocedían con una sacudida. Cada uno de aquellos tubos tenía casi tres metros de longitud, cada cañón pesaba cerca de tres toneladas y con cada disparo el braguero quedaba tirante como una barra de hierro. El braguero era un enorme cable sujeto a la cuaderna del barco mediante unos pernos, que pasaba a través de un aro situado en la recámara del cañón. Los artilleros, medio desnudos y con la piel brillante por el sudor, se abalanzaban para limpiar los grandes tubos mientras el jefe de artilleros tapaba el oído de la pieza con el pulgar enfundado en cuero. Los hombres introducían los saquitos de pólvora y las balas, los atacaban y luego sacaban la boca del arma por la porta mediante el sistema de cuerdas y poleas colocado a ambos lados de la cureña.

—¡No están apuntando a nada! —tuvo que gritarle Sharpe al quinto teniente, que estaba al mando de un grupo de cañones.

—No somos tiradores —le respondió también gritando el teniente, que se llamaba Holderby—. ¡Si llegamos a entablar combate, estaremos tan cerca de esos cabrones que no podremos fallar! A unos veinte pasos como mucho, y normalmente menos. —

Holderby caminó por la cubierta de batería, agachando la cabeza bajo los baos y tocando a los hombres en el hombro de forma aleatoria—. ¡Está muerto! —gritaba—. ¡Está muerto! —Los elegidos sonreían y se sentaban, agradecidos, en las rejillas de las balas. Holderby menguaba a los servidores de las armas, tal como se verían menguados en batalla, y observaba si los «supervivientes» manejaban bien sus grandes piezas.

Los cañones, como los del *Calliope*, se disparaban con una llave de chispa. La artillería de campaña del ejército, que no contaba con cañones tan grandes como aquéllos, se disparaba con un botafuego, un palo con una mecha de combustión lenta que ardía al rojo vivo. Pero ningún capitán de la marina osaría tener un botafuego incandescente en una cubierta de batería donde había tanta pólvora esperando a explotar. En lugar de eso los cañones tenían llaves de chispa pero, por si la llave fallaba, había un botafuego suspendido en una cuba cercana medio llena de agua. El gatillo de la llave de chispa era una cuerda de disparo de la que tiraba un artillero, caía el pedernal, se producía la chispa, entonces el canutillo lleno de pólvora insertado en el oído silbaba y una llama de unos diez o doce centímetros ascendía como una lengua antes de que el mundo quedara anulado por el ruido cuando otra llama, el doble de larga que el tubo del cañón, hendía la instantánea nube de humo al tiempo que la pieza retrocedía con estrépito.

Sharpe subió a cubierta y de ahí a la cofa mayor, pues sólo desde allí podía ver algo más allá de la gran masa de humo hacia donde caían las balas. Caían de forma desigual: algunas parecían recorrer hasta una milla antes de caer al mar sombrío, mientras que otras raspaban la superficie y convertían el agua en rocío a tan sólo unos centenares de metros del barco. Tal como había dicho el teniente, Chase no estaba entrenando a sus hombres para ser tiradores, sino para ser rápidos. A bordo de la embarcación había artilleros que se vanagloriaban de poder lanzar una bala sobre una tina que hacía de blanco flotante a media milla de distancia, pero el secreto de la batalla, insistía Chase, era acercarse y soltar una tormenta de proyectiles.

—No hace falta apuntar —le había dicho a Sharpe—. Yo utilizo el barco para apuntar. Coloco los cañones al costado del enemigo y dejo que machaquen a ese cabrón. Rapidez, rapidez, rapidez, Sharpe. La rapidez gana batallas.

Sharpe se dio cuenta de que sucedía lo mismo que con la mosquetería. En tierra los ejércitos se acercaban el uno al otro y, la mayoría de las veces, el bando que podía disparar sus mosquetes con más rapidez era el que ganaba. Los soldados no apuntaban los mosquetes, porque eran muy poco precisos. Orientaban sus mosquetes y luego disparaban, de manera que la suya era solamente una entre una nube de balas escupidas contra el enemigo. Si se disparaban balas suficientes, el enemigo se debilitaría. De la misma manera, si acercabas dos barcos, el que disparara más deprisa sería el ganador, de modo que Chase acosaba a sus artilleros, alabando a los

rápidos y metiendo prisa a los rezagados. Durante toda la mañana, el agua de alrededor del barco no dejó de temblar con la vibración de los cañones. El barco dejaba una prolongada estela en forma de una temblorosa humareda de pólvora que se iba disipando, prueba de que iba avanzando un poco, aunque a una velocidad tan lenta que exasperaba. Sharpe se había subido el catalejo al mástil, y lo enfocó hacia el oeste con la esperanza de divisar tierra, pero lo único que vio fue una sombra oscura bajo la nube. Acortó el tubo, dirigió la lente hacia abajo y vio a Malachi Braithwaite paseando de un lado a otro del alcázar, estremeciéndose cada vez que estallaba un cañón.

¿Qué iba a hacer con Braithwaite? La verdad es que Sharpe sabía muy bien qué hacer; el problema era hacerlo en un barco abarrotado con más de setecientas personas. Plegó el catalejo, se lo metió en el bolsillo y entonces, por primera vez, trepó desde la cofa mayor por encima de la gavia hacia la cruceta, una plataforma mucho más pequeña que la cofa mayor, donde se acomodó bajo el juanete mayor. Por encima de esta última todavía se alzaba otra vela más, el sobrejuanete, que se alzaba hacia el cielo, aunque no estaba tan alta como para que los hombres no trepan a ella, puesto que había un vigía suspendido por encima de la verga de sobrejuanete, mascando tabaco con satisfacción al tiempo que miraba hacia el oeste. Desde allí arriba la cubierta parecía pequeña, pequeña y estrecha, pero el aire era fresco, pues la siempre presente fetidez del barco y el hedor a huevos podridos del humo de la pólvora no llegaban tan alto.

El elevado mástil tembló cuando dos cañones dispararon al mismo tiempo. Una insólita ráfaga de viento se llevó el humo y Sharpe vio que el mar se rizaba formando un frenético abanico en dirección contraria al estallido de los cañones. La hierba hacía lo mismo frente a un cañón de campaña, sólo que la hierba se chamuscaba y en ocasiones ardía. El mar se asentó y el humo se hizo más denso.

—¡Barco a la vista! —bramó en dirección a cubierta el hombre que estaba por encima de Sharpe, con una exclamación tan fuerte y repentina que éste dio un salto del susto—. ¡Barco por el través de babor!

Sharpe tuvo que pensar qué lado del barco era babor y cuál estribor, pero se acordó y enfocó su catalejo hacia el oeste. No vio nada, aparte de una línea neblinosa allí donde el cielo se juntaba con el mar.

—¿Qué es lo que ve? —gritó Haskell, el primer teniente, a través de un megáfono.

—¡Sobrejuanetes, juanetes y gacias! —exclamó el hombre—. ¡Lleva el mismo rumbo que nosotros, señor!

Los disparos de cañón cesaron, pues en esos momentos Chase tenía otra cosa de que preocuparse. Se cerraron las portas y las grandes piezas se amarraron bien, mientras media docena de hombres subían a toda prisa por las jarcias para sumar sus

ojos a los del vigía. Sharpe seguía sin ver nada en el horizonte del lado oeste, ni siquiera con la ayuda del catalejo. Estaba orgulloso de su vista, pero para estar en el mar se necesitaba otro tipo de visión que para buscar enemigos en tierra. Movi6 el anteojo a la izquierda y a la derecha, todavía incapaz de encontrar el barco desconocido, y entonces un repentino y diminuto borr6n de un blanco sucio apareci6 en el horizonte; lo perdi6 de vista, pero volvi6 a mover el catalejo poco a poco y allí estaba. S6lo un borr6n, nada m6s que un borr6n, y sin embargo el hombre situado por encima de 6l, sin catalejo, lo había visto y podía distinguir una vela de otra.

Un marinero se acomod6 junto a Sharpe en la cruceta.

—Es un francesito —dijo.

Sharpe vio que se trataba de John Hopper, el contraestre grandull6n de la barcaza del capitán.

—No me diga que puede apreciarlo desde esta distancia... —coment6 Sharpe.

—El corte de las velas, se6or —dijo Hopper en tono confidencial—. Es inconfundible.

—¿Qu6 pasa, Hopper? —Chase, con la cabeza descubierta y en mangas de camisa, subi6 a la plataforma.

—Podría ser 6l, se6or, y tanto que podría serlo —respondi6 Hopper—. Es franc6s, de eso no hay duda.

—¡Condenado viento! —dijo Chase—. ¿Me permite, Sharpe? —Alarg6 la mano para tomar el catalejo y lo enfoc6 hacia el oeste—. Maldita sea, Hopper, tiene usted raz6n. ¿Qui6n lo avist6?

—Pearson, se6or.

—Triplique su raci6n de ron —dijo Chase, y a continuaci6n pleg6 el catalejo, se lo devolvi6 a Sharpe y volvi6 a bajar a cubierta deslizándose de una manera que a Sharpe le dio pavor—. ¡Botes! —grit6 Chase al tiempo que corría hacia el alcázar—. ¡Botes!

Hopper sigui6 a su capitán. Sharpe se qued6 observando mientras se hacían descender los botes por el costado de la embarcaci6n y se llenaban de remeros. Iban a remolcar el barco no rumbo al oeste hacia el buque desconocido, sino hacia el norte, para intentar tomarle la delantera.

Los hombres remar6n durante toda la tarde. Sudaron y atoaron hasta que el dolor en los brazos fue insoportable. Unas leves ondas en el costado del *Pucelle* indicaban que estaban avanzando un poco pero, a juicio de Sharpe, no lo suficiente como para hacer alg6n progreso hacia el lejano buque. Las peque6as ráfagas de viento que en las primeras horas del día habían aliviado el calor parecían haber amainado completamente, por lo que las velas colgaban sin vida y el barco estaba inmerso en un extra6o silencio. Los ruidos m6s fuertes que se oían eran las pisadas de los oficiales en el alcázar, los gritos de los hombres que animaban a los cansados remeros

y el crujido de la rueda del timón cuando giraba de un lado a otro con el perezoso oleaje.

Lady Grace, atendida por su doncella y con una sombrilla para protegerse del sol ardiente, apareció en el alcázar y miró hacia el oeste. El capitán Chase afirmaba que el buque desconocido ya era visible desde cubierta, pero ella no lo veía, ni siquiera con un antejo.

—Es probable que no nos hayan visto —sugirió Chase.

—¿Por qué no? —preguntó ella.

—Nuestras velas tienen nubes detrás —señaló con un gesto hacia los enormes cúmulos de nubes que se amontonaban por encima de África; con un poco de suerte nuestra lona se fundirá con el cielo.

—¿Cree que es el *Revenant*?

—No lo sé, señora. Podría tratarse de un mercante neutral. —También Chase intentó parecer neutral, pero su contenida excitación dejaba claro que, en efecto, pensaba que aquel distante barco era el *Revenant*.

Braithwaite estaba de pie bajo la bovedilla de popa, pendiente de si Sharpe se reunía con la señora, pero Sharpe no se movió. Miró hacia el este y vio que el agua se rizaba, los primeros indicios de un viento refrescante. Las ondas se perseguían y se deslizaban por el largo oleaje, negándose tenazmente a acercarse al *Pucelle*, pero en un determinado momento parecieron juntarse todas y resbalar sobre el mar, y de pronto las velas se hincharon, las jarcias crujieron y los cabos de remolque se hundieron en el agua.

—¡Viento de tierra! —dijo Chase—. ¡Ya era hora! —Se acercó al timonel que manejaba la rueda del timón y que al fin tenía cierto dominio sobre él—. ¿Lo nota?

—Sí, sí, señor. —El timonel hizo una pausa para escupir un chorro de jugo de tabaco en una gran escupidera de latón—. Aunque no es mucho —añadió—, no más que si una viejecita soplara en las velas, señor.

El viento decayó, con lo que las velas temblaron, luego volvieron a atraparlo perezosamente y Chase se dio la vuelta para mirar hacia el mar.

—¡Suba los botes, señor Haskell!

—¡Sí, mi capitán!

—¡Un trago de ron para los remeros!

—¡Sí, mi capitán! —Haskell, que creía que Chase consentía a sus hombres, no pareció aprobarlo.

—¡Un trago doble de ron para los remeros —dijo Chase para irritar a Haskell—, el viento para nosotros y muerte a los franceses! —Se le había levantado el ánimo al creer que había encontrado a su presa. Ahora tenía que acecharla—. Nos iremos aproximando a él durante la noche —le dijo a Haskell—. ¡Hasta el último centímetro de lona! Y no quiero luces a bordo. Y vamos a humedecer las velas. —Se colocó una

manguera de lona en una bomba y se utilizó para rociar las velas con agua de mar. Chase le explicó a Sharpe que las velas mojadas aprovechaban más el viento suave que las secas, y, en efecto, sí parecía que la lona empapada funcionara mejor. El barco se movía perceptiblemente, aunque bajo cubierta, donde el humo de los cañones persistía, ningún viento limpió la atmósfera.

Al atardecer el viento empezó a soplar más fuerte y una vez más el *Pucelle* quedó a merced de su impulso. Cayó la noche y los oficiales recorrieron el barco para asegurarse de que no hubiera ni un solo farol encendido a bordo, aparte de la débil luz de la linterna con cubierta roja que permitía que el timonel pudiera ver la brújula. Se modificó el rumbo unas cuantas cuartas hacia el oeste con la esperanza de acercarse al lejano barco. El viento aumentó aún más, por lo que se podía oír el mar corriendo por los costados negros y amarillos de la embarcación.

Sharpe se durmió, se despertó, volvió a dormirse. Nadie lo molestó durante la noche. Se levantó antes de amanecer y se encontró con que el resto de los oficiales del barco, incluso aquellos que deberían estar durmiendo, se hallaban en el alcázar.

—Nos va a ver antes de que lo veamos nosotros —dijo Chase, refiriéndose a que al salir el sol las gaviotas del *Pucelle* se recortarían contra el horizonte. Durante unos minutos consideró la posibilidad de despertar a la guardia que estaba fuera de servicio para que ayudara a los juaneteros a replegar todo lo que estuviera por encima de las velas mayores, pero le pareció que la pérdida de velocidad sería un resultado aún peor, por lo que mantuvo desplegadas las lonas altas. Los hombres con mejor vista estaban todos en lo alto de las jarcias—. Si tenemos suerte —le confió Chase a Sharpe— tal vez lo alcancemos al caer la noche.

—¿Tan pronto?

—Si tenemos suerte —repitió el capitán, luego alargó la mano y tocó la baranda de madera.

El cielo del este tenía en ese momento un color grisáceo, y estaba veteado de nubes, pero el gris no tardó en quedar bañado de un tono rosado, como el del tinte de una casaca roja que calara los pantalones del uniforme bajo la lluvia. El barco se estremecía a merced del mar, dejaba tras de sí una estela blanca, avanzaba a toda velocidad. El rosa se volvió rojo y el rojo se intensificó, resplandeciente como un horno sobre África.

—A estas alturas ya nos habrán visto —comentó Chase, y tomó un megáfono de la baranda—. ¡Agucen la vista! —les gritó a los vigías, y torció el gesto—. No era necesario —se reprendió. Luego reparó el daño alzando de nuevo el megáfono y prometiendo las raciones de ron de toda una semana al primero que divisara al enemigo—. Merece caer borracho como una cuba —dijo Chase.

El este estalló en un resplandor tal que llegó a ser excesivo para poder mirarlo, en tanto que por fin el sol se alzaba poco a poco por encima del horizonte. La noche se

había ido, el mar se extendía desnudo bajo el cielo ardiente y el *Pucelle* estaba solo. Pues el distante buque había desaparecido.



El capitán Llewellyn estaba enojado. Todo el mundo a bordo estaba irritado. El hecho de perder al otro barco había hecho que la moral cayera en picado en el *Pucelle*, de modo que constantemente se estaban cometiendo pequeños fallos. Los segundos contramaestres daban golpes con los extremos de sus cuerdas, los oficiales gruñían, la tripulación se mostraba huraña, pero el capitán Llewellyn estaba enfadado e inquieto de verdad.

Antes de que el barco zarpara de Inglaterra había subido a bordo un cajón de granadas.

—Son francesas —le dijo a Sharpe—, de modo que no tengo ni idea de lo que llevan dentro. Pólvora, claro está, y algún tipo de fulminante. Están hechas de vidrio: las tiras y rezas para que maten a alguien. Son unas cosas diabólicas, diabólicas de verdad.

Pero las granadas se habían perdido. Se suponía que estaban en el pañol de pólvora de proa, abajo en la cubierta del sollado, pero el teniente de Llewellyn y dos sargentos habían buscado y no habían podido encontrar los artefactos. Para Sharpe la pérdida de las granadas tan sólo era otro golpe de mala suerte en un día que parecía malhadado para el *Pucelle*, pero Llewellyn creía que era mucho más grave que eso.

—Algún idiota debe de haberlas puesto en la bodega —dijo—. Se las compramos al *Viper* mientras lo estaban reparando. Las capturaron durante una acción frente a las costas de Antigua y su capitán no las quería. Le parecían demasiado peligrosas. Si Chase las encuentra en la bodega me crucificará, y no lo culpo. Su sitio está en un pañol de pólvora.

Una docena de infantes de marina se organizaron en un grupo de búsqueda y Sharpe se unió a ellos en la profundidad de la bodega, gobernada por las ratas y donde el hedor del barco se concentraba hasta lo insoportable. No había ninguna necesidad de que Sharpe estuviera allí, Llewellyn ni siquiera le había pedido que echara una mano, pero él prefería hacer algo útil a soportar la malhumorada decepción que agriaba la cubierta desde el alba.

Tardaron tres horas, pero al final un sargento encontró las granadas en una caja que tenía la palabra «galleta» pintada con plantilla en la tapa.

—¡Pues a saber lo que habrá en los pañoles de pólvora! —comentó Llewellyn con ironía—. Probablemente estén llenos de carne de ternera salada. ¡Ese jodido Cowper! —Cowper era el sobrecargo del barco, encargado de los suministros del *Pucelle*. El sobrecargo no era exactamente un oficial, pero normalmente se le trataba como si lo fuera, y se le tenía una profunda antipatía—. Es el destino de los sobrecargos —le

había dicho Llewellyn a Sharpe—, que los odien. Por eso Dios los puso en la tierra. Se supone que tienen que suministrar cosas, pero rara vez pueden hacerlo y, si lo hacen, las cosas suelen ser del tamaño, color o forma equivocados. —Los sobrecargos, al igual que los vivanderos del ejército, podían comerciar por su cuenta y eran famosos por su corrupción—. Probablemente Cowper las escondió —dijo Llewellyn— pensando que podría vendérselas a algún salvaje ignorante. ¡Condenado! —Una vez hubo maldecido al sobrecargo, el galés tomó una de las granadas de la caja y se la dio a Sharpe—. Está llena de pedacitos de metal, ¿lo ve? ¡Este trasto podría estallar como un bote de metralla!

Sharpe nunca había tenido una granada en las manos. Las antiguas granadas británicas, que hacía tiempo que habían sido descartadas por no resultar efectivas, se parecían a un proyectil de cañón en miniatura que se lanzaba desde un accesorio en forma de tazón en la parte anterior del mosquete, pero aquella arma francesa estaba hecha de un cristal de color verde oscuro. Había poca luz en la bodega, pero Sharpe sostuvo la granada cerca de uno de los faroles de los infantes de marina y vio que el interior de la esfera de cristal, que tenía aproximadamente el mismo tamaño que un pastel de riñones decente, estaba lleno de trozos de metal. Una mecha sobresalía por un lado, sellada con un anillo de cera fundida.

—Enciendes la mecha, arrojas este maldito trasto y supongo que el contenedor de cristal se rompe al caer. La mecha encendida entra en contacto con la pólvora y eso es el final de un francés. —Hizo una pausa, mirando la bola de cristal con el ceño fruncido—. Espero. —Volvió a tomar la granada y la acarició como si fuera un bebé—. Me pregunto si el capitán Chase nos dejaría probar una. Tal vez si pusiéramos a unos hombres cerca con cubos de agua...

—¿Y dejarle una sucia marca a su magnífica cubierta limpia? —preguntó Sharpe.

—Supongo que no nos dejaría —dijo Llewellyn con tristeza—. De todas formas, si llegamos a entablar combate, les daré unas cuantas a los chicos de los mástiles para que puedan arrojarlas contra las cubiertas enemigas. Para algo tienen que servir.

—Láncelas por la borda —le aconsejó Sharpe.

—¡Dios mío, no! ¡No quiero herir a los peces, Sharpe!

Llewellyn, enormemente aliviado por el hallazgo, hizo que llevaran las valiosas granadas al pañol de pólvora de proa. Sharpe siguió a los infantes de marina por la escalera que subía a la cubierta del sollado, la cual, al hallarse por debajo de la línea de flotación, estaba casi tan oscura como la bodega. Los marinos se dirigieron hacia la proa. En cambio, Sharpe fue a popa con la intención de subir al comedor de Chase para el almuerzo, pero no pudo utilizar la escalera de cámara que llevaba a la cubierta inferior porque un hombre envuelto en un descolorido abrigo negro descendía de manera insegura por ella. Instintivamente, Sharpe aguardó, y entonces vio que era Malachi Braithwaite quien con tanta cautela bajaba los peldaños. Sharpe retrocedió

rápidamente y se escondió en la cabina del cirujano, donde las paredes pintadas de rojo y la mesa esperaban las bajas de la batalla. Desde allí pudo ver que Braithwaite tomaba un farol de un gancho que había junto a la escalera de cámara. El secretario hurgó en una caja de yesca, sopló sobre el chamuscado lino para conseguir una llama y encendió la lámpara de aceite. La colocó en el suelo y resopló al alzar la escotilla de popa de la bodega, que liberó un hedor a agua de pantoque y podredumbre. Braithwaite se estremeció, se armó de valor, tomó el farol y descendió hacia las profundidades de la embarcación.

Sharpe fue tras él. Pensó que había momentos en la vida en que el destino jugaba en sus manos. Había vivido otro momento semejante cuando conoció al sargento Hakeswill y se alistó en el ejército, y otro en el campo de batalla de Assaye cuando habían desmontado a un general. Ahora Braithwaite estaba solo en la bodega. Sharpe se quedó de pie junto a la escotilla y vio que el farol que sostenía Braithwaite se meneaba mientras el secretario descendía poco a poco por la escalera y a continuación iba hacia popa, dirigiéndose al lugar en el que se almacenaba el equipaje de los oficiales.

Sharpe bajó la escalera y con cuidado cerró la escotilla tras él. Avanzó a hurtadillas, aunque el ruido que pudieran hacer sus zapatos sobre los peldaños quedaba tapado por el crujido de los grandes palos de pino que atravesaban todas las cubiertas y se clavaban en la madera de olmo de la quilla. El sonido de los flexibles palos quedaba amplificado en la bodega, donde resonaban también el ruido de succión de las seis bombas del barco, el sonido del mar y el chirrido del timón al girar sobre sus pinzotes.

Aquella parte posterior de la bodega quedaba aislada de la parte anterior del barco por un montón enorme de toneles de agua y barriles de vinagre que se alzaba desde el entablado de encima de la sentina hasta los baos de la cubierta del sollado a más de tres metros y medio por encima de la cabeza. Dichos baos se apoyaban en unos grandes maderos de roble que, bajo la tenue luz del farol, parecían los pilares de una extraña iglesia oscurecida por el humo. Braithwaite se abrió paso entre las columnas de roble, subiendo la suave pendiente del casco de la embarcación hacia unos estantes situados al fondo de la bodega que protegían un pequeño espacio a popa que se conocía como el escondite de la dama, porque constituía el lugar más seguro a bordo durante una batalla. En los estantes no se guardaba nada de valor, simplemente el equipaje que los oficiales no necesitaban, pero lord William había traído tantos bultos al *Pucelle* que algunos de ellos habían tenido que almacenarse allí, y Sharpe, agachado a la sombra de algunos toneles de ternera salada de acre olor, vio que el secretario subía por una corta escalera para coger una maleta de cuero, que bajó del estante superior y llevó torpemente de vuelta a cubierta. Sacó una llave del bolsillo y abrió la maleta, que resultó estar atiborrada de papeles. Allí no había nada, pensó

Sharpe, que pudiera robar algún marinero de manos largas, aunque no dudaba que algunos hombres ya habrían abierto la cerradura de la maleta con la esperanza de hallar un botín mejor. Braithwaite hojeó los papeles, encontró lo que buscaba, volvió a cerrar la maleta con llave y la llevó de nuevo escalera arriba, donde la empujó con torpeza por encima de la barra de madera que evitaba que el contenido de los estantes cayera con la mala mar. El secretario iba rezongando solo y a Sharpe le llegaron algunos fragmentos de sus palabras.

—¡Soy un hombre de Oxford, no un esclavo! Podía haber esperado hasta que llegáramos a Inglaterra. ¡Metete ahí, maldita sea!

Finalmente la maleta quedó guardada y Braithwaite bajó la escalera, se guardó la hoja de papel en el bolsillo, recogió su farol y empezó a andar de nuevo hacia otra escalera mayor situada a lo largo del palo de mesana y que conducía a la escotilla cerrada. No vio a Sharpe. Pensó que estaba solo en la bodega hasta que de repente una mano lo agarró por el cuello de la camisa.

—Hola, hombre de Oxford —dijo Sharpe.

—¡Dios mío! —renegó Braithwaite, y se estremeció.

Sharpe cogió el farol de la laxa mano del secretario y lo colocó encima de un tonel, luego hizo girar a Braithwaite y le dio un empujón tan fuerte que cayó al suelo.

—El otro día tuve una interesante conversación con la señora Grace —dijo Sharpe—. Al parecer la está chantajeando.

—Se comporta usted de modo absurdo, Sharpe, muy absurdo. —Braithwaite retrocedió bruscamente hasta que ya no pudo alejarse más y entonces se sentó con la espalda apoyada en los toneles de agua, donde se sacudió el polvo de los pantalones y el abrigo.

—¿Enseñan a hacer chantaje en Oxford? —preguntó Sharpe—. Creía que sólo enseñaban cosas inútiles como latín y griego, pero me equivoco, ¿verdad? ¿Les dan clases de chantaje y de cómo entrar a robar en las casas, quizá? ¿O de rajar bolsillos como trabajo extra, tal vez?

—No sé de qué me está hablando.

—Sí sabe de lo que estoy hablando, Braithwaite —replicó Sharpe. Cogió el farol y fue andando lentamente hacia el aterrorizado secretario—. Usted le está haciendo chantaje a lady Grace. Quiere sus joyas, ¿no? ¿Y algo más, quizá? Le gustaría tenerla en su cama, ¿no es cierto? Le gustaría estar allí donde yo ya he estado, Braithwaite.

Braithwaite puso unos ojos como platos. Estaba asustado, pero no tanto como para pasar por alto lo que entrañaban las palabras de Sharpe. Sharpe había admitido el adulterio, y ello significaba que Braithwaite estaba a punto de morir, pues Sharpe no podía permitir que viviera y contara la historia.

—Sólo he venido a buscar un memorándum, Sharpe —balbució con aparente terror—, eso es todo. Vine a buscar este papel. No es más que un memorándum,

Sharpe, para el informe de lord William. Permítame enseñárselo —se llevó la mano al bolsillo para coger el papel pero no sacó un memorándum, sino una pequeña pistola. Era la clase de arma diseñada para llevar en un monedero o un bolsillo y utilizarla contra asesinos o salteadores de caminos. Braithwaite, a quien le temblaba la mano, echó hacia atrás el pedernal—. Llevo esto encima desde que me amenazó, Sharpe —su voz sonó más confiada al empuñar la pistola.

Sharpe dejó caer el farol. Golpeó en la cubierta, hubo un titileo de luz, luego el sonido del cristal que se hacía añicos y a continuación una oscuridad total. Sharpe giró hacia un lado, medio esperando oír el chasquido de la pistola, pero Braithwaite conservó el valor suficiente para no abrir fuego.

—Tiene usted un disparo, hombre de Oxford —le dijo Sharpe—. Un disparo, luego me toca a mí.

Silencio, aparte del traqueteo de las bombas de agua, el ruido de los palos y el roce de las patas de las ratas por la sentina.

—Estoy acostumbrado a esto —dijo Sharpe—. Ya me he movido otras veces en la oscuridad, Braithwaite, y he matado a hombres. Les corté las mollejas. Lo hice en las afueras de Gawilghur, en una noche oscura. Les corté el cuello a dos hombres, Braithwaite, los rajé hasta la espina dorsal. —Estaba agazapado tras un tonel, de modo que si Braithwaite abría fuego el secretario simplemente infligiría una herida a un barril de carne de ternera salada. Sharpe mantuvo su cuerpo detrás del tonel, alargó la mano izquierda y raspó con las uñas la madera de cubierta—. Les rajé las mollejas, hombre de Oxford.

—Podemos llegar a un acuerdo, Sharpe —dijo Braithwaite con nerviosismo. No se había movido desde que la bodega había quedado a oscuras. Sharpe lo sabía, de lo contrario lo hubiese oído. Le parecía que Braithwaite estaba esperando a que se acercara para dispararle. Igual que en los combates entre dos barcos. Deja que el cabrón se acerque, luego dispara.

—¿Qué clase de acuerdo, hombre de Oxford? —preguntó Sharpe, y volvió a raspar la cubierta, haciendo unos ruiditos que el miedo del secretario amplificaría. Encontró un trozo de cristal del farol roto y raspó con él la madera.

—Usted y yo deberíamos ser amigos, Sharpe —dijo Braithwaite.

—¿Usted y yo?

—Nosotros no somos como ellos. Mi padre es clérigo. No gana mucho dinero. Trescientas al año, quizá. Eso a usted puede parecerle aceptable, pero en realidad no es nada, Sharpe, nada. En cambio, hay personas como William Hale que nacen con una fortuna. Abusan de nosotros, Sharpe, nos oprimen. Creen que somos una mierda.

Sharpe volvió a dar unos golpecitos con el trozo de cristal contra el metal del farol y luego rascó con él la madera para hacer un ruido como el de las patas de las ratas.

Alargó la mano todo lo que pudo, golpeando el cristal más cerca de Braithwaite. El secretario estaría escuchando, intentando descifrar los ruiditos, tratando de contener un terror cada vez mayor.

—¿Qué justificación hay —preguntó Braithwaite, con un tono de voz más elevado— para que un mero nacimiento le confiera a un hombre tan buena suerte y se la niegue a otro? ¿Acaso somos menos personas porque nuestros padres eran pobres? ¿Tenemos que inclinarnos para siempre porque sus antepasados eran unos brutos con armadura que robaron una fortuna? Usted y yo deberíamos unirnos, Sharpe. Se lo ruego, piense en ello.

En aquellos momentos Sharpe estaba tumbado boca abajo sobre la cubierta, acercándose hacia Braithwaite, raspando con el cristal las toscas tablas de madera, llevando el sonido aún más cerca del secretario, que intentó ver algo, nada, en aquella oscuridad estigia.

—No escribí al coronel Wallace como me ordenaron —dijo Braithwaite, desesperado—. Eso fue un favor que le hice, Sharpe. ¿Es que no se da cuenta de que estamos en el mismo bando? —Hizo una pausa, esperando una respuesta que llegara de la negrura, pero allí sólo se oía el ruidito de algo que raspaba en la cubierta delante de él—. ¡Diga algo, Sharpe! —le rogó Braithwaite—. O mate a lord William —Braithwaite ya casi sollozaba de miedo—. La señora se lo agradecerá, Sharpe. Eso le gustaría, ¿no? ¿Sharpe? ¡Respóndame, Sharpe, por el amor de Dios, respóndame!

Sharpe daba golpecitos en la cubierta con el fragmento de cristal. Oía la ronca respiración de Braithwaite. El secretario estiró un pie hacia delante con la esperanza de encontrar a Sharpe, pero no tocó nada.

—¡Se lo ruego, Sharpe, piense en mí como en un amigo! No quiero hacerle ningún daño. ¿Cómo iba a hacerle daño si admiro tanto sus logros? La señora malinterpretó mis palabras, nada más. Tiene los nervios de punta, ¡y yo soy su amigo, Sharpe, su amigo! Sharpe lanzó el pedazo de cristal y éste repiqueteó entre los toneles en algún punto del lado de estribor de la bodega. Braithwaite soltó un grito de terror, pero no disparó; luego sollozó, mientras oía más ruiditos.

—Hábleme, Sharpe. No somos unos animales, usted y yo. Tenemos cosas en común, deberíamos hablar. ¡Dígame algo!

Sharpe reunió un puñado de pedazos del cristal roto, hizo una pausa y a continuación los arrojó hacia el secretario, quien, cuando los fragmentos lo alcanzaron, lanzó un grito, empuñó la pistola a ciegas y apretó el gatillo. La pequeña arma emitió un destello cegador en la bodega y la bala alcanzó una cuaderna sin causar ningún daño.

Sharpe se puso en pie y avanzó, aguardando a que el eco del disparo se fuera apagando.

—Una bala, hombre de Oxford —dijo—: luego me tocaba a mí.

—¡No! —Braithwaite se agitó con furia en la oscuridad, pero Sharpe le propinó una fuerte patada y cayó sobre él, le inmovilizó los brazos y obligó al secretario a dar la vuelta de manera que quedara boca abajo.

Sharpe se sentó en el lomo de Braithwaite.

—Y ahora dígame, hombre de Oxford —le dijo en voz baja—, ¿qué es lo que quería de lady Grace?

—Lo he estado anotando todo, Sharpe.

—¿Anotado el qué, hombre de Oxford? —Sharpe sujetaba con fuerza los brazos de Braithwaite.

—¡Todo! Sobre usted y lady Grace. He dejado la carta entre los papeles de lord William con instrucciones para que se abra si algo me ocurre.

—No le creo, hombre de Oxford.

Braithwaite dio un repentino tirón para intentar soltar los brazos.

—No soy idiota, Sharpe. ¿Cree que no iba a tomar precauciones? He dejado una carta, por supuesto —hizo una pausa—. Suélteme —prosiguió— y podemos discutirlo.

—Si lo suelto —dijo Sharpe sin dejar de sujetar a Braithwaite por los brazos—, ¿recuperará la carta de lord William?

—Por supuesto que lo haré. Lo prometo.

—¿Y se disculpará con lady Grace? ¿Le dirá que sus sospechas eran infundadas?

—Pues claro que lo haré. ¡Encantado! ¡Con mucho gusto!

—Pero resulta que no son infundadas, hombre de Oxford —dijo Sharpe al tiempo que se inclinaba para acercarse a la cabeza de Braithwaite—, ella y yo somos amantes. Desnudez y sudor en la oscuridad, hombre de Oxford. No puedo permitir que mienta a la señora diciéndole que nunca ocurrió nada, ¿verdad? Y ahora usted conoce mi secreto, y no estoy seguro de que pueda dejarlo marchar después de todo.

—¡Pero hay una carta, Sharpe!

—Miente usted como un bellaco, Braithwaite. No hay ninguna carta.

—¡Sí la hay! —gritó Braithwaite, desesperado.

Sharpe sujetaba los brazos al secretario por encima de la espalda, empujándoselos dolorosamente hacia delante, y entonces se los empujó con fuerza para dislocarle los hombros. Braithwaite gimoteó de dolor y luego gritó pidiendo ayuda, y Sharpe lo agarró de una oreja y le hizo girar la cabeza hacia un lado. Sharpe intentó agarrarle la cara a Braithwaite con la mano derecha y éste trató de morderle, pero Sharpe le dio un puñetazo, luego le agarró un mechón de pelo y un trozo de oreja y le hizo girar la cabeza con fuerza.

—Vete a saber cómo lo hicieron —dijo Sharpe— esos malditos *jettis*, pero yo los vi, de modo que es posible. —Volvió a retorcerle la cabeza y las frenéticas protestas del secretario se acallaron cuando la garganta le quedó oprimida. Respiraba con

roncos jadeos, pero seguía resistiéndose e intentando sacarse de encima a Sharpe. Éste, asombrado por lo sencillo que parecía cuando lo hacían los *jettis*, le sujetó de nuevo la cabeza con las dos manos y se la retorció con todas sus fuerzas. La respiración del secretario se convirtió en un quejido áspero que apenas se oía por encima de la cacofonía de crujidos y ruidos metálicos de la bodega, pero Braithwaite seguía sacudiéndose, de modo que Sharpe respiró hondo, retorció por segunda vez y su esfuerzo se vio recompensado por un pequeño crujido chirriante que le pareció que era la espina dorsal del cuello de Braithwaite al descoyuntarse con la sacudida.

El secretario ya no se movía. Sharpe le puso a Braithwaite un dedo en el cuello para ver si tenía pulso y no se lo encontró. Esperó. Seguía sin haber pulso, ni tics, ni respiración, así que Sharpe palpó a tientas la cubierta hasta que encontró la pistola y se la metió en el bolsillo. Luego se puso de pie, levantó al muerto, se lo echó al hombro y avanzó tambaleándose, impulsado a izquierda y derecha por el movimiento del barco, hasta que llegó dando tumbos a la escalera del palo de mesana. Dejó el cuerpo allí, subió por la escalera y abrió la escotilla, para asombro de un marinero que pasaba en ese momento. Sharpe lo saludó con la cabeza, cerró la escotilla sobre el cadáver y las ratas que escarbaban en la oscuridad y luego salió a la luz del día. Arrojó la pistola al mar por la lumbreira de su camarote. Nadie se dio cuenta.

La comida consistió en carne de cerdo salada, guisantes y galletas. Sharpe comió bien.



El capitán Chase supuso que el *Revenant*, si es que era en efecto el *Revenant* el barco que habían divisado en el horizonte, había visto las gaviotas del *Pucelle* el día anterior a pesar del banco de nubes y que por eso había virado hacia el oeste durante la noche.

—Eso lo obligará a ir más lento —insistió, recuperando un poco de su optimismo habitual. El viento era favorable, y aunque el *Pucelle* se había alejado de la costa lo suficiente como para perder la ventaja de la corriente, se hallaban en unas latitudes donde soplaban los alisios del sudeste—. El viento no puede sino aumentar —dijo Chase— y el barómetro está subiendo, lo cual es bueno.

Los peces voladores se alejaban del casco del *Pucelle*. La sensación de derrota que había invadido el barco toda la mañana se disipó bajo el cálido sol y el renovado optimismo del capitán.

—Sabemos que no va más rápido que nosotros —comentó Chase—, y nos encontramos en el interior de la curva de aquí a Cádiz.

—¿Eso queda muy lejos? —preguntó Sharpe. Estaba tomando el aire en el alcázar tras haber compartido la comida con Chase.

—Un mes más —respondió Chase—, pero aún no se han resuelto nuestros problemas. Deberían irnos bien las cosas hasta el ecuador, aunque a partir de ahí

podríamos quedarnos inmóviles por falta de viento. —Tamborileó con los dedos en la barandilla—. Pero si Dios quiere lo atraparemos antes.

—¿No habrá visto usted a mi secretario, Chase? —Lord William apareció en cubierta e interrumpió la conversación.

—No lo he visto por ninguna parte —respondió Chase alegremente.

—Lo necesito —dijo lord William con petulancia. Lord William había convencido a Chase para que le permitiera utilizar su comedor a modo de oficina. Al principio Chase se había resistido a ceder la habitación, con su magnífica mesa, pero luego había decidido que era mejor tener contento a lord William que tenerlo andando por el barco contrariado y con cara de pocos amigos.

Chase se volvió hacia el quinto teniente, Holderby.

—¿El secretario de su señoría comió en la sala de oficiales? —preguntó.

—No, señor —respondió Holderby—, no lo he visto desde el desayuno.

—¿Usted lo ha visto, Sharpe? —inquirió su señoría con frialdad. No le gustaba hablar con Sharpe, pero se dignó a preguntárselo.

—No, milord.

—Le pedí que fuera a buscar un memorándum sobre nuestro acuerdo original con Holkar. ¡Maldita sea, lo necesito!

—Quizá lo esté buscando —sugirió Chase.

—O se ha mareado, señor —añadió Sharpe—. El viento sopla más fuerte.

—Ya he mirado en su camarote —se quejó lord William— y no está.

—¡Señor Collier! —Chase llamó al guardiamarina que andaba de un lado a otro por la cubierta de intemperie—. Hemos perdido a un secretario. El tipo alto y lúgubre que viste de negro. Búsquelo bajo cubierta, ¿quiere? Dígale que se le requiere en mi comedor.

—Sí, mi capitán —dijo Collier, y bajó para iniciar su búsqueda.

Lady Grace, acompañada por su doncella, se acercó paseando a cubierta y se quedó a una deliberada distancia de Sharpe. Lord William se dirigió a ella.

—¿Has visto a Braithwaite?

—No desde esta mañana —respondió lady Grace.

—Ese desgraciado ha desaparecido.

Lady Grace se encogió de hombros, dando a entender que lo que le sucediera a Braithwaite no le preocupaba en absoluto, y a continuación se dio la vuelta para mirar los peces voladores deslizándose sobre las olas.

—Espero que el infeliz no se haya caído por la borda —dijo Chase—. Si es así tendrá que nadar un buen trecho.

—No tenía nada que hacer en cubierta —repuso lord William con enojo.

—Dudo que se haya ahogado, milord —le dijo Chase en tono tranquilizador—. Si se hubiera caído alguien lo hubiera visto.

—¿Y qué hacen en esos casos? —preguntó Sharpe.

—Detener el barco y llevar a cabo el rescate —contestó Chase—, si podemos. ¿Le he contado alguna vez lo de Nelson en el *Minerva*?

—Aunque lo hubiera hecho —dijo Sharpe—, me lo volvería a contar.

Chase se rió.

—En el año noventa y siete, Sharpe, Nelson comandaba el *Minerva*. ¡Una fragata estupenda! Lo perseguían dos navíos de línea españoles y una fragata cuando un imbécil va y se cae al agua. Tom Hardy estaba a bordo, un hombre maravilloso que ahora capitanea el *Victory*, y Hardy cogió un bote para rescatar a aquel tipo. ¿Se hace una idea, Sharpe? El *Minerva* huyendo para salvar la vida, perseguido de cerca por tres barcos españoles, y Hardy y la tripulación de su bote, con el tipo mojado a bordo, sin poder remar con fuerza suficiente para alcanzarlo... ¿Y qué hace Nelson? Pone las gavias en facha. ¿Puede creerlo usted? ¡Pone las gavias en facha! «Por Dios que no voy a perder a Hardy», dijo. Y los *dons* no entienden nada. ¿Por qué se detiene? Creen que deben de estar llegándole refuerzos, así que los muy idiotas viran. ¡Hardy alcanza el barco, sube a bordo y el *Minerva* sale como gato escaldado! ¡Qué grande es Nelson!

Lord William frunció el ceño y miró hacia el oeste. Sharpe levantó la vista hacia la vela mayor, tratando de seguir con la mirada una cuerda desde el principio, pasando a través de garruchas y cuadernales, bajando por las cabillas que había junto a la borda. Los coyotes se aireaban encima de las batayolas de malla, en los que se metían durante la batalla para parar las balas de mosquete. Un solitario pájaro marino, blanco y de largas alas, describió una curva acercándose al barco, tras lo cual remontó el vuelo y se perdió en el azul del cielo. El señor Cowper, el sobrecargo, contaba las picas de abordaje colocadas alrededor del palo mayor. Chupó un lápiz, anotó algo en un libro, lanzó una asustada mirada a Chase y se alejó andando como un pato. Holderby, que tenía la cubierta, ordenó a un segundo contramaestre que se dirigiera a proa para hacer sonar la campana del barco. Chase, que todavía estaba pensando en Nelson, sonreía.

—¡Capitán! ¡Señor! ¡Capitán! —Era Harry Collier, que apareció de pronto en la cubierta de intemperie por debajo del alcázar.

—Tranquilícese, señor Collier —dijo Chase—. ¿Acaso hay un incendio en el barco?

—No, señor. Es el señor Braithwaite, señor: ¡está muerto, señor! —Todos los que estaban en cubierta miraron al muchacho.

—Continúe, señor Collier —dijo Chase—. ¡No puede haber muerto así sin más! La gente no se muere así sin más. Bueno, el oficial de derrota lo hizo, pero él era viejo. Braithwaite era joven. ¿Se cayó? ¿Lo estrangularon? ¿Se suicidó? Dígame...

—Se cayó en la bodega, señor, y al parecer se rompió el cuello. Se cayó de la

escalera, señor.

—¡Vaya descuidado! —dijo Chase, y se marchó.

Lord William puso mala cara. No sabía qué decir, así que giró sobre sus talones y regresó al comedor del capitán, luego se lo pensó mejor y volvió corriendo a la baranda.

—¿Guardiamarina?

—¿Señor? —Collier se quitó su bicornio—. ¿Milord?

—¿Tenía un trozo de papel en la mano?

—No me fijé, señor.

—Pues entonces le ruego que lo mire, señor Collier, le ruego que lo mire —dijo lord William—, y tráigamelo al camarote si lo encuentra. —Volvió a alejarse de nuevo. Lady Grace miró a Sharpe, quien cruzó la mirada con ella, mantuvo una expresión neutra y luego se volvió a mirar hacia el palo mayor.

Subieron el cuerpo a cubierta. Estaba claro que el pobre Braithwaite había resbalado y se había caído de la escalera, rompiéndose el cuello en la caída, pero era extraño, comentó el cirujano con el ceño fruncido, que el secretario se hubiera dislocado ambos brazos.

—Tal vez le quedaron atrapados en los peldaños de la escalera... —sugirió Sharpe.

—Podría ser, podría ser —admitió Pickering. No parecía convencido de ello, pero tampoco se sentía inclinado a esclarecer el misterio—. Al menos fue un final rápido.

—Uno así lo espera —comentó Sharpe en tono piadoso.

—Probablemente se golpeó la cabeza contra un tonel —Pickering giró la cabeza del cadáver buscando una señal, pero no encontró ninguna. Se puso de pie y se sacudió el polvo de las manos.

—En cada viaje ocurre una vez —dijo alegremente—, a veces más. Tenemos a unos bromistas, señor Sharpe, a quienes les gusta embadurnar los peldaños con jabón. Normalmente lo hacen cuando piensan que el sobrecargo podría utilizar determinada escalera. Por lo general la cosa termina con una pierna rota y mucha hilaridad, pero nuestro señor Braithwaite fue menos afortunado. —Volvió a colocar los brazos dislocados en su sitio de un tirón—. Un tipo feo, ¿verdad?

Desnudaron a Braithwaite, lo colocaron en su jergón y el velero cosió un viejo pedazo de lona deshilachada a modo de tapa para el improvisado ataúd. La última puntada, tal como era costumbre, se cosió atravesándole la nariz al cadáver para asegurarse de que estuviera realmente muerto. En el ataúd se habían colocado tres balas de cañón de dieciocho libras y luego éste se había dispuesto en una plancha junto al portalón de entrada de estribor.

Chase leyó el oficio de difuntos. Los oficiales del *Pucelle*, con la cabeza descubierta, se hallaban de pie en actitud respetuosa junto al improvisado ataúd, que

se había cubierto con una bandera británica. Lord William y lady Grace estaban junto al portalón de entrada.

—«Por lo tanto, entregamos su cuerpo a las profundidades —leyó Chase en tono solemne— para que se corrompa, esperando a la resurrección de los cuerpos cuando el mar entregue a sus muertos gracias a nuestro señor Jesucristo, quien con su venida transformará nuestro cuerpo vil, que será como su cuerpo glorioso, según sus poderosas obras por medio de las cuales es capaz de someter todas las cosas.» — Chase cerró el devocionario y miró a lord William, que hizo un movimiento con la cabeza en señal de agradecimiento y luego pronunció unas palabras bien escogidas que describían el excelente carácter moral de Braithwaite, su diligencia como secretario de confianza y las fervientes esperanzas de lord William de que Dios Todopoderoso acogería el alma del secretario en una vida de dicha eterna.

—Su pérdida —terminó diciendo lord William— es un triste golpe, muy triste.

—Lo es —dijo Chase, y les hizo un gesto con la cabeza a los dos marineros que estaban agachados junto a la plancha, quienes la levantaron obedientemente para que el ataúd se deslizara por debajo de la bandera. Sharpe oyó que el borde del catre golpeaba contra el antepecho del portalón de entrada y luego el ruido que producía al chocar contra el agua.

Sharpe miró a lady Grace, que le devolvió una mirada inexpresiva.

—Pónganse los sombreros —dijo Chase.

Los oficiales se fueron a cumplir con sus obligaciones, mientras los marineros se llevaban la bandera y la plancha. Lady Grace se volvió hacia las escaleras del alcázar y Sharpe, que estaba solo, se dirigió hacia la baranda y se quedó mirando al mar.

—El Señor nos lo da —de pronto lord William Hale se hallaba al lado de Sharpe — y el Señor nos lo quita. Bendito sea el nombre del Señor.

Sharpe, asombrado de que su señoría se dignara a hablar con él, se quedó en silencio unos segundos.

—Lamento lo de su secretario, señor.

Lord William miró a Sharpe, quien de nuevo se sentía sorprendido por el parecido de su señoría con sir Arthur Wellesley: la misma mirada fría, la misma nariz aguileña que semejaba el pico de un halcón. Pero en aquellos momentos el rostro de lord William tenía algo que sugería cierto regocijo, como si su señoría tuviera conocimiento de una información que Sharpe no poseía.

—¿De verdad lo lamenta, Sharpe? —preguntó lord William—. Eso está muy bien por su parte. Acabo de hablar bien de él, aunque ¿qué otra cosa podía decir? La verdad es que era un hombre intolerante, envidioso, incompetente y que no estaba a la altura de sus obligaciones, y dudo que el mundo lamente demasiado su fallecimiento. —Lord William se puso el sombrero, como si fuera a marcharse y se volvió hacia Sharpe—. Se me ocurre, Sharpe, que aún no le he dado las gracias por lo

que hizo por mi esposa en el *Calliope*. Fue una negligencia por mi parte y le pido disculpas. También le agradezco este favor, y se lo agradeceré aún más si no volvemos a hablar de ello.

—Por supuesto, milord.

Lord William se marchó. Sharpe lo observó mientras se alejaba y se preguntó si no estaría tramando algo de lo que él no era consciente. Recordó la afirmación de Braithwaite de que había dejado una carta entre los papeles de lord William, pero descartó la idea considerándola una falsedad. Sharpe pensó que estaba viendo peligro donde no había ninguno, se encogió de hombros y se olvidó de la conversación. Subió primero al alcázar y luego a la toldilla, donde se quedó de pie junto al coronamiento de popa y observó la estela que se desvanecía en el mar.

Oyó unos pasos a su espalda y supo a quién pertenecían antes de que ella llegara a la baranda, donde, al igual que él, se quedó mirando al mar.

—Te he echado de menos —le dijo en voz baja.

—Y yo a ti —respondió Sharpe. Miró la estela del barco que se rizaba en el lugar donde un cuerpo envuelto se hundía bajo una corriente de burbujas hacia una oscuridad sin fin.

—¿Se cayó? —preguntó lady Grace.

—Eso parece —respondió Sharpe—, pero debió de ser una muerte muy rápida, y eso es una bendición.

—En efecto, lo es —dijo ella, y entonces se volvió hacia Sharpe—. Encuentro que el sol se hace muy pesado de aguantar.

—Tal vez deberías ir abajo. En mi camarote se está más fresco, creo.

Ella asintió con la cabeza, lo miró a los ojos unos segundos y de pronto se dio la vuelta y se marchó.

Sharpe esperó cinco minutos y la siguió.



Si alguien hubiera podido contemplarlo desde allí donde los peces voladores se zambullían en las olas, el *Pucelle* habría mostrado un bonito aspecto aquella tarde. Los barcos de guerra no eran elegantes. Tenían unos cascos enormes, lo cual hacía que sus mástiles parecieran desproporcionadamente cortos, pero el capitán Chase había desplegado todas las velas al viento, y las alas, monterillas y sobrejuanetes añadían arriba el peso suficiente como para equilibrar el gran casco amarillo y negro. El dorado de la popa y la pintura plateada del mascarón de proa reflejaban la luz del sol, el amarillo de sus costados era intenso, la cubierta fregada tenía un color pálido y estaba limpia, en tanto que el agua rompía blanca en su popa, que dejaba atrás su breve espuma. Sus setenta y cuatro grandes cañones estaban ocultos.

La podredumbre, la humedad, el óxido y la pestilencia no se percibían desde el

exterior, y dentro del barco el hedor ya no se notaba. En el castillo de proa se estaban ordeñando las tres últimas cabras del barco para la cena del capitán. El agua se inclinaba en la sentina. Las ratas nacían, luchaban y morían en la profunda oscuridad de la bodega. En la santabárbara un artillero cosía saquitos de pólvora para los cañones sin hacer ningún caso de la prostituta que ejercía su oficio entre las dos cortinas de cuero que protegían la puerta del pañol de pólvora de alguna chispa descarriada. En la cocina, el cocinero, que era tuerto y sifilítico, se estremeció ante el olor de un trozo de ternera que no estaba bien salada, aunque de todos modos la echó al caldero, mientras que el capitán Llewellyn, en su camarote situado en la popa de la cubierta de intemperie, soñaba con ir a la cabeza de sus infantes de marina en una gloriosa carga que capturaría al *Revenant*. Sonaron cuatro campanadas indicando el turno de guardia de la tarde. En el alcázar un marinero soltó la corredera, un trozo de madera, y dejó que el cordel se deslizara rápidamente del carretel. Contó los nudos del cordel mientras desaparecían por encima de la baranda, anunciando las cifras en voz alta en tanto que un oficial miraba detenidamente un reloj de bolsillo. El capitán Chase se fue a su camarote y le dio unos golpecitos al barómetro. Seguía subiendo. Los miembros de la guardia que estaban fuera de servicio dormían en sus coyos, que se balanceaban juntos como si fueran capullos. El carpintero ensamblaba un trozo de madera de roble en la cureña de un cañón, mientras que en el dormitorio de Chase un alférez y una dama yacían el uno en brazos del otro.

—¿Lo mataste? —le preguntó lady Grace a Sharpe en un susurro.

—¿Importaría si lo hubiera hecho?

Ella recorrió con el dedo la cicatriz que Sharpe tenía en la cara.

—Lo odiaba —susurró ella—. Desde el día en que entró al servicio de William no hacía más que observarme. Se le caía la baba. —De pronto se estremeció—. Me dijo que si acudía a su camarote no diría nada. Me entraron ganas de abofetearlo. Estuve a punto de hacerlo, pero pensé que si lo golpeaba se lo contaría todo a William, de modo que me limité a marcharme. Lo odiaba.

—Y yo lo maté —dijo Sharpe en voz baja.

Ella se quedó un rato sin decir nada y luego le besó la punta de la nariz.

—Ya lo sabía. En cuanto William me preguntó si sabía dónde estaba, supe que lo habías matado. ¿Fue rápido de verdad?

—No mucho —admitió Sharpe—. Quería que supiera por qué iba a morir.

Ella lo pensó unos instantes y decidió que no importaba si Braithwaite había tenido un final lento y doloroso.

—Nadie había matado nunca por mí —dijo.

—Por ti me abriría camino a cuchilladas a través de un maldito ejército, señora —respondió Sharpe. De nuevo recordó que Braithwaite había dicho que había dejado una carta para lord William, y de nuevo desechó sus miedos, considerando que su

afirmación no había sido más que el desesperado intento de un hombre condenado de aferrarse a la vida. No se lo mencionaría a lady Grace.

El sol se iba desplazando hacia el oeste y proyectaba la intrincada sombra de obenques, drizas, velas y mástiles sobre el océano verdoso. La campana del barco daba las medias horas. Tres marineros fueron conducidos ante la presencia del capitán Chase, acusados de varias ofensas, y a los tres se les suspendieron las raciones de ron durante una semana. Un tambor de los infantes de marina se cortó la mano jugando con un alfanje y el cirujano se la vendó y luego le dio un tortazo por haber sido un idiota redomado. Los gatos de a bordo dormían junto al fogón de la cocina. El sobrecargo olió un barril de agua, retrocedió ante el hedor que desprendía, pero hizo una marca de tiza en el tonel decretando que era potable.

Y cuando el sol acababa de ponerse, cuando el oeste era como un horno resplandeciente, un último rayo luminoso se reflejó en una vela lejana.

—¡Buque por la aleta de babor! —gritó el vigía—. ¡Buque por la aleta de babor!

Sharpe no oyó el grito. En aquel momento no hubiera oído ni las trompetas anunciando el fin del mundo, pero el resto del barco oyó la noticia y pareció temblar de emoción. Porque la caza no estaba perdida, seguía adelante, y la presa de nuevo quedaba a la vista.

CAPÍTULO 8

Siguieron los días felices.

El distante barco era, en efecto, el *Revenant*. Chase nunca había visto de cerca al buque de guerra francés y, por mucho que lo intentara, no podía acercarse al *Pucelle* lo bastante como para leer su nombre, pero algunos de los marineros embarcados del *Calliope* reconocieron el corte de la vela cangreja. Sharpe miró por su catalejo y no vio nada extraño en esa vasta vela que colgaba en la popa del barco enemigo, pero los marineros estaban seguros de que la habían reparado mal y, en consecuencia, estaba torcida. En esos momentos el barco francés le estaba echando una carrera al *Pucelle* de regreso a casa. Las embarcaciones casi eran gemelas, ninguna de las dos podría aventajar a la otra sin la ayuda del tiempo y el dios de los vientos se los mandaba a partes iguales.

El *Revenant* se hallaba al oeste y los dos barcos navegaban rumbo noroeste para salvar el gran saliente africano. Chase creía que podía colocar al *Pucelle* en una posición ventajosa en cuanto estuvieran al norte del ecuador, pues entonces el barco francés tendría que virar hacia el este para avistar tierra. Por la noche Chase estaba preocupado por si perdía a su presa, pero ésta seguía estando allí cada mañana, siempre en la misma marcación, a veces más abajo del horizonte, otras veces más cerca. Ninguna de las artes de navegación que poseía Chase podía salvar el espacio que los separaba más de lo que podían aumentarlo las habilidades de Montmorin. Si Chase viraba poco a poco hacia el oeste para intentar reducir la distancia entre ellos, el barco francés avanzaba lentamente y Chase volvía al rumbo anterior y maldecía el terreno perdido. Constantemente rogaba que Montmorin virara hacia el este y entablara combate, pero Montmorin resistió la tentación. Llevaría su barco a Francia, o al menos a un puerto perteneciente al aliado de Francia, España, y los hombres a los que transportaba estimularían a los franceses para llevar a cabo otro intento de convertir la India en un cementerio británico.

—Todavía ha de superar nuestro bloqueo —dijo Chase una noche después de cenar, tras lo cual se encogió de hombros y moderó su optimismo—. Aunque eso no debería resultarle difícil.

—¿Por qué no? —preguntó Sharpe.

—El bloqueo no está muy cerca de las costas de Cádiz —explicó Chase—. Los barcos grandes se mantienen bien apartados mar adentro, más allá del horizonte. Sólo habrá un par de fragatas hacia la costa y Montmorin se las quitará de encima. No: tenemos que alcanzarlo. —El capitán frunció el ceño—. ¡No puede mover un peón de lado, Sharpe!

—¿Ah, no? —Estaban conversando durante la primera guardia, que, contra toda lógica, iba de las ocho de la tarde hasta la medianoche, unas horas durante las cuales

Chase anhelaba compañía y Sharpe se había acostumbrado a compartir un brandy con el capitán, que le estaba enseñando a jugar al ajedrez. Lord William y lady Grace eran con frecuencia sus invitados; ella disfrutaba con el juego y estaba claro que se le daba bien, puesto que siempre hacía que Chase adoptara una expresión preocupada y se moviera inquieto mientras miraba el tablero. Lord William prefería leer después de cenar, aunque en una ocasión sí se dignó a jugar contra Chase y en menos de quince minutos le dio jaque mate. Holderby, el primer teniente, era muy buen jugador, y cuando lo invitaban a cenar le gustaba ayudar a Sharpe a jugar contra Chase. Durante aquellas noches, Sharpe y lady Grace no harían caso escrupulosamente el uno del otro.

Los vientos alisios los llevaban hacia el norte y el sol brillaba; Sharpe recordaría siempre esas semanas como de una felicidad absoluta. Con Braithwaite muerto y lord William Hale enfrascado en un informe que estaba escribiendo para el gobierno británico, Sharpe y lady Grace eran libres. Actuaban con cautela, porque no tenían otro remedio, pero Sharpe sospechaba que la tripulación del barco sabía lo de sus encuentros. No se atrevía a ir al camarote de ella por miedo a que lord William exigiera entrar en él, pero ella acudía al suyo: se deslizaba por el oscurecido alcázar envuelta en una capa negra y normalmente esperaba a la breve confusión del cambio de guardia antes de entrar sigilosamente por la puerta de Sharpe. La puerta no estaba cerrada con llave y quedaba lo bastante cerca de las dependencias del primer teniente, donde dormía lord William, como para que la gente imaginara que era allí adonde se dirigía, aunque de todos modos era difícil que no la vieran los timoneles. Johnny Hopper, el contramaestre de la tripulación de Chase, sonreía a Sharpe de una manera cómplice, y Sharpe tenía que fingir que no se daba cuenta, aunque también creía que con la tripulación el secreto estaba a salvo, porque él les caía bien y en cambio todos sentían antipatía por el despectivo lord William. Sharpe y Grace se decían que estaban siendo discretos, pero noche tras noche, e incluso a veces durante el día, se arriesgaban a que los descubrieran. Aquello era una imprudencia, pero ninguno de los dos podía resistirse. Sharpe estaba loco de amor, y aún la amaba más al ver que ella restaba importancia al enorme abismo que los separaba. Una tarde en que yacía con él, y un pequeño haz de luz que atravesaba una grieta de la portilla de la lumbrera garabateaba una forma oval en el mamparo de enfrente, ella se puso a sumar mentalmente el número de habitaciones de su casa de Lincolnshire.

—Treinta y seis —dictaminó—, aunque sin incluir el vestíbulo ni las dependencias del servicio.

—En casa tampoco los contamos nunca —dijo Sharpe, y soltó un gruñido como respuesta al codazo que le dio ella en las costillas. Estaban tumbados sobre unas mantas extendidas en el suelo, pues el catre colgante les resultaba demasiado estrecho—. ¿Cuántos criados tienes? —le preguntó.

—¿En el campo? Veintitrés, creo, pero eso es sólo en la casa. Yen Londres, catorce, y luego están los cocheros y los mozos de cuadra. No tengo ni idea de cuántos habrá. Seis o siete, tal vez.

—Yo también he perdido la cuenta de los míos —comentó Sharpe, e inmediatamente se encogió—. ¡Eso me ha dolido!

—¡Schh! —susurró—. Nos va a oír Chase. ¿Has tenido alguna vez algún criado?

—Un chiquillo árabe —respondió Sharpe— que quería venir a Inglaterra conmigo. Pero murió. —Se quedó callado, maravillándose por el tacto de la piel de la mujer contra la suya—. ¿Qué cree tu doncella que estás haciendo?

—Que he ido a tumbarme a oscuras con órdenes de que no se me moleste. Digo que el sol me da jaqueca.

Él sonrió.

—Y dime, ¿qué harás cuando llueva?

—Diré que la lluvia me da jaqueca, por supuesto. A Mary le da igual. Está enamorada del mayordomo de Chase, así que se alegra cuando no la necesito. Lo ronda en su despensa. —Grace deslizó un dedo por el vientre de Sharpe—. Quizá se escapen y se hagan juntos a la mar...

En ocasiones Sharpe tenía la sensación de que Grace y él se habían escapado y se habían hecho juntos a la mar, que jugaban a un juego en el que fingían que el *Pucelle* era su barco privado y la tripulación sus criados, y que navegarían para siempre por mares indulgentes y bajo cielos soleados. Nunca hablaban de lo que les esperaba al final del viaje, ya que entonces Grace debería regresar a su fastuoso mundo y Sharpe a su lugar, y no sabía si volvería a verla nunca más.

—Tú y yo somos como niños —decía Grace de vez en cuando con un dejo de asombro en la voz—, unos niños irresponsables y despreocupados.

Por las mañanas Sharpe se entrenaba con los infantes de marina, por la tarde dormía y por la noche cenaba con Chase. Luego aguardaba con impaciencia hasta que lord William se sumergía en su sueño de láudano y Grace podía acudir a su puerta. Hablaban, dormían, hacían el amor, volvían a hablar...

—No he tomado un baño desde Bombay —dijo ella una noche, estremeciéndose.

—Yo tampoco.

—Pero yo estoy acostumbrada a bañarme —repuso ella.

—A mí me parece que hueles bien.

—Apesto —replicó Grace—. Apesto, el barco entero apesta. Y echo de menos caminar. Me encanta caminar por el campo. Si pudiera hacer lo que quisiera nunca volvería a ver Londres.

—El ejército te gustaría —dijo Sharpe—. No paramos de dar largas caminatas.

Ella se quedó unos instantes tumbada en silencio, luego le acarició el pelo.

—A veces sueño con la muerte de William —le dijo en voz baja—. No cuando

estoy dormida, sino despierta. Es una cosa espantosa.

—Es humano —dijo Sharpe—. Yo también lo pienso.

—Ojalá se cayera por la borda —dijo ella—. O resbalara por una escalera. Aunque eso no ocurrirá. —A menos que alguien lo ayudara, pensó Sharpe, y apartó esa idea de su cabeza. Una cosa era matar a Braithwaite (el secretario privado era un chantajista), pero lord William no había hecho nada aparte de mostrarse altanero y estar casado con una mujer a la que Sharpe amaba. Sin embargo, Sharpe sí que pensaba en matarlo, aunque no sabía cómo podría hacerse. Era muy poco probable que lord William bajara a la bodega y nunca estaba en cubierta en la oscuridad de la noche, cuando podría empujarse a un hombre por uno de los costados—. Si muriera —dijo Grace en voz queda— yo sería rica. Vendería la casa de Londres y viviría en el campo. Tendría una gran biblioteca con una chimenea, sacaría a pasear a los perros y tú podrías vivir conmigo. Sería la señora de Richard Sharpe.

Por un instante Sharpe pensó que no había entendido bien, luego sonrió.

—Echarías de menos la alta sociedad —comentó.

—Detesto la alta sociedad —replicó ella con vehemencia—. Conversación insulsa, gente estúpida y rivalidad sin límites. Sería una ermitaña, Richard, con libros desde el suelo hasta el techo.

—¿Y qué haría yo?

—Hacerme el amor —dijo ella— y fulminar con la mirada a los vecinos.

—Creo que podría arreglármelas —dijo Sharpe, consciente de que aquello era un sueño, aunque lo único que haría falta para que el sueño se convirtiera en realidad sería la muerte de un hombre—. ¿Hay alguna porta en el camarote de tu marido? —preguntó, a sabiendas de que no debería hacerlo.

—Sí, ¿por qué?

—Por nada —contestó, pero se había estado preguntando si podría entrar en el camarote de lord William por la noche, dejarlo sin sentido y arrojarlo por la porta, aunque luego descartó esta idea. El camarote de lord William, al igual que el de Sharpe, se hallaba bajo la toldilla y cerca de la rueda del timón, y Sharpe dudaba que pudiera cometer un asesinato y deshacerse del cadáver sin alertar al oficial de guardia. Hasta el chirrido de la porta al abrirse sería demasiado fuerte.

—Nunca se pone enfermo —dijo Grace otra tarde en que se había arriesgado a ir al camarote de Sharpe—. Nunca está enfermo.

Sharpe sabía lo que estaba pensando, y él también lo pensaba, pero dudaba que lord William tuviera la decencia de morir a causa de alguna oportuna dolencia.

—Quizá lo maten durante el combate con el *Revenant* —dijo Sharpe.

Grace sonrió.

—Se quedará abajo, mi amor, a salvo bajo la línea de flotación.

—¡Es un hombre! —exclamó Sharpe, sorprendido—. Tendrá que luchar.

—Es un político, querido, y él asesina, no lucha. Me dirá que su vida es demasiado valiosa para arriesgarla, ¡y se lo creerá de verdad! Aunque cuando lleguemos a Inglaterra afirmará modestamente haber tomado parte en la derrota del *Revenant* y yo, como esposa fiel, permaneceré allí sentada y sonreiré mientras los presentes lo admiran. Es un político.

Sonaron unos pasos fuera del camarote, en el espacio que había detrás del timón y bajo el saliente de la toldilla.

Sharpe escuchó con aprensión, esperando que los pasos se alejaran como ocurría normalmente, pero aquella vez se acercaron a su puerta. Grace lo agarró de la mano y se estremeció cuando sonó un golpe en la puerta. Sharpe no respondió, y a continuación la puerta, que tenía echado el pestillo, se sacudió como si alguien intentara abrirla a la fuerza.

—¿Quién es? —gritó Sharpe, que fingió haber estado durmiendo.

—El guardiamarina Collier, señor.

—¿Qué quiere?

—El capitán lo llama a sus aposentos, señor.

—Dígale que estaré allí en un minuto, Harry —dijo Sharpe. El corazón le latía aceleradamente.

—Tienes que ir —susurró Grace.

Sharpe se vistió, se abrochó el cinturón de la espada, se inclinó para darle un beso y a continuación salió por la puerta con sigilo. Chase estaba de pie junto a los obenques de babor, mirando ese punto en el horizonte que era el *Revenant*.

—¿Me llamaba, señor? —preguntó Sharpe.

—Yo no, Sharpe, yo no —respondió Chase—. Es lord William quien quiere verle.

—¿Lord William? —Sharpe no pudo disimular la sorpresa en su voz.

Chase alzó una ceja como para insinuar que el problema se lo había buscado él mismo y luego señaló hacia su comedor con un movimiento de la cabeza. Sharpe sintió que le invadía el pánico y lo contuvo diciéndose que Braithwaite no había dejado ninguna maldita carta. Se arregló la casaca roja y a continuación se dirigió al comedor del capitán, situado bajo la cubierta de toldilla.

La voz de lord William lo invitó a entrar, Sharpe obedeció y aquél le indicó despreocupadamente por señas que tomara asiento en una silla. Lord William estaba solo en la habitación, sentado a la larga mesa, llena de libros y papeles. Estaba escribiendo y el roce de su pluma no parecía augurar nada bueno. Siguió escribiendo un buen rato, haciendo caso omiso de Sharpe. La lumbre situada encima de la mesa estaba abierta y el viento agitaba los papeles. Sharpe miró los cabellos canos de su señoría, ni uno fuera de sitio.

—Estoy escribiendo un informe —lord William rompió el silencio, haciendo que Sharpe diera un salto de culpable sorpresa— sobre la situación política en la India. —

Mojó la plumilla en un tintero, escurrió la tinta con cuidado y escribió otra frase antes de colocar la pluma en un pequeño soporte de plata. Sus fríos ojos estaban vidriosos y tenían bolsas, probablemente a causa del láudano que tomaba todas las noches, pero seguían llenos de su habitual desagrado por Sharpe—. Normalmente no pediría ayuda a un oficial subalterno, pero en las presentes circunstancias no tengo muchas alternativas. Me gustaría conocer su opinión, Sharpe, sobre las habilidades de combate de los *mahratta*.

Sharpe sintió una punzada de alivio. ¡Los *mahratta*! Desde que entró en el camarote no había dejado de pensar en Braithwaite y en su afirmación sobre que había escrito una maldita carta, ¡pero lo único que quería lord William era una opinión sobre los *mahratta*!

—Son unos hombres valientes, milord —dijo Sharpe.

Lord William se estremeció.

—Supongo que me merezco una opinión vulgar, puesto que se la he solicitado —comentó con aspereza, a continuación extendió los dedos separándolos y miró a Sharpe por encima de sus bien cuidadas uñas—. Me parece evidente, Sharpe, que al final asumiremos la administración de todo el continente indio. Con el tiempo el gobierno también lo verá claro. El mayor obstáculo para tal ambición son los estados *mahratta* que quedan aún, particularmente los que gobierna Holkar. Permítame ser más preciso: ¿pueden dichos estados impedir que nos anexionemos su territorio?

—No, milord.

—Sea más explícito, por favor. —Lord William se había acercado una hoja de papel en blanco y ya estaba preparado pluma en mano.

Sharpe respiró hondo.

—Son hombres valientes, señor —dijo, exponiéndose a una mirada de irritación—, pero eso no basta. No entienden nuestra manera de combatir. Creen que el secreto está en la artillería, de manera que lo que hacen, señor, es alinear todos sus cañones en una enorme hilera y colocar la infantería detrás de ellos.

—¿Y nosotros no hacemos eso? —preguntó lord William, que pareció sorprendido.

—Nosotros colocamos los cañones a los lados de la infantería, señor. De este modo, si la otra infantería ataca, podemos barrerla con fuego cruzado. Así se matan más hombres, milord.

—Y usted —repuso lord William en tono mordaz, mientras su pluma avanzaba sobre el papel— es un experto en matar... Continúe, Sharpe.

—Al disponer sus cañones en el frente, señor, crean la impresión a su propia infantería de que está protegida. Y cuando los cañones caen, señor, que siempre lo hacen, la infantería se desanima. Además, señor, nuestros muchachos disparan los mosquetes bastante más deprisa que ellos, de modo que una vez sobrepasados los

cañones ya sólo es cuestión de ir matándolos. —Sharpe observó el roce de la pluma, aguardó hasta que su señoría volvió a sumergirla en el tintero—. Nos gusta acercarnos, milord. Ellos disparan descargas desde la distancia, y eso no es bueno. Tienes que avanzar y acercarte, acercarte mucho, hasta que puedas olerlos, y entonces empezar a disparar.

—¿Está diciendo que su infantería carece de la disciplina de la nuestra?

—Carecen del entrenamiento, señor —pensó en ello—. Y no, no son tan disciplinados.

—E indudablemente —añadió lord William lanzando una clara indirecta—, no utilizan el látigo. Pero, ¿y si su infantería estuviera adecuadamente dirigida, dirigida por europeos?

—Entonces podría llegar a ser buena. Nuestros *cipayos* son igual de buenos, pero los *mahratta* no toleran bien la disciplina. Son salteadores. Piratas. Contratan infantería de otros estados, y un soldado nunca combate tan bien cuando no lo está haciendo por él mismo. Y se requiere tiempo, milord. Si me diera una compañía de *mahrattas* necesitaría todo un año para prepararlos. Podría hacerlo, pero a ellos no les gustaría. Ellos prefieren ser jinetes, milord. Caballería irregular.

—¿De modo que piensa que no debemos tomarnos demasiado en serio la misión de monsieur Vaillard en París?

—No sabría decirle, milord.

—No, claro. ¿Reconoció usted a Pohlmann, Sharpe?

La pregunta cogió a Sharpe totalmente desprevenido.

—No —le espetó con demasiada indignación.

—Pero tuvo que haberlo visto —lord William hizo una pausa para revisar los papeles— en Assaye. —Encontró el nombre que, se imaginaba Sharpe, nunca había olvidado.

—Sólo a través de un catalejo, milord.

—Sólo a través de un catalejo —lord William repitió las palabras lentamente—. Sin embargo, Chase me ha asegurado que lo identificó con mucha seguridad. ¿Por qué otro motivo estaría este buque de guerra atravesando el Atlántico a toda velocidad?

—Parecía lo más lógico, milord —contestó Sharpe sin convicción.

—El funcionamiento de su mente es un constante misterio para mí, Sharpe —dijo lord William, que seguía escribiendo mientras hablaba—. Por supuesto, cuando llegue a Londres voy a contrastar sus opiniones hablando con hombres de más rango, pero sus cándidas ideas harán posible un primer borrador. Tal vez hable con el primo lejano de mi esposa, sir Arthur —la pluma siguió garabateando—. ¿Sabe usted dónde está mi esposa esta tarde, señor Sharpe?

—No, milord —respondió Sharpe. Estuvo a punto de preguntar que cómo iba él a

saberlo, pero se mordió la lengua por si acaso escuchaba la respuesta equivocada.

—Tiene la costumbre de desaparecer —dijo lord William, que en ese momento tenía la vista clavada en Sharpe.

Sharpe no dijo nada. Se sentía como un ratón bajo la mirada de un gato.

Lord William volvió la vista hacia el mamparo que separaba el comedor del camarote de Sharpe. Tal vez estuviera mirando el cuadro de la antigua fragata de Chase, el *Spritely*, que estaba allí colgado.

—Gracias, Sharpe —dijo cuando finalmente volvió a mirarlo—. Cierre bien la puerta al salir, ¿quiere? El pestillo no está bien alineado con el cajetín.

Sharpe se marchó. Estaba sudando. ¿Acaso lord William lo sabía? ¿Sería verdad que Braithwaite había escrito una carta? ¡Dios!, pensó, ¡Dios! Estaba jugando con fuego.

—¿Y bien? —El capitán Chase se había acercado a él con una expresión divertida en el rostro.

—Quería saber cosas sobre los *mahratta*, señor.

—¿Y no es lo que queremos todos? —preguntó Chase con dulzura. Levantó la vista hacia las velas, luego se inclinó para mirar la aguja y sonrió—. Esta noche la orquesta del barco va a dar un concierto en el castillo de proa y estamos todos invitados a asistir después de la cena. ¿Sabe cantar, Sharpe?

—La verdad es que no, señor.

—El teniente Peel canta. Es un placer oírle. El capitán Llewellyn, como galés, debería saber cantar, pero no sabe, y los servidores de los cañones de babor de la cubierta inferior forman un coro espléndido, aunque tendré que ordenarles que no canten la cancioncilla de la mujer del almirante por miedo a ofender a lady Grace, pero incluso así será una noche maravillosa.

Grace ya no estaba en su camarote. Sharpe cerró la puerta, después cerró los ojos y notó que el sudor le corría bajo la camisa. Estaba jugando con fuego.



Dos mañanas después se divisó una isla por el sudoeste, a lo lejos. El *Revenant* debía de haber pasado muy cerca de esa isla por la noche, pero al amanecer ya se hallaba bastante al norte de ella. Una nube se cernía sobre la pequeña mancha grisácea, que era lo único que Sharpe podía ver de la cumbre de la isla a través de su anteojos.

—Se llama Santa Elena —le dijo Chase— y pertenece a la Compañía de las Indias Orientales. Si no tuviéramos otro compromiso, Sharpe, haríamos una parada para adquirir agua y verduras.

Sharpe miró hacia aquel pedacito de tierra que se recortaba aislado en un océano inmenso.

—¿Quién vive allí?

—Unos cuantos desgraciados oficiales de la Compañía, un puñado de familias taciturnas y algunos desdichados esclavos negros. Clouter fue esclavo allí. Debería preguntarle sobre ello.

—¿Usted lo liberó?

—Se liberó él mismo. Una noche vino nadando hacia nosotros, trepó por el cable del ancla y permaneció escondido hasta que zarpamos. Seguro que a la Compañía de las Indias Orientales le gustaría recuperarlo, pero ya pueden esperar sentados. Es un marinero demasiado bueno.

Había a bordo una veintena de marineros negros como Clouter, otra veintena de *lascars* y unos cuantos americanos, holandeses, suecos, daneses e incluso dos franceses.

—¿Y por qué llamarían «Clouter» a alguien? —preguntó Sharpe.

—Porque una vez le propinó un tortazo tan fuerte a un tipo que éste no se despertó en una semana —respondió Chase, divertido. Luego tomó el megáfono que había en la baranda y llamó a Clouter, que se hallaba entre los hombres que holgazaneaban en el castillo de proa—. ¿Le gustaría que hiciera escala en Santa Elena, Clouter? Podría visitar a sus viejos amigos.

Clouter hizo la mímica de cortarse el cuello y Chase se echó a reír. Eran los pequeños gestos como aquél, pensaba Sharpe, los que hacían del *Pucelle* un barco alegre. Chase ejercía el mando con indulgencia, pero ésta no mermaba su autoridad, sino que hacía que los hombres trabajaran más duro. Estaban orgullosos de su barco, orgullosos de su capitán, y Sharpe no dudaba que lucharían por él como demonios, pero el capitán Louis Montmorin tenía la misma reputación, por lo que seguro que el encuentro entre los dos barcos constituiría un sangriento y denodado combate. Sharpe observaba a Chase, pues consideraba que todavía tenía mucho que aprender sobre el sutil trabajo de los dirigentes. Vio que el capitán no aseguraba su autoridad recurriendo al castigo, sino que prefería esperar un buen comportamiento y recompensarlo. También ocultaba sus dudas. Chase no podía estar seguro de que el criado de Pohlmann fuera realmente Michel Vaillard y, aunque el francés estuviera a bordo, no tenía la certeza de poder alcanzar al *Revenant*, pero si fallaba, los lores del almirantazgo verían con malos ojos su iniciativa de llevar al *Pucelle* tan lejos de su posición. Sharpe sabía que a Chase le preocupaban todas esas cosas y, sin embargo, a la tripulación nunca le llegaba ni el más mínimo indicio de las dudas de su capitán. Para ellos estaba convencido, resuelto y seguro de sí mismo, y por lo tanto confiaban en él. Sharpe tomó nota y decidió imitarlo, y entonces se preguntó si realmente se quedaría en el ejército. Tal vez lord William muriera. Quizá lord William tendría una noche de insomnio y decidiera pasear por la cubierta de la toldilla en la oscuridad.

¿Y entonces qué?, se preguntó Sharpe. ¿Una biblioteca con una chimenea? Grace feliz con los libros, ¿y él con qué? Y mientras se hacía estas preguntas evitaba sus

respuestas, pues implicaban un asesinato que Sharpe temía. Uno podía matar a un secretario y hacer ver que se había caído de una escalera, pero no se acababa tan fácilmente con un par de Inglaterra. Además, Sharpe tampoco tenía ningún derecho a matar a lord William. Probablemente lo haría, pensó, si se le presentaba la oportunidad, pero sabía que eso estaría mal y vagamente intuía que semejante mala acción dejaría una marca en su futuro. A menudo se sorprendía al darse cuenta de que tenía conciencia. Conocía a muchos hombres, docenas de ellos, que matarían por lo que valía una jarra de cerveza, pero él no se contaba entre ellos. Tenía que haber un motivo, y el egoísmo no era suficiente. Ni siquiera el amor era suficiente.

¿Provocar a lord William para batirse en duelo? Pensó en ello, pero se imaginó que lord William nunca se rebajaría a batirse con un mero alférez. Las armas de lord William eran más sutiles: memorandos dirigidos al Horse Guards, cartas escritas a oficiales superiores, unas quedas palabras en los oídos adecuados y cuando terminara Sharpe no sería nada. «De modo que olvídale —se dijo Sharpe para sus adentros—, deja escapar el sueño», y trató de enfrascarse en la actividad del barco. Llewellyn y él estaban celebrando una competición entre los infantes de marina para ver quién podía realizar más disparos de mosquete en tres minutos. Los hombres estaban mejorando, aunque ninguno había igualado aún a Sharpe. Él los adiestraba, los animaba, les lanzaba maldiciones, y cada mañana ellos llenaban de humo de pólvora la cubierta del castillo de proa, hasta que por fin Sharpe consideró que los infantes de marina eran tan buenos como cualquier compañía de casacas rojas. Practicó con el alfanje, enfrentándose a Llewellyn de un extremo a otro de la cubierta de intemperie, dando tajos y tirando estocadas, parando y arremetiendo hasta que el sudor le corría por el rostro y el pecho. Algunos infantes de marina practicaban con picas de abordaje, unas varas de madera de fresno de casi dos metros y medio de longitud con unas finas puntas de acero que, según afirmaba Llewellyn, eran maravillosamente efectivas para despejar los pasadizos estrechos en los barcos enemigos. El galés también alentaba a utilizar hachas de abordaje, que tenían unas siniestras hojas en unos mangos cortos.

—Son toscas —admitió Llewellyn—, pero por Dios que asustan a los franchutes. Un hombre no pelea mucho rato con una de éstas hundida en el cráneo, Sharpe. Se lo aseguro. Enfrían su ardor, ya lo creo.

Cruzaron el ecuador. Como todo el mundo a bordo ya lo había cruzado antes, no hubo necesidad de hacer pasar a nadie por la terrible experiencia de que lo vistieran con ropa de mujer, lo afeitaran con un alfanje y lo metieran en agua de mar. No obstante, uno de los marineros se disfrazó de Neptuno y recorrió el barco con un improvisado tridente exigiendo el tributo tanto de marineros como de oficiales. Chase ordenó una doble ración de ron, desplegó un ala más grande que había cosido el velero y observó al *Revenant* en el horizonte del noroeste.

Entonces llegó la calma chicha. Durante una semana los dos barcos recorrieron

apenas cuarenta millas. Simplemente, estaban en medio de un mar vítreo en el que sus reflejos eran casi tan perfectos como en un espejo. Las velas colgaban y el humo de la pólvora producido por la práctica con las armas formaba una nube inmóvil alrededor de uno y otro barco, de manera que, desde lejos, el *Revenant* parecía una masa de niebla aparejada con mástiles y velas. El teniente Haskell intentó cronometrar las descargas del barco francés observando el movimiento en la nube a través de su catalejo.

—Sólo un disparo cada tres minutos y veinte segundos —concluyó finalmente.

—No se están esforzando demasiado —comentó Chase—. Montmorin no va a dejar que me entere de lo bien entrenados que están sus hombres. Puede estar seguro de que son mucho más rápidos.

—¿Y nosotros cuán rápidos somos? —le preguntó Sharpe a Llewellyn.

El galés se encogió de hombros.

—¿En un buen día, Sharpe? Tres andanadas en cinco minutos. No es que disparemos nunca una andanada propiamente dicha. ¡Dispare toda la andana, Sharpe, y el maldito barco caerá hecho pedazos! Lo que hacemos es disparar sucesivamente, ¿sabe? Un cañón tras otro. Es algo bonito de ver, ya lo creo, y después de eso los cañones van disparando a medida que se cargan. Los servidores más rápidos pueden llegar a efectuar tres disparos en cinco minutos sin ningún problema, aunque los cañones más grandes son más lentos. No obstante, nuestros muchachos son buenos. No hay muchos franceses que puedan hacer tres disparos en cinco minutos.

Algunos días Chase intentaba remolcar el barco para acercarlo más al *Revenant*, pero el francés también utilizaba sus botes para remolcarse, de modo que los enemigos mantuvieron sus posiciones. Un día una insólita brisa casi llevó al *Revenant* más allá del horizonte, dejando atrás al *Pucelle*, pero al día siguiente le tocó a la embarcación británica ser empujada hacia el norte mientras el *Revenant* permanecía encalmado. El *Pucelle* fue avanzando con un viento casi imperceptible, acercándose cada vez más al enemigo. Las ondulaciones que provocaba a su paso apenas alteraban aquel mar que parecía un cristal y, palmo a palmo, metro a metro, cable a cable, acortó las distancias respecto al *Revenant* pese a todos los esfuerzos de los remeros franceses que iban por delante en los botes de su barco. El *Pucelle* siguió salvando distancias hasta que al final el capitán Chase ordenó quitar el tapón de boca del veinticuatro libras situado a popel de babor. El cañón ya estaba cargado, pues todas las piezas se dejaban cargadas, y el artillero sacó la cubierta de plomo del oído e introdujo un pedernal en su sitio. El capitán se había ido al extremo de proa de la cubierta de intemperie, donde estaba el redil con las cabras del *Pucelle*, y se agachó junto a la porta abierta.

—Después del primer disparo, cargaremos con balas encadenadas —decidió.

A primera vista las balas de Chase parecían normales y corrientes, pero estaban

divididas en dos mitades que se separaban cuando el proyectil abandonaba el cañón. Las mitades estaban unidas por un corto tramo de cadena y los dos hemisferios giraban por los aires, con la cadena entre ellos, para cortar y desgarrar los aparejos del enemigo.

—Está muy lejos para las balas encadenadas —le dijo el artillero a Chase.

—Nos acercaremos —señaló Chase. Tenía la esperanza de inutilizar las velas del *Revenant*, luego acercarse y acabar con él con balas macizas—. Nos acercaremos —repitió al tiempo que se inclinaba hacia el cañón y miraba al enemigo que ya casi estaba a tiro. La luz del sol se reflejaba en el dorado de la popa. La bandera tricolor pendía laxa de la cangreja y la baranda de la embarcación estaba abarrotada de hombres que debían de estarse preguntando por qué el viento era tan caprichoso como para favorecer a los británicos. Sharpe miraba por un catalejo, esperando vislumbrar el cabello largo y la casaca azul de Peculiar Cromwell, o a Pohlmann y a su criado, pero no podía distinguir a los individuos que permanecían observando cómo el *Pucelle* se acercaba deslizándose. Veía el nombre del barco en su popa, veía el agua que bombeaban de la sentina y el cobre, que entonces era de un color verde pálido, en su línea de flotación.

De pronto, a los botes que remolcaban al *Revenant* los llamaron de vuelta. Chase soltó un gruñido.

—Probablemente planeen hacer girar la proa —sugirió—, para mostrarnos el costado. ¡Tambor!

Un chico de los infantiles de marina dio un paso adelante.

—¿Señor?

—Dé el toque de preparación para la batalla —dijo Chase y acto seguido levantó una mano—. ¡No, espere! ¡Deténgase!

Después de todo, el viento no era tan caprichoso, y a los botes del *Revenant* no se les había dado la orden de retirarse para darle la vuelta al barco, sino porque Montmorin había visto que una vacilante brisa rizaba el agua a popa. Entonces sus velas se izaron, se desplegaron y se tensaron y de pronto el barco francés se deslizó hacia delante, fuera del alcance de los cañones.

—Maldita sea —dijo Chase en tono suave—, maldita sea su suerte francesa del demonio. —Se desmontó el pedernal, el tampón de boca se introdujo en la boca, se cerró la porta y se aseguró el veinticuatro libras.

Al día siguiente el *Revenant*, beneficiándose de una injusta brisa, volvió a tomar la delantera, y a finales de la semana de calma chicha las dos embarcaciones volvían a estar a un horizonte de distancia, aunque el barco francés se hallaba entonces justo delante del *Pucelle*.

—Está lo bastante lejos —dijo Chase con amargura como para verlo entrar a salvo en el puerto.

Los días que prosiguieron hubo unas corrientes contrarias y unos fuertes vientos del nordeste, de modo que ambas embarcaciones ciñeron el viento todo lo que pudieron. Chase llamaba a esto «navegar de bolina» y el *Pucelle* demostró ser el mejor navegante, con lo que lenta, muy lentamente, empezó a recuperar el terreno perdido. El barco batía con fuerza contra las olas, rompiendo el mar en pedazos que caían en cubierta y en el velamen. En ocasiones los chubascos emborronaban la visión que el *Pucelle* tenía del *Revenant*, pero éste reaparecía siempre; a través de su catalejo, Sharpe lo vio cabecear, como el *Pucelle*. Una vez, mientras miraba el barco de guerra negro y amarillo, vio unas tiras de lona que se agitaban en su proa y durante unos segundos pareció que el barco se acercaba a él, pero al cabo de unos instantes más la embarcación francesa había izado una vela nueva en sustitución de la que se había roto.

—Lona desgastada —comentó el primer teniente—. Supongo que es por eso por lo que nosotros vamos más rápidos con el viento de bolina. Tiene las velas del trinquete raídas.

—O sus estays no están lo bastante tensos —murmuró Chase al tiempo que observaba cómo retomaba el *Revenant* su rumbo anterior—. Pero han cambiado esa vela con mucha rapidez —admitió en tono compungido.

—Es probable que tuvieran la nueva preparada, señor —sugirió Haskell.

—Es lo más probable —coincidió Chase—. Es bueno nuestro Louis, ¿no?

—Seguramente tiene sangre inglesa —dijo Haskell muy en serio.

Pasaron las islas de Cabo Verde, que eran unos meros borrones en un horizonte difuminado por la lluvia y, al cabo de una semana, durante otro temporal de lluvias, divisaron las Canarias. Por allí había un montón de embarcaciones del lugar, pero al ver a los dos buques de guerra salieron disparadas a refugiarse.

Quedaba tan sólo una semana, tal vez un día menos, para llegar a Cádiz.

—Llegaré a puerto el día de mi cumpleaños —dijo Chase mientras miraba por su catalejo, luego lo plegó y se dio la vuelta para ocultar su amargura puesto que, a menos que ocurriera un milagro, sabía que se enfrentaba a un completo fracaso. Tenía una semana para alcanzar al barco francés, pero el viento había rolado al oeste y durante los días siguientes el *Revenant* conservó la delantera, de modo que la bandera tricolor descolorida por el sol que ondeaba en su popa representaba un constante insulto a sus perseguidores.

—¿Qué hará Chase si no lo alcanza? —le preguntó aquella noche Grace a Sharpe.

—Seguir navegando hasta Inglaterra —respondió él. Hasta Plymouth, probablemente, y se imaginó desembarcando una lluviosa tarde de otoño en un muelle de piedra donde se vería obligado a mirar cómo lady Grace se marchaba en un coche de alquiler.

—Te escribiré —dijo ella, leyéndole el pensamiento—, si sé adónde hacerlo.

—A Shorncliffe, en Kent. El cuartel. —No pudo ocultar su sufrimiento. Los sueños estúpidos de un ridículo amor se desvanecían para dar paso a una cruda realidad, igual que se desvanecían las esperanzas de Chase de alcanzar al *Revenant*.

Grace estaba tumbada a su lado, miraba hacia la cubierta y escuchaba el siseo de la lluvia al caer sobre la lumbrera del camarote. Iba vestida, porque ya casi era la hora de que saliera por la puerta y bajara a su propio camarote sin que la vieran, pero se aferró a Sharpe y él vio la antigua tristeza en sus ojos.

—Hay una cosa —dijo ella en voz baja— que no iba a contarte.

—¿Que no ibas a contarme? —preguntó él—. Lo que significa que me la vas a contar...

—No iba a contártelo porque no se puede hacer nada.

Se imaginó lo que iba a decirle, pero dejó que lo dijera ella.

—Estoy embarazada —dijo Grace, y parecía triste.

Él le apretó la mano y no dijo nada. Sabía lo que le iba a decir, pero no le sorprendió.

—¿Estás enfadado? —preguntó ella con nerviosismo.

—Estoy contento —respondió Sharpe, y puso una mano en su vientre plano. Era cierto. Estaba rebosante de júbilo, aun a sabiendas de que aquella dicha no tenía futuro.

—Es hijo tuyo —dijo ella.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Tal vez sea el láudano, pero... —Se detuvo y se encogió de hombros—. Es tuyo. Pero William pensará que es suyo.

—No si no puede...

—¡Él creará lo que yo le diga! —le interrumpió ella con brusquedad; a continuación se echó a llorar y apoyó la cabeza en su hombro—. Es tuyo, Richard, y daría cualquier cosa para que el niño te conociera.

Pero pronto estarían en casa, ella se marcharía y Sharpe nunca vería al niño, porque Grace y él eran amantes ilícitos y no había futuro para ellos. Ninguno. Estaban condenados.

Ya la mañana siguiente todo cambió.



Era un día frío y lluvioso. El viento era del nornoroeste, por lo que el *Pucelle* iba completamente de bolina. La lluvia barría el mar, bullía en cubierta y goteaba por las velas. El agua estaba verde y gris, surcada de espuma y azotada por el viento. Los oficiales que había en el alcázar tenían un aspecto poco habitual porque iban ataviados con gruesos abrigos impermeables y Sharpe, que sentía el frío por primera vez desde que se había ido a la India, temblaba. El barco daba sacudidas y se

estremecía, luchando contra el mar y el viento, y a veces se escoraba mucho cuando una ráfaga de viento tensaba las velas. Siete hombres manejaban la doble rueda del timón; para mantener el rumbo del pesado barco contra el viento era necesaria la fuerza de todos ellos.

—Se nota el otoño en el ambiente —le dijo el capitán Chase a Sharpe a modo de saludo. El bicornio de Chase estaba cubierto de lona y lo llevaba atado por debajo del mentón—. ¿Ha desayunado?

—Sí, señor. —El desayuno no era gran cosa porque las provisiones empezaban a escasear en el *Pucelle*, y los oficiales, al igual que los marineros, subsistían con escasas raciones de carne de ternera, galleta de barco y café escocés, que era un brebaje repugnante de pan quemado disuelto en agua caliente y endulzado con azúcar.

—Estamos acortando las distancias —dijo Chase, indicando con un gesto de la cabeza hacia el distante *Revenant*, que sin duda lo estaba pasando igual de mal que el *Pucelle*, pues rompía el mar con su proa redondeada y las gotas de agua bañaban su casco mientras avanzaba todo lo al norte que el timonel podía conducirlo. El *Pucelle* iba cerrando el cerco de manera implacable, como siempre hacía cuando los barcos navegaban con el viento de bolina. Sin embargo, justo después de la segunda campanada de la guardia antes del mediodía, la brisa roló a sudsudoeste y el *Revenant* ya no tuvo el viento en contra sino que pudo navegar con las lonas extendidas a la traicionera amabilidad del aire y así mantener la delantera. Después, al cabo de una media hora, viró de pronto hacia el este, lo cual significaba que se dirigía hacia el estrecho de Gibraltar en lugar de hacia Cádiz.

—¡A estribor, a estribor! —le gritó Chase al timonel.

Haskell subió corriendo al alcázar, mientras los siete marineros hacían girar el timón del *Pucelle*. Los hombres que manejaban las velas se apresuraban por cubierta soltando las escotas. Las velas se agitaron y salpicaron la cubierta con agua de lluvia.

—¿Ha vuelto a romper las velas del trinquete? —gritó Haskell por encima del ruido de la batiente lona.

—No —respondió Chase. El francés avanzaba entonces con más rapidez y soltura, deslizándose por las olas y dejando una irregular estela de agua blanca en su popa—. ¡Se dirige a Toulon! —dedujo Chase, pero aún no había terminado de decirlo cuando el *Revenant* retomó su anterior rumbo y los marineros de servicio del *Pucelle*, que acababa de aflojar las escotas, tuvieron que volver a halarlas.

—¡Síganlo! —le gritó Chase al timonel, y volvió a desplegar su catalejo, destapó la lente y miró al barco francés—. ¿Qué diablos está haciendo? ¿Se está mofando de nosotros? ¿Sabe que está a salvo y quiere burlarse? ¡Maldito sea!

La respuesta llegó a los diez minutos, cuando un vigía exclamó que había un buque a la vista. Al cabo de veinte minutos más aparecieron dos barcos en el horizonte y el más próximo de los dos fue identificado como una fragata británica.

—No puede ser la escuadra de bloqueo —dijo Chase, desconcertado—, porque estamos demasiado al sur. —Al cabo de un momento el segundo barco pudo verse con más claridad: también se trataba de una fragata de la armada británica.

Estaba claro que el *Revenant* había cambiado el rumbo para evitar a aquellas dos embarcaciones cuando, al divisar sus gavias, temió que fueran navíos británicos de línea; luego, cuando vio que se enfrentaba a dos simples fragatas, había decidido abrirse camino hasta Cádiz a la fuerza.

—No tendrá ningún problema para quitárselos de encima —dijo Chase con pesimismo—. La única esperanza que tienen de detenerlo es interponerse en su camino.

De pronto unas señales ondearon en la brisa. Sharpe ni siquiera veía las lejanas fragatas, pero Hopper, el contramaestre de la tripulación de Chase, no tan sólo las veía, sino que además pudo identificar la embarcación más cercana.

—¡Es el *Euryalus*, señor!

—Henry Blackwood, por Dios —dijo Chase—. Es un buen hombre.

Tom Connors, el oficial de señales, se encontraba a mitad de camino en el flechaste del palo de mesana y desde allí observó con un catalejo al *Euryalus*, que hacía ondear una ristra de banderas de vivos colores desde su verga de mesana.

—¡La flota ha zarpado, señor! —gritó Connors con excitación, y acto seguido enmendó su informe—. El *Euryalus* quiere que nos identifiquemos, señor. Pero dice también que las flotas francesa y española han salido.

—¡Dios mío! ¡Válgame Dios! —Chase, cuyo rostro se desprendió de pronto de todo su cansancio y decepción, se volvió hacia Sharpe—. ¡La flota ha zarpado! —Parecía incrédulo y exultante al mismo tiempo—. ¿Está seguro, Tom? —le preguntó a Connors, que en aquellos momentos subía corriendo hasta las teleras situadas en la toldilla—. Pues claro que lo está. ¡Han zarpado! —Chase no pudo resistirse a dar dos o tres pasos de baile a modo de celebración que resultaron torpes a causa del pesado abrigo de lona impermeabilizada que llevaba—. ¡Los franchutes y los *dons* han zarpado! ¡Por Dios, han zarpado!

Haskell, que en general era muy adusto, tenía cara de estar encantado. La noticia se extendió por el barco a toda velocidad e hizo subir a cubierta a los marineros que no estaban de servicio. Incluso Cowper, el sobrecargo, que normalmente permanecía en las profundidades del barco como si fuera un topo, subió al alcázar, saludó a Chase de forma precipitada y luego miró hacia el norte como si esperara ver a la flota enemiga en el horizonte. Pickering, el cirujano, que habitualmente no salía de su catre hasta bien pasado el mediodía, subió pesadamente a cubierta, echó un vistazo a las distantes fragatas, luego murmuró que iba a ponerse fuera del campo de tiro y regresó abajo. Sharpe no acababa de entender la excitación y la sorpresa que habían causado a la tripulación; lo cierto, en su opinión, es que la noticia era desalentadora. El

teniente Peel le dio una palmada de alegría en la espalda, y entonces vio la confusa expresión del rostro del soldado.

—¿No comparte usted nuestra alegría, Sharpe?

—Pero el hecho de que la flota haya zarpado ¿no son malas noticias, señor?

—¿Malas noticias? ¡Por Dios, no! No habrían zarpado sin nuestro permiso, Sharpe. Los retenemos con un estrecho bloqueo, de manera que si han salido significa que les hemos dejado salir, y eso quiere decir que nuestra propia flota se encuentra en algún lugar por aquí cerca. Ahora el monsieur Franchute y el señor Don bailan al son que les tocamos nosotros, Sharpe. ¡Al que les tocamos nosotros! Y éste será un baile muy animado.

Al parecer Peel estaba en lo cierto, pues cuando el *Pucelle* izó una hilera de banderas que lo identificaban y describían su misión se produjo una larga espera mientras las fragatas británicas pasaban el mensaje a otros barcos que sin duda se hallaban más allá del horizonte, y si había otros barcos al otro lado de aquella línea gris eso sólo podía significar que la flota británica también había zarpado. Todas las flotas habían zarpado. Los buques de guerra de Europa se habían hecho a la mar y el alcázar de Chase se regocijaba por ello. El *Revenant* siguió navegando, sin que lo importunaran las dos fragatas que tenían peces más gordos que pescar que aquel solitario setenta y cuatro francés. El *Pucelle* continuó persiguiéndolo con diligencia, pero entonces otra ráfaga de color apareció entre las velas del *Euryalus* y todos los que estaban en el alcázar volvieron la vista hacia el oficial de señales, quien a su vez miró por un catalejo a la fragata.

—¡Dese prisa! —dijo Chase entre dientes.

—El vicealmirante Nelson le manda saludos, señor —dijo el teniente Connors, que apenas podía contener su entusiasmo—, y vamos a virar rumbo nornoroeste para unirnos a su flota.

—¡Nelson! —Chase pronunció el nombre con sobrecogimiento—. ¡Nelson! ¡Dios mío, Nelson!

Los oficiales incluso le dedicaron una ovación. Sharpe se los quedó mirando asombrado. Durante más de dos meses habían perseguido al *Revenant*, recurriendo hasta la última pizca del arte de la navegación para acercarse a él, y sin embargo ahora, que les ordenaban abandonar la persecución, se ponían a dar gritos de entusiasmo... ¿Iba el barco enemigo a alejarse sin más?

—Somos un regalo del cielo, Sharpe —le explicó Chase—. ¿Un navío de línea? Pues claro que Nelson nos quiere. ¡Sumamos cañones! ¡Vamos a enzarzarnos en una batalla, por Dios, sí señor! ¡Nelson contra los franchutes y los *dons*, eso es el paraíso!

—¿Y el *Revenant*? —preguntó Sharpe.

—¿Qué importa si no lo alcanzamos? —preguntó Chase como si nada.

—Tal vez importe en la India.

—Eso será problema del ejército —replicó Chase quitándole importancia—. ¿No lo entiende, Sharpe? ¡La flota enemiga ha zarpado! ¡Vamos a bombardearlos hasta convertirlos en astillas! Nadie puede culparnos por abandonar una persecución para unirnos a la batalla. Además, la decisión es de Nelson, no mía. ¡De Nelson, Dios mío! ¡Ahora sí que estamos bien acompañados! —Ejecutó otro breve y torpe baile de marineros antes de coger su megáfono para dar las órdenes que harían virar al *Pucelle* hacia la flota británica que estaba más allá del horizonte, pero antes de que pudiera coger aire siquiera, un grito procedente de las crucetas del palo mayor anunció que se divisaba otra flota en el horizonte septentrional.

—Mantenga el rumbo —ordenó Chase al timonel y salió corriendo hacia los obenques del palo mayor seguido por media docena de oficiales. Sharpe fue más despacio. Trepó por los flechastes empapados de agua, salvó la boca de lobo y enfocó su catalejo hacia el norte, pero no vio nada aparte de un mar azotado por el viento y una masa de nubes en el horizonte.

—El enemigo. —El capitán Llewellyn, de los infantes de marina, había llegado al enjaretado de la cofa mayor y se había situado al lado de Sharpe. Musitó las palabras—. Dios mío, es el enemigo.

—¡Y el *Revenant* se unirá a ellos! —dijo Chase—. Eso es lo que creo. Se alegrarán tanto de la compañía de Montmorin como Nelson se ha alegrado de la nuestra. —Se volvió hacia Sharpe con una sonrisa—. ¿Lo ve? ¡Puede que no lo hayamos perdido después de todo!

¿El enemigo? Sharpe seguía sin ver nada más que nubes y mar, pero entonces se dio cuenta de que lo que había tomado por una franja de nubes de un blanco sucio en el horizonte era en realidad una concentración de gavias. En aquel horizonte había una flota de barcos que navegaban directamente hacia su anteojo y sus velas se fusionaban de manera que se hacían borrosas. ¡A saber cuántos barcos habría!, pero Chase había dicho que las armadas de Francia y España se habían hecho a la mar conjuntamente.

—Yo veo treinta —afirmó el teniente Haskell sin demasiada seguridad—, o tal vez más.

—Y vienen hacia el sur —comentó Chase, desconcertado—. Creía que esos granujas tenían que ir hacia el norte para cubrir la invasión...

—Son navegantes franceses —dijo el teniente Peel, el hombre rechoncho que tan bien había cantado en el concierto—. Creen que Gran Bretaña está frente a las costas de África.

—Con tal de que los atrapemos pueden navegar hasta la China si quieren —comentó Chase, quien plegó su catalejo y desapareció por las arraigadas. Sharpe se quedó en la cofa mayor hasta que un chubasco emborronó la distante flota.

El *Pucelle* viró al oeste, pero el caprichoso viento cambió con él, por lo que tuvo

que abrirse camino hacia el Atlántico batiendo las aguas, golpeando las frías olas que rociaban las cubiertas restregadas con la piedra sagrada. La flota enemiga no tardó en perderse de vista, pero el rumbo fijado por Chase llevó al *Pucelle* a pasar junto a dos fragatas más que formaban la frágil cadena que conectaba la flota de Nelson con el enemigo. Las fragatas eran los exploradores, la caballería, y, habiendo encontrado al enemigo, se quedaban con él y mandaban mensajes que recorrían los largos y ventosos eslabones de su cadena. Connors observó las banderas de vivos colores y transmitió la información. El enemigo, informó, seguía navegando hacia el sur y el *Euryalus* había contado treinta y tres navíos de línea y cinco fragatas, aunque al cabo de dos horas la cifra total había aumentado con otro barco de línea, porque al *Revenant*, tal como había previsto Chase, le habían ordenado unirse a la flota enemiga.

—¡Treinta y cuatro presas de guerra! —exclamó Chase, jubiloso—. ¡Por Dios que vamos a machacarlos!

El último eslabón de la cadena no era una fragata de una sola cubierta, sino un navío de línea que, para asombro de Sharpe, fue identificado antes incluso de que su casco asomara por encima del horizonte.

—Es el *Mars* —dijo el teniente Haskell mientras miraba por su catalejo—. Reconocería esa gavia de mesana en cualquier sitio.

—¿El *Mars*? —En aquellos momentos los ánimos de Chase se elevaban hacia los cielos—. ¡Con que Georgie Duff! Él y yo fuimos guardiamarinas juntos, Sharpe. Es escocés —añadió, como si creyera que eso era relevante—. Es un tipo grandote, ya lo creo que sí, ¡lo bastante grande como para ser boxeador profesional! Recuerdo su apetito: el pobre nunca tenía comida suficiente para calmarlo.

Una hilera de banderas apareció en el palo de mesana del *Mars*.

—Nuestro número, señor —informó Connors, y esperó unos segundos—. ¿Qué le trae a casa con tanta prisa?

—Salude de mi parte al capitán Duff —dijo Chase alegremente— y dígame que sabía que pronto iba a necesitar un poco de ayuda. —El oficial de señales sacó unas banderas de la telera, un guardiamarina las sujetó a la driza y un marinero las izó.

—El capitán Duff le asegura, señor, que no permitirá que suframos ningún daño —informó Connors al cabo de un momento.

—¡Vaya, es un buen tipo! —dijo Chase, encantado con el insulto—. Un buen tipo.

Al cabo de una hora apareció otra nube de velas, sólo que ésta se hallaba en el horizonte occidental y pasó de ser una mancha borrosa a ser el concentrado velamen de una flota. Veintiséis navíos de línea, sin contar al *Mars* ni al *Pucelle*, navegaban hacia el norte. Chase llevó su barco hacia la cabeza de la línea; mientras tanto, sus oficiales se amontonaban en la baranda de sotavento y miraban los distantes barcos.

Lord William y lady Grace, ambos envueltos en unos pesados abrigos, habían subido a cubierta para ver a la flota británica.

—¡Ahí está el *Tonnant*! —festejó Chase—. ¿Lo ve? Un barco precioso ¡Precioso! Un ochenta y cuatro. Fue capturado en el Nilo. Dios, recuerdo que después lo vi entrar en Gibraltar, sin masteleros de gavia y con sangre seca en los imbornales, pero no me diga que ahora no se ve hermoso, ¿eh? ¿Quién lo tiene?

—Charles Tyler —respondió Haskell.

—¡Es muy buen tipo, sin duda! ¿Y ése es el *Swiftsure*?

—Sí, señor.

—Dios mío, también estaba en el Nilo. Entonces lo tenía Ben Hallowell. El querido Ben. Ahora lo maneja Willy Rutherford —le dijo a Sharpe, como si tuviera que sonarle el nombre—, un buen tipo, ¡un tipo estupendo! ¡Mire el cobre del *Royal Sovereign*! Es nuevo. Navegará tan rápido como quiera. —Estaba señalando a uno de los buques de guerra más grandes, una enorme bestia con tres cubiertas de batería; Sharpe, que miraba por su catalejo, veía el reluciente brillo de su casco recién revestido de cobre cada vez que la embarcación se inclinaba con el viento. Cuando se ladeaban con la brisa, los demás barcos mostraban siempre una franja de cobre que se había vuelto verde debido al mar, pero la parte inferior del casco del *Royal Sovereign* brillaba como el oro—. Es el buque insignia del almirante Collingwood —le dijo Chase a Sharpe—. Él es un buen tipo. No tan bueno como su perro, pero un buen tipo.

Para Chase todos eran unos buenos tipos. Estaba Billy Hargood, que gobernaba el *Belleisle*, un setenta y cuatro que había sido capturado a los franceses; Jimmy Morris, del *Colossus*, y Bob Moorsom, del *Revenge*.

—He aquí un tipo que sabe cómo adiestrar a la tripulación de un barco —comentó Chase con afecto—. ¡Aguarde a verlo en batalla y ya verá, Sharpe! Puede disparar andanadas más rápido que nadie.

—El *Dreadnought* es más rápido —sugirió Peel.

—¡El *Revenge* es mucho más rápido! —exclamó Haskell, irritado por el comentario del subteniente.

—El *Dreadnought* es rápido, no hay duda, es rápido —Chase trató de mediar entre sus dos tenientes de más categoría. Le señaló el *Dreadnought* a Sharpe, que vio otros tres puentes—. Sus cañones son rápidos —dijo Chase—, pero es terriblemente lento navegando de bolina. Lo tiene John Conn, ¿no es cierto?

—Sí, señor —respondió Peel.

—¡Qué buen tipo es! No me gustaría apostar ni un cuarto de penique a ver cuál de ellos es más rápido con sus cañones. Conn o Moorsom. Compadezco a los barcos a los que les toque como pareja de baile... ¡Mire, el *Orion*! Estaba en el Nilo. Ahora lo tiene Edward Codrington. ¡Qué buen tipo es! Y su esposa, Jane, es una mujer

encantadora. ¡Mire! ¿No es ése el *Prince*? Sí, claro que lo es. ¡Navega como un almiar! —Señalaba a otro tres puentes que se abría camino a golpes hacia el norte—. Dick Grindall. Es un tipo de primera.

Por detrás del *Prince* había otro setenta y cuatro, que, incluso para la no instruida mirada de Sharpe, mostraba el mismo aspecto que el *Revenant* o el *Pucelle*.

—¿Es francés? —preguntó al tiempo que lo señalaba.

—Sí, lo es —respondió Chase—. Es el *Spartiate*, y está embrujado, Sharpe.

—¿Embrujado? .

—Navega más rápido por la noche que durante el día.

—Eso es porque está hecho con maderos robados —opinó el teniente Holderby.

—Lo tiene sir Francis Laforey —dijo Chase—, que es un tipo estupendo. ¡Mire, ahí hay uno pequeñito! ¿Cuál es?

—El *Africa* —contestó Peel.

—Sólo sesenta y cuatro cañones —dijo Chase—, pero está a las órdenes de Harry Digby ¡y no hay un tipo mejor que él en la flota!

—Ni más rico —intervino Haskell con sequedad, y a continuación explicó a Sharpe que el capitán Henry Digby había sido escandalosamente afortunado en lo referente al botín de guerra.

—Un ejemplo para todos nosotros —comentó Chase en tono piadoso—. ¿No es ése el *Defiance*? ¡Por Dios, sí que lo es! Quedó muy maltrecho en Copenhague, ¿verdad? ¿Quién es ahora su capitán?

—Philip Durham —dijo Peel, y a continuación movió los labios para articular las cuatro siguientes palabras de Chase.

—¡Es un tipo estupendo! —explicó Chase—. ¡Y mire, el *Saucy*!

—¿El *Saucy*? —preguntó Sharpe.

—El *Temeraire*. —Chase dignificó el enorme tres puentes con su nombre propio—. Noventa y ocho cañones. ¿Quién lo tiene ahora?

—Eliab Harvey —respondió Haskell.

—Así es, así es. Un nombre extraño, ¿eh? ¿Eliab? No lo conozco, pero seguro que es un tipo excelente, ¡excelente! ¡Y mire! ¡El *Achille*! Lo tiene Dick King, que es un tipo magnífico. ¡Y mire, Sharpe, el *Billy Ruffian*! ¡Si el *Billy Ruffian* está aquí todo va bien!

—¿El *Billy Ruffian*? —preguntó Sharpe, desconcertado por aquel nombre asignado sin duda a un setenta y cuatro de dos puentes que por otro lado no tenía nada de especial.

—El *Bellerophon*, Sharpe. Fue el buque insignia de Howe y del Glorioso Primero de Junio, y estuvo en el Nilo, ¡por Dios! Allí mataron al pobre Henry Darby, que en paz descansa. Era irlandés y un hombre excelente, ¡excelente! Ahora lo tiene John Cooke, que es un tipo robusto como nunca hubo otro en Essex.

—Heredó un dinero —dijo Haskell— y se mudó a Wiltshire.

—¿Ah, sí? ¡Me alegro por él! —comentó Chase, y a continuación enfocó de nuevo al *Bellerophon* con su catalejo—. Es una embarcación rápida —dijo con envidia, aunque su *Pucelle* era igual de rápido—. Un barco muy bonito. Construido en Medway. ¿Cuándo lo botaron?

—En el ochenta y seis —respondió Haskell.

—Y costó treinta mil doscientas treinta y dos libras, catorce chelines y tres peniques —terció Collier, quien luego pareció avergonzarse de su interrupción—. Lo siento, señor —le dijo a Chase.

—No lo sienta, muchacho. ¿Está seguro? Claro que sí, su padre es perito en el astillero de Sheerness, ¿verdad? Y dígame, ¿en qué se gastaron los tres peniques?

—No lo sé, señor.

—En un clavo de medio penique, probablemente —intervino lord William mordazmente—. La especulación en los astilleros de Su Majestad es sencillamente escandalosa.

—¡Lo que es escandaloso —replicó Chase, a quien la protesta había molestado— es que el gobierno permita que se entreguen barcos mal preparados a buenos marineros! —Dio la espalda a lord William con el ceño fruncido, pero recuperó su buen humor cuando volvió a ver los cascos negros y amarillos de la flota británica.

Sharpe no hacía más que mirar a la flota con sobrecogimiento, dudando que alguna vez volviera a ver una cosa semejante. Aquélla era la flota de su majestad británica, su flota en alta mar, una procesión de majestuosas baterías de cañones, inmensa, lenta, pesada y terrible. Avanzaban tan despacio como unas carretas cargadas hasta los topes con la cosecha, con sus popas redondeadas sometiendo los mares y la belleza de sus costados negros y amarillos ocultando los cañones en sus oscuras entrañas.

Sus rodas eran doradas y sus mascarones de proa una profusión de escudos, tridentes, pechos desnudos y desafío. Sus velas, de color amarillo, crema y blanco, formaban un banco de nubes y sus nombres eran una lista de triunfos: *Conqueror* y *Agamemnon*, *Dreadnought* y *Revenge*, *Leviathan* y *Thunderer*, *Mars*, *Ajax* y *Colossus*. Aquellos eran los barcos que habían acobardado a los daneses, vencido a los holandeses, diezmado a los franceses y perseguido a los españoles por los mares. Aquellos barcos gobernaban las olas, pero entonces una última flota enemiga los desafiaba y ellos avanzaban para presentar batalla.

Sharpe miró a lady Grace: una mujer alta, de pie junto a los obenques del palo de mesana. Le brillaban los ojos, había color en sus mejillas y sobrecogimiento en su rostro mientras miraba fijamente la majestuosa hilera de barcos. Parecía contenta, pensó Sharpe, contenta y hermosa. Entonces vio que lord William también la miraba, pero con una expresión sardónica en el rostro. Luego lord William volvió la vista

hacia Sharpe, que se apresuró a dirigir de nuevo la mirada hacia la flota británica.

La mayor parte de los barcos eran de dos puentes. Dieciséis de ellos, como el *Pucelle*, llevaban setenta y cuatro cañones, y en cambio había tres, como el *Africa*, que sólo tenían sesenta y cuatro cañones cada uno. Uno de los dos puentes, el barco francés capturado, el *Tonnant*, llevaba ochenta y cuatro cañones; los otros siete barcos de la flota eran los imponentes tres puentes, con unos noventa y ocho o cien cañones. Dichas embarcaciones eran los brutales asesinos de las profundidades, las baterías de cañones de costados largos y planos que podían lanzar una mortífera cantidad de metal, pero Chase, sin demostrar ninguna alarma ante la perspectiva, le contó a Sharpe que había un famoso cuatro puentes español, el mayor barco del mundo, que llevaba más de ciento treinta cañones.

—Esperemos que esté con su flota —dijo— y que podamos ponernos al paio costado con costado. ¡Piense en el dinero del botín!

—Piense en la carnicería... —dijo lady Grace en voz baja.

—Eso no hay ni que pensarlo, señora —respondió Chase diligentemente—, no hay ni que pensarlo, pero le garantizo que cumpliremos con nuestro deber. —Se llevó el telescopio al ojo—. ¡Ah! —exclamó al tiempo que observaba el barco británico que iba en cabeza, un tres puentes con unos adornos dorados que trepaban y envolvían su enorme popa—. Y ahí está el mejor tipo de todos. ¡Señor Haskell! Un saludo de diecisiete cañones, si es tan amable.

El barco que iba en cabeza era el *Victory*, una de las tres embarcaciones de la flota británica con cien cañones y también el barco insignia de Nelson. A Chase se le llenaron los ojos de lágrimas mirando al *Victory*.

—¡Qué no haría yo por ese hombre! —exclamó—. Nunca he luchado por él y creía que nunca iba a tener la oportunidad de hacerlo. —Chase se secó los ojos con los puños de las mangas cuando el primero de los cañones del *Pucelle* disparó con estrépito desde la cubierta de intemperie para saludar a lord Horatio Nelson, vizconde y barón Nelson del Nilo y de Burnham Thorpe, barón Nelson del Nilo y de Hilborough, caballero de la Honorabilísima Orden de Bath y vicealmirante de los Blancos—. Se lo aseguro, Sharpe —dijo Chase, todavía con lágrimas en las mejillas: navegaría por el cuello del infierno por ese hombre.

El *Victory* había estado haciendo señales al *Mars*, el cual, a su vez, pasaba los mensajes por la cadena de fragatas hasta el *Euryalus*, que era el barco que se encontraba más cerca del enemigo, pero entonces la señal del buque insignia descendió y se izó en su mesana una nueva hilera de brillantes banderas ondulantes. Los cañones del *Pucelle* seguían disparando el saludo y los proyectiles silbaban y caían al océano vacío por el lado de estribor.

—¡Nuestro número, señor! —le gritó el teniente Connors al capitán Chase—. Nos da la bienvenida, señor, y dice que tenemos que pintar los aros de los mástiles de

amarillo. ¿De amarillo? —parecía desconcertado—. Sí, amarillo, señor, dice amarillo, y tenemos que tomar posición a popa del *Conqueror*.

—Acuse recibo —dijo Chase, y se volvió a mirar al *Conqueror*, un setenta y cuatro que navegaba a cierta distancia por delante de un tres puentes, el *Britannia*—. Es una embarcación lenta —comentó entre dientes Chase acerca del *Britannia*. Luego esperó a que sonara el último de los diecisiete cañones antes de coger el megáfono—. ¡Listos para cambiar de bordada!

Tenía por delante una delicada maniobra del arte de la navegación, que debería realizar bajo la mirada de una flota que valoraba dicho arte tanto como valoraba la victoria. El *Pucelle* tenía las velas amuradas a estribor y debía virar de bordo para poder unirse a la columna de barcos que se dirigían hacia el norte con las velas amuradas a babor, pero cuando virara contra el viento no podría evitar perder velocidad y, si Chase calculaba mal, acabaría encalmado y avergonzado con el *Conqueror* tapándole el viento. Tenía que hacer virar su barco, dejar que cogiera velocidad y hacer que se deslizara suavemente en su lugar; si lo hacía demasiado rápido podía abordar al *Conqueror* y si lo hacía demasiado lento se quedaría bamboleándose inmóvil bajo la desdeñosa mirada del *Britannia*.

—Ahora, timonel, ahora —dijo, y los siete marineros tiraron de la enorme rueda del timón, en tanto que los tenientes bramaban a los que manejaban las velas que soltaran las escotas—. Israel Pellew tiene el *Conqueror* —le comentó Chase a Sharpe —, es un tipo estupendo y un marino sensacional. ¡Un marino sensacional! Es de Cornualles, ¿sabe? Parece que nazcan con sal en las venas, esta gente de Cornualles. ¡Vamos, cariño, vamos! —Le hablaba al *Pucelle*, que había girado su popa redondeada contra el viento y por un segundo dio la impresión de que iba a quedarse así, sin poder hacer nada, pero entonces Sharpe vio que el bauprés se movía de cara a aquel desfile de embarcaciones británicas y que los marineros corrían por cubierta, agarrando velas nuevas e izándolas en su sitio. Las velas se agitaban como enloquecidas, luego se tensaron con el viento y el barco se inclinó, cogió velocidad y se dirigió dócilmente hacia el espacio abierto detrás del *Conqueror*. La maniobra se había realizado a la perfección.

—Bien hecho, timonel —dijo Chase, fingiendo que no había sentido ninguna aprensión durante la maniobra—. ¡Bien hecho, miembros del *Pucelle*! ¡Señor Holderby! ¡Forme un grupo de trabajo y traiga un poco de pintura amarilla!

—¿Por qué amarilla? —preguntó Sharpe.

—Todos los demás barcos tienen los aros de los mástiles pintados de amarillo —respondió Chase, señalando con un gesto hacia la larga línea de embarcaciones—, mientras que los nuestros son como los de los franceses, negros. —Solamente los mástiles más altos estaban hechos de troncos enteros de pino, en tanto que los más bajos estaban formados por largos palos de madera agrupados, unidos y asidos por

dichos aros de hierro—. En combate —dijo Chase— quizá sea lo único en lo que se fijan. Verán aros negros, pensarán que somos un barco franchute y nos dispararán dos o tres andanadas de buena artillería británica en las tripas. ¡No podemos permitirlo, Sharpe! ¡Y menos si sólo depende de unas pinceladas de pintura! —Se dio la vuelta como un bailarín, incapaz de contener su euforia, pues su barco estaba en la línea de batalla, el enemigo se había hecho a la mar y Horatio Nelson era su jefe.

CAPÍTULO 9

Después de anochecer la flota británica viró por avante; la señal se pasó de barco a barco por medio de faroles colgados en las jarcias. En lugar de navegar hacia el norte, la flota puso entonces rumbo al sur, manteniéndose paralela a los barcos enemigos pero fuera de su vista. El viento había amainado, pero un largo oleaje proveniente de la oscuridad del oeste hacía que los lentos y pesados cascos se alzaran y descendieran. Fue una noche larga. Sharpe subió a cubierta en una ocasión. Vio los faroles de popa del *Conqueror* que se reflejaban en el mar que tenía delante, y luego miró hacia el este cuando una brillante llamarada apareció brevemente en el horizonte. El teniente Peel, abrigado contra el frío, consideró que sería una de las fragatas, que lanzaba luces de bengala para confundir al enemigo.

—Manteniéndolos despiertos, Sharpe, los mantenemos preocupados. —Peel dio unas palmadas con sus manos enguantadas y golpeó los pies contra la cubierta.

—¿Por qué nos dirigimos hacia el sur? —preguntó Sharpe. Estaba temblando. Había olvidado cómo podía llegar a cortar el frío.

—Sólo Dios lo sabe —respondió Peel alegremente—, y no va a decírmelo. No van a hacer frente a una fuerza invasora en el canal, eso seguro. Probablemente se dirigen al Mediterráneo, lo cual significa que mantendrán el rumbo hacia el sur hasta que hayan dejado atrás los bajíos del cabo Trafalgar, luego pueden dirigirse al este hacia los estrechos. ¿Ha mejorado usted con el ajedrez?

—No —respondió Sharpe—, hay demasiadas reglas. —Se preguntó si lady Grace se arriesgaría a acudir a su camarote, aunque lo dudaba, pues el barco, al que la noche envolvía, se hallaba anormalmente concurrido porque los hombres se estaban preparando para la mañana siguiente. Un marinero le trajo una taza de café escocés; él se bebió aquel líquido amargo y luego masticó las endulzadas migas de pan que daban el sabor al café.

—Debo confesar que ésta será mi primera batalla —dijo Peel de pronto.

—Y mi primera batalla en el mar —informó Sharpe.

—Eso te hace pensar —dijo Peel en tono nostálgico.

—Es mejor una vez ha empezado —sugirió Sharpe—. Es la espera lo que se hace difícil.

Peel se rió en voz baja.

—Algún cabrón ingenioso dijo una vez que nada concentra tanto la mente como la perspectiva de que te vayan a colgar por la mañana.

—Dudo que lo supiera —dijo Sharpe—. Además, mañana nosotros vamos a ser los verdugos.

—Sí, es verdad, es verdad —comentó Peel, aunque no podía ocultar los temores que le atormentaban—. Claro que podría ser que no pasara nada —dijo—. Tal vez

esos cabrones logren zafarse de nosotros. —Se fue a mirar la aguja y dejó a Sharpe contemplando la oscuridad. Sharpe se quedó en cubierta hasta que ya no pudo aguantar más el frío y se fue a temblar confinado en su catre, que tan horriblemente se asemejaba a un ataúd.

Se despertó justo antes del alba. Las velas se agitaban. Sacó la cabeza por la puerta de su camarote y le preguntó al mayordomo de Chase qué estaba ocurriendo.

—Viramos por redondo, señor. Vamos de nuevo hacia el norte, señor. Ahora viene el café, señor. Café auténtico. Reservé un puñado de granos porque al capitán le gusta su café. Le traeré el agua para que se afeite, señor.

En cuanto se hubo afeitado, Sharpe se puso la ropa, se echó la capa que le habían prestado sobre los hombros y se fue a cubierta, donde se encontró con que, en efecto, la flota había vuelto a virar hacia el norte. El teniente Haskell, que en aquellos momentos era el oficial de guardia, creía que Nelson se había dirigido hacia el sur para perderse de vista al enemigo y que así éste no utilizara la excusa de su presencia para volver a Cádiz, pero cuando los primeros rayos de luz grisácea se filtraron por el horizonte oriental, el almirante había hecho virar a su flota en un intento por situarse entre el enemigo y el puerto español.

El viento seguía siendo suave, de modo que la línea de grandes barcos avanzaba pesadamente hacia el norte a un ritmo más lento que el paso de un hombre. El cielo se iluminó, bruñendo las largas olas con cambiantes franjas en tonos plateados y escarlatas. El *Euryalus*, la fragata que había perseguido a la flota enemiga desde que ésta había salido de puerto, volvía a estar con la flota, mientras que al este, casi alineándose con el ardiente cielo por donde salía el sol, había una franja de sucias nubes que asomaban por el horizonte: eran las gavias del enemigo, que la distancia hacía borrosas.

—¡Dios mío! —El capitán Chase había aparecido en cubierta y había divisado las lejanas embarcaciones. Parecía cansado, como si hubiera dormido mal, pero iba vestido para la batalla, rindiendo honor al enemigo al haberse ataviado con su mejor uniforme, que normalmente estaba guardado en el fondo de un arcón. El hilo dorado de las charreteras gemelas relucía. Su sombrero adornado con borlas había sido cepillado hasta quedar brillante. Las medias blancas eran de seda, su casaca no estaba descolorida por el sol ni emblanquecida por la sal y la vaina de su espada estaba bruñida, así como las hebillas de sus limpios zapatos—. ¡Dios mío —repitió—, esos pobres hombres!

Las cubiertas de las embarcaciones británicas estaban abarrotadas de marineros, todos ellos mirando hacia el este. El *Pucelle* había visto a la flota francesa y española el día anterior, pero aquélla era la primera vez que la veían los miembros de la tripulación de los otros barcos de Nelson. Habían cruzado el Atlántico buscando a su enemigo, habían regresado desde las Antillas y, en los últimos días, habían virado por

avante y por redondo, habían navegado hacia el este y hacia el oeste, hacia el norte y hacia el sur, y algunos se habían preguntado si el enemigo realmente se había hecho a la mar, pero entonces, como si los hubiera convocado un demonio marino, treinta y cuatro navíos de línea enemigos se asomaron en el horizonte.

—No volverá usted a ver nada parecido —le dijo Chase a Sharpe al tiempo que hacía un gesto con la cabeza hacia la flota enemiga. Su mayordomo había llevado al alcázar una bandeja con tazas de auténtico café y Chase indicó con un ademán que sus oficiales debían servirse primero, luego él tomó la última taza. Levantó la vista hacia las velas, que se tensaban con el viento y a continuación se aflojaban, cuando las intermitentes rachas pasaban—. Nos llevará horas acercarnos a ellos —dijo de mal humor.

—Quizá se acerquen ellos a nosotros —comentó Sharpe, intentando levantarle los ánimos a Chase, que parecían haberse apagado con el amanecer y el penoso viento.

—¿Contra esto que no merece llamarse brisa? Lo dudo —Chase sonrió—. Además, no querrán entrar en combate. Han estado atracados en el puerto, Sharpe. No manejarán bien las velas, tendrán los cañones oxidados y la moral embarrada por los suelos. Preferirán huir.

—¿Y por qué no lo hacen?

—Porque si se dirigen al este desde aquí acabarán en los bancos de arena del cabo de Trafalgar y si huyen hacia el norte o el sur saben que los interceptaremos y los haremos pedazos, y eso significa que no tienen adónde ir. No tienen adónde ir, Sharpe. Nosotros tenemos los indicadores del tiempo, y eso es como dominar el terreno más elevado. Sólo ruego que los alcancemos antes de anochecer. Nelson combatió de noche en el Nilo y fue un triunfo, pero yo preferiría luchar a la luz del día. —Se terminó el café—. ¿De verdad eran los últimos granos? —le preguntó al camarero.

—Sí, señor, aparte de los que se humedecieron en Calcuta, señor, y se están enmoheciendo.

—De todas formas, ¿no se podrían moler? —sugirió Chase.

—Yo no se los daría ni a los cerdos, señor.

El *Victory* había izado una señal que ordenaba a la columna británica formar en el debido orden, lo cual sirvió para animar a los barcos más lentos a desplegar más velas y cerrar los huecos de la línea, pero entonces aquella señal se arrió y otra ondeó en su lugar.

—Prepárense para la batalla, señor —informó el teniente Connors, aunque no era necesario puesto que todos y cada uno de los hombres de a bordo, excepto los marineros de agua dulce como Sharpe, habían reconocido la señal. Y el *Pucelle*, al igual que los demás buques de guerra, ya se estaba preparando; de hecho, los marineros llevaban toda la noche preparando su barco.

Se esparció arena por las cubiertas para que los pies descalzos de los artilleros se afirmaran mejor en el suelo. Los coyotes de los marineros, como cada mañana, se enrollaron bien apretados y se llevaron a cubierta, donde se colocaron en las batayolas que coronaban la borda. Las hamacas apiñadas, sujetas entre las redes y amarradas bajo una lona que las protegía de la lluvia, servirían de baluarte contra el fuego de mosquete enemigo. Arriba, en la arboladura, un contramaestre dirigía a una docena de hombres que aseguraban las grandes vergas del barco, de las que colgaban las enormes velas con trozos de cadena. Otros marineros manejaban drizas y escotas de repuesto, con lo que a través de las jarcias no dejaban de caer pesados rollos de cuerda que golpeaban contra la cubierta.

—Les gusta destrozarnos los aparejos —le dijo el capitán Llewellyn a Sharpe—. Tanto a los *dons* como a los franchutes, les gusta disparar contra los mástiles, ¿sabe? De modo que las cadenas evitan que se caigan las vergas y las escotas de repuesto están ahí si los proyectiles rompen las otras. Pero, claro, perderemos uno o dos palos antes de que termine la jornada, Sharpe. ¡Durante la batalla llueven poleas y palos rotos, ya lo creo! —Llewellyn anticipaba aquel peligroso chaparrón con entusiasmo—. ¿Lleva el alfanje afilado?

—No le vendría mal tener mejor filo —admitió Sharpe.

—A proa, en la cubierta de intemperie —dijo Llewellyn—, hay un marinero con una rueda de pedal. Estará encantado de afilárselo.

Sharpe se unió a una cola de marineros. Algunos llevaban alfanjes, otros llevaban hachas y muchos de ellos habían ido a buscar las picas de abordaje que estaban en sus soportes en torno a los mástiles de las cubiertas superiores. Las cabras, que notaban que su rutina había cambiado, balaban lastimeramente. Las habían ordeñado por última vez y en aquellos momentos un marinero se arremangaba antes de sacrificarlas con un largo cuchillo. Estaban dismantelando el pesebre, con su paja peligrosamente combustible, y las reses se envasarían con sal para comerlas en un futuro. El primero de los animales se resistió brevemente; luego el olor a sangre se abrió camino entre el habitual hedor del barco.

Algunos marineros invitaron a Sharpe a que se pusiera el primero de la cola, pero él esperó su turno, mientras los artilleros que había por allí se burlaban de él.

—¿Ha venido a ver una batalla de verdad, señor?

—Nunca ganarán nada sin un verdadero soldado, muchachos.

—Éstos ganarán por nosotros, señor —dijo uno de ellos al tiempo que daba unas palmaditas en la recámara de su veinticuatro libras, sobre la cual alguien había escrito con tiza el mensaje: «Una píldora para Boney». Las mesas de la sala de oficiales, en las que comían los artilleros, las bajaron desmontadas a la bodega. Se estaba sacando de las cubiertas que quedaban por encima del agua todo el mobiliario de madera que se podía sacar para que no quedase reducido a astillas, que revoloteaban

mortíferamente con cada golpe de proyectil enemigo. También se llevaron el arcón y el catre de Sharpe, así como el elegante mobiliario de las dependencias de Chase. Los preciosos cronómetros y el barómetro los habían empaquetado con paja y los habían bajado a la bodega. Algunas embarcaciones izaban su mobiliario valioso a las jarcias con la esperanza de que allí estaría seguro, en tanto que otras lo confiaban a los botes, que se echaban al agua y se remolcaban a popa para mantenerlos alejados del cañoneo enemigo.

Un cabo de artillería le afiló el alfanje en la muela, comprobó el filo contra su pulgar y a continuación ofreció a Sharpe una sonrisa desdentada.

—Eso les proporcionará a esos cabrones un afeitado que no olvidarán nunca, señor.

Sharpe le dio seis peniques de propina y regresó nuevamente a cubierta, justo a tiempo de ver cómo bajaban trabajosamente los paneles que formaban las paredes de las dependencias de Chase por las escaleras del alcázar de camino a la bodega. Ya se habían desmontado los más sencillos mamparos de madera de los camarotes y la sala de los oficiales situados a popa de la cubierta de intemperie, por lo que entonces Sharpe pudo ver el barco en toda su longitud por primera vez, desde sus amplias ventanas de popa hasta el lugar donde los marineros barrían hasta la última brizna de paja del pesebre, en la proa de la embarcación. Estaban despojando al *Pucelle* de todos sus detalles y lo estaban convirtiendo en una máquina ofensiva. Subió al alcázar y vio que se hallaba igualmente vacío. El amplio espacio bajo la alargada toldilla, en lugar de albergar camarotes, era entonces una ancha extensión de cubierta abierta desde la rueda del timón hasta las ventanas del camarote de Chase. El comedor del capitán había desaparecido, las dependencias de Sharpe también, los cuadros los habían llevado abajo y el único artículo de lujo que quedaba era la alfombra de lona con recuadros blancos y negros sobre la que se asentaban los dos cañones de dieciocho libras.

Connors, apostado en la toldilla para observar las señales del buque insignia que la fragata *Euryalus* repetía, lanzó un grito dirigido a Chase.

—Vamos a virar en redondo sucesivamente y a seguir el rumbo del buque insignia, señor —Chase se limitó a asentir con la cabeza y miró al *Victory* que, en cabeza de la línea, giraba a estribor, de modo que entonces se dirigía directo al enemigo. El viento, si así se le podía llamar, soplaba directamente por detrás de él y el capitán Hardy, obedeciendo sin duda órdenes de Nelson, ya tenía a algunos hombres en las vergas para que extendieran las finas astas de las que colgaría sus alas.

Nueve barcos por detrás del *Pucelle*, otro tres puentes viró a estribor. Aquél era el *Royal Sovereign*, el buque insignia del almirante Collingwood, el segundo al mando de Nelson. Su brillante cobre relucía con la luz matinal; las embarcaciones que iban

detrás lo seguían hacia el este. Chase desvió la mirada del *Victory* al *Royal Sovereign*, y luego volvió a mirar al *Victory*.

—Dos columnas —dijo en voz alta—, eso es lo que está haciendo. Está formando dos columnas.

Incluso Sharpe lo comprendió. La flota enemiga formaba una línea desigual que se extendía a lo largo de unas cuatro millas por el horizonte oriental y ahora la flota británica estaba virando para dirigirse directa hacia esa línea. Los barcos giraron sucesivamente, los que se encontraban al frente de la flota describiendo una curva para alinearse detrás del *Victory* y los que estaban detrás siguiendo la estela del *Royal Sovereign*, de modo que las dos cortas hileras de embarcaciones se dirigían directamente hacia el enemigo como un par de cuernos arremetiendo contra un escudo.

—Cuando hayamos virado largaremos las alas, señor Haskell —dijo Chase.

—A la orden, mi capitán.

El *Conqueror*, el quinto barco de la columna de Nelson y que iba inmediatamente por delante del *Pucelle*, viró hacia el enemigo, mostrándole a Sharpe su largo costado pintado con franjas negras y amarillas. Las portas del *Conqueror*, situadas todas en las franjas amarillas, estaban pintadas de negro, lo que le daba un aspecto semejante a un damero.

—Sígalo, timonel —dijo Chase, y a continuación se dirigió hacia la mesa que había detrás de la rueda del timón, donde estaba abierto el cuaderno de bitácora. Mojó la pluma en la tinta y realizó una nueva entrada. «6:49 de la mañana. Viramos al este hacia el enemigo». Chase dejó la pluma, luego se sacó del bolsillo un pequeño cuaderno de notas y un lápiz—. ¡Señor Collier!

—¿Señor? —El guardiamarina estaba pálido.

—Voy a pedirle, señor Collier, que tome esta libreta y este lápiz y copie todas las señales que vea durante el día de hoy.

—¡A la orden, mi capitán! —respondió Collier a la vez que tomaba el cuaderno y el lápiz de manos de Chase.

El teniente Connors, el oficial de señales, oyó la orden desde su posición en la cubierta de toldilla. Pareció ofendido. Era un joven inteligente, tranquilo, concienzudo y pelirrojo. Chase, al advertir su descontento, subió junto a él.

—Sé que anotar las señales es responsabilidad suya, Tom —le dijo en voz baja—, pero no quiero que el joven Collier dé demasiadas vueltas a la cabeza. Manténgalo ocupado, ¿de acuerdo? Deje que piense que está haciendo algo útil y así no se preocupará tanto por si lo matan.

—Por supuesto, señor —dijo Connors—. Lo siento, señor.

—Buen chico —repuso Chase dándole unas palmaditas en la espalda. Luego volvió a bajar corriendo al alcázar y miró al *Conqueror* que acababa de completar su

viraje—. ¡Ahí va Pellew! —exclamó—. ¿Ve lo bien que extienden las alas sus marineros? —Los focos volantes del *Conqueror*, que sobresalían a ambos lados de sus enormes velas de cruz, no pudieron atrapar la brisa y los cazaron.

—Ahora es una carrera —dijo Chase—: maricón el último. ¡Vamos, con brío! ¡Con brío! —gritó a los marineros de la verga mayor, que habían sido muy lentos al soltar las vergas del ala del *Pucelle*. Sin duda Chase estaba pensando que Israel Pellew, el hombre de Cornualles que estaba al mando del *Conqueror*, lo estaría observando con ojo crítico, pero las vergas se soltaron con bastante destreza y, una vez finalizado el giro hacia el este, las velas cayeron con un gran golpeteo antes de que los marineros de cubierta las izaran y las tensaran. El enemigo aún se encontraba más abajo del horizonte y el viento era apenas un susurro—. Va a ser un camino largo y difícil —dijo Chase compungido—, un camino muy largo y muy difícil. ¿Está seguro de que no quedan más granos de café? —le preguntó al mayordomo.

—Sólo los que están enmohecidos, señor.

—Pues pruébelos, pruébelos.

Las enseñas británicas aparecieron en las popas de las embarcaciones. Aquel día, satisfaciendo los deseos de Nelson, todos y cada uno de los barcos llevaban la enseña blanca. Chase estaba preparado para izar la enseña roja en el palo de mesana, pues el comandante del puesto en las Indias Orientales había sido contralmirante de los rojos, pero al ver romper el blanco en la popa del *Conqueror* ordenó que se trajera esa bandera del almacén. Incluso Collingwood, vicealmirante de los azules, había izado la bandera blanca querida por Nelson en el palo de mesana del enorme tres puentes *Royal Sovereign*. Las banderas de la Unión se izaron en el mastelerillo de proa y en el estay del mastelero mayor, de modo que cada barco enarbolaba tres banderas. Tal vez los disparos echaran abajo dos mástiles, pero la bandera de Gran Bretaña seguiría ondeando.

Los infantes de marina desenrollaban las cuerdas de los rezones que habían colgado de las batayolas. Los rezones eran unos ganchos de tres púas que podían arrojar contra las jarcias del enemigo para acercarlo y abordarlo. Las tinajas de madera de cubierta, en las que normalmente se dejaban las velas escotas enrolladas, se estaban trasladando abajo. Algunos barcos habían arrojado las suyas por la borda, pero Chase consideraba que eso era un despilfarro.

—Pero a la puesta de sol, si Dios quiere, poseeremos el suficiente aprovisionamiento francés y español como para equipar dos buques de guerra. —Se dio la vuelta y se quitó el sombrero para saludar a lady Grace, que había aparecido en cubierta acompañada de su marido—. Le pido disculpas, señora, por haber desmantelado su camarote.

—Parece ser que hoy Gran Bretaña tiene una manera mejor de aprovechar el espacio... —repuso ella, divertida.

—Volverán a tener intimidad en cuanto nos hayamos ocupado de esos tipos —dijo Chase señalando con un gesto de la cabeza hacia la flota enemiga—, aunque cuando estemos al alcance de los cañones, señora, deberé insistir en que se retire bajo la línea de flotación.

—Preferiría ofrecer mis servicios al cirujano —repuso lady Grace.

—La bañera puede caer bajo fuego, señora —dijo Chase—, sobre todo si el enemigo baja sus cañones. Sería negligente por mi parte si no insistiera en que se refugiara en la bodega. Haré que le preparen un sitio.

—Irás a la bodega, Grace —dijo lord William—, tal como te ordena el capitán.

—Y tal como debería hacer también usted, milord —añadió Chase.

Lord William se encogió de hombros.

—Sé disparar un mosquete, Chase.

—No tengo ninguna duda de ello, milord, pero debemos evaluar si es usted más valioso para Gran Bretaña vivo o muerto.

Lord William asintió con un movimiento de cabeza.

—Si usted lo dice, Chase... —¿Estaba aliviado? Sharpe no lo sabía, pero lo que estaba claro es que lord William no estaba haciendo ningún esfuerzo para convencer a Chase de que lo dejara quedarse en cubierta—. ¿Cuánto falta para acercarse a ellos? —preguntó lord William.

—Cinco horas al menos —respondió Chase—, probablemente seis. —Un marinero estaba echando la corredera, que traía malas noticias cada vez que la lanzaban. Dos nudos se deslizaban entre sus dedos, a veces tres, pero la embarcación iba muy lenta a pesar de que Chase estaba atiborrando los mástiles de velas. Sharpe se quedó a unos diez pasos de lady Grace, sin atreverse a mirarla pero sumamente consciente de su presencia. ¡Embarazada! Sintió que el corazón le daba un vuelco con una extraña alegría, pero a continuación se estremeció, al darse cuenta de que pronto se separarían, ¿y qué le pasaría a su hijo entonces? Tenía la mirada fija en la cubierta de intemperie, donde dos artilleros colocaban los pedernales en los cañones. Otro artillero obtuvo permiso para subir al alcázar y armar los doce cañones de dieciocho libras y las cuatro carronadas de treinta y dos libras. Había otras dos brutales carronadas apostadas en el castillo de proa. Tenían un tubo corto y una boca ancha, y eran capaces de arrojar una terrible embestida de balas de cañón y de mosquete contra una cubierta enemiga.

En aquellos momentos había una docena de artilleros en las dependencias de Chase, que estaban maravillados ante los baos dorados y las ventanas delicadamente grabadas. Junto a cada uno de los cañones se colocaron unas pequeñas tinas de agua para limpiar las piezas o aplacar la sed de los servidores. Otros hombres arrojaban agua en las cubiertas y en los costados del barco para que la madera húmeda no se incendiara con facilidad. Se habían dispuesto unas tinas medio llenas de agua y

cubiertas con una tapa perforada a través de la cual se colgaba una mecha de combustión lenta por si acaso se rompía un pedernal. Abajo, en la cubierta del sollado, los marineros enrollaban el cable de un ancla para construir una cama gigantesca donde pudieran yacer los heridos mientras esperaban para ser visitados por Pickering, el cirujano, que cantaba mientras disponía sus cuchillos, sierras, sondas y tenazas. El carpintero estaba colocando tapabalazos por toda la cubierta del sollado. Los tapabalazos eran unos grandes conos de madera, untados con una gruesa capa de sebo, que podían introducirse en cualquier agujero que se hiciera cerca de la línea de flotación. Se prepararon cuerdas de recambio para el timón de manera que, si un proyectil rompía la rueda del mismo o una bala de cañón cortaba la cuerda de la caña, el barco pudiera gobernarse desde la cubierta de intemperie. Unos cubos de cuero contra incendios, la mayoría de ellos llenos de arena, habían sido colocados en grupos. Los grumetes servidores de la pólvora, unos chicos de diez u once años, llevaban las primeras cargas desde los paños. Chase había ordenado traer las bolsas azules, que eran el tamaño medio de carga. Las cargas de pólvora más grandes, que iban en bolsas de color negro, se utilizaban para disparar de lejos, las azules eran más adecuadas para un combate a corto alcance, en tanto que las bolsas rojas, que contenían la carga más pequeña y que normalmente se utilizaban para hacer señales, podían lanzar un proyectil contra el costado de un barco a quemarropa.

—Al final de la jornada —dijo Chase en tono nostálgico—, es probable que estemos poniendo doble carga de bolsas rojas. —De pronto se le iluminó el rostro—. ¡Dios mío, es mi cumpleaños! ¡Señor Haskell! ¡Me debe diez guineas! ¿Recuerda nuestra apuesta? Dije que alcanzaríamos al *Revenant* el día de mi cumpleaños, ¿verdad que sí?

—Le pagaré con mucho gusto, señor.

—No pagará usted nada, señor Haskell, nada de nada. Si Nelson no hubiera estado ahí, el *Revenant* se nos habría escapado. No es justo que un capitán gane una apuesta con la ayuda de un almirante. ¡Este café sabe bien! El moho lo hace más sabroso, ¿no le parece?

En la cocina se preparó un último *burgoo*, en cantidad abundante, con grandes pedazos de carne de cerdo y de ternera que flotaban en la avena grasienta. Sería la última comida caliente que disfrutarían los hombres antes de la batalla, pues los fuegos de la cocina deberían sofocarse por si un disparo enemigo alcanzaba el horno y extendía el fuego por una cubierta de batería donde las bolsas de pólvora esperaban para ser cargadas. Los marineros comieron sentados en cubierta, mientras los segundos contramaestres distribuían una ración doble de ron. Una banda empezó a tocar *Conqueror*.

—¿Dónde está nuestra banda? —quiso saber Chase—. ¡Que toquen! ¡Que toquen! Me gustaría tener un poco de música.

Pero antes de que pudiera reunirse la banda, el *Victory* hizo una señal al *Pucelle*, una señal que el *Euryalus* repitió.

—¡Nuestro número, señor! —gritó el teniente Connors, y entonces vio la fragata, que daba un amplio rodeo por el lado de babor de la columna de Nelson—. Lo invitan a desayunar con el almirante, señor.

—¿Ah, sí? —Chase parecía estar encantado—. Informe a su señoría de que voy de camino.

Se convocó a la tripulación de la barcaza, mientras ésta, que ya iba a remolque detrás del barco, se alzaba a babor. Lord William, que sin duda esperaba acompañar a Chase al *Victory*, dio un paso adelante, pero el capitán se volvió hacia Sharpe.

—¿Viene, Sharpe? ¡Pues claro que viene!

—¿Yo? —Sharpe parpadeó, asombrado—. ¡No voy vestido para conocer a un almirante, señor!

—Va bien, Sharpe. Quizá un poco andrajoso, pero bien. —Chase, que con total despreocupación hizo caso omiso de la mal disimulada indignación de lord William, bajó la voz—. Además, esperarán que lleve a un teniente, pero si llevo a Haskell, Peel nunca me lo perdonará, y si llevo a Peel, Haskell se sentirá ofendido, de modo que usted tendrá que servir. —Chase sonrió, pues le agradaba la idea de presentarle a Sharpe a su querido Nelson—. Y usted lo divertirá, Sharpe. Es un hombre perverso, le gustan los soldados. —Chase condujo a Sharpe hacia delante mientras la tripulación de la barcaza, a las órdenes del enorme Hopper, descendía por las escaleras construidas en el costado del *Pucelle*—. Usted primero, Sharpe —dijo Chase—. Los muchachos se encargarán de que no tome usted un baño.

En aquel entonces, el costado de un barco de guerra se inclinaba abruptamente hacia el interior, pues los barcos estaban contruidos para que sobresalieran cerca de la línea de flotación. Esa generosa inclinación hizo que los primeros escalones le resultaran a Sharpe muy fáciles, pero cuanto más se acercaba a la línea del agua, más empinados se volvían los estrechos peldaños. Además, aunque apenas había viento, el *Pucelle* subía y bajaba con las grandes olas, y también la barcaza bajaba y subía, y Sharpe notaba que las botas resbalaban por los travesaños de madera, resbaladizos a causa de las vegetaciones.

—Quédese ahí, señor —gruñó Hopper, y a continuación gritó—: ¡Ahora! —y dos pares de manos agarraron a Sharpe por los pantalones y la casaca sin ningún miramiento y lo bajaron sin ningún percance a la barcaza. Clouter, el esclavo huido, fue uno de los que le ayudaron y, cuando Sharpe se encontró a sus pies, le sonrió.

Chase descendió ágilmente los escalones, miró una vez hacia la barcaza que cabeceaba y puso los pies con gracia en el último banco de remeros.

—Habrás que darle duro a los remos, Hopper.

—Será muy fácil, señor, muy fácil.

El propio Chase tomó la caña del timón, en tanto que Hopper tomaba asiento en uno de los remos. En realidad, el recorrido era largo, y sería una dura boga, pero la barcaza se fue deslizándose junto a los barcos intermedios, y Sharpe pudo levantar la mirada hacia sus descomunales costados listados. Desde la barcaza blanca y roja, allí abajo entre el oleaje, las embarcaciones parecían enormes, pesadas e indestructibles.

—También lo he traído —le dijo Chase a Sharpe con una sonrisa burlona— porque sé que el incluirlo a usted molestará a lord William. Sin duda, él cree que tendría que haber sido invitado, pero, ¡por Dios, cómo hubiera aburrido a Nelson! —Chase saludó con la mano a un oficial que se hallaba en lo alto de la popa de un setenta y cuatro—. Ése es el *Leviathan* —le dijo a Sharpe—, a las órdenes de Harry Bayntun. Un tipo excelente, ¡excelente! Serví con él en el viejo *Bellona*. Yo no era más que un jovencito, pero fueron unos tiempos felices, ya lo creo. —La marejada levantó la popa del *Leviathan* y dejó al descubierto una extensión de cobre verdoso y algas trepadoras—. Además —prosiguió—, Nelson puede serle útil.

—¿Útil?

—Usted a lord William no le cae bien —dijo Chase, sin importarle que lo oyeran Hopper y Clouter, que tenían los dos remos más próximos a la popa—, y eso significa que intentará obstaculizar su carrera. Pero yo sé que Nelson es amigo del coronel Stewart y Stewart es uno de sus extraños fusileros, de modo que tal vez su señoría podría interceder por usted. Claro que lo hará, es la generosidad personificada.

Tardaron media hora en alcanzar al buque insignia, pero al fin Chase condujo la barcaza hacia el costado de babor del *Victory* y uno de sus marineros se enganchó a sus cadenas de modo que el pequeño bote quedara sujeto justo bajo otra escalera igual de empinada y peligrosa que aquella por la que Sharpe había descendido en el *Pucelle*. A media escalera había una entrada, pero la puerta estaba cerrada, lo que quería decir que Sharpe habría de trepar hasta arriba del todo.

—Usted primero, Sharpe —dijo Chase—. ¡Salte y agárrese ahí!

—Que Dios me ayude —murmuró Sharpe. Se puso de pie sobre una bancada de remo, giró el alfanje para que no le molestara y saltó hacia la escalera cuando una ola hizo ascender la barcaza. Se agarró con desesperación y luego trepó dejando atrás el marco dorado de la entrada. Desde la cubierta de intemperie una mano lo agarró y tiró de él a través del portalón de entrada, donde una hilera de segundos contramaestres aguardaba para darle la bienvenida a Chase con sus silbatos.

Chase trepó por el costado con una sonrisa en los labios. Un teniente inmaculadamente uniformado lo saludó y luego inclinó la cabeza cuando le presentaron a Sharpe.

—Es usted muy bien recibido, señor —le dijo el teniente a Chase—. Otro setenta y cuatro hoy es como una bendición del cielo.

—Es muy amable por su parte dejar que me sume a las celebraciones —dijo

Chase a la vez que se quitaba el sombrero para saludar al alcázar. Sharpe se apresuró a seguir su ejemplo mientras los silbatos del contramaestre emitían su extraño sonido gorjeante. Las cubiertas superiores del *Victory* estaban atiborradas de artilleros, infantes de marina y marineros encargados de las velas, quienes no hicieron ningún caso de los visitantes, si bien un hombre mayor, un velero a juzgar por las grandes agujas que tenía clavadas en el cabello gris, que llevaba atado en lo alto de la cabeza, sí hizo una reverencia cuando Chase fue conducido al alcázar. Chase se detuvo y chasqueó los dedos—. Prout, ¿verdad? Usted estaba conmigo en el *Bellona*.

—Lo recuerdo, señor —dijo Prout al tiempo que se apartaba el pelo que le caía por la frente—, y usted no era más que un muchacho, señor.

—Nos hacemos viejos, Prout —dijo Chase—. ¡Nos hacemos viejos, maldita sea! Pero no tanto como para que no podamos darles una paliza a los franceses y a los *dons*, ¿verdad?

—Los derrotaremos, señor —respondió Prout.

Chase dedicó una sonrisa radiante a su antiguo camarada de a bordo y a continuación se dirigió al alcázar. Éste se hallaba atestado de oficiales, que se descubrieron con educación. A Sharpe lo hicieron pasar junto a la rueda del timón y fue conducido bajo la popa hacia las dependencias del almirante, vigiladas por un único infante de marina vestido con una casaca roja corta sobre la que se cruzaban un par de cinturones blanqueados con caolín. El teniente abrió la puerta sin llamar y acompañó a Chase y a Sharpe por un pequeño dormitorio que había sido despojado de su mobiliario y entonces, de nuevo sin llamar, a un enorme camarote que abarcaba toda la anchura del barco y que estaba iluminado por el amplio despliegue de ventanas de estribor. También habían vaciado de mobiliario aquel camarote, por lo que únicamente quedaba una mesa en el suelo de lona a cuadros blancos y negros. Había dos enormes cañones ya equipados con su pedernal, uno a cada lado de la mesa.

Sharpe vio la silueta de dos hombres perfilada contra la ventana de popa, pero no pudo saber cuál era el almirante hasta que Chase se puso el sombrero bajo el brazo y le hizo una reverencia al más pequeño de los dos, que estaba sentado a la mesa. La luz brillaba por detrás del almirante, Sharpe seguía sin poder verlo con claridad pero se quedó atrás porque no quería importunar. Entonces Chase se dio la vuelta y le indicó con gestos que se acercara.

—Permítame que le presente a un amigo especial, milord. El señor Richard Sharpe. Va de camino para incorporarse a los Rifles, pero hizo un alto lo bastante largo en su camino como para evitarme un episodio bochornoso en Bombay, por lo que le estoy enormemente agradecido.

—¿Usted, Chase? ¿Un episodio bochornoso? ¡Seguro que no! —Nelson se rió y ofreció a Sharpe una sonrisa—. Le estoy de lo más agradecido, Sharpe: no me gusta

que mis amigos pasen vergüenza. ¿Cuánto tiempo hace, Chase?

—Cuatro años, milord.

—Él era uno de mis capitanes de fragata —le dijo Nelson a su compañero, un capitán que estaba de pie a su lado—. Estuvo al mando del *Spritely* y tomó el del *Bouvines* al cabo de una semana de no estar a mis órdenes. No tuve la oportunidad de felicitarlo, Chase, pero lo hago ahora. Fue una acción encomiable. ¿Conoce usted a Blackwood?

—Me honra conocerlo —dijo Chase con una inclinación de cabeza dirigida al honorable Henry Blackwood, que estaba al mando de la fragata *Euryalus*.

—El capitán Blackwood ha estado pegado a las faldas del enemigo desde que salieron de Cádiz —dijo Nelson afectuosamente—, y ahora nos ha reunido, Blackwood, de manera que su trabajo ya está hecho.

—Confío en que tendré el honor de hacer algo más, milord.

—Sin duda, lo tendrá, Blackwood —respondió Nelson, y señaló las sillas—. Siéntese, Chase. Y usted también, señor Sharpe. Café tibio, pan duro, carne fría y naranjas frescas; no es un gran desayuno, me temo, pero me han dicho que la cocina está cerrada. —La mesa estaba puesta y entre los platos y cuchillos descansaba la espada del almirante dentro de su vaina adornada con piedras preciosas—. ¿Cómo está de provisiones, Chase?

—Se están agotando, señor. Hay agua y carne de ternera para dos semanas, tal vez.

—Tiempo suficiente, tiempo suficiente. ¿Y de tripulación?

—Me llevé a una veintena de buenos marineros de un barco de la Compañía de las Indias Orientales, milord, y me bastan.

—Bien, bien —dijo el almirante, y entonces, en cuanto su mayordomo hubo traído el café y la comida a la mesa, le preguntó a Chase sobre su viaje y la persecución del *Revenant*. Sharpe, sentado a la izquierda del almirante, lo observaba. Sabía que había perdido la visión de un ojo, pero resultaba difícil decir de cuál, aunque al cabo de un rato vio que el ojo derecho tenía una pupila anormalmente grande y oscura. Tenía un cabello cano y alborotado que enmarcaba un rostro delgado y extraordinariamente expresivo, que reaccionó a la historia de Chase con preocupación, placer, diversión y sorpresa. Rara vez interrumpió a Chase, aunque sí detuvo el relato en una ocasión para pedirle a Sharpe que trinchara la ternera—. Y quizá podría cortarme también un poco de pan, señor Sharpe, si es usted tan amable. Es por mi brazo, ¿comprende? —y se tocó la manga derecha, que estaba vacía y prendida a una casaca en la que brillaban unas estrellas de piedras preciosas—. Es usted muy amable —le dijo cuando Sharpe obedeció—. Prosiga, Chase.

Sharpe había esperado sentirse intimidado por el almirante, quedarse mudo ante su presencia, pero en lugar de eso se encontró con que experimentaba un sentimiento

protector hacia aquel hombrecillo que desprendía un aire de frágil vulnerabilidad. Aun estando sentado, no cabía duda de que era un hombre menudo y muy delgado, y su pálido rostro surcado de arrugas sugería que era propenso a la enfermedad. Tenía un aspecto tan frágil que Sharpe tuvo que recordarse que aquel hombre había conducido a sus flotas victoria tras victoria, y que en todos los combates había estado en lo más reñido de la batalla. Sin embargo, daba la impresión de que la más suave de las brisas podría tumbarlo.

Si la aparente fragilidad del almirante fue lo que causó a Sharpe una impresión más inmediata, fue la mirada del almirante lo que le produjo una sensación más fuerte, porque cada vez que lo miraba, aunque sólo fuera para solicitarle un pequeño favor, como otro pedazo de pan con mantequilla, parecía que Sharpe se convirtiera en la persona más importante del mundo en aquel momento. Daba la impresión de que su mirada excluía a todas las demás personas y cosas, como si Sharpe y el almirante estuvieran en connivencia. Nelson no poseía la frialdad de Wellesley, ni se mostraba condescendiente, y tampoco daba la impresión de creerse superior; en realidad a Sharpe le parecía que en aquellos momentos, mientras la flota avanzaba pesadamente hacia el enemigo, Horatio Nelson no le pedía nada a la vida excepto estar sentado allí con sus buenos amigos Chase, Blackwood y Richard Sharpe. En un momento de la conversación le tocó el hombro a Sharpe:

—Esta charla debe de resultarle aburrida a un soldado, ¿verdad, Sharpe?

—No, milord —respondió Sharpe. La discusión había derivado hacia el tema de la táctica del almirante aquella jornada, y aunque Sharpe no podía comprender la mayoría de las cosas, no le importaba. Bastaba con hallarse ante la presencia de Nelson, y Sharpe se vio arrastrado por el contagioso entusiasmo del hombrecillo. Por Dios que aquel día no solamente iban a vencer a la flota enemiga, pensó Sharpe, sino que iban a reducirla a astillas; les propinarían tal paliza que ningún barco francés o español se atrevería a surcar nuevamente los mares del mundo. Vio que Chase reaccionaba de la misma manera, casi como si temiera que Nelson se pusiese a llorar si no luchaba con más encono que nunca.

—¿Pone usted a sus hombres en los topes? —preguntó Nelson mientras intentaba con torpeza pelar una naranja con su única mano.

—Sí, señor.

—Tengo miedo de que el relleno de los mosquetes prenda fuego a las velas —dijo el almirante con suavidad—, de modo que preferiría que no lo hiciera.

—Pues claro que no, milord —contestó Chase, cediendo inmediatamente a su modesta sugerencia.

—Al fin y al cabo las velas no son más que tela de lino —dijo Nelson, que sin duda deseaba explicarse mejor por si su orden había ofendido a Chase—. ¿Y qué ponemos dentro de las cajas de yesca? ¡Lino! Que es terriblemente inflamable...

—Respetaré gustosamente sus deseos, milord.

—¿Y comprende cuál es mi mayor propósito? —preguntó el almirante, refiriéndose a su anterior discusión sobre la táctica.

—Sí, milord, y lo aplaudo.

—No me contentaré con menos de veinte presas, Chase —dijo Nelson con dureza.

—¿Tan pocas, milord?

El almirante se rió y luego se puso en pie, al entrar otro oficial en el camarote. Nelson era al menos quince centímetros más bajo que Sharpe, quien, al ponerse de pie como los demás, tuvo que agacharse bajo los baos. En cambio, el recién llegado, que fue presentado como el capitán del *Victory*, Thomas Hardy, era a su vez unos quince centímetros más alto que Sharpe y, cuando hablaba con Nelson, se inclinaba sobre el pequeño almirante como si fuera un gigante protector.

—Por supuesto, Hardy, por supuesto —dijo el almirante, y sonrió a sus invitados—. Hardy me dice que ya es hora de desmontar esos mamparos. Nos están desalojando, caballeros. ¿Nos retiramos al alcázar? —Él fue delante para guiar a sus invitados y entonces, al ver que Sharpe se quedaba rezagado, se dio la vuelta y lo tornó por el codo.

—¿Sirvió usted a las órdenes de sir Arthur Wellesley en la India, Sharpe?

—Sí, milord.

—Me reuní con él a su regreso y disfruté de una memorable conversación, aunque confieso que me pareció que daba bastante miedo. —El tono del almirante hizo reír a Sharpe, lo que complació a Nelson—. Así que va a incorporarse al 95.º, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¡Eso es espléndido! —Por alguna razón, la noticia parecía agradar particularmente al almirante. Lo hizo salir por la puerta y luego lo acompañó junto a las batayolas de babor del alcázar—. Es usted muy afortunado, señor Sharpe. Conozco a William Stewart y lo cuento entre mis más queridos e íntimos amigos. ¿Sabe por qué su regimiento de fusileros es tan bueno?

—No, milord —contestó Sharpe. Siempre había pensado que el moderno 95.º probablemente estuviera constituido por las sobras del ejército y que iban vestidos de verde porque nadie quería malgastar una buena tela roja con aquellos soldados.

—Porque son inteligentes —dijo el almirante con entusiasmo—. ¡Inteligentes! Ésta es una cualidad que lamentablemente los militares desprecian, pero la inteligencia tiene su utilidad —levantó la mirada hacia el rostro de Sharpe y escudriñó las diminutas motas azules que Sharpe tenía en la mejilla de la cicatriz—. Tiene marcas de pólvora, señor Sharpe, y observo que todavía es un alférez. ¿Le ofendo si me imagino que tiempo atrás sirvió como soldado raso?

—Sí, serví en la tropa, señor.

—En ese caso tiene usted mi más calurosa admiración, por supuesto que la tiene —dijo Nelson enérgicamente, y su admiración parecía sincera del todo—. Usted debe de ser un hombre excepcional —añadió el almirante.

—No, milord —respondió Sharpe, y quiso decir que era Nelson quien merecía admiración, pero no supo como expresar el cumplido.

—Es usted modesto, señor Sharpe, y eso no está bien —comentó Nelson en tono severo. Sharpe advirtió con sorpresa que se hallaba a solas con el almirante. Chase, Blackwood y los demás oficiales estaban de pie a estribor, y Nelson y Sharpe paseaban de un lado a otro bajo las batayolas de babor. Una docena de marineros, que sonrieron a su almirante, habían empezado a echar abajo los mamparos de los paneles para que ningún disparo enemigo pudiera convertirlos en mortíferas astillas que pudieran barrer el alcázar—. No soy partidario de la modestia —dijo Nelson, y una vez más el almirante dejaba abrumado a Sharpe con su halagadora familiaridad—, aunque seguro que le parece sorprendente, ¿no? Nos dicen, ¿verdad?, que la modestia se cuenta entre las virtudes, pero la modestia no es una virtud para un guerrero. Usted y yo, Sharpe, nos hemos visto obligados a ascender desde un lugar humilde y eso no lo conseguimos ocultando nuestros talentos. Yo soy hijo de un clérigo rural y mire ahora. —Señaló hacia la flota enemiga con su única mano y a continuación se la llevó inconscientemente a las cuatro brillantes estrellas, las condecoraciones con piedras preciosas de sus órdenes de caballería que relucían en la delantera izquierda de su casaca—. Enorgullézcase de lo que ha hecho —le dijo a Sharpe—, y luego vaya y hágalo mejor.

—Tal como hará usted, milord.

—No —repuso Nelson con brusquedad, y por un momento volvió a adquirir un aspecto desesperadamente frágil—. No —repitió—, porque al reunir a estas dos flotas, Sharpe, habré hecho el trabajo de mi vida. —Parecía tan triste que Sharpe sintió un ridículo impulso de consolar al almirante—. Si acabamos con esos barcos —prosiguió Nelson, haciendo un gesto hacia la flota enemiga que llenaba el horizonte oriental—, Bonaparte y sus aliados nunca podrán invadir Inglaterra. Habremos enjaulado a la bestia en Europa y entonces, ¿qué le quedará por hacer a un pobre marinero, eh? —sonrió—. Pero habrá trabajo para los soldados y usted, estoy seguro, es un buen soldado. ¡Sin embargo, recuerde que debe usted odiar a los franceses como al mismísimo diablo! —el almirante pronunció aquellas palabras con una fuerza cargada de veneno, demostrando su temple por primera vez—. No se separe nunca de ese sentimiento, señor Sharpe —añadió—, ¡nunca! —Se volvió hacia los oficiales que aguardaban—. Estoy reteniendo al capitán Chase fuera de su barco. Y usted pronto tendrá que irse, Blackwood.

—Me quedaré un poco más, si se me permite, milord —dijo Blackwood.

—Por supuesto. Gracias por venir, Chase. Estoy seguro de que tiene asuntos más importantes que atender, pero ha sido usted muy amable. ¿Me aceptará unas naranjas como obsequio? Recién salidas de Gibraltar.

—Me sentiré honrado, milord, muy honrado.

—Es usted quien me honra uniéndose a nosotros, Chase. De modo que abarloe su barco y ataque. Ataque. ¡Haremos que lamenten haber visto nuestras naves!

Chase descendió a su barcaza sumido en una especie de trance. Una red llena de naranjas, suficientes para alimentar a medio regimiento, descansaba sobre las tablas del fondo de la barcaza. Durante un rato, mientras Hopper remaba de vuelta junto a la hilera de buques de guerra, Chase permaneció sentado en silencio, pero llegó un momento en el que ya no pudo contenerse más.

—¡Qué hombre! —exclamó—. ¡Qué hombre! ¡Dios, hoy sí que vamos a hacer una carnicería! ¡Vamos a asesinarlos, a asesinarlos!

—Amén —dijo Hopper.

—Alabado sea el Señor —terció Clouter.

—¿Qué piensa usted de él, Sharpe?

Sharpe meneó la cabeza, casi sin saber que decir.

—¿Qué fue lo que dijo usted, señor? ¿Que seguiría a ese hombre por el cuello del infierno? Por Dios, señor, que yo seguiría a ese hombre por la tripa del infierno y por los intestinos y todo.

—Y si él nos dirigiera —dijo Chase con reverencia—, ganaríamos allí también, igual que vamos a ganar hoy.

Si es que llegaban a entablar combate. Porque el viento seguía siendo suave, extremadamente suave, y la flota avanzaba con la misma lentitud que un almiar. Sharpe tenía la sensación de que nunca alcanzarían al enemigo y en ese momento estaba seguro de ello, pues al cabo de una hora de que Chase y él alcanzaran de nuevo la cubierta del *Pucelle*, la combinada flota enemiga viró torpemente y volvió a poner rumbo al norte. Se dirigían a Cádiz en un último intento de escapar de Nelson, cuyos barcos, con sus alas blancas desplegadas, se deslizaban imperceptiblemente hacia el infierno con una brisa tan suave que parecía que el mismísimo cielo estuviera conteniendo la respiración.



Con más entusiasmo que habilidad la banda del *Pucelle* tocó *Hearts of Oak*, *Nancy Dawson*, *Hail Britannia*, *Drops of Brandy* y una docena más de canciones, la mayoría de las cuales Sharpe no conocía. Tampoco se sabía la mayoría de las letras. Los marineros las cantaban a voz en cuello sin molestarse en disimular las estrofas más groseras, a pesar de que lady Grace se hallaba en el alcázar. Cuando una canción particularmente obscena resonó desde la cubierta de intemperie, lord William se

quejó al capitán Chase, pero Chase señaló que algunos de sus hombres estaban a punto de callar para siempre y que no estaba de humor para atarles la lengua.

—Ahora la señora podría bajar a la bodega...

—No estoy ofendida, capitán —dijo lady Grace—. Sé cuándo hacer oídos sordos.

Lord William, que había optado por ponerse una delgada espada y que llevaba una pistola de cañón largo enfundada en la cintura, se dirigió muy ofendido hacia la barandilla de estribor y se quedó mirando la columna del almirante Collingwood, que se hallaba a poco menos de una milla hacia el sur. El gran tres puentes de Collingwood, el *Royal Sovereign*, que acababa de llegar de Inglaterra con el fondo recién revestido de cobre, navegaba más rápido que los demás barcos y se había abierto un hueco entre él y el resto de la escuadra de Collingwood.

Los franceses y españoles no parecían estar más cerca, aunque cuando Sharpe desplegó su catalejo y miró a la flota enemiga vio que sus cascos se encontraban entonces por encima del horizonte. Todavía no enarbolaban ninguna bandera y sus portas seguían cerradas, pues aún faltaban dos o tres horas para la batalla, si es que ésta llegaba a producirse. Algunos de los barcos estaban pintados de amarillo y negro igual que la flota británica, otros eran blancos y negros, había dos que eran completamente negros y algunos estaban ribeteados de rojo. El teniente Haskell había comentado que trataban de formar una línea de batalla, aunque sus intentos eran torpes, pues Sharpe vio que quedaban unos huecos enormes en la flota, que se veía como una suma de distintos grupos de barcos a lo largo del horizonte. Una de las naves sí destacaba: a un tercio quizá del camino hasta la parte delantera de la línea, estaba situada una imponente embarcación con cuatro cubiertas de batería.

—El *Santísima Trinidad* —explicó Haskell a Sharpe—, con al menos ciento treinta cañones. Es el barco más grande del mundo. —Incluso a aquella distancia, el casco del buque español parecía un acantilado, pero un acantilado agujereado con portas. Sharpe siguió la línea francesa buscando al *Revenant*, pero había tantos barcos de dos puentes pintados de negro y amarillo que no pudo distinguirlo.

Algunos de los hombres estaban escribiendo cartas, utilizando sus cañones a modo de escritorio. Otros redactaban testamentos. Eran pocos los que sabían escribir, pero los que sí sabían escribían lo que les dictaban los demás, y las cartas se llevaban a la zona segura que era la cubierta del sollado. El viento seguía siendo débil; de hecho, Sharpe tenía la sensación de que las grandes olas que provenían del oeste empujaban el barco con más fuerza que el viento. Aquellos mares eran monstruosamente altos y daban la impresión de ser colinas grandes y lisas que se extendían silenciosas y verdes hacia el enemigo.

—Me temo —comentó Chase acercándose a Sharpe— que nos aguarda una tormenta.

—¿Puede notarlo?

—Detesto esas olas vidriosas —dijo Chase—, y el cielo tiene un tinte que no augura nada bueno. —Miró por detrás del barco, donde el cielo se oscurecía; en cambio, por encima de sus cabezas el azul estaba surcado por franjas blancas como de plumas—. De todos modos —continuó—, puede que aguante lo suficiente para nuestra empresa de hoy.

La banda que tocaba en el castillo de proa llegó al final de uno de sus más desiguales esfuerzos y Chase se dirigió a la barandilla del alcázar y alzó una mano para que guardaran silencio. El capitán todavía no había ordenado al tambor que ejecutará el toque de preparación para la batalla, de modo que la mayor parte de los hombres de la cubierta inferior se hallaban en la cubierta de intemperie, y entonces toda aquella muchedumbre levantó la vista hacia Chase con expectación; luego, cuando él se quitó el sombrero, se pusieron respetuosamente en pie. Los oficiales los imitaron.

—¡Hoy vamos a propinarles una paliza a los franchutes y a los *dons*, marineros —dijo Chase—, y sé que harán que me sienta orgulloso de ustedes! —se oyó el murmullo de asentimiento de los hombres que se amontonaban en torno a los cañones—. Pero antes de que emprendamos la tarea —prosiguió Chase— me gustaría encomendar todas nuestras almas a Dios Todopoderoso. —Se sacó un devocionario del bolsillo y lo hojeó buscando la «Plegaria para pronunciarse antes de un combate marítimo contra cualquier enemigo». El capitán no era aparentemente un hombre religioso, pero tenía una despreocupada fe en Dios que casi era tan firme como su confianza en Nelson. Leyó la plegaria con voz fuerte, mientras su cabello rubio se mecía con la suave brisa—. «Despierta tu fuerza, Señor, y acude en nuestra ayuda. No dejes que nuestros pecados clamen venganza contra nosotros, óyenos, a tus pobres sirvientes, rogando clemencia e implorando tu ayuda, que seas para nosotros una defensa contra el enemigo. ¡Oh, Señor de los Ejércitos!, lucha por nosotros. No dejes que nos hundamos bajo el peso de nuestros pecados o la violencia del enemigo. ¡Oh, Señor, levántate, ayúdanos y líbranos en tu nombre!» —Los marineros gritaron amén y algunos de ellos se santiguaron. Chase se puso el sombrero—. ¡Vamos a tener una gloriosa victoria! ¡Hagan caso de sus oficiales: no desperdicien las balas! ¡Les aseguro que voy a abarloar el barco con el enemigo! ¡Luego dependerá de ustedes, y sé que esos desgraciados lamentarán el día en que se encontraron con el *Pucelle*! —Sonrió y luego movió la cabeza para señalar a la banda—. Creo que podríamos soportar *Hearts of Oak* una vez más, ¿verdad?

Los marineros lo aclamaron y la banda empezó a tocar de nuevo. Algunos de los artilleros bailaron el baile de los marineros. En la cubierta de intemperie apareció una mujer que llevaba un recipiente lleno de agua a los servidores de uno de los cañones. Era una joven baja y fornida, que estaba pálida por haber permanecido escondida tanto tiempo bajo cubierta y que iba andrajosamente vestida con una falda larga y un

raído chal. Su cabello pelirrojo le caía lacio y sucio. Los hombres, encantados de verla, la provocaron mientras ella se abría paso por la abarrotada cubierta. Los oficiales fingieron no darse cuenta de su presencia.

—¿Cuántas mujeres hay a bordo? —lady Grace se había acercado y se había quedado de pie junto a Sharpe. Llevaba un vestido azul, un sombrero de ala ancha y una larga capa marinera de color negro. Sharpe dirigió una mirada culpable a lord William, pero su señoría estaba enfrascado en una conversación con el teniente Haskell.

—Chase me ha dicho que al menos hay media docena —contestó Sharpe—. Están escondidas.

—¿Y podrán refugiarse durante la batalla?

—No contigo.

—No me parece justo.

—La vida es injusta —dijo Sharpe—. ¿Qué tal te encuentras?

—Sana —respondió ella, y la verdad es que tenía un aspecto deslumbrante. Le brillaba la mirada y sus mejillas, tan pálidas la primera vez que Sharpe la vio en Bombay, estaban llenas de color. Le rozó levemente el brazo—. ¿Tendrás cuidado, Richard?

—Tendré cuidado —prometió él, aunque dudaba que aquel día el hecho de vivir o morir estuviera en sus manos.

—Si apresan el barco... —empezó a decir lady Grace con cierta vacilación.

—Eso no ocurrirá —la interrumpió Sharpe.

—Si ocurre —dijo ella con seriedad—, no quiero topar con otro hombre como ese teniente del *Calliope*. Sé utilizar una pistola.

—¿Y no tienes ninguna?... —preguntó Sharpe. Ella negó con la cabeza y Sharpe sacó su propia pistola y se la tendió. Estaban muy juntos en la barandilla del alcázar y nadie a sus espaldas pudo ver aquel obsequio, que lady Grace aceptó y que luego introdujo en un bolsillo de la pesada capa—. Está cargada —le advirtió Sharpe.

—Iré con cuidado —le prometió ella—. Dudo que la necesite, pero me reconforta tenerla. Es algo tuyo, Richard.

—Ya tienes algo mío —precisó él.

—Que voy a proteger —añadió ella—. Que Dios te bendiga, Richard.

—Ya ti, mi señora.

Se alejó de él bajo la atenta mirada de su marido. Sharpe fijó la vista al frente de manera obstinada. Podía pedirle prestada otra pistola al capitán Llewellyn, cuyos infantes de marina se hallaban alineados junto a la baranda del castillo de proa y de vez en cuando se asomaban por la borda para ver al lejano enemigo.

Chase había reunido a sus oficiales y Sharpe, curioso, se acercó a escuchar. El capitán les estaba resumiendo lo que Nelson le había dicho a bordo del *Victoria*. La

flota británica, informó Chase, no iba a formar una línea paralela al enemigo, que era el método aceptado de llevar a cabo una batalla naval, sino que tenía intención de hacer avanzar a sus dos columnas directamente hacia la línea enemiga.

—Cortaremos su línea en tres partes —dijo Chase— y los destruiremos poco a poco. Si caigo, caballeros, entonces su única obligación es resistir, atravesar su línea y después abarloar el barco con un enemigo.

El capitán Llewellyn se estremeció y luego se llevó a Sharpe a un lado.

—No me gusta —dijo el galés—. No es asunto mío, por supuesto, yo no soy más que un marinero, pero seguramente se habrá dado cuenta, Sharpe, de que no tenemos cañones en la proa del barco...

—Me he dado cuenta, sí —respondió Sharpe.

—Los cañones más adelantados pueden disparar un poco hacia la proa, pero no directamente hacia ella, ¡y lo que el almirante propone, Sharpe, es que naveguemos directos hacia el enemigo, que tendrá sus costados apuntando hacia nosotros! —Llewellyn movió la cabeza con tristeza—. No es necesario que le explique los detalles, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

Llewellyn se los explicó de todas formas.

—¡Ellos podrán disparar contra nosotros y nosotros no podremos devolver el fuego! Nos barrerán, Sharpe. ¿Sabe lo que es eso? Barres a un enemigo cuando tu costado se halla frente a su indefensa popa o proa, y ésa es la manera más rápida de reducir un barco a leña. ¿Y durante cuánto tiempo permanecerá indefenso bajo sus cañones? A esta velocidad, Sharpe, por lo menos veinte minutos. ¡Veinte minutos! Pueden acribillarnos con las balas macizas, pueden destrozarnos las jarcias con balas encadenadas y palanquetas, pueden dejarnos sin mástiles, ¿y qué podemos hacer nosotros a cambio?

—Nada, señor.

—Veo que ha captado la idea —dijo Llewellyn—. Pero, tal como le he dicho, no es asunto mío. Aunque las cofas sí que lo son, Sharpe. ¿Sabe qué ha ordenado el capitán?

—Que no haya ningún hombre en las cofas —respondió Sharpe.

—¿Cómo puede ordenar una cosa así? —quiso saber Llewellyn, indignado—. Los franchutes tienen hombres en las jarcias como arañas en su tela, nos lanzarán cosas muy desagradables, ¿y nosotros hemos de limitarnos a encogernos de miedo en cubierta? Eso no está bien, Sharpe, no está bien. ¡Y si no puedo poner hombres en los mástiles, no puedo utilizar mis granadas! —parecía ofendido—. Son demasiado peligrosas para dejarlas en cubierta, de manera que las he guardado en el pañol de pólvora de proa. —Se quedó mirando a la flota enemiga, que en aquellos momentos se hallaba a menos de dos millas de distancia—. De todos modos —continuó

Llewellyn— los venceremos.

El *Britannia*, que iba siguiendo al *Pucelle*, era una embarcación lenta, por lo que se había abierto un enorme hueco entre ambos barcos. Había huecos similares en ambas columnas, pero ninguno tan ancho como el que mediaba entre el *Royal Sovereign* de Collingwood y el resto de su escuadra.

—Tendrá que luchar solo durante un rato —dijo Llewellyn antes de darse la vuelta, porque Connors, el oficial de señales, había gritado que el buque insignia mandaba un mensaje.

Era una señal enormemente larga, tanto que cuando el *Euryalus* repitió el mensaje hubo que ondear banderas de los tres mástiles de la fragata donde los gallardetes salpicaban las velas de vivos colores.

—¿Y bien? —le preguntó Chase a Connors.

—El teniente de señales esperó a que el débil viento extendiera algunos banderines, y entonces hizo una pausa mientras intentaba recordar el código de señales. Era un código reciente y bastante sencillo, puesto que cada bandera correspondía a una letra, pero algunas combinaciones de banderas se utilizaban para transmitir órdenes completas o a veces frases; había más de tres mil de estas combinaciones para memorizar, y estaba claro que aquella larga señal, que requería nada menos que treinta y dos banderas, empleaba algunas de las palabras más crípticas del sistema. Connors frunció el ceño y luego lo entendió de repente.

—Es del almirante, señor. Inglaterra espera que todos los hombres cumplan con su deber.

—¡Faltaría más, maldita sea! —exclamó Chase con indignación.

—¿Y qué hay de los galeses? —preguntó Llewellyn igual de indignado, y a continuación sonrió—. Claro, es que los galeses no necesitan que los animen para cumplir con su deber. Es a sus malditos ingleses a los que hay que empujar.

—Pase el mensaje a los marineros —ordenó Chase a sus oficiales; a diferencia de la resentida recepción que había tenido en el alcázar, el mensaje provocó los vítores de la tripulación.

—Debe de estar aburrido —dijo Chase— para mandar mensajes como éste. ¿Lo ha apuntado en su cuaderno, señor Collier?

El guardiamarina asintió moviendo la cabeza con entusiasmo.

—Está anotado, señor.

—¿Apuntó la hora?

Collier se sonrojó.

—Lo haré, señor, lo haré.

—Las once y treinta y seis minutos, señor Collier —dijo Chase consultando su reloj de bolsillo—. Y si no está seguro de la hora de algún mensaje encontrará que el reloj de la sala de oficiales se ha colocado convenientemente bajo la toldilla, en el

lado de babor. Y cuando consulte dicho reloj, señor Collier, quedará usted oculto para el enemigo y así tal vez evite que le arranquen la cabeza con una bala bien apuntada.

—No tengo una cabeza muy grande, señor —repuso Collier con valentía—, y mi sitio está a su lado, señor.

—Su sitio, señor Collier, está donde pueda ver tanto las señales como el reloj. Le sugiero que permanezca bajo la bovedilla de popa.

—Sí, señor —respondió Collier, preguntándose cómo iba a ver las señales si permanecía a cubierto del saltillo de popa.

Chase miraba fijamente al enemigo y mientras tanto tamborileaba con los dedos sobre la barandilla. Estaba nervioso, aunque no más que cualquier otro hombre a bordo del *Pucelle*.

—¡Mire el *Saucy*! —dijo Chase al tiempo que señalaba hacia delante, donde el *Temeraire* intentaba adelantar al *Victory*, pero éste había desplegado las alas del juanete y de este modo mantuvo la delantera—. La verdad es que no debería ser el primero en atravesar la línea —dijo Chase con el ceño fruncido, y acto seguido se dio la vuelta—. ¡Capitán Llewellyn!

—¿Señor?

—Creo que su tambor ya puede tocar la orden para que la tripulación ocupe sus puestos de servicio.

—A sus órdenes, mi capitán —respondió Llewellyn. Éste le hizo una señal con la cabeza a su tambor, que se enganchó el instrumento, alzó los palos y marcó el ritmo de la canción *Hearts of Oak*.

—Y que Dios nos guarde a todos —dijo Chase mientras los hombres que se apiñaban en la cubierta de intemperie empezaban a desaparecer por las escotillas para encargarse de los cañones de la cubierta inferior. El tambor siguió tocando mientras descendía los escalones del alcázar. El muchacho tocaría la llamada a las armas por todo el barco, aunque a ningún marinero de los que estaban a bordo le hacía falta el aviso. Hacía rato que estaban preparados.

—¿Abrimos las portas, señor? —preguntó Haskell.

—No, esperaremos, esperaremos —respondió Chase—, pero dígales a los artilleros que carguen otro proyectil encima del primero y que luego pongan una carga de metralla.

—A sus órdenes, mi capitán.

Los cañones del *Pucelle* llevarían entonces doble carga, con un grupo de nueve balas pequeñas encima del proyectil más grande. Una carga así, le explicó Chase a Sharpe, era mortífera a corto alcance.

—Y no podemos disparar hasta que estemos en medio de todos ellos, por lo que más vale que les causemos graves daños con nuestra primera andanada. —El capitán se volvió hacia lord William—. Milord, creo que debería usted ir abajo.

—¿Ya? —fue lady Grace quien respondió—. Nadie ha disparado.

—Pronto —dijo Chase—, pronto.

Lord William puso mala cara, como si desaprobara que su esposa cuestionara las órdenes del capitán, pero lady Grace se limitó a mirar fijamente al frente, al enemigo, como si estuviera memorizando la extraordinaria visión de un horizonte lleno de navíos de línea. El teniente Peel estaba haciendo a escondidas un bosquejo de la mujer en su cuaderno de notas, intentando reproducir la inclinación de su perfilado rostro y su expresión de concentrada fascinación.

—¿Cuál es el barco del almirante enemigo? —le preguntó a Chase.

—No lo sabemos, señora. No han puesto las banderas.

—¿Quién es el almirante enemigo? —preguntó lord William.

—Villeneuve, milord —respondió Chase—, o eso es lo que cree Nelson.

—¿Es un hombre competente? —quiso saber lord William.

—Comparado con Nelson, milord, nadie es competente, pero me han dicho que Villeneuve no es ningún idiota.

Los miembros de la banda se habían ido a sus puestos, por lo que el barco estaba extrañamente silencioso mientras avanzaba cabeceando en las grandes olas. El viento hinchaba las velas, aunque en cada intervalo de calma, o cuando el oleaje empujaba la embarcación con más rapidez que el aire, la lona caía antes de volver a tensarse perezosamente. Chase miró hacia el sur al *Royal Sovereign*, que en esos momentos se hallaba muy por delante de los demás barcos de Collingwood y se dirigía, con todas las velas que se podían desplegar, hacia una solitaria batalla en medio de la flota enemiga.

—¿A qué distancia se encuentra del enemigo? —preguntó.

—¿A unos mil metros, quizá? —calculó Haskell.

—Yo diría que sí —dijo Chase—. El enemigo no tardará en abrir fuego sobre él.

—A *Bounce* no le hará ninguna gracia —dijo el teniente Peel con una sonrisa.

—¿*Bounce*? —preguntó Chase—. ¡Ah! El perro de Collingwood —sonrió—. Detesta los cañonazos, ¿verdad? Pobre perro. —Se volvió a mirar más allá de sus propias amuras. En aquel momento ya era posible calcular en qué punto toparía el *Pucelle* con la línea enemiga y Chase calculaba cuántos barcos podrían atacarle mientras él conducía su proa indefensa hacia ellos—. Cuando estemos bajo fuego, señor Haskell, ordenaremos a la tripulación que se tumbe en el suelo.

—A la orden, mi capitán.

—Faltarán todavía unos tres cuartos de hora —dijo Chase, y frunció el ceño—. Odio esperar. ¡Enviadme viento! ¡Enviadme viento! ¿Qué hora es, señor Collier?

—Faltan diez minutos para las doce, señor —gritó Collier desde debajo de la toldilla.

—Así pues deberíamos vernos bajo su fuego a las doce y media —dijo Chase—,

y hacia la una estaremos entre ellos.

—¡Han abierto fuego! —Fue Connors quien gritó aquellas palabras al tiempo que señalaba hacia el sur de la línea enemiga, donde uno de los barcos estaba envuelto en una humareda gris y blanca que brotaba y ocultaba totalmente su casco.

—¡Apúntelo en el cuaderno de bitácora! —ordenó Chase, y en aquel preciso momento llegó el sonido de la andanada como un murmullo de truenos por el mar. Unas blancas salpicaduras agujerearon las olas frente a la proa del *Royal Sovereign*, demostrando que la salva inicial del enemigo se había quedado corta, pero al cabo de un momento abrieron fuego otra media docena de barcos.

—Suena exactamente igual que los truenos —dijo lady Grace con asombro.

El *Victory* todavía estaba demasiado alejado de la parte más septentrional de la flota enemiga como para que valiera la pena disparar contra él, por lo que la amplia mayoría de los barcos franceses y españoles permanecieron en silencio. Sólo aquellos seis barcos siguieron disparando y sus proyectiles azotaban el mar, que espumaba frente al buque insignia de Collingwood. Tal vez fuera el sonido de aquellos cañones lo que indujo al enemigo a revelar por fin sus banderas, puesto que, una tras otra, sus insignias se dejaron ver y los británicos que se aproximaban pudieron distinguir entre sus enemigos. La bandera tricolor francesa parecía brillar más que la bandera real española, que era de color blanco y rojo oscuro.

—Allí, señora —dijo Chase al tiempo que señalaba hacia adelante—, ¿ve la bandera del almirante francés? En el calcés del barco que va detrás del *Santísima Trinidad*.

El *Royal Sovereign* debía de estar recibiendo disparos, porque de pronto abrió fuego con dos de sus cañones de proa para que su humo ocultara el casco, aunque la suave brisa lo disipaba. Sharpe sacó el catalejo, lo enfocó hacia el buque insignia de Collingwood y vio que una vela se agitaba después de que un proyectil atravesara la lona, luego distinguió otros agujeros en las velas y supo que el enemigo debía de estar disparando contra sus jarcias en un intento por detener su valiente avance. Sin embargo, siguió adelante, con las alas desplegadas, ensanchando el hueco entre él y el *Belleisle*, el *Mars* y el *Tonnant*, las tres embarcaciones que tenía a popa. Las salpicaduras provocadas por los disparos enemigos empezaron a caer entonces sobre aquellos barcos. Ninguno de ellos podía devolver los disparos y ninguno podía esperar abrir fuego por lo menos hasta al cabo de veinte minutos. Debían limitarse a soportarlo con la esperanza de corresponder al ataque cuando alcanzaran la línea.

Chase se dio la vuelta.

—Señor Collier...

—¿Señor?

—Escoltará a lord William y a lady Grace hasta la «escotilla de las damas». Utilice la escotilla de popa en la santabárbara. Su doncella les acompañará, señora.

—No estamos bajo fuego, capitán —objetó lady Grace.

—Me hará usted un favor, señora —insistió Chase.

—Vamos, Grace —dijo lord William. Todavía llevaba su espada y su pistola, pero no hizo ningún intento por quedarse en cubierta—. Deseo que todo vaya bien, capitán.

—Le agradezco mucho sus buenos deseos, milord. Gracias.

Lady Grace dirigió una última mirada a Sharpe, que no se atrevió a responderle con una sonrisa por si lord William se daba cuenta, pero sus miradas se cruzaron y él sostuvo la suya hasta que ella se dio la vuelta. Cuando desapareció por los escalones del alcázar, Sharpe sintió una terrible sensación de pérdida.

El *Pucelle* ya estaba alcanzando al *Conqueror* y Chase lo condujo hacia el costado de babor de dicha embarcación. Observó al enemigo a través de su anteojo y de pronto llamó a Sharpe.

—Nuestro viejo amigo, Sharpe.

—¿Señor?

—Allí, mire —señaló—. ¿Ve el *Santísima Trinidad*? ¿El barco grande?

—Sí, señor.

—Seis barcos más atrás. Es el *Revenant*.

Sharpe enfocó su catalejo y contó los barcos que había a popa del enorme buque de guerra español de cuatro puentes, y allí, de repente, apareció el familiar casco negro y amarillo. Mientras lo estaba mirando, vio que se abrían las portas y asomaban los cañones. Entonces el *Revenant* desapareció en la humareda.

El *Victory* estaba bajo fuego y el enemigo no podía esperar escapar hacia Cádiz porque, a pesar del caprichoso viento, habría una batalla. Treinta y cuatro embarcaciones enemigas se enfrentarían a veintiocho británicas. Dos mil quinientos sesenta y ocho cañones enemigos, manejados por treinta mil marineros franceses y españoles se encararían a dos mil ciento cuarenta y ocho cañones servidos por diecisiete mil marineros británicos.

—A sus puestos, caballeros —ordenó Chase a los oficiales que había en el alcázar—. A sus puestos, por favor. —Tocó el devocionario que llevaba en el bolsillo—. Y que Dios nos proteja, caballeros, que nos proteja a todos y a cada uno de nosotros.

Porque había empezado la contienda.

CAPÍTULO 10

Sharpe tenía su puesto en el castillo de proa. El capitán Llewellyn y su joven teniente estaban al mando de cuarenta infantes de marina del barco apostados en la toldilla y el alcázar, en tanto que Sharpe comandaba a veinte, aunque en realidad la veintena de hombres del castillo de proa estaban a las órdenes del sargento Armstrong, un hombre retaco como un tonel y más terco que una mula. Provenía de Seahouses, en Northumberland, donde le habían imbuido una profunda desconfianza hacia los escoceses.

—Son todos unos ladrones, señor —le aseguró en confianza a Sharpe. Aun así, se las ingeniaba para que todos los escoceses que había entre los infantes de marina de Llewellyn sirvieran en su pelotón—: Porque eso me permite no sacarles el ojo de encima a esos cabrones rateros, señor.

Los escoceses se conformaban con servir a las órdenes del sargento Armstrong, pues, a pesar de que él desconfiaba de ellos, odiaba a cualquiera que proviniera del sur del río Tyne. Por lo que a Armstrong concernía, sólo los hombres de la misma Northumberland, educados para recordar a los asaltantes de ganado del norte de la frontera, eran verdaderos guerreros: el resto de la humanidad estaba formada por ladrones hijos de puta, cobardes extranjeros y oficiales. Por lo visto creía que Francia era un populoso condado situado en algún lugar tan al sur de Londres como para ser execrable, mientras que España probablemente estuviera en el mismísimo infierno. El sargento poseía una de las preciosas pistolas de siete cañones del capitán Llewellyn y la había apoyado contra el palo de trinquete.

—Ya puede quitarle los ojos de encima, señor —le había dicho a Sharpe cuando notó el interés que el arma despertaba en el oficial—, porque la reservo para cuando abordemos a uno de esos cabrones. No hay nada como un fusil de descarga múltiple para despejar una cubierta enemiga. —Armstrong recelaba instintivamente de Sharpe, pues el alférez no era un infante de marina, no era de Northumberland y no había nacido en la clase de los oficiales. En resumidas cuentas, Armstrong era feo, ignorante, estaba lleno de prejuicios y era un soldado tan bueno como cualquier otro que hubiera conocido Sharpe.

El castillo de proa se hallaba guarnecido por los infantes de marina y por dos de las seis carronadas de treinta y dos libras del barco. La de babor estaba a las órdenes de Clouter, el esclavo fugado que formaba parte de la tripulación de la barcaza de Chase. El negro grandote, al igual que sus artilleros, iba desnudo de cintura para arriba y llevaba un pañuelo atado alrededor de las orejas.

—La cosa va a ser animada, señor —le dijo a Sharpe a modo de saludo mientras señalaba con un gesto de la cabeza hacia la línea enemiga, que en aquellos instantes se encontraba apenas a una milla de distancia. Media docena de barcos estaba

disparando contra el *Victory* y otra media docena acribillaba al *Royal Sovereign* a poco menos de una milla al sur. Dicho barco, que era con mucho el que se hallaba más cerca de la línea francesa y española, tenía un aspecto desaliñado, pues los disparos habían destrozado las vergas de los foques volantes y las velas colgaban como alas rotas junto a sus jarcias. Todavía no podía devolver el fuego enemigo, pero en unos pocos minutos lograría estar entre ellos y sus tres cubiertas de cañones podrían empezar a responder a la paliza que estaba soportando.

Por delante del *Pucelle* el mar estaba picado por los disparos, golpeado por blancas gotas de agua o azotado por las balas de cañón que pasaban casi rozando las olas, aunque de momento ninguno de esos disparos había caído cerca del propio *Pucelle*. El *Temeraire*, que no había conseguido adelantar al *Victory* y que entonces navegaba a cierta distancia de su aleta de estribor, estaba recibiendo disparos que atravesaban sus velas. Sharpe vio que los agujeros aparecían como por arte de magia y hacían temblar todo el despliegue de lona de la embarcación. Una estacha rota se sacudía y ondeaba en el aire. A Sharpe le daba la impresión de que el *Victory* y el *Temeraire* navegaban directos hacia el *Santísima Trinidad* con sus cuatro cubiertas de muerte envueltas por el humo. El sonido de los cañones enemigos ya era fuerte entonces y hendía el aire por encima del agua, a veces en estruendosos grupos, con más frecuencia cañón a cañón.

—Dentro de unos diez o quince minutos estaremos a tiro, señor —dijo Clouter, respondiendo a la pregunta no expresada de Sharpe.

—Buena suerte, Clouter.

El hombre alto sonrió.

—No hay ningún hombre blanco vivo que pueda matarme, señor. No, señor, me han hecho todo lo que han podido, y ahora nos toca el turno a mí y a mi demoledor —le dio unas palmaditas a su carronada, su «demoledor», un arma tan fea como cualquiera de las que Sharpe había visto. Se parecía a un mortero del ejército, aunque era ligeramente más largo de tubo y estaba achaparrado en su corta cureña como si fuera un cacharro de cocina deformado. La cureña no tenía ruedas, pero en cambio permitía que el tubo se deslizara hacia atrás, madera contra madera engrasada. La ancha boca del cañón estaba abierta y su vientre estaba atiborrado con una bala de treinta y dos libras y un barril de madera lleno de balas de mosquete. No era un artilugio ni bonito ni preciso, pero si lo llevabas a pocos metros de un barco enemigo podía escupir un azote de metal capaz de destripar a un batallón.

—Lo inventó un escocés. —El sargento Armstrong había aparecido junto a Sharpe. El sargento resopló al ver aquel enorme cacharro en su cureña—. Es un arma pagana, señor. Con un artillero pagano, además —añadió mirando a Clouter—. Si abordamos a un enemigo, Clouter —dijo en tono severo—, usted no se separe de mí.

—Sí, sargento.

—¿Por qué no ha de separarse de usted? —le preguntó Sharpe a Armstrong mientras se alejaban andando de la carronada.

—Porque cuando ese negro pagano empieza a pelear, señor, aún no ha nacido el hombre que se atreva a cruzarse en su camino. Es un demonio —el tono de Armstrong parecía de desaprobación, pero claro, era evidente que Clouter no era de Northumbria—. ¿Y usted, señor? —preguntó Armstrong con recelo—. ¿Abordará con nosotros? —Lo que en realidad quería saber el sargento era si Sharpe pensaba usurparle su autoridad.

Sharpe hubiera podido insistir en tomar el mando de los infantes de marina, pero se imaginaba que lucharían mejor si era Armstrong el que les daba órdenes. Eso significaba que Sharpe no tenía mucho que hacer en el castillo de proa aparte de dar ejemplo, que era lo que hacía la mayoría de oficiales subalternos cuando los mataban en batalla. Armstrong sabía lo que había que hacer, Llewellyn había entrenado a la perfección a los infantes de marina y Sharpe no tenía ninguna intención de ir andando por el castillo de proa mostrando un desprecio de caballero por el fuego enemigo. Él prefería luchar.

—Voy a ir abajo —le dijo a Armstrong— para coger un mosquete de los pañoles.

Los proyectiles enemigos seguían sin alcanzar al *Pucelle* cuando Sharpe bajó por la escalera de cámara y entró en la parte proel y protegida de la cubierta de intemperie, donde encontró la cocina —un lugar donde por regla general se reunían los marineros— vacía, fría y desierta. Se habían extinguido todos los fuegos del enorme horno de hierro y dos de los gatos del barco se frotaban contra el ennegrecido metal como si tuvieran curiosidad por saber por qué su fuente de calor había desaparecido. Los artilleros estaban sentados junto a sus cañones. De vez en cuando uno de los hombres alzaba una porta, dejando entrar un brillante haz de luz e inclinándose para mirar con detenimiento hacia el enemigo.

Sharpe siguió bajando hasta la cubierta inferior, que estaba oscura como una bodega, aunque por las amplias ventanas de la vacía sala de oficiales que había en la popa se filtraba un poco de luz. Los cañones más grandes del barco estaban allí apostados como bestias enseñando los dientes tras sus portas cerradas. En general los cañones se guardaban con los tubos elevados al máximo y se acercaban todo lo posible a los costados del barco, pero entonces los tubos se habían bajado en posición de combate y las cureñas se habían retirado de las portas. El sonido del cañoneo enemigo quedaba amortiguado, por lo que era poco más que un apagado retumbo. Sharpe se dejó caer por otra escalera de cámara más hacia la cubierta del sollado, que estaba iluminada por faroles cubiertos. En esos momentos se hallaba por debajo de la línea de flotación y era allí donde estaban los polvorines del barco, vigilados por infantes de marina armados con mosquetes y bayonetas y con órdenes de evitar que cualquier persona no autorizada atravesara las dobles cortinas de cuero que

rezumaban agua de mar. Los grumetes servidores de la pólvora, algunos con zapatillas de fieltro, pero la mayoría descalzos, esperaban junto a la cortina exterior con sus largas latas. Sharpe pidió a uno de los chicos que le fuera a buscar una bolsa de munición para mosquete y otra de proyectiles para pistola; mientras tanto, él se dirigió hacia proa al pequeño pañol de armas y cogió un mosquete y una pistola de los soportes. El peso de la pistola le hizo pensar en Grace, que entonces se hallaba a salvo en la profunda bodega de popa. Comprobó los dos pedernales y encontró que estaban bien colocados.

Cogió las dos bolsas, le dio las gracias al chico y volvió a subir a la cubierta inferior, donde se detuvo para colgarse las bolsas de cartuchos del cinturón. El barco se elevó bruscamente con una alta ola, haciendo que Sharpe se tambaleara ligeramente, luego descendió en su seno y de pronto un terrible estrépito resonó por los maderos e hizo temblar la cubierta bajo los pies de Sharpe, que se dio cuenta de que una bala debía de haber alcanzado la obra muerta.

—Los franchutes nos tienen a tiro —dijo un hombre en la penumbra.

—Por lo que estamos a punto de recibir —entonó otro hombre, pero la voz del teniente Holderby lo interrumpió antes de que pudiera terminar la plegaria. Holderby se hallaba en su puesto junto a la escalera de cámara de popa.

—¡Abran las portas! —gritó el quinto teniente, y los cabos de mar repitieron la orden hacia el extremo proel de la cubierta.

Se alzaron las treinta portas de la cubierta inferior, que dejaron entrar a raudales la luz del sol y permitieron verlos tres mástiles del barco como tres pilares gigantescos en torno a los cuales había un hervidero de hombres semidesnudos. Los largos cañones estaban todos en su posición de retroceso, bien retirados contra las cuerdas de sus recamaras.

—¡Sáquenlos! —ordenó Holderby—. ¡Sáquenlos!

Los artilleros tiraron de los aparejos y la gruesa cubierta tembló cuando los enormes cañones se llevaron hacia delante para que sus tubos sobresalieran por los costados de la embarcación. Holderby, elegantemente vestido con medias de seda y casaca dorada, estaba agachado bajo los baos de la cubierta.

—Tienen que tumbarse entre los cañones. ¡Entre los cañones! ¡Túmbense! Descansen, caballeros, antes de que empiece la acción. ¡Túmbense!

Chase había ordenado a su tripulación que se tumbara porque los proyectiles enemigos, que venían directamente hacia la proa, podían caer sobre aquellas cubiertas con un silbido y cada uno de ellos podía derribar fácilmente a una veintena de hombres, pero si los servidores de las armas permanecían en el espacio que quedaba entre los pesados cañones estarían protegidos en su mayoría. Arriba en el alcázar Chase se estremeció y cuando Haskell alzó una ceja el capitán sonrió.

—Lo van a hacer pedazos, ¿verdad?

Haskell dio un golpe con los nudillos en la baranda del alcázar.

—Es de construcción francesa, señor, está bien construido.

—Sí, hacen buenos barcos. —Chase se puso de puntillas para ver más allá de la barrera de la batayola, allí donde el *Royal Sovereign* ya casi llegaba a la línea enemiga—. ¡Ha sobrevivido —exclamó con admiración— y ha estado bajo fuego durante veintitrés minutos! Una artillería terrible, ¿no le parece?

La punta del cuerno derecho de los británicos estaba a punto de lanzarse contra el enemigo; el *Pucelle* estaba en el cuerno izquierdo, pero eso aún quedaba un poco lejos de la línea y el enemigo todavía podía disparar sin miedo a obtener respuesta. Chase se encogió cuando una bala alcanzó sus velas y abrió una serie de agujeros. La dura prueba del *Pucelle* había empezado, y lo único que podía hacer ahora era seguir navegando lentamente para meterse en una tormenta de artillería cada vez mayor. Por el lado de estribor se alzó un chorro de agua que salpicó a uno de los grupos de artilleros que servían las carronadas.

—Está fría el agua ¿eh, muchachos? —les comentó Chase a los artilleros de pecho desnudo.

—No vamos a nadar en ella, señor.

Una de las gavias tembló cuando un proyectil alto la atravesó. Los barcos que iban por delante del *Pucelle* estaban recibiendo un vapuleo más serio, pero el *Pucelle* se acercaba cada vez más, impulsado por las grandes olas y empujado por un viento imperceptible, y cada segundo que pasaba lo llevaba más cerca de los cañones. Chase supo que no tardaría en hallarse bajo un cañoneo mucho más intenso, y en el preciso instante en que lo pensaba una pesada bala alcanzó la serviola de estribor y lanzó un remolino de siniestras astillas de roble por todo el castillo de proa. De pronto Chase se dio cuenta de que los dedos le tamborileaban nerviosamente contra el muslo derecho y forzó la mano para que se estuviera quieta. Su padre, que había combatido contra los franceses treinta años antes, se hubiera horrorizado ante aquella táctica. En los tiempos del padre de Chase los navíos de línea se juntaban, costado con costado, teniendo infinito cuidado de no exponer nunca sus vulnerables proas y popas a un barrido; en cambio, aquella flota británica se dirigía obstinadamente hacia el enemigo. Chase se preguntó si los mamposteros habrían entregado la lápida en memoria de su padre y si ésta se habría colocado en el coro de la iglesia, y entonces tocó el devocionario que llevaba en el bolsillo.

—Escúchanos y sálvanos —dijo entre dientes—, que no perezcamos.

—Amén —Haskell lo había oído—. Amén.

Sharpe volvió a subir al castillo de proa, donde encontró a los infantes de marina agachados junto a la batayola y a los servidores de las carronadas en cuclillas al lado de sus tubos. El sargento Armstrong estaba de pie junto al palo de trinquete y miraba con expresión preocupada la línea enemiga, que de repente parecía mucho más

próxima. Sharpe miró a la derecha y vio que el *Royal Sovereign* había alcanzado la línea enemiga. Su tripulación había llevado las alas caídas al interior del barco y por fin sus cañones disparaban mientras la enorme embarcación penetraba en la formación enemiga. Una nube de humo sucio avanzó de su proa a su popa cuando el barco vació su costado de babor contra la popa de una nave española y los cañones de estribor contra la proa de una nave francesa. Uno de los masteleros del *Royal Sovereign* había caído, pero el barco había roto la línea enemiga y ahora iba a ser engullido por su flota. El siguiente barco de la columna de Collingwood, el dos puentes *Belleisle*, todavía estaba un buen trecho por detrás, lo que significaba que el *Royal Sovereign* debía combatir solo al enemigo hasta que le llegara ayuda.

Sharpe levantó la vista al oír un palmetazo por encima de su cabeza, y vio que se había agujereado la trinquete. Luego la bala había atravesado todas las velas bajas, una tras otra, antes de desaparecer por la popa. Otro golpe, cerca de sus pies, hizo que se diera la vuelta rápidamente.

—Abajo en las amuras, señor —dijo Armstrong—. Antes han alcanzado la serviola. —Ése debía de ser el primer estrépito que había oído Sharpe, que vio que el pescante de estribor, un sólido madero que sobresalía desde la proa y desde el cual se subía y bajaba el ancla, estaba casi partido por la mitad.

El corazón le latía con fuerza, tenía la boca seca y le temblaba un músculo en la mejilla izquierda. Intentó apretar las mandíbulas para calmar el músculo, pero éste siguió agitándose. Una bala aterrizó cerca de las amuras del *Pucelle* y salpicó de agua el espolón y el castillo de proa. La verga de la sobrecebadera bajo el palo del bauprés se agitó, uno de los extremos voló por los aires y luego cayó, roto, y se quedó colgando cerca del agua. Aquello era peor que Assaye, consideró Sharpe, pues al menos en tierra un soldado tenía la sensación de que podía moverse a derecha o izquierda e intentar evitar las balas enemigas, y en cambio allí uno sólo podía quedarse de pie mientras el barco avanzaba lentamente hacia la línea enemiga formada por una hilera de enormes baterías, pues cada barco llevaba más artillería de la que había marchado con el ejército de sir Arthur Wellesley. Sharpe veía las balas de cañón, que parecían unas cortas líneas hechas con lápiz que parpadeaban en el cielo, y cada línea de lápiz significaba que una bala se acercaba más o menos directa hacia el *Pucelle*. En esos momentos una docena de enemigos disparaban contra los barcos de Nelson. Apareció otro agujero en la trinquete del *Pucelle*, un disparo rompió el botalón de un ala, se oyó un estrépito cerca de la línea de flotación de babor y otra bala enemiga rebotó por encima de las olas y dejó una estela de espuma cerca de estribor. Un extraño sonido sibilante, casi un gemido pero con un curioso ritmo agudo, se oyó cerca del barco y a continuación cesó.

—Balas encadenadas, señor —dijo el sargento Armstrong—. Suenan como el batir de alas del diablo, ya lo creo.

El *Royal Sovereign* había desaparecido y sólo señalaba su posición una extensa nube de humo en medio de la cual se alzaban las velas y las jarcias de media docena de barcos contra el cielo encapotado. El ruido de aquella batalla era un trueno constante, en tanto que el sonido de los barcos que iban por delante del *Pucelle* era el de un cañonazo tras otro, seguidos, interminables, pues las tripulaciones francesas y españolas aprovechaban la oportunidad de disparar contra un enemigo que no podía devolver el fuego. Dos balas alcanzaron al *Pucelle* cerca de su línea de flotación, otra rebotó en el costado de babor e hizo una astilla tan larga como una pica de abordaje, un cuarto proyectil le dio al palo mayor y rompió uno de los aros recién pintados, y una quinta bala pasó silbando junto a una carronada de estribor, decapitó a un infante de marina, arrojó hacia atrás a otros dos en medio de una lluvia de sangre y luego pasó por encima de la borda y dejó un rastro de gotas rojas que brillaron en el aire repentinamente caliente.

—¡Arrójelo por la borda! —gritó Armstrong a sus infantes de marina, a quienes la súbita muerte de su compañero parecía haberles paralizado. Dos de ellos cogieron el cuerpo decapitado y lo llevaron hasta la barandilla junto a la carronada, pero antes de que pudieran lanzarlo al agua Armstrong les dijo que cogieran la munición del soldado—. ¡Y miren qué lleva en los bolsillos, muchachos! ¿Sus malditas madres no les enseñaron a aprovecharlo todo para no carecer de nada? —El sargento caminó por la cubierta, recogió la cabeza cercenada por su pelo ensangrentado y la arrojó por encima del costado del barco—. ¿La están diñando? —miró a los dos hombres que yacían como muñecas de trapo en la sábana de sangre que cubría una cuarta parte de la cubierta.

—Mackay está muerto, sargento.

—¡Pues desháganse de él!

El tercer infante de marina había perdido un brazo y el disparo también le había abierto el pecho de tal manera que se le veían las costillas en una masa gelatinosa de sangre y músculo destrozado.

—No sobrevivirá —dijo Armstrong mientras se inclinaba sobre aquel hombre que parpadeaba tras una máscara de sangre y se sacudía a cada boqueada. Una bala desparramó la batayola, hizo astillas la baranda del alcázar y salió perforando la popa y sin causar heridas a ningún miembro de la tripulación. Otra rompió la verga de una gavia en el preciso instante en que otros dos proyectiles atravesaban la cubierta de intemperie para dejar el combés lleno de pedazos de madera. Una bala alcanzó uno de los cañones de la cubierta inferior y arrojó el tubo de tres toneladas fuera de su cureña, aplastando a dos artilleros e inundando el barco con un sonido que parecía el de un enorme martillo golpeando contra un yunque gigantesco.

Los barcos enemigos que había por delante estaban envueltos en humo, pero como soplaba un suave viento del oeste, la humareda se hacía jirones a través de sus

jarcias y velas como un banco de niebla empujado por la brisa marina. Sin embargo, aquella niebla era alimentada continuamente y Sharpe pudo ver las bocanadas del nuevo humo gris, blanco y negro, y también el oscuro resplandor de las llamaradas de los cañones, que aparecían como fugaces puntas de lanza en la niebla. Las llamas hendían el aire, iluminando momentáneamente el interior de la nube de humo, luego desaparecían y la niebla fluía por encima de las cubiertas enemigas y las balas salían despedidas con un silbido para estrellarse contra el *Victory*, el *Temeraire*, el *Neptune*, el *Leviathan*, el *Conqueror* y el *Pucelle*, y detrás de estas embarcaciones había un hueco delante del pesado tres puentes *Britannia*, que todavía no se encontraba bajo fuego.

—¡Arrójenlo por la borda! —ordenó Armstrong a dos de sus hombres, señalando al tercer infante de marina que había muerto. El brazo de aquel hombre, con sus tendones, carne y músculos desgarrados y colgando de la manga roja como asaduras mojadas, había quedado olvidado bajo la pequeña estructura que sostenía la campana del barco. Sharpe lo cogió, lo llevó hasta la barandilla de babor y lo tiró al mar. Oyó que unos hombres cantaban en una de las cubiertas de batería de abajo. Uno de los infantes de marina estaba rezando de rodillas, «Santa María, madre de Dios», decía una y otra vez al tiempo que se santiguaba. Clouter escupió un pedazo de tabaco mascado por encima de la regala y a continuación se cortó otro trozo. Las balas de treinta y dos libras de las carronadas, todas ellas más grandes que una cabeza humana, se hallaban reservadas sobre una rejilla.

Sharpe volvió a su posición junto al palo de trinquete y de repente se acordó de que había olvidado cargar sus armas, y agradeció el descuido porque le daba algo que hacer. Abrió el cartucho de un mordisco y vio que arrojaban un cuerpo por el alcázar del *Conqueror*. Estaba cebando el mosquete cuando una bala pasó tan cerca de su cabeza que notó en su cuero cabelludo la fuerza del viento que levantó a su paso. La bala no alcanzó ningún objetivo: pasó a través de las jarcias del *Pucelle* y cayó al agua a lo lejos, a popa. Tres fuertes golpes en rápida sucesión hicieron temblar la madera del barco cuando las balas abrieron un surco en la doble capa de roble que formaba su casco. Los marineros treparon a toda prisa por los flechastes para cambiar las estachas rotas. Para entonces, la vela mayor ya tenía seis grandes agujeros, y se sacudió cuando se hizo el séptimo. Chase se encontraba de pie junto a la destrozada baranda del alcázar y daba la impresión de estar tan calmado como si estuviera llevando el *Pucelle* hacia un vacío mar interior. Cuando Sharpe atacó el mosquete apareció entre sus pies un hilito de sangre procedente del río que había provocado la bala que había matado a los tres infantes de marina. Dicho hilo parecía muy rojo contra el blanco de la madera restregada. Cuando el barco se inclinó ligeramente a babor, el hilito de sangre se desvió hacia la izquierda, cuando se alzó la popa con el siguiente movimiento del mar, el hilito se precipitó hacia adelante y cuando la

marejada levantó las amuras vaciló; luego el riachuelo rojo se deslizó a la derecha cuando el barco se inclinó a estribor, y Sharpe finalmente lo hizo desaparecer frotándolo con el pie antes de volver a introducir la baqueta en sus aros. Cargó la pistola. Una bala alcanzó el palo de trinquete e hizo temblar las jarcias; una astilla pintada de color plateado cayó dando vueltas al mar al tiempo que Juana de Arco era alcanzada en el vientre. El estruendo de los cañones era tal que a Sharpe le dolían los tímpanos. Había sangre en la cubierta de intemperie, allí donde una bala que rebotaba había alcanzado a la tripulación, y por todas partes se oían los desgarradores sonidos agudos y sibilantes de las balas encadenadas y las palanquetas que pasaban como una exhalación entre los mástiles cortando estachas y rasgando velas. Un estrépito hendió el aire cuando una pesada bala rompió la cubierta de la toldilla; Sharpe vio que el capitán Llewellyn arrastraba un cuerpo hacia la baranda de popa. Se oyó otro golpe abajo, y otro, y otro más, y luego los gritos fueron un estridente contrapunto al fragor de los cañones enemigos. Las naves enemigas que tenían delante seguían formando grupos y allí donde estaban juntas parecían islas de cañones. O islas de humo atravesado por las llamaradas de la artillería. Otro ruido hiriente y desgarrador brotó de estribor; al asomarse Sharpe vio una brillante astilla de madera sobresaliendo de una de las franjas pintadas de negro del casco. Por una de las portas apareció un cuerpo que fue empujado al mar. Le siguió un segundo cadáver. El interior de las portas estaba pintado de rojo. Una de ellas estuvo colgando de una sola bisagra hasta que un marinero la arrancó y la dejó caer.

Una bala se abrió camino a través de la sangre húmeda que había en el castillo de proa, rebotó hacia arriba y abrió un agujero en la baranda posterior del castillo antes de perforar la vela mayor por la parte de abajo. En aquellos momentos tres de las alas colgaban de las vergas y los marineros de Chase estaban intentando meterlas dentro. Una palanqueta, dos pedazos de hierro unidos por un corto vástago también de hierro, se estrelló en el palo de trinquete cerca de la cubierta y se quedó allí clavada, hundida en la madera por la fuerza del impacto. El *Victory* ya se encontraba cerca de la humareda, pero a Sharpe le daba la sensación de que el barco iba directo a una pared de llamas, humo y ruido. El *Royal Sovereign* se perdió en la nube de humo, rodeado por el enemigo, luchando desesperadamente mientras el flojo viento tardaba en prestar su ayuda. De pronto, un trozo de la baranda delantera del castillo de proa desapareció hecha astillas, serrín y esquirlas de madera que daban vueltas por los aires. Un infante de marina cayó hacia atrás cuando una de las astillas le atravesó los pulmones.

—¡Hodgkinson! ¡Llévelo abajo! —gritó Armstrong.

Una astilla también había desgarrado el brazo a otro de los infantes de marina: tenía la manga empapada de sangre, que también le goteaba de la muñeca, a pesar de lo cual se negó a irse.

—Tan sólo es un rasguño, sargento.

—Mueva los dedos, muchacho —el hombre los movió obedientemente—. Puede apretar un gatillo —admitió Armstrong—. ¡Pero véndeselo, por Dios, véndeselo! En los próximos minutos no tiene nada que hacer, de modo que véndeselo. No quiero que vaya chorreando sangre en una bonita cubierta limpia.

Un proyectil rompió la cuaderna de proa que sujetaba las escotas del estay de la cofa de trinquete. Otro golpeó contra el saltillo de proa y con un silbido lanzó al aire trozos de madera. Luego un sonido susurrante como de rotura, de desgarró, hizo que Sharpe levantara la vista: el mastelerillo de mayor, la parte más alta y fina del palo mayor, caía arrastrando con él una maraña de jarcias y el juanete mayor. Unos pesados bloques de madera se estrellaron contra la cubierta con unos golpes sordos. Algunos barcos habían colocado una red por encima del alcázar para evitar que aquellos fortuitos proyectiles rompieran más de una cabeza, pero a Chase no le gustaban esas *sauve-têtes* porque, según afirmaba él, protegían a los oficiales en el alcázar mientras que dejaban desprotegidos a los marineros de proa.

—Todos debemos correr los mismos riesgos —le había dicho a Haskell cuando el primer teniente había sugerido lo de la red, aunque a Sharpe le daba la sensación de que los oficiales del alcázar corrían más peligro que la mayoría porque su indefensa posición y el brillo de sus uniformes con incrustaciones doradas los hacía perfectamente distinguibles para el enemigo. De todas formas, Sharpe suponía que si les pagaban más, debían arriesgar más. Una driza de una vela de estay se rompió y la vela se vino abajo y se quedó arrastrando sobre el mar hasta que unos marineros corrieron por el bauprés hacia la proa para recogerla y atarle una nueva driza. Uno, dos, tres golpes más en el casco que hicieron temblar al *Pucelle*. Sharpe se preguntó cómo podía ver nada el enemigo a la hora de apuntar los cañones con aquel humo de pólvora tan espeso que envolvía sus cascos. Los marineros cantaban mientras volvían a izar la vela de estay.

En lo alto del palo mayor había más marineros encargados de las velas que intentaban asegurar los restos del mastelerillo. La vela mayor ya tenía al menos una docena de agujeros. Los barcos que iban por delante del *Pucelle* estaban dañados de manera similar. Los mástiles estaban astillados, las vergas rotas y las velas colgaban formando pliegues, pero todavía quedaba lona suficiente para conducirlos lentamente hacia adelante. Junto al *Pucelle* flotaban tres cadáveres que habían sido arrojados por la borda del *Temeraire* o del *Conqueror*. En torno a todas las naves que iban en cabeza, el agua se levantaba con los chapuzones de lo que caía al mar.

—¡Ahí va Su Majestad! —gritó Armstrong. Estaba claro que el sargento estaba confundido sobre el verdadero rango de Nelson y eximió al almirante de toda antipatía considerándolo un honorario de Northumbria que en aquellos momentos llevaba su buque insignia hacia la línea enemiga. Sharpe oyó el estrépito de sus

andanadas y vio las llamas que parpadeaban por su lado de estribor cuando tres cubiertas de cañones con doble carga abrieron fuego contra la proa de una de las naves francesas que tanto rato llevaba atormentándolo. El palo de trinquete del francés, todo entero, hasta cubierta, se balanceó a izquierda y derecha y luego se cayó lentamente. Los cañones del *Victory* habrían retrocedido en el interior del barco y los artilleros estarían limpiándolos con la lanada y recargándolos, atacándolos y empujándolos, respirando humo y polvo y resbalando en la sangre fresca mientras sacaban los cañones por las portas.

El juanete de proa del *Pucelle* se vino abajo cuando una bala rompió las cadenas que sujetaban la verga. El *Conqueror* también estaba sufriendo. Sus alas se iban arrastrando por el agua, aunque los hombres de Pellew estaban trabajando para subirlas a bordo. Su mastelero de proa estaba inclinado en un ángulo forzado y tenía marcas en la pintura de los lados. Los barcos británicos, ahora que tenían las portas abiertas, se hallaban salpicados de cuadrados rojos que rompían el negro y amarillo de sus franjas. El aire vibraba con el estrépito de los cañones, silbaba con el paso de las balas, y las altas olas atlánticas elevaban y conducían las lentas embarcaciones derechas al fuego enemigo.

Sharpe estaba observando el barco que había justo delante. Era español y su enseña roja y blanca era tan grande que casi rozaba el agua. Una ráfaga de viento lo liberó del humo y cuando se balanceó con el oleaje Sharpe vio la luz del día al otro lado de sus portas, pero entonces volvió a balancearse y media docena de esas portas hendieron el aire con una llamarada. Las balas atravesaron las jarcias del *Pucelle* con un silbido, haciendo temblar las velas y cortando estachas. El casco rojo y negro del barco español quedaba oculto por el humo, que se hizo más denso cuando dispararon más cañones. Una bala surcó el castillo de proa, otra dio en lo alto del palo de trinquete y una tercera alcanzó la línea de flotación del lado de babor.

Sharpe iba contando mientras observaba la popa del barco español desde donde habían disparado los cañones. Pasó un minuto y el humo se estaba disipando. Dos minutos y los cañones todavía no habían vuelto a disparar. Lentos, pensó, lentos, pero que un artillero fuera lento no impedía que pudiera matar. Sharpe vio a hombres con mosquetes en las jarcias enemigas. Un proyectil pasó aullando por encima de su cabeza y desapareció a popa. La redondeada proa del *Britannia*, que relucía con el mascarón que representaba a Britania sosteniendo su escudo y su tridente, de pronto se encontró atravesando la cortina de agua que había levantado una bala enemiga al no alcanzar su objetivo. El infante de marina seguía rezando, apelando a la madre de Cristo para que lo protegiera y haciendo la señal de la cruz una y otra vez.

El *Victory* casi había desaparecido entre la humareda. Entonces estaba atravesando la línea enemiga y el humo de los cañones parecía hervir a su alrededor, aunque Sharpe sólo podía ver la alta popa dorada del buque insignia, que reflejaba la

débil luz del sol que penetraba la niebla hecha por el hombre. Le daba la impresión de que los barcos enemigos se estaban agrupando alrededor de Nelson; el sonido de sus cañones hacía temblar el mar y hacía que a Sharpe le repiquetearan los dientes, ensordeciéndolo. El *Temeraire*, el segundo buque de la columna de Nelson, se abrió camino a la fuerza lenta y pesadamente hacia un hueco de la línea enemiga y abrió fuego, vertiendo su andanada contra la popa de una nave francesa. Sharpe miró hacia la derecha y vio que los primeros barcos detrás del *Royal Sovereign* de Collingwood habían alcanzado por fin al enemigo. Allí el mar parecía hervir del vapor que había. Un mástil cayó en la humareda. Se estaba abriendo un hueco enorme en la línea enemiga al norte de donde Collingwood había realizado su ataque, lo que indicaba que los barcos británicos estaban atrapando y castigando al enemigo al sur del *Royal Sovereign*; en cambio, los barcos franceses y españoles situados al norte del buque insignia de Collingwood siguieron avanzando hacia el lugar donde el *Victory* de Nelson estaba tendiendo una segunda trampa.

Todo ocurría muy despacio. A Sharpe le resultaba difícil de soportar. No era como el combate terrestre, donde la caballería podía atravesar el campo con un retumbo dejando tras de sí una columna de polvo y la artillería montada podía ir dando giros bruscos y levantando una lluvia de tierra. Aquella batalla se desarrollaba a una velocidad letárgica y existía un extraño contraste entre la majestuosa y lenta belleza de los barcos con todos los aparejos y el estrépito de sus cañones. Se dirigían hacia la muerte con mucha elegancia, con toda la belleza de los mástiles tensados y las velas extendidas por encima de los cascos pintados. Avanzaban sigilosamente hacia la muerte. El *Leviathan* y el *Neptune* ya se hallaban en la batalla, atravesando la línea enemiga un poco al sur del *Victory*. Una bala abrió un surco en la cubierta del castillo de proa del *Pucelle*, otra alcanzó el palo de mesana y lo sacudió, una tercera martilleó todo a lo largo de la cubierta de intemperie, atravesó proa y popa y, milagrosamente, no tocó nada en su trayectoria. Los hombres seguían agachados entre los cañones. Chase estaba de pie junto al palo de mesana, con las manos apretadas a la espalda. El *Pucelle* se encontraba a una distancia de tres esloras de la línea enemiga y Chase estaba eligiendo el lugar al que dirigiría su barco para atravesarla.

—Una cuarta a estribor —gritó, y la rueda del timón crujió cuando el timonel empujó sus radios. Se oyeron unos gritos procedentes de la cubierta inferior: una bala enemiga había perforado la madera de roble, había rebotado en el palo mayor y había alcanzado a los agachados servidores de un cañón—. Manténgase así —dijo Chase—, manténgase así.

Un zumbido pasó rápidamente junto al oído de Sharpe, que pensó que era un insecto, aunque enseguida vio una pequeña astilla que salía despedida de la cubierta y supo que eran disparos de mosquete que provenían de las jarcias de los barcos que había más adelante. Se obligó a quedarse quieto. El barco español que estaba justo

delante había desaparecido en medio del humo y en su lugar había uno francés, y muy cerca, detrás de él, había otro barco, aunque Sharpe no podía asegurar si ése era francés o español, pues la bandera quedaba oculta por su velamen intacto. Las velas parecían sucias. Era un dos puentes, más pequeño que el *Pucelle*, y su mascarón de proa mostraba a un monje con una mano alzada que sostenía una cruz. Así pues, era español. Sharpe buscó al *Revenant* con la mirada pero no lo vio. Por lo visto Chase apuntaba a las proas de los barcos españoles más pequeños, llevando al *Pucelle* a través del hueco cada vez más estrecho que había entre él y el barco francés que tenía delante, en tanto que la nave española intentaba interceptar al *Pucelle* tratando de ponerse al paio a la proa de aquél, y estaba tan cerca del francés que el botalón de foque, la parte exterior del bauprés, estuvo a punto de tocar el palo de mesana francés. Los cañones franceses arrojaron sus balas contra el casco del *Pucelle*. Las balas de mosquete golpetearon contra las velas. Las jarcias del barco francés quedaron salpicadas de humo de pólvora y su casco envuelto en él.

Chase calibró el hueco. Podía hacer virar el barco y enfrentarse a la embarcación francesa costado contra costado, pero tenía órdenes de atravesar la línea, aunque el hueco se estaba estrechando peligrosamente. Si calculaba mal, y si el barco español conseguía colocar su casco de banda a banda frente a la proa del *Pucelle*, entonces los *dons* agarrarían su bauprés, lo amarrarían a su propio barco y lo retendrían allí mientras barrían, bombardeaban y convertían la embarcación en astillas ensangrentadas. Haskell se dio cuenta del peligro y se volvió hacia Chase con una ceja alzada. Una bala de mosquete golpeó en cubierta entre los dos y a continuación una bala de cañón rompió el borde de la cubierta de la toldilla justo por encima de Chase antes de desperdigar las teleras construidas contra el coronamiento de popa, de modo que el *Pucelle* de pronto fue arrastrando una ristra de banderas de vivos colores. Una bala de mosquete se hundió en la rueda del timón, otra rompió el farol de la bitácora. Chase miró hacia el espacio cada vez menor y sintió la tentación de dirigirse hacia la popa del barco español, pero que lo asparan si dejaba que el capitán español dictara su batalla.

—¡Mantenga el rumbo! —le dijo al timonel—. ¡Mantenga el rumbo! —Antes arrancaríamos el bauprés del casco de la nave española que ceder el paso—. ¡Que se pongan en pie los servidores, señor Haskell! —dijo Chase.

Haskell lanzó un grito hacia la cubierta de intemperie.

—¡En pie! ¡En pie! ¡A sus cañones!

Guardiamarinas y tenientes repitieron la orden hacia la cubierta inferior: «¡En pie! ¡En pie!». Los hombres se agruparon alrededor de sus cañones, miraron a través de las portas abiertas y observaron los irregulares agujeros que ya se habían hecho en la doble plancha de madera de roble del casco. Los pedernales de los cañones se amartillaron y los artilleros se agacharon a un lado con las cuerdas de disparo

preparadas.

Un infante de marina soltó una maldición y luego se tambaleó en el castillo de proa: una bala de mosquete le había atravesado el hombro y había ido directa al vientre.

—Váyase a ver al cirujano —le dijo Armstrong—, y no arme un escándalo. —Levantó la vista hacia el palo de mesana del barco francés, donde un puñado de hombres disparaban sus mosquetes contra el *Pucelle*—. Es hora de enseñarles unos cuantos modales a esos cabrones —gruñó. El bauprés del *Pucelle*, maltrecho con su verga rota, avanzaba hacia el hueco entre los dos barcos. Los artilleros que había bajo cubierta todavía no podían ver al enemigo, pero sabían que estaba cerca por el humo de sus cañones, que flotaba sobre el mar como si fuera niebla y que luego se hizo más denso, cuando el enemigo volvió a disparar, aunque en esos momentos el *Pucelle* estaba tan cerca que sus disparos se dirigieron a las embarcaciones situadas detrás de él.

—¡Venga, adelante! —le gritó Chase a su barco—. ¡Sigue adelante!

Porque ahora había llegado el glorioso momento de la venganza. Había llegado el momento en que el *Pucelle*, si conseguía abrirse camino, llevaría sus costados a unos escasos palmos de una desprotegida popa enemiga y una desprotegida proa enemiga. Entonces, tras haber soportado el castigo durante tanto tiempo, podía barrer dos barcos a la vez, arrancando sangre, hueso y madera con su propio metal conducido por el fuego.

—¡Que hablen de una vez las balas! —gritó Chase—. ¡Háganlas hablar!

«Que se desangren esos cabrones», pensó vengativamente. Que lamentasen haber nacido y que fuesen condenados a un feroz infierno por el daño que ya habían hecho a su barco. Se oyó un ruido de algo destrozado o astillado cuando el bauprés del *Pucelle* se enredó con el bauprés del barco español, pero entonces el botalón de foque de la embarcación española se rompió del todo y la maltrecha proa del *Pucelle* se colocó en el hueco, la verga rota de su sobrecebadera rasgó la bandera francesa y el primero de sus cañones pudo cumplir con su función.

—¡Y ahora mátenlos! —gritó Chase con una sensación de alivio que le recorrió el cuerpo, pues al fin podía defenderse—. ¡Ahora mátenlos!



Lord William se había negado a permitir que la doncella de su esposa se refugiara en el «escondite de la dama» y le había dicho a la chica en tono perentorio que buscara un lugar más a proa en la bodega del *Pucelle*.

—Bastante malo es —le dijo a su esposa— estar obligados a permanecer en este lugar como para tener que compartirlo con sirvientes.

El escondite de la dama era el extremo popel de la bodega del *Pucelle*, un espacio

triangular hecho allí donde el casco aguantaba el timón. Su mamparo delantero lo formaban las estanterías en las que se almacenaba el equipaje vacío de los oficiales, lugar donde Malachi Braithwaite había buscado el memorándum el día de su muerte. El suelo lo constituían los abruptamente inclinados costados del barco y, aunque el capitán Chase había ordenado que se colocara un pedazo de vela vieja en el agujero para que proporcionara un rudimentario confort, lord William y lady Grace seguían viéndose obligados a sentarse incómodamente contra las planchas inclinadas, bajo la pequeña escotilla que conducía a la santabárbara de la cubierta del sollado que estaba arriba. Era en la santabárbara donde normalmente se guardaban los pedernales de los cañones y donde podían repararse las pequeñas armas del barco. En esos momentos estaba vacía, aunque el cirujano tal vez la utilizara como lugar para poner a los moribundos.

Lord William se había empeñado en tener dos faroles, que colgó de unos ganchos oxidados que había en el techo del escondite de la dama. Desenfundó su pistola, se la puso en el regazo y la utilizó para apoyar en ella el lomo de un libro que se sacó del bolsillo de la casaca.

—Estoy leyendo la *Odisea* —le dijo a su esposa—. Pensaba que tendría tiempo libre para leer mucho durante esta travesía, pero el tiempo ha pasado volando. ¿Te ha dado a ti la misma impresión?

—Sí —respondió ella sin ánimo. El sonido de los cañones enemigos quedaba muy amortiguado bajo la línea de flotación.

—Pero me ha complacido descubrir —siguió diciendo lord William—, en los pocos momentos que he podido dedicar a Homero, que mi griego está fresco como siempre. Había unas cuantas palabras que se me escapaban, pero el joven Braithwaite sí las recordaba. No era de gran utilidad, Braithwaite, pero su griego era excelente.

—Era un hombre odioso —dijo lady Grace.

—Ignoraba que te hubieras fijado en él... —dijo lord William, y movió el libro para que la luz del farol cayera sobre la página. Siguió las líneas con el dedo al tiempo que articulaba las palabras en silencio.

Lady Grace prestó atención a los cañones y se sobresaltó cuando el primer disparo alcanzó al *Pucelle* e hizo temblar todas las maderas del barco. Lord William se limitó a alzar una ceja y de inmediato prosiguió con su lectura. Más proyectiles alcanzaron su objetivo, su sonido apagado por las cubiertas de más arriba. Enfrente de lady Grace, allí donde el forro del casco se unía a una cuaderna, el agua entraba por una juntura y cada vez que una ola pasaba bajo el casco el agua llenaba la juntura y luego corría hacia abajo hasta desaparecer en la bodega, más allá de las estanterías para el equipaje. Ella reprimió el impulso de poner el dedo en la juntura, que se había rellenado con una tira estrecha de estopa deshilachada, y recordó que Sharpe le había contado que cuando era niño en la inclusa lo habían obligado a deshacer grandes

esteras de cuerda embreada que se habían utilizado como defensas en los muelles de Londres. Su trabajo había consistido en extraer las hebras de cáñamo, que luego se vendían a los astilleros, que las utilizaban para calafatear las planchas. Todavía tenía las uñas negras y desastradas, aunque eso, le había dicho él, era el resultado de disparar un mosquete de chispa. Pensó en sus manos, cerró los ojos y se sorprendió ante la locura que la había embargado. Seguía siendo esclava de aquella locura. El barco volvió a sacudirse y de pronto le sobrevino el terror a quedar atrapada en aquel abarrotado espacio mientras el *Pucelle* se hundía.

—Estoy leyendo sobre Penélope —dijo lord William sin hacer caso del estruendo producido cada vez que una bala enemiga golpeaba al *Pucelle*, lo que sucedía con frecuencia—. Es una mujer extraordinaria, ¿verdad?

—Siempre lo he pensado —respondió lady Grace abriendo los ojos.

—¿Tú no dirías que es la quintaesencia de la fidelidad? —preguntó lord William. Grace miró a su marido a los ojos. Estaba sentado a su izquierda, apoyado en el lado opuesto de aquel estrecho espacio. Parecía divertirse.

—Siempre se ha alabado su fidelidad —respondió ella.

—¿Te has preguntado alguna vez, querida, por qué te llevé a la India? —inquirió lord William mientras cerraba el libro tras marcar cuidadosamente el punto con lo que parecía ser una carta doblada.

—Espero que porque podía serte de utilidad —contestó ella.

—Y lo fuiste —dijo lord William—. Nuestras necesarias visitas fueron atendidas como es debido y no tengo ni una sola queja sobre el modo en que organizaste nuestra casa.

Grace no dijo nada. El timón, que tan cerca estaba a sus espaldas, crujía en sus pinzotes. El cañoneo enemigo era una constante sucesión de apagados golpes sordos que en ocasiones se elevaban en un estruendoso crescendo para volver a decrecer de nuevo a unos estallidos más regulares.

—Pero, por supuesto —siguió diciendo lord William—, un sirviente puede llevar una casa igual de bien que una esposa, si no mejor. No, querida, confieso que no fue por ese motivo por lo que deseaba que me acompañaras, sino más bien, y perdóname, porque temía que te resultara difícil imitar a Penélope si te dejaba en casa por un periodo tan largo de tiempo.

Grace, que hasta ese momento había estado mirando el agua brotar y derramarse por la juntura, miró entonces a su marido.

—Me estás ofendiendo —dijo ella en tono gélido.

Lord William hizo caso omiso de sus palabras.

—Al fin y al cabo, Penélope —continuó— permaneció fiel a su marido durante todos los años de su largo exilio, pero, ¿demostraría la misma paciencia una mujer moderna? —Lord William fingió reflexionar sobre la cuestión—. ¿Tú qué crees,

querida?

—Creo —replicó ella agriamente— que debería estar casada con Odiseo para responder a esa pregunta.

Lord William se rió.

—¿Y eso te gustaría, querida? ¿Te gustaría estar casada con un guerrero? Aunque, ¿es realmente Odiseo un guerrero tan magnífico? A mí siempre me pareció que más que soldado es un embaucador.

—Es un héroe —insistió Grace.

—Tal como lo son, no me cabe duda, todos los maridos para sus mujeres —dijo lord William en tono apacible, y levantó la vista hacia los baos de cubierta cuando un doble golpe sacudió el barco. Una ola levantó la popa y le obligó a extender una mano para no perder el equilibrio. Unos pies se arrastraban por la cubierta de arriba, allí donde los primeros heridos del barco pasaban por el cuchillo del cirujano. Luego un estallido particularmente fuerte que sonó muy cerca hizo que lady Grace soltara un grito. Se oyó un sonido que no presagiaba nada bueno: el del agua entrando a borbotones. El sonido cesó de pronto cuando el carpintero encontró el agujero en la línea de flotación del barco y a golpes de martillo colocó un tapa-balazos con la forma adecuada en el agujero que había abierto el proyectil. Lady Grace se preguntó a qué distancia de la línea de flotación se encontrarían. ¿A un metro y medio, quizá? El capitán Chase tenía la certeza de que ninguna bala podía penetrar en el escondite de la dama y había explicado que el agua del mar disminuía la velocidad de las balas de forma instantánea, pero aquellos terribles sonidos sugerían que cualquier parte del *Pucelle* podía resultar dañada. Las bombas del barco traqueteaban, aunque cuando el *Pucelle* abriera fuego los hombres iban a estar demasiado atareados con los cañones como para molestarse con las bombas. El barco estaba lleno de ruidos: el crujido de las raíces de los mástiles en la bodega, el borboteo del agua, las succiones de la bomba, los quejidos de los tensos maderos, el chirrido del timón en sus enganches metálicos, el estallido de los cañones enemigos y el destructivo estrépito de las balas que alcanzaban su objetivo. Lady Grace, agredida por aquella cacofonía, tenía una mano en la boca y otra apretada contra el vientre donde llevaba al hijo de Sharpe.

—Aquí estamos completamente seguros —tranquilizó lord William a su esposa—. El capitán Chase me ha asegurado que nadie muere bajo la línea de flotación. Aunque ahora que lo pienso, querida, eso precisamente fue lo que le ocurrió al pobre Braithwaite. —Lord William juntó las manos con fingida devoción—. Lo mataron bajo la línea de flotación —entonó.

—Se cayó —dijo lady Grace.

—¿Ah, sí? —preguntó lord William en un tono que daba a entender lo mucho que estaba disfrutando con aquella conversación. Un golpe atronador sacudió el barco y a continuación se oyó el ruido de algo que raspaba con fuerza y rapidez contra el casco.

Lord William se puso más cómodo—. Debo confesar que a veces me he preguntado si, en efecto, se cayó.

—¿Y de qué otro modo pudo haber muerto? —preguntó lady Grace.

—Ésa sí que es una pregunta contundente, querida. —Lord William fingió pensar en ello unos momentos—. Por supuesto, la muerte de ese desventurado podría interpretarse de modo completamente distinto si descubriéramos que alguien de a bordo le tenía especial antipatía. Como tú, por ejemplo. Me dijiste que era odioso.

—Lo era —dijo lady Grace con amargura.

—Pero no creo que hubieras podido matarlo tú —añadió lord William con una sonrisa—. Tal vez tenía otros enemigos... Unos enemigos que podrían hacer que su muerte pareciera un accidente... En el improbable caso de que pudiera haberse encontrado con el joven Braithwaite, Odiseo seguramente no hubiera tenido ningún problema en ocultar un asesinato como ése.

—Se cayó —insistió lady Grace en tono cansado.

—Y no obstante, no obstante... —dijo lord William con el ceño fruncido y en actitud pensativa—. Confieso que Braithwaite no me caía muy bien. Su patética ambición resultaba demasiado manifiesta para mi gusto. Era poco delicado y no podía disimular su ridícula envidia de la clase privilegiada. Una vez en Inglaterra me hubiera visto obligado a prescindir de sus servicios. Sin embargo, debía de merecerle mejor opinión que la que yo tenía de él, porque decidió confiar en mí.

Lady Grace miró a su esposo. Al balancearse, los faroles hacían que las sombras a ambos lados de su cuerpo se movieran de manera inquietante. Una bala de cañón alcanzó con un golpe sordo la cubierta inferior que se hallaba encima de ellos y las cuadernas del barco llevaron el áspero sonido hasta el escondite de la dama, pero por una vez lady Grace no se estremeció con el ruido. Arañaba unas briznas de esparto con la mano derecha mientras intentaba imaginarse cómo se sentiría un niño pequeño en una fría inclusa.

—Quizá no fuese exactamente que confiara en mí —dijo lord William en tono pedante—, porque, por supuesto, yo no di pie a intimidación ninguna, pero él tenía el presentimiento de que iba a morir. ¿Crees que tal vez poseía facultades premonitorias?

—No sé nada de él —repuso Grace con frialdad.

—Casi siento lástima por él —dijo lord William—, porque vivía atemorizado.

—Una travesía por mar puede engendrar nerviosismo —comentó lady Grace.

—Tenía tanto miedo —prosiguió lord William ignorando con despreocupación las palabras de su esposa— que antes de morir dejó una carta sellada entre mis papeles. «Para ser abierta en caso de mi fallecimiento», se leía en la carta —dijo con aire despectivo—. Una instrucción muy dramática, ¿no te parece? Tan dramática que dudé en obedecerla, pues esperara que no contuviera nada más que sus patéticos rencores y

justificaciones. La verdad es que me aterraba tanto la idea de saber de Braithwaite después de muerto que me faltó muy poco para arrojar la carta por la borda, pero un cristiano sentido del deber hizo que le prestase atención, y confieso que lo que escribió no carecía de interés. —Lord William sonrió a su esposa y a continuación sacó con delicadeza el papel doblado de entre las páginas de su *Odisea*—. Aquí, querida, está el legado de Braithwaite a nuestra felicidad conyugal. Léelo, por favor, pues tenía muchas ganas de conocer tu interpretación del contenido. —Le tendió la carta, y aunque lady Grace vaciló y el alma pareció que le huía, supo que debía obedecer. O eso o escuchar mientras su marido leía la carta en voz alta, de modo que, sin decir ni una palabra, cogió el papel.

Su esposo cerró la mano en torno a la empuñadura de su pistola.

El bauprés del *Pucelle* rompió el botolón de foque del barco español.

Y lady Grace leyó su sino.



La popa del barco francés estaba tan cerca que Sharpe tuvo la sensación de que si alargaba la mano la podría tocar. Llevaba el nombre escrito en letras de oro y estaba situado sobre una franja negra y entre dos juegos de ventanas de popa magníficamente doradas: *Neptune*. Los británicos tenían un *Neptune* en la batalla, un barco de tres puentes con noventa y ocho cañones y aquel *Neptune* era un dos puentes, aunque Sharpe tenía la impresión de que era más grande que el *Pucelle*. Su popa se alzaba unos treinta centímetros o más por encima del castillo de proa del *Pucelle* y los marineros franceses armados con mosquetes se alineaban en ella. Sus balas estallaban en cubierta o se hundían en las batayolas. Justo debajo del humo de los cañones enemigos había un escudo tallado en el coronamiento de popa. El escudo estaba coronado por una águila y a ambos lados del emblema había unos haces de banderas de madera, todas ellas, al igual que el propio escudo, pintadas con los tres colores de Francia, pero la pintura se había desgastado y Sharpe vio los desvaídos trazos dorados de la vieja flor de lis de los monárquicos por debajo del rojo, el blanco y el azul. Disparó su mosquete y el humo emborronó la vista; entonces Clouter, que había esperado a propósito a que su carronada pudiera disparar directamente sobre la línea de crujía del *Neptune* francés, tiró de la cuerda de disparo.

Ése fue el primer cañón del *Pucelle* que disparó; tras disparar, retrocedió sobre su cureña con un chirrido y soltando una nube de humo negro. Los infantes de marina franceses desaparecieron, envueltos en una ensangrentada niebla por el barril lleno de balas de mosquete que se había cargado sobre la bala maciza, que destrozó el escudo pintado y luego alcanzó el palo de mesana con un estallido que quedó ahogado por los primeros cañones disparados desde las cubiertas inferiores del *Pucelle*.

Dichos cañones estaban cargados con dos proyectiles y en todos ellos se había

atacado un montón de metralla encima de las balas gemelas; dispararon directamente contra las ventanas de popa del barco francés. Los cristales y sus marcos desaparecieron cuando los pesados misiles cruzaron a toda velocidad toda la eslora de las dos cubiertas de batería del *Neptune*. Los tubos de los cañones fueron arrojados fuera de sus cureñas, los hombres quedaron destripados y los disparos siguieron sucediéndose, cañón tras cañón, mientras el *Pucelle*, lenta, muy lentamente, avanzando al paso de un anciano, pasó poco a poco junto a la popa para que las sucesivas portas de babor apuntaran a su objetivo. Los cañones de estribor disparaban contra la proa del barco español, destrozando la pesada madera y enviando sus mortíferas balas contra sus cubiertas de batería. El *Pucelle* repartía muerte a diestro y siniestro, y de sus costados salían unas nubes de humo que empezaban en la proa y llegaban hasta la popa.

El palo de mesana del *Neptune* cayó por encima de la borda. Sharpe oyó los gritos de los tiradores que había en las jarcias, los vio caer y atacó otra bala en su mosquete. La carronada de estribor, que al igual que la de Clouter estaba cargada con balas de mosquete y una bala enorme, había despejado de marineros el castillo de proa de la nave española. La sangre chorreaba por sus imbornales, y el mascarón de proa del monje con la cruz había quedado hecho trizas. Había un gran crucifijo sujeto al palo de mesana del barco español, pero cuando las carronadas de popa de Chase arremetieron contra la más pequeña eslora del barco, arrancaron el brazo izquierdo del Cristo que colgaba y luego le rompieron las piernas.

El *Pucelle* había desgarrado parte de la bandera de la embarcación francesa mientras que el resto estaba en el agua con el palo de mesana caído. Chase quería hacer virar su barco a babor, abarloar al *Neptune* y convertirlo en una ruina ensangrentada, pero la nave española, más pequeña, chocó contra el *Pucelle* e inadvertidamente lo hizo girar a estribor. Se oyeron sonidos de desgarró, chirridos y crujidos cuando los dos cascos rozaron el uno contra el otro; entonces el capitán español, temiendo un abordaje, puso las gavias en facha y el barco más pequeño quedó rezagado a popa. Se habían cerrado sus portas de estribor, pero se abrieron unas cuantas cuando los artilleros supervivientes acudieron desde babor. Los cañones abrieron fuego contra el *Pucelle*. Los infantes de marina del capitán Llewellyn disparaban hacia las jarcias de la nave española. El humo oscureció el barco más pequeño. Chase pensó en meter a barlovento y acercarse a él, pero ya había pasado de largo, de modo que le gritó al timonel que virara en dirección norte, hacia el caldero de fuego y humo que rodeaba al *Victory*. El casco del buque insignia no se veía entre aquella hedionda niebla, pero Chase creía, a juzgar por los mástiles, que tenía a un barco francés a cada lado.

—Recojan las alas —ordenó. Dichas velas, que sobresalían a ambos lados del barco, sólo resultaban útiles con viento de popa, y el *Pucelle* iba a virar para que la

suave brisa viniera de babor. Los marineros de las velas se movieron en tropel por las vergas. Uno de ellos, alcanzado por una bala de mosquete, se vino abajo en la verga mayor y a continuación cayó dejando un largo reguero de sangre en la vela mayor.

Debido a que llevaba a rastras el palo de mesana, la velocidad del *Neptune* francés había disminuido. Su tripulación cortaba las jarcias caídas con hachas para tratar de soltar el mástil roto y que cayera por la borda. El *Pucelle* se hallaba entonces frente a su aleta y los artilleros de babor de Chase habían recargado y arrojado una bala tras otra contra el barco francés, disparando a través de la persistente humareda de su primera andanada. El ruido de los cañones inundaba el cielo, hacía temblar el mar, zarandeaba el barco. Clouter había recargado la carronada de babor, una tarea lenta; sin embargo, no había ningún objetivo cerca y no estaba dispuesto a malgastar la gigantesca bala contra el *Neptune*, que por fin se había desprendido de los restos de su mástil y se alejaba. Atacó otro barril de balas de mosquete dentro del corto tubo y aguardó a que otro objetivo se pusiera al alcance de la corta arma.

De pronto, el *Pucelle* se encontró en una zona de mar abierto sin ningún enemigo cercano. Había atravesado la línea, pero el *Neptune* se había ido hacia el norte y el barco español había desaparecido en medio del humo a popa; al frente no había ninguna embarcación excepto una fragata enemiga que estaba a un cuarto de milla de distancia, y los navíos de línea no se rebajan a luchar contra fragatas cuando hay buques de guerra con los que combatir. Una larga línea de barcos de guerra franceses y españoles se acercaba desde el sur, pero ninguno de ellos estaba a tiro, de modo que Chase siguió adelante hacia la arremolinada humareda, iluminado por las llamaradas de los cañones, que señalaban el lugar en el que se encontraba el atribulado buque insignia de Nelson. Era posible recibir honores al derrotar a un buque insignia, y el *Victory*, al igual que el *Royal Sovereign*, atraía a los barcos enemigos como a moscas. Otros cuatro barcos británicos combatían cerca del *Victory*, pero el enemigo contaba con siete u ocho y durante un buen rato no llegaría más ayuda, porque el *Britannia* era muy lento. El *Neptune* francés parecía avanzar para unirse a la refriega, de modo que Chase lo siguió. Los marineros de las velas, que eran pocos porque la mayoría estaban a los cañones, cazaron escotas al tiempo que el *Pucelle* viraba. El mar estaba lleno de restos flotantes. Dos cadáveres pasaron empujados por la corriente. Una gaviota se posó sobre uno de ellos; de vez en cuando picoteaba el rostro de aquel hombre desgarrado por los disparos y que el mar había dejado blanco.

A los heridos del *Pucelle* los llevaban abajo y a los muertos los echaban por la borda. El tubo del cañón que había sido desmontado de su cureña se amarró bien para que no se moviera con el balanceo del barco y aplastara a algún marinero. Los tenientes redistribuyeron a los artilleros entre las dotaciones de los cañones asignando más efectivos a aquellas en las que había habido más muertos o heridos. Chase miró hacia popa, al barco español.

—Tendría que haberme puesto a su lado —le dijo a Haskell con arrepentimiento.

—Habrá otros, señor.

—¡Por Dios y todos los santos que hoy quiero una presa! —exclamó Chase.

—Hay más que suficientes, señor.

En aquellos momentos el barco enemigo más próximo era un dos puentes situado al lado del *Victory*, una embarcación más grande. Chase vio salir el humo de los cañones del *Victory* por el estrecho espacio que había entre los dos barcos y se imaginó el horror de las cubiertas inferiores de la nave francesa cuando las tres andanas de cañones británicos destrozaban hombres y madera, pero también vio que las cubiertas superiores del barco francés estaban abarrotadas de gente. Por lo visto, el capitán francés había abandonado del todo las cubiertas de batería y había reunido a toda su tripulación en el castillo de proa, la cubierta de intemperie y el alcázar, donde estaban armados con mosquetes, picas, hachas y alfanjes.

—¡Quieren abordar el *Victory*! —exclamó Chase señalando con el dedo.

—Por Dios, señor, es cierto.

Chase no veía el nombre del barco francés porque el humo de la pólvora se arremolinaba en torno a su popa, pero estaba claro que su capitán era un hombre audaz, puesto que estaba dispuesto a perder su propio barco si de ese modo podía capturar el buque insignia de Nelson. Sus marineros habían enganchado al más grande, el *Victory*, con los rezones y tiraban de él para acercarlo, sus artilleros habían cerrado las portas y agarrado sus alfanjes y entonces los franceses buscaron la manera de pasar a la cubierta de Nelson. El *Victory* era más alto que la embarcación francesa y los entrantes de los costados de ambos barcos hacían que, aunque sus cascos se tocaran, las barandas siguieran estando a unos nueve metros o más de distancia. Los cañones del *Victory* seguían vapuleando el casco del barco francés, que tenía a montones de hombres en las jarcias, unos hombres que lanzaban un mortífero fuego de mosquete contra las expuestas cubiertas del buque insignia. Casi habían despejado esas cubiertas, por lo que entonces los británicos luchaban desde sus cubiertas inferiores mientras los franceses buscaban la manera de cruzar alas prácticamente desprotegidas cubiertas superiores del buque insignia. El capitán francés pretendía arrojar a cientos de hombres sobre el *Victory*. Lograría fama, sería almirante antes de acabar el día y se llevaría a Nelson prisionero a Cádiz.

Chase había trepado unos cuantos palmos por los obenques del palo de mesana para ver lo que ocurría y lo que vio lo dejó consternado. No veía al almirante ni al capitán Hardy. Unos cuantos infantes de marina con casaca roja estaban agachados a cubierto de las carronadas y respondían con un débil fuego al azote de la mosquetería que seguía cayendo desde los mástiles franceses, en tanto que en el extremo más alejado del *Victory* otro barco enemigo disparaba contra su casco.

Chase bajó de las jarcias.

—Una cuarta a estribor —le dijo al timonel, y entonces cogió un megáfono de la destrozada baranda—. ¡Clouter! ¿Tiene cargadas balas de mosquete?

—¡Hasta los topes, señor!

El barco enemigo se hallaba a un centenar de metros de distancia. Ahora que los artilleros de Hardy habían elevado sus tubos todo lo posible, el fuego de artillería del *Victory* rompía sus cubiertas en sentido ascendente. Se abrieron agujeros en la parte alta de estribor del dos puentes francés: las balas, disparadas contra el lado de babor del barco, lo habían atravesado limpiamente. No obstante, los artilleros británicos estaban disparando a ciegas y los asaltantes se estaban reuniendo en el lado más próximo al *Victory*, donde no podían llegar los cañones británicos. El capitán francés gritó a sus hombres que bajaran la verga mayor, puesto que eso les serviría de puente hacia la gloria. Sus jarcias se habían enredado con las del *Victory*, pero las suyas estaban plagadas de marineros y las del *Victory* estaban vacías. El sonido de los mosquetes crepitaba como espinos ardiendo. Los cañones del *Victory* producían un profundo estruendo. La madera de la cubierta y el costado del barco francés se astilló cuando los proyectiles se estrellaron contra ella.

Quedaban unos cincuenta metros. El viento era suave y soplaba en contra. El mar estaba cubierto de nubes de humo como cuando se rompe la niebla. El oleaje empujaba al *Pucelle* hacia el este.

—Una cuarta a babor, John —le dio Chase al timonel—, a babor. Lléveme junto a su aleta. —El humo de la popa del barco francés se hizo menos espeso y Chase vio el nombre del dos puentes que amenazaba con abordar al *Victory*: el *Redoutable*. «Muerte al *Redoutable*», pensó, y en aquel preciso momento los marineros franceses soltaron las drizas de la verga mayor del *Redoutable* y el gran palo cayó con estrépito sobre las destrozadas batayolas del *Victory*. Quedó como un tronco envuelto en lona sobre el combés del *Redoutable*, pero el extremo de babor sobresalía por encima de la cubierta de intemperie del *Victory*. Era un puente estrecho, pero a los franceses les bastaba.

—À l'abordage! —gritó el capitán francés. Era un hombre pequeño con una voz muy potente. Había desenvainado la espada—. À l'abordage!

Sus hombres profirieron una aclamación al tiempo que cruzaban por la verga en multitud. El *Pucelle* se alzó con una ola.

—¡Ahora! —gritó Chase dirigiéndose al castillo de proa—. ¡Ahora, Clouter, ahora!

Y Clouter vaciló.

CAPÍTULO 11

Su señoría debía saber, había escrito Malachi Braithwaite con una esmerada letra inglesa, que su esposa estaba manteniendo una relación adúltera con el alférez Sharpe. Los había oído en los aposentos de Sharpe a bordo del *Calliope* y, por muy doloroso que resultara relatarlo, los sonidos que emanaban —ésa fue la palabra que utilizó: emanaban— del camarote sugerían que la señora se había olvidado por completo de su elevada condición social. Braithwaite había escrito la carta con una tinta barata de un marrón desvaído que se había corrido en el papel húmedo y que resultaba difícil de leer en el oscuro escondite de la dama. Al principio, relataba el secretario de confianza, no había dado crédito a lo que sus propios oídos le demostraban, y a duras penas se atrevió a creérselo cuando vio que lady Grace abandonaba el entrepunte de la cubierta inferior en la oscuridad antes de amanecer, de modo que había considerado su deber plantearle sus sospechas a Sharpe. «Pero cuando acusé al alférez Sharpe —escribió— y lo reprendí por aprovecharse de la señora, él no negó las circunstancias, sino que amenazó con matarme.» Braithwaite había subrayado la palabra «matarme». «Fue ése el motivo, milord, que impidió que mi lengua cobarde cumpliera con su ineludible deber moral.» No le resultaba agradable, terminaba diciendo Braithwaite en la carta, informar a su señoría de estos vergonzosos sucesos, especialmente cuando su señoría siempre había demostrado con él una amabilidad desmesurada.

Lady Grace dejó caer la carta en su regazo.

—Miente —dijo—, miente. —Había lágrimas en sus ojos.

De repente el escondite de la dama se llenó de ruido. La propia artillería del *Pucelle* había empezado a disparar y la sacudida de los cañones retumbó por todo el barco y zarandéo los dos faroles. El estruendo era interminable e iba acrecentándose a medida que los disparos se acercaban a la popa de la embarcación. Entonces la proa de la nave española chocó contra el costado del *Pucelle* y se oyó un terrible estrépito, a lo que siguió un crujiente chirrido, cuando toneladas de madera rasparon y arañaron el casco. Un hombre dio un grito, un cañón disparó y a continuación dispararon otros tres. El sonido que hacían los cañones recargados al ser empujados hacia delante era como el retumbar de breves truenos.

Se hizo un extraño silencio.

—Sí que mintió —dijo plácidamente lord William durante aquel silencio, y alargó la mano para recuperar la carta del regazo de su esposa. Grace hizo un esfuerzo para volver a agarrarla, pero lord William fue demasiado rápido—. Claro que Braithwaite mintió —siguió diciendo su señoría—: debió de producirle un exquisito placer informarme de tu repugnante comportamiento. En la carta se nota que disfruta, ¿no te parece? ¡Y no cabe duda de que yo no demostré con él una amabilidad desmesurada!

Esa idea resulta tanto ridícula como ofensiva.

—¡Miente! —repitió lady Grace en actitud más desafiante. Una lágrima tembló en su ojo y luego le resbaló por la mejilla.

—¡Demostrar con él una amabilidad desmesurada! —dijo lord William ferozmente—. ¿Por qué iba a hacer tal cosa? Le pagaba un pequeño salario acorde con sus servicios, eso es todo. —Lord William se metió cuidadosamente en el bolsillo la carta doblada—. Aunque hay una circunstancia que sí me ha dejado desconcertado —prosiguió—. ¿Por qué se enfrentó a Sharpe? ¿Por qué no acudió directamente a mí? He estado pensando en ello y sigue desconcertándome. ¿Qué sentido tenía ver a Sharpe? ¿Qué esperaba Braithwaite de él?

Lady Grace no dijo nada. El timón tembló en sus pinzotes y una bala enemiga alcanzó al *Pucelle* con un intenso estruendo. A continuación volvió a hacerse el silencio.

—Entonces me acordé —continuó lord William— de que Sharpe había depositado algunos objetos de valor para que ese desgraciado de Cromwell se los guardara. Me pareció extraño, pues él es, a todas luces, pobre, aunque supongo que pudo haber hecho algo de dinero con los saqueos en la India. Podría ser que Braithwaite intentara chantajearlo. ¿A ti qué te parece?

Lady Grace movió la cabeza, no como respuesta a la pregunta de su marido, sino para sacarse de encima todo aquel asunto.

—¿O tal vez Braithwaite intentó chantajearte a ti? —sugirió lord William a su esposa con una sonrisa—. Solía observarte con una expresión tan patéticamente anhelante... Me resultaba gracioso, porque estaba claro lo que pensaba.

—¡Yo lo detestaba! —le espetó lady Grace.

—Un extravagante desperdicio de emociones, querida —replicó lord William—. Él era una cosa insignificante, a la que apenas valía la pena tenerle antipatía. Pero, y éste es el tema de nuestra conversación, ¿decía la verdad?

—¡No! —gimió lady Grace.

Lord William levantó la pistola y examinó su llave a la luz del farol.

—Me di cuenta —dijo— de que tras embarcar en el *Calliope* te revivió el ánimo. Eso me complació, naturalmente, pues los últimos meses habías estado excesivamente nerviosa. En cambio, una vez a bordo del barco de Cromwell parecías verdaderamente feliz. Y la vivacidad que has mostrado estos últimos días, en efecto, es muy poco normal. ¿Estás embarazada?

—No —mintió lady Grace.

—Tu doncella me ha dicho que vomitas casi todas las mañanas.

Grace volvió a negar con la cabeza. Las lágrimas le corrían por las mejillas. En parte lloraba de vergüenza. Cuando estaba con Sharpe todo parecía muy natural, muy reconfortante y emocionante, pero no podía alegar eso en su defensa. Él era un

soldado común y corriente, un huérfano de las abarrotadas casas arrendadas de Londres, y Grace sabía que si la sociedad llegaba a enterarse de esa relación se convertiría en su hazmerreír. A una parte de ella no le importaba que la ridiculizaran, pero otra parte se encogía bajo el azote del desprecio de lord William. Grace se hallaba en las profundidades de un barco, allá abajo con las ratas, perdida.

Lord William miró sus lágrimas como si las considerara el goteo inicial de su venganza, luego levantó la mirada hacia los tablones de la cubierta del sollado y frunció el ceño.

—Esto está extrañamente silencioso —dijo en un intento por desconcertarla hablando por un momento de la batalla antes de torturarla una vez más con su afilada lengua—. Quizá hayamos huido del combate... —Oyó el retumbo de un distante fuego de artillería, pero no disparaba ningún cañón cerca del *Pucelle*—. Recuerdo —dijo mientras se colocaba la pistola sobre las rodillas— la primera vez que nos vimos y mi tío sugirió que debía casarme contigo. Yo tenía mis dudas, por supuesto. Tu padre es un despilfarrador y tu madre una idiota parlanchina, pero tú, Grace, posees una belleza clásica, y confieso que me sentí atraído por ella. Me preocupaba el hecho de que contaras con una educación, aunque ha resultado ser más escasa de lo que piensas, y tenía miedo también de que pudieras tener opiniones, opiniones que con razón imaginé que serían estúpidas, pero estaba preparado para soportar dichas aflicciones. Yo creía, ya ves, que mi apreciación de tu belleza superaría mi desagrado por tus pretensiones intelectuales; a cambio te pedía muy poco, aparte de que me dieras un heredero y mantuvieras la dignidad de mi nombre. Has fracasado en ambas cosas.

—Te di un heredero —protestó Grace entre lágrimas.

—¿Aquel mocoso enfermizo? —Lord William escupió y luego se estremeció—. Es tu otro fracaso el que me preocupa ahora mismo, querida. Tu fracaso con el buen gusto, con el buen comportamiento, con la decencia y con la fidelidad —hizo una pausa mientras buscaba el insulto adecuado—: ¡con los buenos modales!

—¡Braithwaite mintió! —gritó Grace—. Mintió.

—No mintió —replicó lord William con enojo—. Tú, mi señora, hiciste la bestia de mala manera con ese ordinario soldado, ese pedazo de ignorante, ese bruto. —El tono de su voz era entonces frío, pues ya no podía ocultar la ira que tanto tiempo llevaba mimando—. Fornicaste con un campesino. Ni siquiera echándote a las calles y levantándote las faldas podías haber caído más bajo.

Lady Grace apoyó la cabeza contra el forro del casco. Tenía la boca abierta, respiraba agitadamente y las lágrimas le caían sobre la capa que llevaba. Tenía los ojos enrojecidos y no veía nada mientras lloraba.

—Y ahora estás tan fea —dijo lord William— que esto me resultará mucho más fácil. —Alzó la pistola.

Y en el barco volvió a resonar el sonido de un disparo.



Clouter no tiró de la cuerda del pedernal de la carronada cuando Chase le ordenó disparar. Esperó. A Sharpe le dio la impresión, al igual que a todos cuantos estaban observando, de que Clouter esperaba demasiado y que los franceses alcanzarían la cubierta de intemperie del *Victory*, pero el *Pucelle* se había alzado con una ola y Clouter estaba esperando a que el barco se balanceara a babor con el revés de esa misma ola. Así lo hizo. Clouter disparó con el balanceo descendente; el disparo estaba tan perfectamente calculado que la carga de balas de mosquete y bala alcanzó a los franceses que se encaramaban por la verga que los hubiera llevado a la desprotegida cubierta del *Victory*. Donde primero había un grupo de abordaje al cabo de un momento había una carnicería. La verga y la vela caídas estaban empapadas de sangre pero los franceses habían desaparecido, arrojados al olvido por la tormenta de metal.

Entonces el *Pucelle* se deslizó junto a la aleta del *Redoubtable*. Éste se hallaba a un tiro de pistola de distancia y los grandes cañones del costado de babor de Chase empezaron a trabajar con el devastado enemigo. Chase había ordenado a los artilleros que alzaran los tubos para que las balas atravesaran con estruendo el costado del barco francés y ascendieran destructivamente a través de la cubierta abarrotada de hombres. El *Pucelle* escupió bala tras bala, abriendo un fuego que era deliberado, lento y letal. Las balas levantaban a los hombres de la cubierta enemiga, se los llevaban hacia arriba. Algunos proyectiles atravesaron el *Redoubtable* y alcanzaron la baranda de la cubierta de intemperie del *Victory*. El *Pucelle* tardó más de un minuto en pasar junto al condenado barco francés y durante todo ese minuto los cañones lo desgarraron. Entonces les tocó el turno a las carronadas del alcázar que dominaban el ensangrentado revoltijo que había quedado en la cubierta enemiga, y los dos «demoledores» remataron el trabajo vaciando sus achaparrados tubos sobre aquella masa que se retorció.

El *Redoubtable* no tenía servidores en ningún cañón. El capitán francés se lo había jugado todo para abordar al *Victory* y ahora sus asaltantes estaban muertos, heridos o aturcidos, pero las jarcias de la embarcación seguían llenas de tiradores que habían vaciado las cubiertas superiores del buque insignia de Nelson, y aquellos hombres habían vuelto sus mosquetes contra el *Pucelle*. Llovieron las balas, que golpeaban contra el alcázar como granizo metálico. Se lanzaron granadas, que estallaron arrojando nubes de humo y fragmentos de hierro y cristal que silbaban en el aire.

Los infantes de marina del *Pucelle* hicieron cuanto pudieron, pero el enemigo los superaba en número. Sharpe disparó hacia la luz deslumbrante y luego recargó a toda prisa. A sus pies, la cubierta se estaba llenando de agujeros por el impacto de los

proyectiles. Una de las balas rebotó en la carronada vacía de Clouter con un sonido metálico y alcanzó a un hombre en el muslo. Uno de los infantes de marina se apartó de la barandilla tambaleándose, abriendo y cerrando la boca. Otro, con la garganta agujereada, estaba de rodillas junto al palo de trinquete y miró a Sharpe con los ojos abiertos de par en par.

—¡Escupa, muchacho! —le gritó Sharpe—. ¡Escupa!

El hombre miró a Sharpe con expresión ausente, frunció el ceño y escupió obedientemente. No había sangre en la saliva.

—Sobrevivirá —le dijo Sharpe—. Baje abajo. —Una bala alcanzó el aro de un mástil y rayó la reciente pintura amarilla. El sargento Armstrong disparó su mosquete, soltó una maldición cuando una bala le perforó el pie izquierdo, fue cojeando hacia la baranda, cogió otro mosquete y disparó de nuevo. Sharpe atacó su bala, cebó el arma, se la llevó al hombro y apuntó al grupo de hombres que había en la cofa mayor del barco francés. Apretó el gatillo. Vio los fogonazos de los mosquetes allí arriba. Una granada aterrizó en el castillo de proa y estalló provocando una cortina de llamas. Armstrong, que había resultado herido por unos fragmentos de cristal, apagó el fuego con un cubo de arena y luego empezó a recargar. La sangre se deslizaba por los imbornales de la cubierta de intemperie del *Redoutable*, goteaba por debajo de la destrozada baranda y caía, roja, sobre las portas cerradas. Los cañones proeles del *Pucelle*, recargados, dispararon contra la amura del barco francés, y cuando una bala alcanzó la enorme ancla se oyó un estrépito como si se cerraran las puertas del infierno. Más balas lanzadas por el *Victory* aparecieron por el costado del enemigo y algunas de ellas alcanzaron al *Pucelle*. Desde la cofa mayor enemiga dispararon otra docena más de mosquetes; el sargento Armstrong estaba de rodillas, soltando maldiciones, pero sin dejar de recargar. En el mástil enemigo parpadearon más mosquetes. Sharpe arrojó el suyo y tomó el fusil de descarga múltiple. Levantó la vista hacia la cofa de gavia enemiga y consideró que estaba demasiado lejos y que las siete balas se dispersarían demasiado antes de alcanzar la plataforma, construida allí donde el palo macho del barco francés se ensamblaba con el mastelero.

Se dirigió hacia la barandilla de estribor, se colgó el enorme fusil en el hombro y empezó a subir por los obenques del palo de trinquete. Vio a un infante de marina tendido en el alcázar del *Pucelle* con un reguero de sangre que abandonaba su cuerpo y se deslizaba por los tablones del suelo. A otro infante de marina lo estaban llevando hacia las barandas. No vio a Chase. Entonces una bala alcanzó el obenque por encima de él e hizo que el cabo embreado temblara como la cuerda de un arpa; él se agarró con desesperación mientras el ruido de los grandes cañones le castigaba los oídos. Otra bala pasó volando muy cerca, otra alcanzó el mástil y, desprovista de fuerza, golpeó contra la culata de la pistola de descarga múltiple. Sharpe llegó a los obenques de las arraigadas y, sin pensárselo, se lanzó hacia arriba y hacia fuera, el camino más

rápido hasta la cofa mayor. No tenía tiempo de asustarse; en lugar de eso, trepó por los flechastes con la misma agilidad que cualquier marinero, rodó hasta el enjaretado y se encontró con que entonces estaba al mismo nivel que los franceses en su cofa mayor. Había una docena de hombres allá arriba, la mayoría recargando. Uno de ellos disparó y Sharpe notó el viento que levantaba la bala al pasar a toda velocidad junto a su mejilla. Se descolgó la pistola de descarga múltiple, la amartilló y apuntó.

—Cabrones —dijo, y apretó el gatillo. El retroceso del arma lo arrojó hacia atrás, contra los obenques del mastelero. El humo de la pistola de múltiples cañones inundó el cielo, pero no llegó ningún disparo desde la cofa de gavia del barco francés. Sharpe se colgó el arma vacía al hombro y descendió del enjaretado. Sus pies se sacudieron durante un instante y encontraron las arraigadas que se inclinaban hacia adentro, volvió a bajar hasta la cubierta del *Pucelle* y, cuando volvió a mirar hacia arriba, lo único que vio en la cofa mayor del *Redoutable* fue un cuerpo que colgaba del borde. Dejó la pistola de descarga múltiple, cogió un mosquete y se dirigió hacia la baranda de babor.

Quedaban una docena de infantes de marina. Los demás estaban muertos o heridos. El sargento Armstrong, sangrando por tres cortes que tenía en la cara y con los pantalones de un rojo brillante a causa de una herida de bala, estaba sentado con la espalda apoyada en el palo de trinquete. Tenía un mosquete apoyado en el hombro y, aunque tenía el ojo derecho cubierto de sangre, apuntó lo mejor que pudo y disparó.

—¡Debería irse abajo, sargento! —le gritó Sharpe.

Armstrong expresó su opinión sobre ese consejo con un monosílabo y sacó un cartucho de su bolsa. A Clouter una bala le había rasguñado la espalda dejándole un ribete ensangrentado como el azote de un látigo, pero el hombretón no hacía caso de ello. Estaba metiendo otro barril de balas de mosquete en la carronada, aunque para entonces el *Pucelle* ya había dejado atrás al *Redoutable* y el barco francés estaba fuera del alcance de Clouter.

El capitán Chase seguía con vida. Connors, el oficial de señales, había perdido el antebrazo derecho con una bala de cañón y estaba abajo, en la bañera, en tanto que Pearson, un guardiamarina que había suspendido dos veces su examen para teniente, había resultado muerto por la mosquetería. El teniente de los infantes de marina estaba herido en el vientre y lo habían llevado abajo para que muriera. Una docena de artilleros estaban muertos y dos infantes de marina habían sido arrojados por la borda, pero Chase creía que el *Pucelle* había tenido suerte: había destruido al *Redoutable* en el preciso momento en que este barco iba a abordar al *Victory*. Chase sintió júbilo cuando volvió la vista atrás y vio los terribles daños que había causado su artillería. ¡Por Dios que lo habían cortado a filetes! Chase había considerado la posibilidad de situarse al lado del *Redoutable* y abordarlo, pero éste ya estaba

trincado al *Victory* y no había duda de que la tripulación del buque insignia los obligaría a rendirse. Entonces vio al *Neptune* francés por delante y le gritó al timonel que virara para ir tras él.

—¡Es nuestro! —le dijo a Haskell.

El primer teniente sangraba por una herida de bala que tenía en el brazo izquierdo, aunque no quiso que se lo trataran. El brazo le colgaba inútil, pero Haskell afirmaba que no le dolía y además, dijo, él era diestro. La sangre le goteaba por los dedos.

—Al menos vaya a que le venden el brazo —le sugirió Chase sin apartar la vista del *Neptune*, que iba a una velocidad sorprendente a pesar de haber perdido el palo de mesana. Debía de haber rodeado el flanco izquierdo de la contienda mientras el *Pucelle* pasaba al este de ésta, y el barco francés puso entonces rumbo a tierra como si intentara escapar de la batalla.

—Estoy seguro de que Pickering ya está bastante atareado sin que lo entretengan los tenientes con rasguños —contestó Haskell con irritación.

Chase se sacó su media de seda blanca e hizo señas al guardiamarina Collier.

—Envuélvale el brazo al teniente con esto —ordenó al guardiamarina, y a continuación se volvió hacia el timonel—. A estribor, John —dijo, haciendo gestos—, a estribor. —El *Neptune* amenazaba con cruzar frente a la amura del *Pucelle* y Chase tenía que evitarlo, pero creyó que llevaba velocidad suficiente para alcanzar al barco francés, situarse borda con borda con él y combatirlo cañón contra cañón, y como los franceses tenían ochenta y cuatro piezas, y él sólo setenta y cuatro, su victoria sería aún más memorable.

Entonces se produjo el desastre.

El *Pucelle* había pasado junto al *Victory* y el *Redoubtable* dejando una espesa nube de humo que flotaba tras él, y de esa nube emergió la proa de un barco intacto. Su mascarón de proa representaba un fantasmagórico esqueleto con una guadaña en una mano y una bandera tricolor francesa en la otra. El barco cruzó por detrás del *Pucelle* a menos de un disparo de pistola de distancia y todo el costado de babor estaba frente a la popa decorada del *Pucelle*.

—¡A estribor todo! —le gritó Chase al timonel, que ya había iniciado el giro que situaría el costado de babor del *Pucelle* frente al *Neptune*. Pero entonces el enemigo disparó y la primera bala rasgó las cuerdas de la caña del timón, con lo que la rueda giró inútilmente entre las manos del timonel. El timón, que ya no estaba sujeto a la tirantez de las cuerdas, se centró y el *Pucelle* volvió a desviarse a babor, dejando la popa desnuda frente a los cañones enemigos. Iban a barrerlo.

Una bala pasó silbando por la cubierta de intemperie matando a ocho marineros e hiriendo a una docena más. El proyectil dejó un rastro de salpicaduras de sangre a lo largo de toda la cubierta. La siguiente bala cortó a Haskell por la mitad, dejando su

torso en la baranda de estribor y las piernas colgando de la baranda proel del alcázar. Collier, que todavía tenía la media de seda en la mano, quedó bañado con la sangre de Haskell. La cuarta bala hizo añicos la rueda del timón del *Pucelle* y empaló al timonel con los radios astillados. Chase se asomó a la rota baranda del alcázar.

—¡Las cuerdas de la caña! —gritó—. ¡Señor Peel! ¡Las cuerdas de la caña! ¡Ya estribor todo!

—¡A la orden, mi capitán! ¡A estribor todo!

Más balas atravesaron la popa. El *Pucelle* temblaba con cada impacto. Las balas de mosquete restallaban contra la toldilla.

—Venga conmigo, señor Collier —dijo Chase al ver que el muchacho parecía estar a punto de llorar—, usted venga conmigo. —Empezó a andar de un lado a otro del alcázar con una mano en el hombro de Collier—. Van a barrernos, señor Collier. Es una pena. —Llevó al chico bajo la bovedilla de popa, cerca de los restos destrozados de la rueda y del timonel—. Y usted se quedará aquí, Harold Collier, y anotará las señales. ¡Mire el reloj! Y no me pierda de vista. Si caigo vaya a buscar al señor Peel y dígame que el barco es suyo. ¿Me ha comprendido?

—Sí, señor —Collier intentó mostrar confianza, pero le temblaba la voz.

—Y un consejo, señor Collier. Cuando esté al mando de su propio barco, tenga mucho cuidado de que no lo barran nunca. —Chase le dio unas palmaditas en el hombro al guardiamarina y luego volvió a adentrarse en el fuego de mosquete que picaba el alcázar. Los cañones enemigos seguían barriendo al *Pucelle*, proyectil tras proyectil, destruyendo las altas ventanas, arrojando balas de cañón y rociando de sangre los baos de cubierta por encima de las cabezas. Los restos del palo de mesana fueron atravesados por debajo de las cubiertas y Chase observó horrorizado que todo el mástil caía lentamente, arrancándose de la cubierta de la toldilla al tiempo que se venía abajo por estribor. Cayó poco a poco, los obenques se partieron con un sonido parecido a los disparos de pistola y el palo mayor se balanceó cuando el estay que lo conectaba al de mesana se tensó; entonces ese cable se rompió y el palo de mesana crujió, se astilló y finalmente cayó. El enemigo dio gritos de entusiasmo. Chase se asomó a la rota baranda del alcázar y vio a una docena de marineros tirando de uno de los cabos de repuesto de la caña del timón que estaban amarrados antes de la batalla.

—¡Tiren con fuerza, muchachos! —bramó a voz en cuello para que pudieran oírlo pese al ruido de los cañones enemigos que seguían bombardeando el *Pucelle*. Un cañón de veinticuatro libras yacía tumbado de lado y tenía atrapado a un hombre que gritaba. Una de las carronadas de estribor que había en el alcázar había sido arrojada fuera de su cureña. La gran bandera blanca se arrastraba por el agua. Ninguno de los cañones del *Pucelle* podía responder, ni podría hacerlo hasta que el barco virara—. ¡Tiren con fuerza! —gritó Chase, y vio que el teniente Peel, con la cabeza descubierta

y sudando, sumaba sus fuerzas a la cuerda de la caña del timón. El barco empezó a virar, pero fue el palo de mesana, cuyas velas y jarcias tocaban el agua por la aleta de estribor, lo que más contribuyó a que el barco diera la vuelta. Lo hizo lentamente, sin dejar de recibir el castigo de aquel buque francés que había salido de entre la humareda del combate.

Era el *Revenant*. Chase lo reconoció: distinguió a Montmorin de pie tranquilamente en su alcázar, vio el humo de los cañones franceses que se alzaba hacia sus obenques intactos y oyó los terribles sonidos que hacía su barco al ser azotado bajo sus pies. Pero finalmente el *Pucelle* reaccionó a la fuerza del palo de mesana y a los tirones de la caña del timón y el costado de estribor pudo empezar a responder, aunque algunos de sus cañones habían sido desmontados y otros tenían a la dotación muerta. Por ello su primera andanada fue débil. Tan sólo dispararon siete cañones.

—Cierren las portas de babor —gritó Chase hacia la cubierta de intemperie—. ¡Todas las dotaciones a estribor! ¡Ahora, con brío!

Poco a poco el *Pucelle* volvía a la vida. El barrido del que había sido víctima lo había aturdido, pero Chase condujo a una veintena de hombres hacia la popa para cortar los restos del palo de mesana y bajo cubierta los artilleros supervivientes de los cañones de babor fueron a completar la dotación del lado de estribor. El *Revenant* viró a babor con la clara intención de colocarse junto al *Pucelle*. Su castillo de proa estaba abarrotado de hombres armados con alfanjes y picas de abordaje, pero la carronada que quedaba en el lado de estribor del alcázar de Chase los hizo pedazos. John Hopper, el contramaestre de la tripulación de la barcaza de Chase, estaba al mando de aquella pieza. Chase cortó un último obenque con un hacha de abordaje, dejó que un cabo de mar limpiara el desastre de la cubierta de la toldilla y regresó a su alcázar, en tanto que el *Revenant* se iba acercando cada vez más. Los cañones de estribor del *Pucelle* ya disparaban como es debido, con sus dotaciones por fin reforzadas, y las balas abrían agujeros en el costado del *Revenant*. Pero entonces se recargaron los primeros cañones del barco francés y Chase vio que sus bocas ennegrecidas aparecían por las portas. Se alzaron nubes de humo. Vio temblar las velas del *Revenant* con la sacudida de sus cañones, sintió cómo su propio barco se estremecía cuando las balas alcanzaban su objetivo, vio al joven Collier de pie en la barandilla de estribor mirando cómo se acercaba el enemigo.

—¿Qué está haciendo aquí, señor Collier? —preguntó Chase.

—Cumpló con mi deber, señor.

—Le dije que mirara el reloj en la toldilla, ¿no?

—No hay reloj, señor. Desapareció. —El chico, a modo de muda prueba, alzó el retorcido esmalte de la esfera del reloj.

—Entonces baje a la cubierta del sollado, señor Collier, y en el dispensario del

cirujano, aunque no debe molestarlo a él, hay una red llena de naranjas, un regalo del almirante Nelson. Tráigalas para los servidores de los cañones.

—A la orden, mi capitán.

Chase volvió la mirada atrás y vio al *Victory*. Una señal ondeaba en sus jarcias, pero Chase no necesitó un oficial de señales que tradujera las banderas.

—Entable combate con el enemigo acercándose más.

—Bueno, era lo que estaba a punto de hacer, e iba a entablar combate con un barco enemigo prácticamente intacto, en tanto que el suyo había sufrido graves daños; pero por Dios, pensó Chase, que haría que Nelson se sintiera orgulloso. Chase no se culpaba porque lo hubieran barrido. En aquel tipo de batallas, un desordenado tumulto de barcos arremolinándose en la humareda, era un milagro si un capitán no resultaba barrido, y él estaba orgulloso de que sus hombres hubieran hecho virar el barco antes de que el *Revenant* pudiera vaciar todo su costado contra la popa del *Pucelle*. La nave aún podía combatir. Delante del *Victory*, más allá del humo que lo rodeaba, más allá de los barcos enzarzados en combate, algunos de ellos desarbolados, vio las jarcias intactas de las embarcaciones británicas que formaban la parte trasera de cada escuadra, y esas embarcaciones, que todavía no se hallaban empeñadas en combate, no habían hecho más que entrar en la batalla. El *Santísima Trinidad*, que descollaba sobre ambas flotas como un mastodonte, estaba siendo barrido y bombardeado por barcos más pequeños, que parecían terriers ladrándole a un toro. El *Neptune* francés había desaparecido y el *Pucelle* solamente se veía amenazado por el *Revenant*, pero este barco había escapado de algún modo a lo peor del combate, y Montmorin, un capitán tan excelente como cualquier otro de la marina francesa, estaba decidido a alcanzar algunos honores en la jornada.

Dos marineros tiraron de la empapada enseña blanca del *Pucelle* y la subieron al alcázar, mojando la sangre de Haskell con los chorreantes pliegues de la pesada bandera.

—Ícenla rápidamente en la verga de la gavia, a babor —ordenó Chase. Iba a parecer extraño ponerla ahí, pero por Dios que la enarbolaría, para mostrar que el *Pucelle* no estaba derrotado.

Las balas de mosquete empezaron a golpear contra la cubierta. Montmorin tenía a cincuenta o sesenta hombres en la obra muerta y ahora iban a intentar hacer lo que el *Redoubtable* le había hecho al *Victory*. Iba a despejar las cubiertas del *Pucelle*. Chase deseaba desesperadamente retirarse a cubierto de la dañada toldilla, pero su lugar estaba allí, a plena vista, de modo que puso las manos a la espalda e intentó mostrarse tranquilo mientras caminaba de un lado a otro de la cubierta. Resistió la tentación de recorrer toda la cubierta hasta que estuviera bajo la toldilla, pero se obligó a darse la vuelta cuando faltaban unos pasos, aunque sí se detuvo en una ocasión para mirar fascinado los enmarañados restos de la bitácora y su aguja. Una bala de mosquete

golpeó contra la cubierta junto a sus pies con un ruido sordo y él se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos. Tendría que haber llamado a un teniente de abajo para que sustituyera a Haskell, pero en cambio decidió no hacerlo. Si caía, sus hombres sabían lo que tenían que hacer. Simplemente luchar. Era lo único que podía hacerse en aquellos momentos. Sólo luchar, y el hecho de que Chase viviera o muriera no iba a influir en el resultado, mientras que los tenientes, al mando de los cañones, estaban haciendo algo útil.

Los servidores de las dos carronadas de babor, que no tenían ningún objetivo a la vista, estaban quitando de en medio la carronada desmontada de estribor con unas palancas, para así poder arrastrar hasta allí uno de sus dos cañones para reemplazarla. Chase dio unos saltitos para no estorbar y entonces vio al guardiamarina Collier en la cubierta de intemperie, repartiendo las naranjas que sacaba de su enorme red.

—¡Tíreme una, muchacho! —le gritó al chico.

Collier pareció alarmado al recibir la orden, como si temiera arrojarle algo a su capitán, pero lanzó la naranja sin levantar el brazo, por encima del hombro, como si estuviera lanzando una pelota de críquet, y Chase tuvo que echarse a un lado para atraparla con una sola mano. Algunos artilleros ovacionaron la parada y Chase sostuvo la naranja en alto como si fuera un trofeo antes de lanzársela a Hopper.

Los infantes de marina del capitán Llewellyn estaban disparando contra los franceses en sus protegidas cofas, pero los franceses eran más numerosos y su fuego incesante estaba mermando las filas de Llewellyn.

—Ponga a sus hombres todo lo a cubierto que pueda, Llewellyn —ordenó Chase.

—¿No podría llevarme a algunos a la cofa mayor, señor? —sugirió el galés.

—No, no, le di mi palabra a Nelson. Póngalos a cubierto. Pronto llegará su momento. Bajo la bovedilla de popa, Llewellyn. Desde allí puede disparar.

—Debería venir con nosotros, señor.

—Me apetece tomar el aire, Llewellyn —dijo Chase con una sonrisa. La verdad es que estaba aterrorizado. No dejaba de pensar en su esposa, en su casa, en los niños. En su última carta Florence le había dicho que uno de los ponis estaba enfermo, pero, ¿cuál? ¿La jaca? ¿Estaría mejor? Intentó pensar en asuntos domésticos como aquél, preguntándose si la cosecha de manzanas sería buena y si habrían vuelto a empedrar el patio del establo y por qué la chimenea del salón hacía tanto humo cuando había viento del este, pero en realidad lo único que quería era salir corriendo hacia la sombra de la toldilla para que así las tablas de madera de la cubierta de arriba lo protegieran de la mosquetería. Quería encogerse de miedo, pero su trabajo era permanecer en el alcázar. Por eso le pagaban cuatrocientas dieciocho libras y doce chelines al año. De modo que siguió andando de arriba abajo, de abajo arriba, bien visible con su bicornio y sus charreteras. Trató de dividir cuatrocientas dieciocho libras y doce chelines entre trescientos sesenta y cinco días, y los franceses lo

apuntaron con sus mosquetes, de modo que Chase caminó por una franja de cubierta que había quedado aún más desigual y despedazada por el impacto de las balas. Vio que el barbero del barco, un irlandés tuerto, subía a una de las cubiertas de batería. En esos momentos, reconoció Chase, aquel hombre era más valioso para el barco que su capitán. Siguió caminando, a sabiendas de que no tardarían en alcanzarle, esperando que no doliera demasiado, lamentando profundamente su muerte y deseando poder ver a sus hijos una vez más. Tenía miedo, pero era impensable hacer otra cosa que no fuera mostrar un frío desprecio por el peligro.

Se dio la vuelta y miró hacia el oeste. La refriega en torno al *Victory* se había intensificado, pero pudo ver con claridad una bandera británica ondeando por encima de una tricolor francesa, lo que demostraba que al menos un barco enemigo había caído. Más al sur había un segundo tumulto, en el que la escuadra de Collingwood había interceptado la retaguardia de la flota francesa y española. Al este, más allá del *Revenant*, un puñado de barcos enemigos se alejaban de manera vergonzosa, mientras que al norte la vanguardia enemiga había virado por fin y avanzaba pesadamente hacia el sur para ayudar a sus atribulados compañeros. Chase creía que la batalla no podía sino empeorar, pues había una docena de barcos enemigos a cada lado que todavía tenían que entablar combate, pero ahora su lucha era contra Montmorin.

El *Pucelle* se estremeció cuando el *Revenant* chocó contra su banda. La fuerza de la colisión, costado contra costado, dos mil toneladas contra dos mil toneladas, volvió a separar a los dos barcos, pero Chase gritó a los escasos hombres que quedaban en sus cubiertas superiores que lanzaran los rezones y amarraran al *Revenant*. Los ganchos volaron hacia las jarcias del enemigo, pero éste había tenido la misma idea y también su tripulación estaba lanzando rezones, y los marineros que había en las jarcias francesas estaban atando las vergas bajas del *Pucelle* a las suyas. A la muerte entonces. Ninguno de los dos barcos podía escapar, ya sólo podían destruirse el uno al otro. Las barandas de ambas embarcaciones estaban a unos nueve metros de distancia porque la parte inferior de sus cascos sobresalía mucho, pero Chase se hallaba lo bastante cerca del *Revenant* como para ver la expresión de Montmorin. El francés, al ver a Chase, se quitó el sombrero y le hizo una reverencia. Chase hizo lo mismo. A Chase le entraron ganas de reírse y Montmorin sonreía, ambos sorprendidos por lo extraño de semejantes cortesías cuando estaban haciendo todo lo posible por matarse el uno al otro. Bajo sus pies con hebillas plateadas los grandes cañones golpeaban y abrían agujeros. Chase lamentó no tener una naranja para lanzársela a Montmorin, quien sin duda apreciaría el gesto, pero no vio a Collier.

Chase no lo sabía, pero su presencia en cubierta fue útil de un modo muy directo, pues los tiradores franceses apostados en las cofas estaban obsesionados con matarlo y no prestaron atención ninguna a los servidores de las carronadas, los cuales, al ver que los marineros franceses se agrupaban en el combés del *Revenant*, dispararon

contra la muchedumbre. Algunos franceses estaban cogiendo picas de abordaje de los soportes situados en torno al palo mayor, en tanto que otros blandían hachas o alfanjes, pero una carronada de proa y otra de popa abrieron un enmarañado fuego cruzado que destruyó al grupo de abordaje. Los franceses no tenían carronadas y dependían de los hombres de las cofas para despejar una cubierta enemiga con el fuego de los mosquetes.

En el castillo de proa del *Pucelle* quedaban diez infantes de marina. El sargento Armstrong, que se estaba desangrando, seguía sentado junto al palo de trinquete y disparaba con torpeza su mosquete hacia las jarcias del enemigo. Clouter, cuyo negro torso estaba surcado y salpicado con la sangre de otros hombres, había asumido el mando de la carronada de estribor después de que una granada arrojada desde el palo de trinquete enemigo matara a la mitad de su dotación. Sharpe disparaba contra la cofa mayor con la esperanza de que sus balas atravesaran la madera y mataran a los tiradores franceses encaramados a la plataforma. El viento parecía haber cesado por completo, de modo que las velas y banderas colgaban lacias. El humo de la pólvora se hizo más denso entre los barcos y se elevó, ocultando y protegiendo la cubierta del *Pucelle* azotada por las balas. En esos momentos Sharpe se había quedado sordo, los grandes cañones le castigaban los oídos y su mundo se veía reducido a aquel pequeño pedazo ensangrentado de cubierta y a las jarcias enemigas envueltas en humo que se alzaban por encima de él. Tenía el hombro magullado a causa del mosquete, de modo que se estremecía de dolor cada vez que disparaba. Una naranja fue rodando por cubierta hasta sus pies y su cáscara marcó unos hoyuelos en la sangre que había en el entarimado. Golpeó con fuerza la naranja con la culata revestida de latón de su mosquete, con lo que la fruta se aplastó y reventó, luego se agachó y cogió un poco de la pulpa hecha papilla. Comió un poco, agradeciendo el zumo en su boca reseca, luego cogió un poco más y se la puso a Armstrong en la boca. El ojo no ensangrentado del sargento estaba vidrioso. El hombre apenas estaba consciente, pero seguía intentando recargar su mosquete. Le sobrevino una tos ronca en la que se mezcló una baba ensangrentada con el zumo de naranja que le caía por el mentón.

—Estamos ganando, ¿verdad? —le preguntó a Sharpe con seriedad.

—Estamos acabando con esos cabrones, sargento.

Para entonces los muertos yacían allí donde caían, pues no había suficientes hombres para arrojarlos por la borda, o mejor dicho, los que quedaban estaban demasiado ocupados combatiendo. Lo peor de aquel combate ocurría bajo cubierta, donde los dos barcos, enfrentándose cañón contra cañón, se destrozaban mutuamente. La cubierta inferior del *Pucelle* estaba oscura, pues el *Revenant* tapaba la luz a estribor y las portas de babor estaban cerradas. El humo inundaba la cubierta inferior y se arremolinaba bajo los baos, que la primera andanada del *Revenant* había dejado salpicados de sangre. Las balas enemigas abrieron agujeros en el casco, atravesaron

silbando la cubierta y perforaron con estrépito el lado de babor dejando entrar unos haces de luz recién creados por los agujeros. Una espesa polvareda y un humo aún más espeso flotaban en los rayos de luz. Los cañones del *Pucelle* devolvieron el fuego, retrocediendo con un rugido contra las cuerdas de la recámara y llenando la cubierta con su estruendo. En aquel punto los barcos se tocaron y sus portas casi coincidieron, de manera que cuando un artillero británico intentó limpiar su cañón, un alfanje francés casi le cercenó el brazo; luego cogieron la lanada con su palo y se lo llevaron a bordo del barco francés. Los disparos franceses eran más pesados, pues contaban con cañones más grandes, pero los cañones más grandes costaban más de recargar y el fuego británico era notablemente más rápido. La tripulación de Montmorin era con toda probabilidad la mejor entrenada de toda la flota enemiga, aunque los hombres de Chase eran más rápidos. Pero entonces el enemigo arrojó granadas a través de las portas abiertas y disparó los mosquetes para entorpecer a la artillería británica.

—¡Traiga a los infantes de marina! —gritó el teniente Holderby a un guardiamarina, pero tuvo que acercarse al chico y hacer bocina con las manos en su oído—. ¡Traiga a los infantes de marina! —Una bala mató al teniente y esparció sus intestinos por las rejillas donde se almacenaban las balas de treinta y dos libras. El guardiamarina se quedó inmóvil un segundo, desorientado. Se alzaban llamas a su izquierda, entonces un artillero echó arena sobre los restos de la granada y otro vació un barril de agua para apagar el fuego. Otro artillero se arrastraba por cubierta vomitando sangre. Una mujer tiraba de la polea de un cañón mientras lanzaba maldiciones a los artilleros franceses que se hallaban tan sólo a un alfanje de distancia. Un cañón retrocedió, llenó la cubierta de humo y ruido y rompió la cuerda de la recámara, con lo que dio un giro brusco y aplastó a dos hombres cuyos gritos se perdieron en medio de aquel estruendo. Los hombres empujaban y atacaban las piezas, sus torsos desnudos brillaban con el sudor, surcado por los residuos de pólvora. Entonces todos parecían negros, aparte de estar salpicados, manchados o cubiertos de sangre. El *Revenant* escupía humo de pólvora sobre el *Pucelle* y asfixiaba a los hombres que se esforzaban por devolverle el favor.

El guardiamarina trepó por la escalera de cámara hacia la cubierta de intemperie, que temblaba con el retroceso de sus cañones de veinticuatro libras. Los restos de las jarcias estaban tirados en la parte central de la cubierta, que estaba tan llena de humo que el guardiamarina subió al castillo de proa en lugar de subir al alcázar. Le zumbaban los oídos con el ruido de los cañones y tenía la garganta seca como la ceniza. Vio a un oficial con una casaca roja.

—Se le necesita abajo, señor.

—¿Cómo? —gritó Sharpe.

—A los infantes de marina, señor, se les necesita abajo. —El chico tenía la voz

ronca—. Están entrando por las portas, señor. En la cubierta inferior. —Una bala golpeó contra el suelo a sus pies, otra rebotó en la campana del barco.

—¡Infantes de marina! —bramó Sharpe—. ¡Picas! ¡Mosquetes!

Condujo a sus diez hombres por la escalera de cámara, pasó por encima de un grumete servidor de la pólvora que yacía muerto, aunque Sharpe no pudo apreciar ninguna marca visible en su cuerpo, y luego se adentraron en la oscuridad infernal y la densa penumbra de la cubierta inferior. Entonces sólo disparaban la mitad de los cañones de estribor, que se veían obstaculizados por los franceses que arremetían a través de las portas con alfanjes y picas. Sharpe disparó su mosquete por una de las portas y vio el rostro de un francés que se deshacía en sangre, corrió hacia la siguiente porta y utilizó la culata del mosquete descargado para golpear el brazo de un enemigo.

—¡Simmons! —gritó a uno de los infantes de marina—, ¡Simmons! —Simmons se lo quedó mirando con unos ojos como platos—. Vaya a la santabárbara de proa —gritó Sharpe—. ¡Traiga las granadas!

Simmons echó a correr, agradecido por tener la oportunidad de permanecer bajo la línea de flotación aunque sólo fuera por un instante. Tres de los pesados cañones del *Pucelle* dispararon al mismo tiempo con un estruendo que casi dejó aturdido a Sharpe, que iba de porta en porta arremetiendo contra los franceses con su alfanje. Un enorme estrépito, de una intensidad terrible y tan prolongado que pareció durar eternamente, se abrió paso en los oídos ensordecidos de Sharpe, quien supuso que un mástil se había caído por la borda, aunque no sabría decir si era otro de los del *Pucelle* o uno del *Revenant*. Vio a un francés atacando un cañón, medio asomado en la porta de enfrente, y le pinchó el brazo con el alfanje. El francés se retiró de un salto y Sharpe se apartó rápidamente al ver que el artillero llevaba el botafuego al oído de la pieza. Sharpe se dio cuenta de que los franceses no utilizaban pedernal y se sorprendió por haberse fijado en una cosa así en plena batalla; luego el cañón disparó y la baqueta, que se había quedado en el tubo, se desintegró al salir despedida por la cubierta del *Pucelle*. Un guardiamarina disparó una pistola contra una porta enemiga. Saltó la chispa de un pedernal y el sonido de un cañón pesado retumbó en los oídos de Sharpe. Algunos de los hombres habían perdido los pañuelos que llevaban atados alrededor de la cabeza y les sangraban los oídos. A otros les salía sangre de la nariz simplemente a causa del sonido de los cañones.

Simmons reapareció con las granadas, y Sharpe tomó un botafuego de uno de los barriles de agua que quedaban, encendió la mecha y luego esperó hasta que la caprichosa marejada pusiera a la vista una porta francesa. La mecha chisporroteó. Sharpe vio las maderas amarillas del *Revenant*; entonces el barco enemigo chocó contra el casco del *Pucelle*, una porta apareció a la vista y él arrojó la bola de cristal hacia el *Revenant*. Oyó una vaga explosión, vio que las llamas iluminaban el humo

negro que llenaba la cubierta de batería enemiga y luego dejó que Simmons arrojara las otras granadas, mientras él volvía a dirigirse al otro extremo de la cubierta, pasando por encima de los cuerpos, evitando a los artilleros, comprobando todas las portas para asegurarse de que no hubiera más franceses intentando atravesarlas con los alfanjes o las picas. El gran cabrestante situado en medio de la cubierta, y que se utilizaba para cobrar los cabos del ancla, tenía una bala enemiga hundida en su centro de madera. Goteaba sangre de la cubierta de arriba. Un cañón, atiborrado de metralla, retrocedió y le cortó el paso; los franceses gritaron.

Y entonces otro grito penetró en sus oídos, que ya le zumbaban. Provenía de arriba, de la cubierta de intemperie, que estaba resbaladiza debido a la sangre, tan abundante que la arena ya no garantizaba a los hombres mantener el equilibrio.

—¡Rechacen a los que nos abordan! ¡Rechacen a los que nos abordan!

—¡Infantes de marina! —gritó Sharpe a los pocos hombres que tenía, aunque ninguno de ellos lo oyó con todo aquel ruido; pero él pensó que tal vez algunos lo seguirían si veían que trepaba por la escalera de cámara. Oía el sonido del acero contra el acero. No había tiempo para pensar, sólo quedaba tiempo para luchar.

Subió.



Lord William frunció en entrecejo al oír la carronada, y se encogió cuando el costado de babor del *Pucelle* empezó a disparar, el ruido recorrió el barco y un estruendo invadió el escondite de la dama.

—Veo que todavía seguimos en acción —dijo al tiempo que bajaba la pistola. Se echó a reír—. Valió la pena apuntarte a la cabeza con la pistola, querida, sólo para ver la expresión de tu cara. Pero, ¿fue el remordimiento o el miedo lo que accionó tu sufrimiento? —Hizo una pausa—. ¡Vamos! Quiero una respuesta.

—El miedo —contestó lady Grace con voz entrecortada.

—Y sin embargo, a mí me gustaría oírte expresar remordimiento, sólo como prueba de que posees algunos buenos sentimientos. ¿Es así? —Aguardó. Los cañones dispararon y el ruido se intensificó cuando el cañón más cercano retrocedió, dos cubiertas por encima de su refugio.

—Si tuvieras sentimientos —dijo Grace— o el más mínimo valor, estarías en cubierta compartiendo el peligro con los demás.

A lord William eso le hizo mucha gracia.

—¡Qué concepto más extraño tienes de mis aptitudes! ¿Qué podría hacer yo que le fuera útil a Chase? Mis cualidades, querida, radican en las artimañas de la política y, me atrevería a decir, de su administración. El informe que estoy escribiendo tendrá una profunda influencia en el futuro de la India y, por consiguiente, en las perspectivas de Gran Bretaña. Confío en unirme al gobierno antes de un año. En

cuestión de cinco años podría ser primer ministro. ¿Voy a arriesgar ese futuro sólo para pavonearme por una cubierta con una manada de imbéciles descerebrados que creen que una pelea en el mar cambiará el mundo? —Se encogió de hombros y miró al techo del escondite de la dama—. Cuando llegue el final del combate, querida, me dejaré ver, pero no tengo intención de correr ningún riesgo innecesario o extraordinario. Dejemos que Nelson tenga su día de gloria, aunque dentro de cinco años dispondré de él a mi antojo y, créeme, ningún adúltero obtendrá honores de mí. ¿Sabes que es un adúltero?

—Lo sabe toda Inglaterra.

—Toda Europa —la corrigió lord William—. Ese hombre es incapaz de ser discreto y tú, querida, también has sido indiscreta. —La andanada del *Pucelle* había cesado y el barco parecía estar en silencio. Lord William miró hacia cubierta como si esperara que el ruido volviera a empezar, pero los cañones estaban en calma. El agua borboteaba a popa. Las bombas del barco empezaron a funcionar de nuevo—. No me habría importado —siguió diciendo lord William— si hubieras sido discreta. A ningún hombre le gusta ser un cornudo, pero una cosa es que la esposa se eche un amante refinado y otra muy diferente es que se acueste con el servicio. ¿Acaso te volviste loca? Eso sería una excusa caritativa, pero el mundo no te ve como si estuvieras loca, por lo que tu acción me perjudica. Optaste por aparearte con un animal, un zoquete, y sospecho que te ha dejado embarazada. Me das asco. —Se estremeció—. Todos los del barco debían de saber que estabas en celo. Creían que yo no lo sabía y me miraban desdeñosamente, y tú seguías adelante como una puta de dos peniques.

Lady Grace no dijo nada. Se quedó mirando uno de los faroles. La vela ardía con luz parpadeante y arrojaba un hilito de humo que se escapaba a través de los agujeros de ventilación del farol. Tenía los ojos enrojecidos, estaba agotada por el llanto, incapaz de defenderse.

—Debería haberme imaginado todo esto cuando me casé contigo —dijo lord William—. Uno espera, sí, tiene la esperanza de que una esposa resulte ser una mujer fiel, prudente y con un tranquilo sentido común, pero, ¿por qué iba a suponer que sería así? Las mujeres siempre han sido esclavas de sus apetitos más ordinarios. «¡Debilidad —citó—, tienes nombre de mujer!»...

»El sexo débil, ¡y por Dios que es cierto! Al principio me costó creer la carta de Braithwaite, pero cuanto más pensaba en ello, más cierto sonaba, de modo que te observé y descubrí, para mi desilusión, que no mentía. Copulaste con Sharpe y te revolcaste en su sudor.

—¡Cállate! —le suplicó.

—¿Por qué iba a callarme? —preguntó él en un tono razonable—. Yo, querida, soy el ofendido. Tú has tenido ya tu momento de asqueroso placer con un animal

idiota, ¿por qué no iba a tener yo mi momento de placer ahora? Me lo he ganado, ¿no? —Volvió a levantar la pistola en el preciso instante en que el barco entero se estremeció con un golpe terrible, luego otro, unas sacudidas tan fuertes que lord William agachó la cabeza instintivamente. Los golpes continuaron, desgarrando el barco, atravesando las cubiertas y haciendo temblar al *Pucelle*. Lord William, cuyo miedo había desplazado momentáneamente a su ira, clavó la mirada en la cubierta de arriba como si esperara que el barco se hiciera pedazos. Los faroles se zarandearon, el ruido llenó el universo y los cañones siguieron disparando.



El estrépito que Sharpe había oído mientras estaba en la cubierta inferior había sido el del palo mayor del *Revenant* al caer encima de los dos barcos. Cuando llegó a la cubierta de intemperie, vio que los franceses corrían por el mástil que, junto con la verga mayor caída del *Revenant*, servía de puente entre las cubiertas de las dos embarcaciones. Los artilleros del *Pucelle* habían abandonado sus piezas para combatir a los invasores con alfanjes, espeques, atacadores y picas. El capitán Llewellyn traía a unos infantes de marina desde la toldilla de popa, pero los llevó por la pasarela de estribor que pasaba por encima de la cubierta de intemperie junto a la borda del barco. Había en esa pasarela una docena de franceses que intentaban llegar a la popa del *Pucelle*. En el combés del barco había más franceses profiriendo su grito de guerra y arremetiendo con los alfanjes. Su ataque, tan repentino como inesperado, había conseguido despejar la sección central de la cubierta de intemperie, donde en ese momento los invasores acuchillaban a los artilleros caídos en tanto que un oficial francés con anteojos arrojaba por la borda los atacadores y lanadas de los cañones. Otros franceses corrían por el palo mayor y la verga caídos para servir de refuerzo a sus compañeros.

La tripulación del *Pucelle* empezó a contraatacar. Un marinero hizo girar por los aires uno de los espeques utilizados para mover el cañón, un enorme garrote de madera que le rompió el cráneo a un francés. Otros agarraron picas y con ellas atravesaron a los franceses. Sharpe desenvainó el largo alfanje y se enfrentó a los invasores bajo la bovedilla del castillo de proa. Le asestó una cuchillada a uno, paró el golpe de otro, luego arremetió de nuevo contra el primero y lo ensartó en la hoja de su alfanje. Liberó el acero empujando con el pie al francés moribundo y a continuación blandió la hoja ensangrentada para hacer retroceder a otros dos atacantes. Uno de ellos era un hombre enorme de barba poblada que llevaba un hacha. Quiso golpear a Sharpe con ella y éste retrocedió, sorprendido por el largo alcance del hombre de la barba, el pie derecho le resbaló en un charco de sangre, cayó hacia atrás y rodó hacia un lado al tiempo que el hacha se clavaba en la cubierta junto a su cabeza. Propinó una cuchillada hacia arriba en un fallido intento por

rasgarle el brazo al francés con la punta del alfanje, y luego rodó a su izquierda cuando el hacha volvía a arremeter. El francés dio a Sharpe una fuerte patada en el muslo, arrancó el hacha y la alzó por tercera vez, pero antes de que pudiera propinar el golpe mortal soltó un grito: una pica había penetrado en su vientre. Se oyó un rugido por encima de Sharpe cuando Clouter, soltando la pica, agarró el hacha de la mano del francés y siguió a la carga, frenético. Sharpe se puso en pie y lo siguió, dejando al francés barbudo retorciéndose y sacudiéndose en cubierta, con la pica todavía hundida en las tripas.

En esos momentos había unos treinta o cuarenta franceses en el combés del barco y acudían más en tropel por el mástil, pero entonces una carronada estalló desde el alcázar y vació el improvisado puente. Un hombre que quedó ileso en el mástil saltó a la cubierta del *Pucelle*, y Clouter, que se hallaba casi debajo de él, llevó el hacha hacia arriba entre las piernas del enemigo. A Sharpe ese grito le pareció el ruido más fuerte que había oído en todo aquel furioso día. Un alto oficial francés, sin sombrero y con el rostro manchado de pólvora, encabezó un ataque contra la amura del *Pucelle*. Clouter apartó de un golpe la espada de aquel hombre y luego le pegó un puñetazo tan fuerte en la cara que el oficial retrocedió y chocó contra sus propios hombres; después, un enjambre de artilleros británicos, dando gritos y propinando cuchilladas, pasaron rápidamente junto al hombre negro para despedazar a los invasores.

Abajo, los cañones retumbaban, machacando y destrozando los dos barcos. El capitán Chase estaba combatiendo en la cubierta de intemperie ala cabeza de un grupo de hombres que atacaban a los franceses desde la popa. Los infantes de marina del capitán Llewellyn habían vuelto a recuperar la pasarela y en ese momento vigilaban el mástil caído, disparándole a cualquier francés que intentara cruzar, mientras que el resto de invasores estaban atrapados entre el ataque de popa y el asalto desde la amura. Clouter volvía a hallarse en primera fila, manejando el hacha con unos golpes cortos y fuertes que derribaban a un hombre por vez. Sharpe arrinconó a un francés contra el costado del barco, bajo la pasarela. El hombre entró a fondo a Sharpe con su alfanje, su golpe fue parado sin esfuerzo y, al ver la muerte en el rostro del casaca roja, presa de la desesperación, se escurrió por una porta y se arrojó al agua entre los dos barcos. Lanzó un grito cuando el mar juntó los dos cascos. Sharpe saltó por encima del cañón, buscando a un enemigo. El combés del *Pucelle* estaba lleno de marineros que tajaban, acuchillaban y gritaban y que no hacían caso ninguno de los desesperados gritos pidiendo clemencia de los franceses, cuyo impetuoso intento por capturar el *Pucelle* se había visto frustrado por la carronada. El oficial enemigo con anteojos seguía intentando inutilizar los cañones del *Pucelle* arrojando por la borda sus atacadores, pero Clouter lanzó el hacha y su hoja golpeó en la cabeza de aquel hombre como un tomahawk. Su muerte pareció calmar el frenesí, o tal vez fuera la insistente voz del capitán Chase gritando que el

Pucelle tenía que cesar el combate porque los franceses que quedaban intentaban rendirse.

—¡Quítenles las armas! —bramó Chase—. ¡Quítenles las armas!

Tan sólo quedaban en pie una veintena de franceses que fueron desarmados y conducidos hacia la popa.

—No los quiero abajo —dijo Chase—, podrían causar daños. Esos cabrones pueden quedarse en la popa, y que les disparen. —Sonrió a Sharpe—. ¿Se alegra de haber navegado conmigo?

—Ha sido un duro trabajo, señor —Sharpe buscó a Clouter con la mirada y lo llamó—. Me ha salvado usted la vida —le dijo al hombre alto—. Gracias.

Clouter puso cara de asombro.

—Ni siquiera le vi, señor.

—Me salvó usted la vida —insistió Sharpe.

Clouter soltó una extraña y aguda risotada.

—Pero matamos a unos cuantos, ¿verdad? ¿No matamos a unos cuantos?

—Quedan muchos por matar —intervino Chase, y a continuación hizo bocina con las manos—. ¡Vuelvan a los cañones! ¡Vuelvan a los cañones! —Vio al sobrecargo atisbando nervioso por la escalera de cámara de proa—. ¡Señor Cowper! Vaya a buscar atacadores y lanadas para esta cubierta, si es tan amable. ¡Vamos, con brío! ¡Vuelvan a los cañones!

Igual que dos boxeadores sin guantes enzarzados en su decimotercero o decimocuarto asalto, ensangrentados y aturridos ambos pero ninguno de los dos dispuesto a ceder, los dos barcos se batían el uno al otro. Sharpe trepó al alcázar con Chase. Al oeste, allí donde las olas llegaban muy alto, el mar era todo batalla. Casi una docena de barcos luchaban allí. Al sur había otra veintena de ellos escupiéndose balas los unos a los otros. El océano estaba lleno de restos de naves. Un casco sin mástiles, sus cañones en silencio, se alejaba de la contienda arrastrado por el agua. Había unos cinco o seis pares de barcos que, al igual que el *Pucelle* y el *Revenant*, estaban enganchados e intercambiaban fuego en batallas privadas que se desarrollaban más allá de la refriega mayor. El imponente *Santísima Trinidad* había perdido su palo de trinquete y casi todo su palo de mesana y seguía siendo atacado por barcos británicos más pequeños. El humo de la pólvora se extendía entonces por más de tres kilómetros de océano, como una niebla artificial. El cielo se oscurecía al norte y al oeste. Algunos de los barcos enemigos, que no se atrevían a acercarse a la lucha y querían escapar, bombardearon las flotas contendientes desde cierta distancia, pero sus proyectiles supusieron el mismo peligro para los de su propio bando que para los británicos. El último de los barcos británicos, el más lento de la flota, acababa de entrar en la refriega y estaba abriendo sus frescas portas para sumar su metal a aquella carnicería.

El capitán Montmorin miró a Chase y se encogió de hombros, como si quisiera dar a entender que el fracaso de sus asaltantes era lamentable pero no grave. Los cañones franceses seguían disparando y Sharpe vio que en la cubierta de intemperie del *Revenant* se congregaban más atacantes. También vio al capitán Cromwell, que estaba mirando desde su refugio en la toldilla. Sharpe agarró el mosquete de un infante de marina que tenía cerca y apuntó al inglés, quien al darse cuenta de la amenaza, volvió a esconderse. Sharpe devolvió el mosquete. Chase encontró un megáfono entre los restos de la cubierta.

—¿Capitán Montmorin? ¡Debería rendirse antes de que matemos a más de sus hombres!

Montmorin hizo bocina con las manos.

—¡Iba a ofrecerle la misma oportunidad, Chase!

—Mire allí —gritó Chase al tiempo que señalaba más allá de su propia popa, y Montmorin trepó a los flechastes de su palo de mesana para mirar por encima de la toldilla del *Pucelle*, y allí, surcando las olas sin viento perceptible, intacto, estaba el *Spartiate*, un setenta y cuatro británico, el barco de construcción francesa que se rumoreaba que estaba embrujado porque navegaba más rápido de noche que de día, y que entonces, llegando tarde a la batalla, abrió sus portas de babor.

Montmorin sabía lo que estaba a punto de ocurrir y no podía hacer nada para evitarlo. Iban a barrerlo, de modo que les gritó a sus hombres que se agacharan entre los cañones, aunque eso no los iba a salvar del fuego del *Pucelle*. Luego él se quedó en el centro de su alcázar y aguardó.

El *Spartiate* lanzó toda una andanada contra el barco de Montmorin. Uno tras otro, los cañones retrocedieron con estrépito y sus balas hicieron añicos las ventanas de la alta galería de popa del *Revenant* y cayeron silbando sobre sus cubiertas, de la misma manera en que el *Revenant* había barrido anteriormente al *Pucelle*. El *Spartiate* era tan lento que exasperaba, pero eso les daba más tiempo a sus artilleros para apuntar bien y la andanada causó graves daños en el *Revenant*. Sus obenques del palo de mesana se rompieron con un sonido como el de las cuerdas del arpa de Satán al partirse, luego cayó el mástil entero y se astilló como un árbol monstruoso, echando por la borda vergas, velas y bandera tricolor. Sharpe oyó los gritos de los tiradores franceses que cayeron con el mástil. Los cañones se desmontaron de sus cureñas, las balas y las granadas destrozaron a los marineros, pero Montmorin siguió inmóvil, incluso cuando una bala cayó sobre la rueda del timón a sus espaldas. Sólo se giró cuando hubo estallado el último de los cañones del *Spartiate* y él miró al barco que lo había barrido. Debía de haber temido que metiera a sotavento y se colocara borda con borda en su flanco de estribor, pero el *Spartiate* siguió avanzando con presuntuosidad en busca de una víctima que fuera toda suya.

—¡Ríndase, *capitaine*! —gritó Chase por el megáfono.

Montmorin le dio su respuesta haciendo bocina con las manos y dirigiéndose a voz en cuello a su cubierta de intemperie.

—*Tirez! Tirez!* —Se dio la vuelta y saludó a Chase con una reverencia.

Chase recorrió el alcázar con la mirada.

—¿Dónde está el capitán Llewellyn? —le preguntó a un infante de marina.

—Tiene la pierna rota, señor. Ha ido abajo.

—¿Y el teniente Swallow? —Swallow era el joven teniente de los infantes de marina.

—Creo que está muerto, señor. O por lo menos gravemente herido.

Chase miró a Sharpe e hizo una pausa mientras los cañones del *Revenant* abrían fuego nuevamente.

—Reúna a un grupo de abordaje, señor Sharpe —le dijo Chase formalmente.

Desde que el *Pucelle* había visto al *Revenant* por primera vez frente a la costa africana, aquello iba a ser en todo momento una lucha hasta el final. Y ahora Sharpe le pondría fin.

CAPÍTULO 12

Lord William prestó atención a los cañones, pero era imposible saber cómo iba la batalla sólo por su sonido, aunque estaba claro que el combate había alcanzado un nuevo nivel de ferocidad.

—*Si fractus inlabatur orbis* —dijo al tiempo que alzaba la mirada hacia la cubierta de arriba.

Grace no dijo nada.

Lord William se rió.

—¡Oh, vamos, querida! ¿no me digas que has olvidado tu Horacio? Es una de las cosas que más me molesta de ti, que no puedas resistirte a traducir mis coletillas.

—Si el cielo se rompiera —dijo lady Grace sin ánimo.

—¡Oh, venga! No es ni mucho menos adecuado, ¿no crees? —le preguntó lord William con severidad—. Te acepto cielo por *orbis*, aunque yo preferiría universo, pero el verbo requiere una caída, ¿no es cierto? Nunca fuiste la latinista que creías ser. —Volvió a levantar la vista cuando un lastimero golpe sordo resonó por las maderas del barco—. Parece verdaderamente que el cielo se esté cayendo. ¿Tienes miedo? ¿O te sientes completamente a salvo aquí?

Lady Grace no dijo nada. Sentía que ya no le quedaban lágrimas, que había ido a parar a un lugar de abyecto sufrimiento hostigado por los cañones, el horror, el rencor y el odio.

—Yo estoy a salvo aquí —continuó lord William—, pero a ti, querida, te acosan los miedos, tanto que en cualquier momento agarrarás mi pistola y la volverás hacia ti. Tenías miedo, diré yo, de que se repitiera ese divertido episodio del *Calliope* cuando tu amante te rescató con tanta valentía, y afirmaré que fue imposible evitar que te aniquilases. Demostraré, por supuesto, una lamentable aunque digna tristeza por tu fallecimiento. Insistiré en que tu precioso cuerpo sea trasladado a casa para que pueda enterrarte en Lincolnshire. Unos penachos negros coronarán los caballos de tu funeral, el obispo pronunciará las exequias y mis lágrimas humedecerán tu cripta. Todo se hará como es debido, y tu lápida, tallada del más fino mármol, recordará tus virtudes. No diré que eras una infame fornicadora que se abrió de piernas ante un vulgar soldado, sino que reunías sabiduría y entendimiento, elegancia y caridad, y que poseías una tolerancia cristiana que era un magnífico ejemplo del sexo femenino. ¿Te gustaría que la inscripción fuera en latín?

Ella lo miró pero no dijo nada.

—Y cuando estés muerta, amor mío —prosiguió lord William—, y bien enterrada bajo una losa que recordará tus virtudes, me dedicaré a destruir a tu amante. Lo haré discretamente, Grace, sutilmente, tanto que nunca sabrá el origen de sus desgracias. Hacer que lo expulsen del ejército será fácil, ¿pero luego qué? Ya pensaré en algo, la

verdad es que me proporcionará un gran placer contemplar su destino. Una ejecución en la horca, ¿no crees? Dudo que pueda condenarlo por la muerte del pobre Braithwaite, de la que sin duda es el autor, pero ya ideare algo, y cuando esté ahí colgando, retorciéndose y meándose en los pantalones, yo observaré, sonreiré y me acordaré de ti.

Ella continuó mirándolo fijamente con un rostro inexpresivo.

—Me acordaré de ti —repitió, incapaz de disimular el odio que sentía hacia ella—. Recordaré que eras una puta vulgar y corriente, una esclava de tus sucios deseos, una puerca que dejó que se la tirara un plebeyo. —Alzó la pistola.

Los cañones, situados dos cubiertas más arriba, empezaron a disparar de nuevo y con su retroceso hacían temblar las cuadernas hasta el escondite de la dama.

Pero el disparo de la pistola sonó mucho más fuerte que los grandes cañones. Su sonido resonó en aquel confinado espacio, llenándolo de un espeso humo al tiempo que la sangre brillante salpicaba el forro del escondite de la dama. *Si fractus inlabatur orbis.*



Las olas eran cada vez más grandes, el cielo más oscuro. Hacía un poco más de viento y las nubes de humo se deslizaban hacia el este, pasando en torno a unos barcos inutilizados que arrastraban mástiles y jarcias caídas. Los cañones seguían hendiendo el aire, pero entonces eran menos numerosos, pues las naves enemigas se estaban rindiendo. Esquifes, barcasas y chalupas, algunas de ellas gravemente dañadas por las balas, remaban entre los combatientes transportando a los oficiales británicos que iban a aceptar la rendición de un enemigo. Algunos barcos franceses y españoles habían arriado las banderas pero entonces, con los caprichos de la batalla, sus oponentes habían seguido avanzando y esos barcos habían vuelto a izar sus enseñas, habían colgado todas las velas que habían podido en sus fracturados mástiles y habían puesto rumbo al este. Quedaban muchos más como presas de guerra capturadas, sus cubiertas un caos, sus cascos acribillados y sus tripulaciones aturcidas por la ferocidad del fuego de artillería británico. Los británicos disparaban más deprisa. Estaban mejor entrenados.

El *Redoubtable*, que seguía amarrado al *Victory*, ya no era francés. La verdad es que apenas era un barco, pues había perdido todos sus mástiles y el fuego enemigo le había destrozado el casco. Una parte de su alcázar se había derrumbado y una bandera británica ondeaba entonces sobre la popa baja. Al *Victory* le faltaba el palo de mesana, y el palo mayor y el de trinquete eran meros tocones, pero sus cañones seguían estando bien servidos y todavía eran peligrosos. El enorme *Santísima Trinidad* estaba silencioso, con la bandera arriada. En aquellos momentos la batalla más feroz tenía lugar al norte de este barco, donde unos cuantos miembros de la

vanguardia enemiga se habían arriesgado a volver para ayudar a sus compañeros y habían abierto fuego sobre los barcos británicos cansados por la batalla, que cargaron, dispararon, atacaron y volvieron a disparar. Al sur, allí donde el *Royal Sovereign* de Collingwood había iniciado la batalla, ardía una embarcación. Las llamas se alzaban a una altura que duplicaba la longitud de los mástiles, y los demás barcos, temerosos de las teas que saldrían despedidas cuando estallaran sus pañoles de pólvora, largaron velas para alejarse de él, aunque algunas naves británicas, conscientes de los horrores que soportaba la tripulación del barco incendiado, mandaron pequeños botes para ponerla a salvo. El barco que ardía era francés, el *Achille*, y el sonido de su explosión fue como un golpe sordo que retumbó por el mar cubierto de restos como el chasquido de la muerte. Una nube de humo, negra como la noche, bullía allí donde había flotado el barco incendiado, mientras las llamaradas de fuego chamuscaban el aire hacia las nubes, caían al mar, silbaban en el océano y se extinguían.

Nelson murió.

Hasta el momento catorce barcos enemigos habían arriado sus banderas. Una docena más seguían luchando. Uno se quemó y se hundió, los demás huían.

El capitán Montmorin, a sabiendas de que Chase tenía intención de abordarlo, había enviado hombres con hachas para que cortaran el palo mayor caído. Otros hombres arremetieron contra las cuerdas de los rezones que sujetaban el *Revenant* al *Pucelle*. Montmorin intentaba liberarse cortando los cabos, con la esperanza de poder regresar cojeando a Cádiz y de seguir con vida para combatir en otra batalla.

—¡Quiero que esas carronadas trabajen! —gritó Chase, y los artilleros que habían ayudado a rechazar el abordaje corrieron entonces hacia las achaparradas armas y las apuntaron para disparar contra los hombres que intentaban liberar el *Revenant*, que aún tenía más problemas, puesto que su vela trinquete se había incendiado. Las llamas se propagaron con extraordinaria rapidez y envolvieron la gran extensión de lona agujereada por las balas, pero los hombres de Montmorin fueron igual de rápidos en cortar las drizas que sujetaban la verga de la vela y dejarla caer a cubierta, donde se expusieron al fuego para arrojar la lona ardiendo por la borda—. ¡Déjenlos! —bramó Chase a los miembros de su tripulación que apuntaban los mosquetes hacia los esforzados marineros franceses. Sabía que el fuego podía extenderse hasta el *Pucelle* y entonces los dos barcos arderían juntos y explotarían—. ¡Bien hecho! ¡Bien hecho! —Chase aplaudió a la tripulación de su oponente cuando arrojaron el último resto ardiente por la borda. Luego las carronadas retrocedieron en sus correderas y escupieron barriles de balas de mosquete, que mataron a los hacheros que seguían tratando de liberar a los dos barcos de su abrazo mutuo. Un cañón estalló en el *Revenant* y su sonido resonó terriblemente, mientras los pedazos de la destrozada recámara segaban a los artilleros de la cubierta inferior de Montmorin. Estaban disparando más cañones británicos, pues el *Revenant* había perdido una docena

cuando lo barrieron y el *Pucelle* seguía hiriendo al barco francés de forma implacable. Un guardiamarina que estaba al mando de los cañones de la cubierta inferior del *Pucelle* vio que los dos cascos estaban tan cerca que las llamas que salían por la boca de sus treinta y dos libras estaban prendiendo fuego a la madera astillada de la cubierta inferior del *Revenant*, de modo que ordenó a media docena de hombres que arrojaran cubos de agua a las llamas, no fuera que prendieran y se extendieran hasta el *Pucelle*.

—¡Infantes de marina! —gritaba Sharpe—. ¡Infantes de marina! —Había reunido a treinta y dos infantes de marina e imaginó que el resto estarían muertos, heridos o vigilando los pañoles de pólvora o a los prisioneros franceses de popa. Tendría que bastar con aquellos treinta y dos—. ¡Vamos a abordarlo! —gritó Sharpe por encima del bramido de los cañones—. Necesitan picas, hachas, alfanjes. ¡Asegúrense de que sus mosquetes están cargados! ¡Deprisa! —Se dio la vuelta al oír el sonido de una espada al desenvainarse y vio al guardiamarina Collier, con los ojos brillantes y todavía empapado con la sangre del teniente Haskell, de pie bajo el palo mayor francés caído que serviría como puente para el abordaje—. ¿Qué demonios hace aquí, Harry? —le preguntó Sharpe.

—Voy con usted, señor.

—¡Y un cuerno! Vaya a vigilar el maldito reloj.

—Ya no hay reloj.

—¡Pues vaya a vigilar otra cosa! —le espetó Sharpe. Los artilleros de la cubierta de intemperie, con el pecho desnudo, manchados de sangre y ennegrecidos por la pólvora, se estaban congregando con picas y alfanjes. Los cañones de la cubierta inferior seguían disparando, sacudiendo ambos barcos con cada disparo. Un par de cañones franceses respondieron y una bala atravesó el grupo de hombres que se reunían para el abordaje, abriendo un sendero de sangre por la cubierta del *Pucelle*—. ¿Quién tiene una pistola de descarga múltiple? —gritó Sharpe, y un sargento de los infantes de marina sostuvo en alto una de aquellas armas retaconas—. ¿Está cargada? —preguntó.

—Sí, señor.

—Tráigala entonces. —Tomó la pistola, que intercambió por su mosquete, y a continuación comprobó que la sangre seca no hubiera pegado el alfanje a su vaina—. ¡Sígueme hasta el alcázar! —gritó Sharpe.

El mástil caído sobresalía por la cubierta de intemperie, pero estaba demasiado alto para poder llegar a él a menos que uno se subiera al caliente tubo de un cañón y se encaramara desde allí. Sería más fácil, consideró Sharpe, ir al alcázar y luego volver por la pasarela de estribor del *Pucelle*. Desde allí se podría pasar al mástil. Entonces tendría que correr, manteniendo el equilibrio sobre el palo de pino roto antes de saltar a la cubierta del *Revenant*, y como los dos barcos se movían de forma

desigual con el alto oleaje, el mástil cabecearía y se balancearía. Por Dios, pensó Sharpe, por Dios bendito que aquel era un lugar terrible para estar. Le pareció que era como atravesar la brecha de una fortaleza enemiga. Subió las escaleras del alcázar, torció hacia la pasarela e intentó no pensar en lo que estaba a punto de ocurrir. En la pasarela de enfrente había infantes de marina franceses y una horda de defensores armados que esperaban en el combés empapado de sangre del *Revenant*. Montmorin sabía lo que se avecinaba. En aquel preciso momento la carronada de proa lanzó un demoledor barril de balas de mosquete contra el vientre del *Revenant* y soltó una cortina de humo por encima de la embarcación.

—¡Ahora! —exclamó Sharpe, y se encaramó al mástil, pero una mano lo retuvo y se dio la vuelta, maldiciendo, para encontrarse con que era Chase.

—Yo primero, Sharpe —lo reprendió Chase.

—¡Señor! —protestó Sharpe.

—¡Ahora, muchachos! —Chase llevaba la espada desenvainada y corría por el improvisado puente.

—¡Vamos! —gritó Sharpe. Corrió detrás de Chase con el pesado fusil de siete cañones en las manos. Aquello era como caminar por la cuerda floja. Miró hacia abajo y vio el mar revuelto y blanco entre los dos cascos, se sintió mareado y se imaginó que caía para morir aplastado cuando los dos cascos chocaran, entonces una bala pasó junto a él, vio que Chase saltaba desde el destrozado extremo del mástil y Sharpe lo siguió, gritando al tiempo que atravesaba el humo de un salto.

Chase había ido hacia la izquierda y había saltado a un espacio despejado por la carronada, aunque todavía estaba abarrotado de cuerpos que se retorcían y la cubierta resbalaba con la sangre reciente. Avanzó a trompicones entre los cadáveres. Los franceses lo vieron, pues sus galones dorados brillaban en la humareda, y gritaron al cargar, pero entonces Sharpe disparó la pistola de descarga múltiple desde el palo y las balas hicieron retroceder a los franceses con una sacudida en medio de una nube de humo. Sharpe bajó de un salto, tiró la pistola de siete cañones a un lado y desenvainó su alfanje. Se había introducido de un salto en la humeante locura de la batalla, no en la calma deliberada de un combate disciplinado en el que los batallones disparaban descargas cerradas, o cuando los majestuosos barcos intercambiaban fuego de artillería, sino en el horror visceral de un combate intestino. Chase había caído entre dos de los cañones franceses de estribor y éstos lo protegían, pero Sharpe se hallaba expuesto y le gritó al enemigo, apartó una pica con un golpe de su alfanje, arremetió contra los ojos de un hombre, falló, entonces un infante de marina le saltó a la espalda al francés y lo arrojó hacia delante, Sharpe le dio una patada en la cabeza al tiempo que al infante de marina le clavaban una pica en la espalda. Blandió el alfanje hacia la derecha, con lo que sin darse cuenta frustró la arremetida de otra pica, luego alargó la mano, agarró de la camisa al marinero francés y tiró de él directo

hacia la hoja del alfanje. Sharpe retorció el acero en él vientre de aquel hombre y luego lo extrajo de un tirón. Chillaba como un demonio. Utilizó ambas manos para dar otro golpe con el alfanje a su izquierda y alejó a un oficial francés, que tropezó con el moribundo infante de marina británico y cayó fuera de su alcance. Los muertos formaban una barrera que protegía a Sharpe y a Chase, pero un infante de marina francés estaba trepando por uno de los cañones. Chase se puso en pie como pudo, arremetió con su fina espada contra su atacante y luego disparó una pistola hacia el otro cañón. Sharpe volvió a blandir el alfanje y luego soltó una ovación, cuando un tumulto de infantes de marina y marineros británicos se dejaron caer en cubierta.

—¡Por aquí! —Sharpe saltó por encima de los muertos para llevar el combate hacia la amura del *Revenant*. Los defensores franceses eran numerosos, pero el camino hacia la popa estaba bloqueado por un número igual de hombres. Los mosquetes chasquearon desde el alcázar, hubo más que dispararon desde el castillo de proa y al menos un defensor resultó muerto por los de su propio bando en medio de aquel fuego enloquecido; Los hombres del *Revenant* superaban ampliamente a los atacantes, pero los efectivos británicos aumentaban a cada segundo y la tripulación del *Pucelle* quería vengarse por el barrido con el que les había castigado el *Revenant*. Arremetían a cuchilladas y estocadas, gritaban, golpeaban y derribaban a los enemigos. Un artillero que blandía una pica apartó una espada de un golpe, le aplastó la cabeza a un francés y luego se vio empujado por los que venían por detrás. Chase les gritaba a los hombres que lo siguieran hacia la popa, hacia el alcázar, en tanto que Sharpe encabezaba un enjambre de hombres enloquecidos hacia la proa—. ¡Mátenlos! —gritó—. ¡Mátenlos!

Después no recordaría casi nada de aquel combate, pues rara vez se acordaba de semejantes reyertas. Eran demasiado confusas, demasiado estruendosas, demasiado llenas de horror, tan llenas de horror que en realidad se avergonzaba cuando recordaba lo que disfrutaba con ello, pero lo cierto es que disfrutaba. Era la felicidad de ser arrojado a la carnicería, de que te despojaran de cualquier vínculo con la civilización. También era lo que se le daba bien a Sharpe. Era el motivo por el que llevaba un fajín de oficial en lugar del cinturón de soldado raso, porque en casi todas las batallas llegaba un momento en que las disciplinadas filas se disolvían y uno simplemente tenía que clavar las uñas, arañar y matar como una bestia. En aquel tipo de combate no matabas a nadie a larga distancia, sino que antes de masacrar al enemigo te acercabas a él tanto como un amante.

Para enzarzarse en aquel tipo de reyerta hacía falta una cierta ira, una cierta locura, o una cierta desesperación. No obstante, eran ésas las cualidades que conducían el combate y que eran avivadas por una determinación por ganar. Sólo eso. Derrotar a los hijos de puta, demostrar que el enemigo no tenía la misma valía. Un buen soldado era el dueño de un estercolero empapado de sangre, y Richard Sharpe

era un buen soldado.

Su ira se enfriaba durante el combate. Puede que el miedo lo hubiera acosado antes de empezar la batalla y que tuviera muchas ganas de haber encontrado una excusa para no cruzar el tembloroso puente del mástil que lo arrojaría a una multitud de enemigos, pero una vez allí luchó con una precisión que resultaba letal. Le daba la impresión de que el paso del tiempo se hacía más lento y que eso le permitía ver claramente las intenciones de todos sus enemigos. A su derecha, un hombre retiraba una pica, de modo que podía ignorar la amenaza porque la pica tardaría al menos unos instantes en embestir, y mientras tanto un hombre con barba que tenía enfrente ya hacía descender su alfanje. Sharpe hizo girar la punta de su propia hoja en la garganta de aquel hombre y a continuación echó rápidamente el alfanje a la derecha para detener la arremetida de la pica, aunque Sharpe estaba mirando a su izquierda. No vio ningún peligro inminente, volvió a mirar a la derecha, levantó la hoja y le dio en la cara al piquero, miró de nuevo al frente y entonces cargó contra el piquero empujándolo con el hombro. Lo hizo retroceder de manera que cayó contra un cañón y Sharpe pudo levantar el alfanje y, con ambas manos, hacerlo descender hasta clavarlo en el vientre de aquel hombre. La punta dio en la cureña de madera del arma y Sharpe desperdició un segundo tirando de ella para soltarla. Los marineros británicos pasaron junto a él con un retumbo y obligaron a los franceses a retroceder dos o tres pasos más en su cubierta. Sharpe trepó al cañón y saltó por el otro lado. Allí un francés intentó rendirse, pero Sharpe no se atrevió a dejar a un hombre a sus espaldas, por lo que propinó un corte en la muñeca al francés para que de este modo no pudiera utilizar el hacha que había soltado, y luego le dio una buena patada en la entrepierna antes de subir al siguiente cañón. Los espacios entre los cañones servían de refugio a los franceses, y Sharpe quería hacerlos salir de ahí y conducirlos hacia las picas y hojas de los asaltantes.

La tripulación de la barcaza de Chase había seguido a éste hacia la popa, librando su propia batalla hacia las escaleras del alcázar, pero Clouter había llegado tarde a la lucha, puesto que había sido él quien había disparado la carronada proel de estribor del *Pucelle* contra la concentración de defensores justo cuando Chase encabezada la carga por el mástil. El negro grandote se acercó por el palo mayor caído, saltó a cubierta y se dirigió a la popa dando alaridos para que los apiñados marineros le dejaran paso. En cuanto estuvo en la primera fila, despejó el lado de babor de la cubierta de intemperie del *Revenant*, en tanto que Sharpe conducía el ataque a lo largo del costado de estribor. Clouter utilizaba un hacha que blandía con una mano, y no hacía caso de los hombres que intentaban rendirse, sino que acababa con ellos en una orgiástica matanza. En esos momentos los marineros se entregaban, soltaban hachas o espadas, levantaban las manos o se arrojaban a cubierta para fingirse muertos. Sharpe apartó una pica con un golpe de su hoja, hirió en los ojos a un

francés y luego no encontró a nadie que se le opusiera, pero una bala de mosquete le dio en el dobladillo de la casaca y se dio la vuelta para buscar a sus infantes de marina.

—¡Disparen a esos hijos de puta! —gritó mientras señalaba hacia la cubierta del castillo de proa, donde algunos miembros de la tripulación de Montmorin seguían defendiéndose. Uno de los infantes de marina apuntó un fusil de siete cañones, pero Sharpe se lo arrebató—. Usa el mosquete, muchacho.

Envainó el alfanje, empujando la hoja manchada de sangre coagulada por el cuello de la vaina, luego corrió entre los franceses derrotados y se dirigió a la escalera de cámara de proa que conducía a la cubierta inferior. El *Revenant* era el buque gemelo del *Pucelle*; de hecho, a Sharpe le parecía que estaba luchando en el *Pucelle* de tanto como se parecían los dos barcos. Se abrió paso a empujones entre el enemigo y se metió en las sombras del castillo de proa. Un artillero arremetió de manera desganada contra Sharpe con la lanada de un cañón y éste le golpeó en la cabeza con la culata del fusil de descarga múltiple y luego les gritó a esos cabrones que se apartaran de su camino. Los infantes de marina lo seguían. Dos acobardados franceses estaban escondidos en la cocina, cuyo enorme fogón de hierro habían destrozado los disparos. Sharpe oía los grandes cañones que disparaban abajo y que llenaban el barco con su estruendoso retumbo, aunque no sabía si eran los cañones del *Revenant* o del *Pucelle* los que disparaban. Bajó por la escalera de cámara hacia la penumbra de la cubierta inferior.

Se deslizó sobre su trasero, aterrizó con un golpe sordo y acto seguido apuntó la pistola de descarga múltiple por la cubierta inferior. Apretó el gatillo, añadiendo más humo al que ya se arremolinaba bajo los baos, y entonces desenvainó el alfanje.

—¡Se ha terminado! —gritó—. ¡Dejen de disparar! ¡Dejen de disparar! —lamentó no saber francés—. ¡Dejen de disparar, cabrones! ¡Alto el fuego! ¡Se ha terminado! —Un artillero, sordo a los gritos de Sharpe y medio cegado por el humo, empujó un canutillo lleno de pólvora en el oído del cañón y Sharpe le dio un golpe con el alfanje—. ¡Ya basta, he dicho! ¡Dejen de disparar!

Dos disparos del *Pucelle* resonaron por todo el barco. Sharpe desenfundó su pistola. Los artilleros franceses más próximos no hacían otra cosa que mirarlo fijamente. En la cubierta yacían docenas de muertos, algunos de ellos con grandes astillas de madera sobresaliéndoles del cuerpo. El palo mayor tenía un pedazo arrancado en un lado. La cubierta estaba chamuscada allí donde el cañón había estallado.

—¡Se ha terminado! —chilló Sharpe—. Aléjense de ese cañón. ¡Aléjense! —Puede que los franceses no hablaran inglés, pero entendieron perfectamente la pistola y el alfanje. Sharpe se dirigió a una porta—. ¡*Pucelle!* ¡*Pucelle!*

—¿Quién es? —le respondió una voz.

—¡El alférez Sharpe! ¡Han dejado de luchar! ¡No disparen! ¡No disparen!

Una última pieza escupió humo y llamas contra el vientre del *Revenant* y luego se hizo el silencio: los grandes cañones habían dejado por fin de disparar. Un artillero salió arrastrándose por una de las portas inferiores del *Pucelle* y se metió en el *Revenant*, por cuya cubierta caminaba Sharpe, pasando por encima de los cadáveres, trepando por un cañón caído, haciendo gestos para que los artilleros franceses se arrodillaran o se tumbaran en el suelo. Lo seguían tres infantes de marina con las bayonetas caladas.

—¡Al suelo! —espetaba Sharpe al enemigo ennegrecido por la pólvora y con los ojos desorbitados—. ¡Al suelo! —Se dio la vuelta y vio que por la escalera de cámara acudían más infantes de marina y marineros británicos—. Desarmen a estos cabrones —gritó— y llévenlos a cubierta. Pasó por encima de los restos astillados de una de las bombas del barco. Un oficial francés se acercó a él con la espada desenvainada, pero al ver el rostro de Sharpe soltó la hoja, que cayó al suelo con un repiqueteo. Nuevos artilleros del *Pucelle* se escurrían por las portas del barco británico y se introducían por las portas francesas para saquear todo lo que pudieran.

Sharpe atravesó una ennegrecida zona de cubierta donde había explotado una de sus granadas. Los franceses lo miraban con recelo. Apartó a un hombre con la hoja de su alfanje y luego torció por la escalera de cámara de popa y se metió en la bañera del barco, que estaba iluminada con una docena de faroles.

Casi deseó no haber bajado por la escalera porque allí había montones de hombres sangrando y muriendo. El vientre del barco, mojado de rojo, era el reino de la muerte, el lugar donde los hombres que habían recibido heridas muy graves acudían para enfrentarse al cirujano y, con toda probabilidad, a la eternidad. Olía a sangre, a excrementos, a orina y a terror. El cirujano, un hombre de pelo cano con una barba manchada de sangre, levantó la vista de la mesa donde, con unas manos rojas hasta las muñecas, hurgaba en el vientre de un hombre.

—Salga de aquí —le dijo en un buen inglés.

—Cierre la boca —replicó Sharpe con un gruñido—. Todavía no he matado a ningún cirujano, pero no me importa empezar con usted.

El cirujano pareció sobresaltado, pero no dijo nada más y Sharpe entró en la santabárbara, donde un oficial y seis marineros yacían vendados en el suelo. Metió el alfanje en la vaina, apartó suavemente a un herido y agarró la anilla de la escotilla que llevaba al escondite de la dama del *Revenant*. La levantó y apuntó la pistola hacia el espacio iluminado por los faroles.

Allí había un hombre y una mujer. La mujer era Mathilde y el hombre era el supuesto criado de Pohlmann, el hombre que afirmaba ser suizo pero que en realidad era un astuto enemigo de Gran Bretaña. Por encima de Sharpe, bajo la humeante luz del sol, sonaron unas ovaciones cuando la bandera tricolor del *Revenant*, que estaba

colgada del astillado coronamiento de popa, se retiró, se lió y se le entregó a Joel Chase. El «fantasma» había sido cazado y el barco capturado.

—¡Suba! —le dijo Sharpe a Michel Vaillard—. ¡Suba! —Habían perseguido a aquel hombre por dos océanos y Sharpe sentía una ira furibunda por la traición del *Calliope*.

Michel Vaillard mostró sus manos vacías y miró con ojos de miope por la escotilla. Parpadeó. Reconoció perfectamente a Sharpe, pero no sabía de dónde. Luego recordó exactamente quién era y en un instante comprendió que los británicos debían de haber capturado el *Calliope*.

—¡Es usted! —parecía resentido.

—Soy yo. ¡Y ahora suba! ¿Dónde está Pohlmann?

—¿En cubierta, tal vez? —sugirió Vaillard. Trepó por la escalera, se sacudió el polvo de las manos y a continuación se agachó para ayudar a Mathilde a trepar por la escotilla—. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Vaillard a Sharpe—. ¿Cómo ha llegado usted aquí?

Sharpe no hizo caso de las preguntas.

—Usted se quedará aquí, señora —le dijo Sharpe a Mathilde—. Allí hay un cirujano que necesita ayuda. —Le separó a Vaillard los brazos del cuerpo y al echarle hacia atrás la casaca vio la empuñadura de una pistola. La sacó de allí y la arrojó al escondite de la dama—. Usted venga conmigo.

—No soy más que un criado —dijo Vaillard.

—Es un montón de traicionera mierda francesa —replicó Sharpe—. ¡Y ahora vamos! —Empujó a Vaillard por delante de él y lo obligó a subir por la escalera de cámara hacia la cubierta inferior, donde los grandes cañones, calientes como las ollas en la lumbre, estaban entonces abandonados. Quedaban los franceses muertos y heridos, y una docena de marineros británicos registraban sus cuerpos.

Vaillard se negó a seguir adelante y se volvió hacia Sharpe.

—Soy un diplomático, señor Sharpe —dijo en tono grave. Tenía un rostro inteligente y una mirada dulce. Llevaba puesto un traje gris y un fular negro atado al cuello de encaje de su camisa blanca. Tenía un aspecto calmado, inocente y confiado—. No puede matarme —informó a Sharpe— y no tiene derecho a hacerme prisionero. No soy un soldado, ni un marinero, sino un diplomático acreditado. Puede que haya ganado esta batalla, pero dentro de uno o dos días su almirante me enviará a Cádiz porque ésa es la manera de tratar a los diplomáticos —sonrió—. Es la norma internacional, alférez. Usted es un soldado, y puede morir, pero yo soy un diplomático y debo vivir. Mi vida es sagrada.

Sharpe lo pinchó con la pistola y lo obligó a seguir hacia la sala de oficiales, a popa. Al igual que en el *Pucelle*, se habían retirado todos los mamparos, pero la cubierta desnuda de pronto dio paso a una alfombra de lona pintada que estaba

manchada de sangre, y allí los baos tenían un toque de pintura dorada. Los cañones del *Spartiate* habían hecho añicos las ventanas de la gran galería, no quedaba ningún cristal y los restos del asiento de elegantes curvas junto a la ventana estaban cubiertos de cristales rotos. Sharpe abrió una puerta del lado de estribor de la sala de oficiales y vio que el jardín, donde estaba la letrina de los oficiales, había sido arrancado de cuajo por la andanada del *Spartiate*, de modo que la puerta se abría únicamente al océano. A lo lejos, casi más abajo del horizonte, los pocos barcos enemigos que habían escapado a la batalla navegaban hacia la costa de España.

—¿Quiere ir a Cádiz? —le preguntó Sharpe a Vaillard.

—¡Soy un diplomático! —protestó el francés—. ¡Tiene que tratarme como a tal!

—Lo trataré como me dé la gana —dijo Sharpe—. Aquí abajo no hay ninguna condenada norma y usted se va a Cádiz. —Agarró a Vaillard por la chaqueta gris. El francés se resistió e intentó alejarse de la puerta abierta, tras la cual los restos de la letrina colgaban sobre el mar. Sharpe le pegó en la cabeza con la culata de la pistola, lo arrastró hacia la puerta y lo empujó fuera. Vaillard se aferró a los bordes de la puerta con ambas manos; su rostro mostraba tanto asombro como miedo. Sharpe golpeó la pistola contra la mano derecha del francés, le propinó una patada en la barriga y estrelló el arma contra los nudillos de la mano izquierda. Vaillard se soltó lanzando un último grito de protesta y cayó al mar.

Un marinero británico con una coleta que le llegaba casi a la cintura había visto el asesinato.

—¿Se supone que tenía que hacerlo, señor?

—Quería aprender a nadar —dijo Sharpe al tiempo que enfundaba la pistola.

—Los franchutes deberían saber nadar, señor —dijo el marinero—. Está en su naturaleza. —Se quedó de pie junto a Sharpe y miró al agua—. Pero éste no sabe.

—Entonces no es un franchute demasiado bueno —dijo Sharpe.

—Pero es rico, señor —recriminó el marinero a Sharpe—: podríamos haberlo registrado antes de que se fuera a nadar.

—Lo siento —dijo Sharpe—, no lo pensé.

—Y ahora se está ahogando —dijo el marinero.

Vaillard chapoteaba desesperadamente, pero sus esfuerzos no hacían más que hundirlo aún más. ¿Habría dicho la verdad sobre su situación protegida como diplomático? Sharpe no estaba seguro, pero si Vaillard había dicho la verdad entonces era mejor que se ahogara allí que soltarlo para que extendiera su veneno en París.

—¡Cádiz está por ahí! —le gritó Sharpe al hombre que se ahogaba, al tiempo que señalaba hacia el este. Pero Vaillard no lo oyó: se estaba muriendo.

Pohlmann ya estaba muerto. Sharpe encontró al hannoveriano en el alcázar, donde había, compartido el peligro con Montmorin y había resultado muerto al principio de la batalla, cuando una bala de cañón le destrozó el pecho. El rostro del

alemán, curiosamente limpio de sangre, parecía estar sonriendo. Una ola alzó al *Revenant* y meció el cuerpo de Pohlmann.

—Era un hombre valiente —dijo una voz. Sharpe levantó la vista y vio que era el capitán Louis Montmorin. Montmorin había rendido el barco a Chase y le había ofrecido su espada con lágrimas en los ojos, pero Chase no había querido tomar la espada. En lugar de eso había estrechado la mano a Montmorin, le había expresado lo mucho que lo sentía y lo había felicitado por las cualidades bélicas de su barco y su tripulación.

—Era un buen soldado —dijo Sharpe mirando al rostro de Pohlmann—. Sólo que tenía la mala costumbre de elegir el bando equivocado.

Lo mismo había hecho Peculiar Cromwell. El capitán del *Calliope* seguía vivo. Parecía estar asustado, y tenía motivos, pues se enfrentaba a un juicio y un castigo, pero se enderezó al ver a Sharpe. No pareció sorprenderse, tal vez porque ya se había enterado de la suerte del *Calliope*.

—Le dije a Montmorin que no luchara —dijo cuando Sharpe caminó hacia él. Cromwell se había cortado la melena, tal vez en un intento por cambiar su aspecto, pero su larga mandíbula y sus pobladas cejas eran inconfundibles—. Le dije que no era asunto nuestro. Nosotros teníamos que llegar a Cádiz, nada más, pero él se empeñó en combatir. —Le tendió una mano manchada de brea—. Me alegro de que esté vivo, alférez.

—¿Usted? ¿Alegrarse usted de que yo esté vivo? —Sharpe casi le escupió las palabras en el rostro a Cromwell—. ¡Usted es un cabrón! —Agarró la casaca azul de Cromwell y lo empujó contra la astillada madera de la borda bajo la toldilla—. ¿Dónde está?

—¿Dónde está el qué? —replicó Cromwell.

—No me joda, Peculiar —dijo Sharpe—. Sabe muy bien lo que quiero, de modo que venga, ¿dónde demonios está?

Cromwell vaciló y luego pareció achicarse.

—En la bodega —dijo entre dientes—, en la bodega. —Se encogió al pensar en su derrota. Había vendido su barco porque creía que los franceses iban a dominar el mundo, y ahora se encontraba en medio de las despedazadas esperanzas francesas. Se habían capturado casi una veintena de barcos franceses y españoles y no se había perdido ni un solo barco británico, pero Peculiar Cromwell sí estaba perdido.

—¡Clouter! —Sharpe vio al hombre que subía al alcázar manchado de sangre—. ¡Clouter!

—¿Señor?

—¿Qué le ha pasado en la mano? —le preguntó Sharpe. El alto hombre negro llevaba un harapo empapado de sangre enrollado en su mano izquierda.

—Un alfanje —respondió Clouter con sequedad—. El último hombre con el que

luché. Se me llevó tres dedos, señor.

—Lo siento.

—Él murió —dijo Clouter.

—¿Puede sostener esto? —preguntó Sharpe mientras le tendía a Clouter la empuñadura de su pistola. Clouter asintió con un movimiento de la cabeza y tomó el arma—. Lleve a este hijo de puta a la bodega —dijo Sharpe señalando a Cromwell con un gesto—. Le dará unas bolsas con piedras preciosas. Tráigame las piedras y le daré unas cuantas por haberme salvado la vida. También hay un reloj que pertenece a un amigo mío. Me gustaría recuperar ambas cosas, pero si encuentra algo más, es suyo. —Empujó a Cromwell hacia el hombre negro, que lo agarró—. ¡Y si le causa problemas, Clouter, mate a este hijo de puta!

—Lo quiero vivo, Clouter. —El capitán Chase había oído las últimas palabras—. ¡Vivo! —repitió Chase, y se hizo a un lado para dejar pasar a Cromwell. Sonrió a Sharpe—. Tengo que volver a darle las gracias, Richard.

—No, señor. Yo tengo que felicitarlo. —Sharpe miró los dos barcos que seguían amarrados y vio restos, humo, sangre y cuerpos, y en el más ancho mar flotaban cascos y barcos fatigados, pero entonces todos se encontraban bajo bandera británica. Aquélla era la imagen de la victoria, una victoria astillada y manchada de humo, cansada y salpicada de sangre, pero victoria al fin y al cabo. Las campanas de las iglesias doblarían por aquello en Gran Bretaña y las familias aguardarían ansiosamente para saber si sus hombres regresarían a casa—. Lo ha hecho muy bien, señor —dijo Sharpe—, lo ha hecho usted muy bien.

—Todos lo hemos hecho bien —repuso Chase—. Haskell ha muerto, ¿lo sabía? Pobre Haskell. Tenía muchas ganas de ser capitán. Se casó el año pasado. El año pasado, justo antes de que partiéramos hacia la India. —Chase tenía un aspecto igual de cansado que Montmorin, pero al levantar la mirada vio su vieja enseña roja izada por encima de la bandera tricolor francesa en el palo de trinquete del *Revenant*, el único mástil que le quedaba al barco francés. La enseña alba ondeaba en el palo mayor del *Pucelle*; su tela blanca estaba manchada con la sangre de Haskell—. No le hemos defraudado, ¿verdad? —dijo Chase con lágrimas en los ojos—. A Nelson, me refiero. No podría vivir con la idea de haberle defraudado.

—Habrà hecho que se sienta orgulloso, señor.

—El *Spartiate* nos ayudó un poco. ¡Qué buen tipo es Francis Lavory! Espero que él también haya conseguido una presa. —El viento agitó las enseñas y se llevó rápidamente por el mar la humareda que se disipaba. Las altas olas se rizaban con el viento y la espuma blanca salpicaba en torno a los restos flotantes que llenaban el mar. Sólo había una docena de barcos a la vista que todavía conservaban sus mástiles y jarcias intactos. Nelson había empezado la jornada con veintiocho barcos, y ahora había cuarenta y seis en su flota y el resto del enemigo había huido—. Tenemos que

buscar a Vaillard —dijo Chase al acordarse de pronto del francés.

—Está muerto, señor.

—¿Muerto? —Chase se encogió de hombros—. Supongo que es lo mejor. —El viento hinchó las velas hechas jirones de los dos barcos—. Dios mío —dijo Chase—, por fin hay viento, y no es poco, me temo. Tendremos que ponernos a trabajar. —Miró al *Pucelle*—. Se ve maltrecho, ¿no? Pobrecito. ¡Señor Collier! ¡Ha sobrevivido!

—Estoy vivo, señor —dijo Harold Collier con una sonrisa. Todavía llevaba la espada desenvainada, con la hoja manchada de sangre.

—Ya puede usted envainar la espada, Harry —le dijo Chase con suavidad.

—Le dieron a la vaina, señor —dijo Collier, y levantó el estuche para mostrar el lugar donde una bala de mosquete la había doblado.

—Lo ha hecho usted bien, señor Collier —le dijo Chase—. Ahora reunirá a los hombres para que separen los barcos.

—A la orden, mi capitán.

Llevaron a Montmorin a bordo del *Pucelle*, pero el resto de su tripulación fue hecha prisionera bajo las cubiertas del *Revenant*. El viento gemía en las jarcias rotas y el mar rompía en crestas blancas y espumosas. Llevaron a un guardiamarina y veinte hombres a bordo del *Revenant* como tripulación de presa y luego los dos barcos fueron separados. Se había colocado un cabo en la popa del *Pucelle* para que su presa pudiera ser remolcada hasta el puerto. El teniente Peel tenía a una veintena de hombres colocando nuevos cables en los mástiles que quedaban para intentar apuntalarlos contra la tormenta que se avecinaba. Se cerraron las portas, se desmontaron los pedernales de las recamaras de los cañones y se amarraron las piezas. Volvieron a encenderse los fuegos de la cocina; su primera tarea fue calentar unos enormes tanques llenos de vinagre con los que se restregarían las cubiertas ensangrentadas, pues se creía que sólo el vinagre caliente era capaz de sacar la sangre de la madera. Sharpe, que se hallaba de nuevo a bordo del *Pucelle*, encontró unas cuantas naranjas en los imbornales, se comió una y se llenó los bolsillos con las demás.

Los muertos fueron arrojados por la borda. Chapuzón tras chapuzón. Los hombres se movían con lentitud, muertos de cansancio tras una tarde de sangre, sed y lucha, pero la caída de la noche y el viento que se levantaba trajeron las peores nuevas del día. Un bote del *Conqueror* pasó por allí y un oficial gritó la noticia hacia el destrozado alcázar de Chase. Nelson había muerto, dijo el oficial, lo había alcanzado una bala de mosquete en la cubierta del *Victory*. Los marineros del *Pucelle* apenas se atrevían a dar crédito a la información y Sharpe se enteró cuando vio llorar a Chase.

—¿Está usted herido, señor? —le preguntó.

Chase parecía estar totalmente desconsolado, como un hombre derrotado en lugar de un capitán con una rica presa.

—El almirante ha muerto, Sharpe —dijo Chase—. Está muerto.

—¿Nelson? —preguntó Sharpe—. ¿Nelson?

—¡Muerto! —exclamó Chase—. ¡Oh, Dios! ¿Por qué?

Sharpe sólo sintió un vacío en su interior. Toda la tripulación parecía afectada, como si el muerto fuera un amigo y no un comandante. Nelson estaba muerto. Algunos no se lo creían, pero la bandera del comandante en jefe que ondeaba en el *Royal Sovereign* confirmaba que en aquellos momentos era Collingwood quien gobernaba la victoriosa flota. Y si Collingwood estaba al mando, entonces Nelson estaba muerto. Chase lloró por él, y sólo se enjugó las lágrimas con la manga cuando se tiró por la borda el último cadáver.

No hubo ninguna ceremonia por aquel último cuerpo, pero ninguno de los que habían muerto aquel día tuvo ninguna. El cadáver se llevó al alcázar y, en la creciente penumbra, fue arrojado al mar. De pronto parecía hacer frío. El viento era cortante y Sharpe se estremeció. Chase observó el cadáver que se alejaba flotando en las olas y luego negó con la cabeza, desconcertado.

—Debió de decidir unirse al combate —dijo Chase—. ¿Puede usted creerlo?

—Todo el mundo tenía que cumplir con su obligación, señor —repuso Sharpe con impasibilidad.

—Sí, y es lo que hicieron, pero nadie esperaba de él que combatiera o que se llevara una bala en la cabeza. Pobre tipo. Era más valiente de lo que nunca me habría imaginado. ¿Lo sabe su esposa?

—Si le parece se lo puedo decir yo, señor.

—¿Lo haría? —preguntó Chase—. Sí, claro que lo hará. Nadie mejor que usted. Le estoy muy agradecido, Richard, muy agradecido. —Se dio la vuelta para observar la flota que, con los faroles de popa ya encendidos, avanzaba con dificultad y la mitad de las velas en el viento cada vez más intenso. Sólo el *Victory* estaba a oscuras, en él no se veía ni una sola luz—. ¡Oh, pobre Nelson! —se lamentó Chase—, y pobre Inglaterra.

En cuanto estuvo nuevamente a bordo del *Pucelle*, Sharpe había bajado a la bañera, que hedía a sangre igual que la del *Revenant*. Pickering estaba serrándole el hueso del muslo a un hombre y el sudor le resbalaba por el rostro y caía sobre la carne destrozada. El paciente, con una mordaza de cuero entre los dientes, se sacudía mientras la desafilada sierra rascaba el hueso. Dos marineros lo sujetaban. Ni ellos ni el cirujano habían visto a Sharpe dirigirse hacia la santabárbara, donde alzó la escotilla del escondite de la dama y vio que la parte inferior estaba salpicada de sangre. Lord William yacía despatarrado en aquel estrecho espacio, tenía la cabeza abierta y ensangrentada allí por donde había salido la bala de la pistola. Grace se había acurrucado abrazándose las rodillas, y temblaba. Soltó un grito ahogado cuando se abrió la escotilla, luego se estremeció con alivio al ver que era Sharpe.

—¿Richard? ¿Eres tú? —Estaba llorando de nuevo—. Van a colgarme, Richard. Van a colgarme, pero tuve que dispararle. Iba a matarme. Tuve que dispararle.

Sharpe se había dejado caer en el escondite de la dama.

—No van a ahorcarte, señora —dijo—. Falleció en cubierta. Eso es lo que pensará todo el mundo. Falleció en cubierta.

—¡Tuve que hacerlo! —gimió ella.

—Lo hicieron los franchutes. —Sharpe le quitó la pistola y se la metió en un bolsillo, luego agarró a lord William por las axilas y lo levantó para intentar empujarlo a través de la escotilla, pero era difícil hacer pasar el cadáver por aquel estrecho espacio.

—Van a colgarme —lloró Grace.

Sharpe dejó caer el cuerpo, se giró y se agachó junto a ella.

—Nadie va a colgarte. Nadie lo sabrá. Si lo encuentran aquí abajo diré que le he disparado yo, pero con un poco de suerte podré llevarlo a cubierta y todo el mundo pensará que lo hicieron los franchutes.

Ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Estás a salvo. ¡Oh, Dios! Estás a salvo. ¿Qué ha ocurrido?

—Hemos ganado —dijo Sharpe—. Hemos ganado. —La besó y la abrazó con fuerza unos instantes antes de volver a forcejear con el cadáver. Si encontraban allí a lord William nadie creería que lo había matado el enemigo y Chase tendría la obligación de llevar a cabo una investigación sobre la muerte, de modo que el cuerpo debía llevarse más arriba de la cubierta del sollado, pero la escotilla era estrecha y Sharpe no podía hacer pasar el cadáver por ella. Entonces apareció una mano que agarró el cuello ensangrentado de lord William y lo subió sin esfuerzo. Sharpe había soltado una maldición entre dientes. Había maldecido porque otra persona sabía que a lord William le habían disparado en el escondite de la dama. Al trepar a la santabárbara tenuemente iluminada se encontró con que era Clouter, quien, con una mano, demostraba ser igual de fuerte que muchos hombres con las dos.

—Lo vi bajar, señor —dijo Clouter—, y venía a darle esto.

—Le entregó las piedras preciosas a Sharpe, todas ellas, y el reloj del comandante Dalton, y Sharpe las cogió e intentó darle a Clouter algunas esmeraldas y diamantes.

—Yo no hice nada —protestó el hombre.

—Me salvó la vida, Clouter —dijo Sharpe, y dobló aquellos dedos grandes y negros sobre las gemas—, y ahora va a volver a hacerlo. ¿Puede subir a este hijo de puta a cubierta?

Clouter sonrió.

—¿Al lugar donde murió, señor? —preguntó, y Sharpe apenas podía creer que Clouter hubiera entendido con tanta rapidez el problema y su solución. Se quedó mirando fijamente a aquel alto hombre negro que volvía a sonreír—. Hace semanas

que tendría que haberle pegado un tiro, señor, pero los franchutes lo hicieron por usted y no hay nadie a bordo que no vaya a decir lo mismo. —Se agachó y se echó el cadáver al hombro mientras Sharpe ayudaba a lady Grace a salir por la escotilla. Le dijo que esperara allí mientras él iba con Clouter al alcázar y allí, en la creciente oscuridad y el viento cada vez más fuerte, lord William fue arrojado por la borda.

Nadie se había fijado en el cuerpo que era transportado por el barco, porque ¿qué importancia tenía otro cadáver más recogido tras pasar por el cuchillo del cirujano? «Era más valiente de lo que me imaginaba», había dicho Chase.

Sharpe regresó a la santabárbara, donde lady Grace miraba con unos ojos muy abiertos y el rostro pálido a Pickering, que ataba vasos sanguíneos y luego cosía una solapa de carne sobre el muñón recién hecho. Sharpe la tomó del brazo y la condujo a uno de los diminutos camarotes de los guardiamarinas situados en la parte trasera de la bañera. Cerró la puerta, aunque allí apenas tenían intimidad, puesto que las puertas estaban hechas de unos listones de madera a través de los cuales cualquiera podría verlos. Pero nadie tenía ojos para el camarote.

—Quiero que sepas lo que ha ocurrido —dijo lady Grace cuando estuvo sola con Sharpe en el camarote del guardiamarina, pero no pudo continuar.

—Sé lo que ha ocurrido —dijo Sharpe.

—Iba a matarme —explicó ella.

—Entonces hiciste lo correcto —aseguró Sharpe—, pero todos los demás creen que murió como un hombre valiente. Creen que subió a cubierta a luchar y le dispararon. Eso es lo que piensa Chase, es lo que piensa todo el mundo. ¿Lo entiendes?

Ella asintió con un movimiento de cabeza. Estaba temblando, pero no era de frío. Tenía el pelo manchado con la sangre de su marido.

—Y tú lo esperaste —dijo Sharpe—, pero no regresó.

Ella volvió la mirada hacia la puerta de la santabárbara que ocultaba la escotilla del escondite de la dama.

—Pero la sangre... —gimió ella—, ¡la sangre!

—El barco está lleno de sangre —dijo Sharpe—, demasiada sangre. Tu marido murió en cubierta. Murió como un héroe.

—Sí —asintió ella—, así es. —Lo miró, unos ojos enormes en la oscuridad, y luego lo abrazó con fuerza. Sharpe notó que su cuerpo temblaba—. Pensé que debías de estar muerto —dijo.

—Ni un rasguño —repuso él acariciándole el pelo.

Ella se estremeció y echó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Somos libres, Richard —comentó con un punto de sorpresa—. ¿Te das cuenta? ¡Somos libres!

—Sí, mi señora, somos libres.

—¿Qué vamos a hacer?

—Lo que queramos —respondió Sharpe—, lo que podamos.

Ella lo abrazó y él la abrazó a ella, el barco se inclinó a merced del temporal, los heridos gimieron y las últimas nubes de humo se desvanecieron en la noche, mientras el vendaval se levantaba por el oscurecido oeste y maltrataba unos barcos que ya habían sufrido hasta la extenuación.

Pero Sharpe tenía a su mujer, era libre y al fin iba a regresar a casa.

NOTA HISTÓRICA

La verdad es que Sharpe no tenía nada que hacer en Trafalgar, pero debía realizar la travesía de regreso a casa y el cabo de Trafalgar no se encuentra lejos de la ruta que hubiera tomado, por lo que bien podría ser que hubiera pasado por allí más o menos el 21 de octubre de 1805. Pero si Sharpe no tenía nada que hacer allí, el almirante Villeneuve, comandante de las flotas aliadas francesa y española, todavía menos.

La gran flota se había reunido para hacer frente a la invasión de Gran Bretaña, para la que Napoleón había congregado a su Gran Armada cerca de Boulogne. El bloqueo británico y el tiempo se conjugaron para mantener al enemigo en el puerto, excepto por una incursión por el Atlántico mediante la cual Villeneuve esperaba alejar a Nelson de la costa inglesa. La incursión fracasó, Villeneuve volvió a Cádiz y allí fue atrapado. Napoleón abandonó sus planes de invasión e hizo marchar a su ejército hacia el este, hacia su gran victoria en Austerlitz. La flota francesa y española era entonces una irrelevancia, pero Napoleón, furioso con Villeneuve, envió a un almirante para sustituirlo, y parece probable que Villeneuve, consciente de que se enfrentaba a la deshonra y ansioso por justificar su existencia antes de que su reemplazo llegara a Cádiz, se hizo a la mar. Aparentemente estaba llevando la flota al Mediterráneo, pero debió de haber albergado la esperanza de poder combatir a los barcos británicos que bloqueaban Cádiz, conseguir una victoria y así recuperar su reputación. Al cabo de un solo día en alta mar descubrió que la flota que estaba efectuando el bloqueo era mucho mayor de lo que había creído, de modo que viró sus barcos de nuevo hacia el norte con la esperanza de evitar la batalla. Ya era demasiado tarde; Nelson estaba a la vista y la flota combinada estaba condenada.

No hubo ningún *Pucelle*, ni ningún *Revenant*. Nelson combatió en Trafalgar con veintisiete navíos de línea, en tanto que la flota combinada francesa y española tenía treinta y tres. Al final de la jornada diecisiete de aquellos barcos enemigos habían arriado las banderas y uno había quedado destruido por el fuego, lo que hizo de Trafalgar la más decisiva de las batallas navales hasta la de Midway. Los británicos no perdieron ningún barco pero pagaron, por supuesto, con la vida de Nelson. Él fue el héroe incomparable de las guerras napoleónicas, tan querido por sus hombres como temido por el enemigo. También era, claro está, un famoso adúltero, y la última petición que le hizo a su país fue que Gran Bretaña cuidara de lady Hamilton. Acceder a dicha petición estaba en manos de los políticos, y los políticos no cambian, de modo que lady Hamilton murió en la miseria.

La noche después de la batalla se levantó una enorme tormenta y de las diecisiete presas de guerra se perdieron todas menos cuatro. Muchas de ellas iban remolcadas, pero la tormenta era demasiado violenta y se soltaron los cabos. Tres de las presas se hundieron, dos fueron incendiadas deliberadamente y cinco naufragaron. Otros tres

barcos capturados, gobernados por unas tripulaciones demasiado pequeñas para poder hacer frente a la tormenta, fueron devueltos a sus tripulaciones originales y navegaron para ponerse a salvo, pero estaban tan dañados por la batalla y la tormenta que ninguno de ellos estaba en condiciones de volver a navegar. De los quince barcos enemigos que se salvaron de ser capturados en batalla, cuatro fueron apresados por la armada británica y uno de ellos naufragó durante las siguientes dos semanas. Muchos de los barcos británicos quedaron tan dañados como los franceses o españoles, pero un magnífico arte de la navegación los puso a todos a salvo en el puerto.

Cuando el *Pucelle* barrió el barco situado al lado del *Victory*, le estaba quitando la primicia al *Temeraire*. El *Redoubtable* estaba comandado por un fiero francés llamado Lucas, probablemente el capitán francés más capaz de Trafalgar, que había entrenado a su tripulación en una técnica nueva encaminada solamente a abordar y capturar un barco enemigo. Cuando el *Victory* se acercó a su barco, mucho más pequeño, cerró las portas y congregó a sus hombres en cubierta. Sus jarcias estaban llenas de tiradores que lanzaban un fuego mortífero sobre el *Victory*, y fue uno de esos hombres el que disparó a Nelson. Lucas prácticamente despejó de hombres las cubiertas superiores del *Victory*, pero cuando estaba reuniendo a su tripulación para abordar al buque insignia británico, el *Temeraire* pasó por allí y vació sus carronadas sobre los asaltantes. El «*Saucy*» también barrió el barco de Lucas que, de todos modos, estaba siendo machacado por los cañones de la cubierta inferior del *Victory*. Aquello terminó con la lucha de Lucas. El *Redoubtable* fue capturado, pero estaba tan dañado por el fuego de artillería que se hundió en la tormenta posterior. En el *Victory* murieron 57 hombres, incluido Nelson, y 102 resultaron heridos. El *Redoubtable*, en contraste, quedó con 22 de sus 74 cañones desmontados y, de una tripulación de 643 hombres, 487 resultaron muertos y 81 heridos. Este índice de bajas tan extraordinariamente elevado (un 88%) se debió a la artillería, no a la mosquetería. Otros barcos enemigos sufrieron unos índices de bajas igual de altos. La andanada del *Royal Sovereign* (con doble carga) barrió al francés *Fougueux* y mató o hirió a la mitad de su tripulación sólo con aquella descarga. Cuando el *Victory*, más adelante en la batalla, barrió el buque insignia de Villeneuve, el *Bucentaure*, desmontó veinte de sus ochenta cañones y también mató o hirió a la mitad de la tripulación.

La disparidad entre los índices de bajas fue extraordinaria. Los británicos perdieron mil quinientos hombres, entre muertos y heridos, mientras que las bajas francesas y españolas fueron de aproximadamente unas diecisiete mil, lo que da testimonio de la terrorífica efectividad de la artillería británica. Varios barcos británicos resultaron barridos, tal como lo fue el imaginario *Pucelle*, pero nadie dejó constancia del elevado número de bajas sufridas a bordo de los barcos enemigos que se encontraron con la proa o la popa frente a un costado británico. El que tuvo la mayor lista de bajas de la flota británica fue el *Victory*, en tanto que probablemente el

más maltrecho de todos los barcos británicos, el *Belleisle*, que se adentró en la refriega del sur y fue barrido más de una vez, perdiendo el bauprés y todos sus mástiles, tuvo tan sólo 33 muertos y 93 heridos. Catorce de los barcos enemigos perdieron más de un centenar de hombres que resultaron muertos, mientras que sólo catorce barcos británicos tuvieron diez o más muertos. Una nave británica, el barco de su majestad *Prince*, ese que «navegaba como un almiar», no tuvo absolutamente ninguna baja, probablemente porque su lenta velocidad le impidió entrar en batalla hasta media tarde, cuando pocos eran los enemigos que podían oponer una gran resistencia. El desequilibrio de bajas oculta la tenacidad con la que luchó buena parte del enemigo. Estaban siendo diezmados por la superioridad de la artillería británica y, no obstante, se mantuvieron tercamente en sus cañones. La mayor parte de las tripulaciones francesa y española estaban mal entrenadas, algunos no tenían ninguna experiencia previa en combates marítimos, pero aun así no les faltó coraje.

El elevado índice de bajas del *Victory* se debió en parte a la táctica de Lucas de inundarlo con fuego de mosquete y en parte a que era el primer barco británico en la parte septentrional de la flota enemiga, por lo que luchó solo durante un breve periodo de tiempo. Además, enarbolaba el gallardete del almirante y por eso se convirtió en el blanco de varios barcos enemigos. El buque insignia de Collingwood, el *Royal Sovereign*, el primero en la parte meridional de la flota enemiga y que también llevaba el gallardete del almirante, tuvo 47 muertos y 94 heridos, el mayor número de bajas de cualquier otro barco de la escuadra de Collingwood. Los almirantes conducían la batalla desde primera fila.

La batalla fue en verdad decisiva. Tuvo tal impacto en la moral de las armadas francesa y española que ninguna de las dos se recuperó en lo que quedaba de las guerras napoleónicas. El poderío marítimo británico era supremo y siguió siéndolo hasta principios del siglo xx. Nelson, más que ningún otro hombre, impuso Gran Bretaña al resto del mundo. Se dice con frecuencia que sus tácticas fueron revolucionarias, y lo fueron en el contexto de la guerra naval del siglo xix, cuando el modo aceptado de combatir una flota contra otra era formar líneas de batalla paralelas y luchar costado con costado. Sin embargo, ya en 1797, frente a las costas de Camperdown, el almirante Duncan había formado a su flota de dieciséis buques de guerra británicos en dos escuadras que navegaron directas hacia los costados de dieciocho navíos de línea holandeses y al terminar la batalla había capturado once de aquellos barcos sin perder ninguno de los suyos. Con esto no se pretende subestimar a Nelson, que había demostrado su inventiva una y otra vez, sino sugerir que la armada británica estaba abierta al pensamiento innovador en aquellos años desesperados. Demostraba también una confianza extraordinaria. Al dirigir sus escuadras directamente hacia la línea enemiga, Nelson, al igual que Duncan antes que él, estaba apostando a que sus barcos podían soportar un continuo barrido. Lo

hicieron, y procedieron a aniquilar al enemigo. En Trafalgar los barcos británicos no pudieron disparar ni una sola bala durante al menos los veinte minutos iniciales de la batalla, mientras que una docena de enemigos podían disparar a su antojo. Nelson lo sabía y corrió el riesgo, y tenía la certeza de que podía ganar pese a ello. La artillería británica no encontró a un igual hasta que la armada británica combatió contra la de Estados Unidos en la guerra de 1812, pero la armada norteamericana no desplegó buques de guerra, por lo que sólo pudo ser un incordio de escasa importancia para una flota mundial que en aquel entonces era globalmente destacada.

¿Hubo alguien que sirviera tanto en Trafalgar como en Waterloo? Sólo sé de una persona. Don Miguel Ricardo María Juan de la Mata Domingo Vicente Ferre Álava de Esquivel, conocido, gracias a Dios, como Miguel de Álava, era oficial de la armada española en 1805 y sirvió a bordo del buque insignia del almirante español, el *Príncipe de Asturias*. Dicho barco combatió noblemente en Trafalgar y, aunque sufrió graves daños, logró evitar que lo capturaran y pudo regresar a Cádiz. Cuatro años después, De Álava se había convertido en oficial de la armada española. Para entonces España había cambiado de bando y la armada española se había aliado con el ejército británico comandado por sir Arthur Wellesley, el futuro duque de Wellington, cuando luchaba en la Península; el general De Álava fue nombrado oficial de enlace español de Wellington y ambos se hicieron amigos muy íntimos, una amistad que perduró hasta sus muertes. De Álava permaneció con Wellington hasta el final de la guerra de la Independencia, cuando fue nombrado embajador español en los Países Bajos y pudo así unirse a los aliados en la batalla de Waterloo, donde permaneció al lado de Wellington durante toda aquella jornada. No tenía ninguna necesidad de quedarse allí, pero sin duda su presencia le fue de ayuda a Wellington, quien confiaba en el criterio de De Álava y apreciaba sus consejos. Casi todos los ayudantes de campo de Wellington resultaron muertos o heridos, pero De Álava y él salieron ilesos. Así pues, Miguel de Álava luchó contra los británicos en Trafalgar y con ellos en Waterloo, sin duda una extraña carrera. Sharpe se suma a De Álava en el hecho de haber sobrevivido a aquel extraordinario doblete.

Le estoy enormemente agradecido a Peter Goodwin, el asesor histórico, guardián y conservador del barco de su majestad *Victory*, por sus comentarios sobre el manuscrito, y a Katy Ball, conservadora en la Museum and Records Office de Portsmouth. Los errores que quedan son todos míos, o pueden achacarse a Richard Sharpe, un soldado a la deriva en un extraño mundo náutico. Pronto volverá a estar en tierra, que es a donde pertenece, y pronto partirá de nuevo.